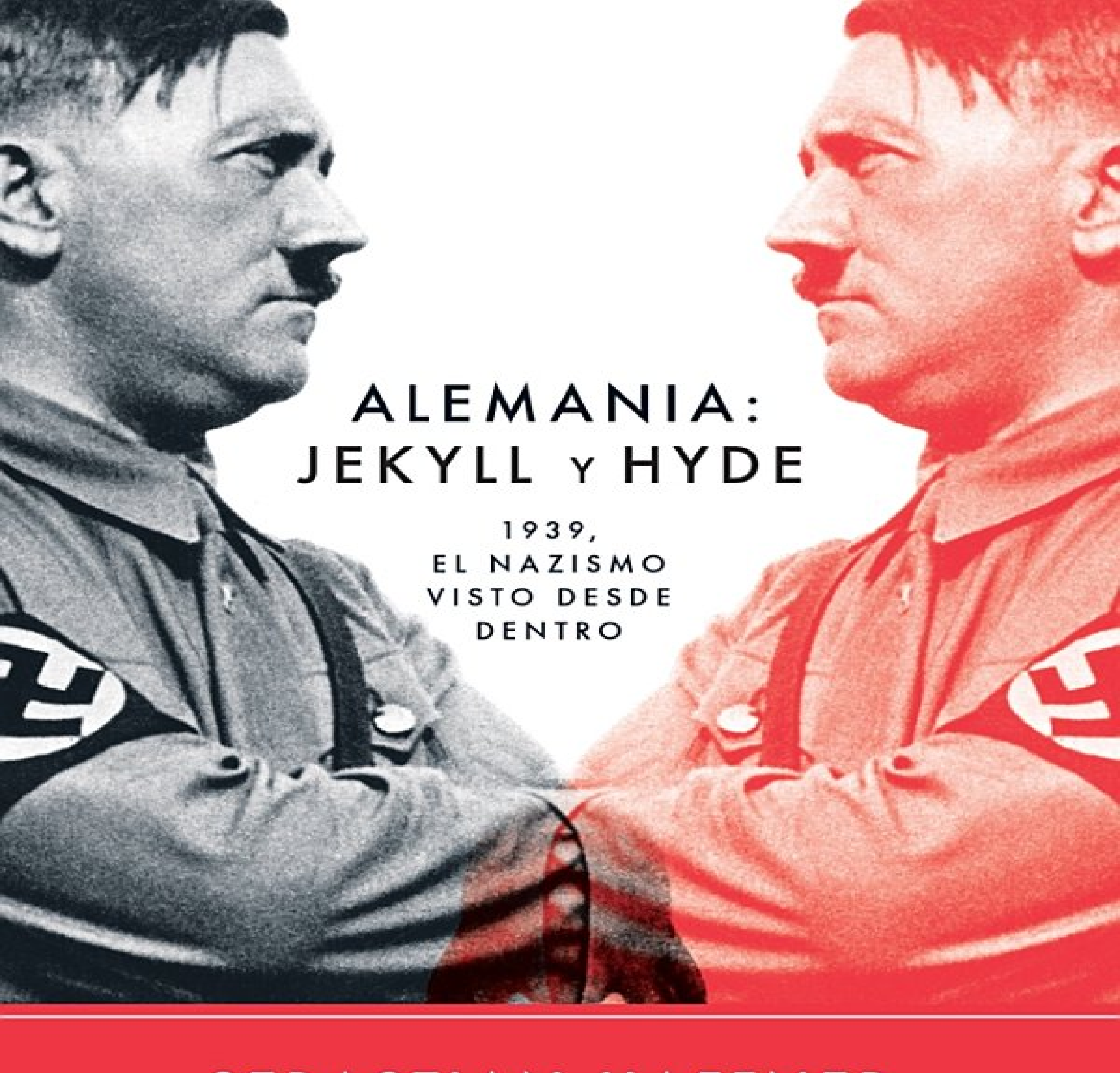


ALEMANIA: JEKYLL Y HYDE

1939, EL NAZISMO VISTO DESDE DENTRO

SEBASTIAN HAFFNER

EL LIBRO QUE CHURCHILL RECOMENDABA LEER A SUS GENERALES PARA CONOCER AL ENEMIGO.

Ariel

Índice

NOTA DEL EDITOR INGLÉS (1940)

El autor es un alemán «ario» menor de cuarenta años que ha vivido toda su vida en Alemania. Estudió Derecho y trabajó seis años bajo el dominio nazi. Educado en la tradición liberal, decidió abandonar el país en el que había nacido. Su huida supuso toda una aventura. La revelación de más detalles podría poner en peligro a su familia.

Este libro fue concluido en abril de 1940 e impreso antes de la ocupación alemana de los Países Bajos. En opinión de la editorial, su contenido era de tal importancia y actualidad nacional que se han impreso las galeradas sin que el autor haya podido introducir cambios en el capítulo acerca de los emigrantes alemanes (capítulo VII). Dado que la editorial opina que la propia Alemania fue el primer país sometido por Hitler y sus criminales nazis y que, por tanto, puede haber potenciales cómplices en Alemania, ha decidido publicar la obra en su versión original.

PRÓLOGO

Este libro persigue tres objetivos: zanjar una discusión, contribuir de forma muy modesta a ganar la guerra y plantear las premisas para una paz duradera.

Son objeto de la discusión Alemania y los alemanes. Hace ya mucho tiempo que dicha discusión dio comienzo en el mundo civilizado, y la declaración del gobierno británico «No estamos enemistados con el pueblo alemán, sino sólo con Hitler» no sólo no ha acabado con ella, sino que le ha otorgado aún más fuerza. En un lenguaje sobrio y sencillo, se ha dicho que los alemanes son un pueblo humano, pacífico y civilizado que está tiranizado por sus actuales gobernantes, y al que se le dará la mano con espíritu de compañerismo en cuanto haya recuperado su libertad.

Sin embargo, no todos comparten este punto de vista. Mucha gente que conoce bien Alemania —sobre todo en Francia, pero también en las Islas Británicas— asegura que los alemanes no están en modo alguno tiranizados, sino que tienen el gobierno que desean, y que en el fondo siempre han sido nazis y lo seguirán siendo, por lo que la guerra no la haremos para liberar a Alemania, sino para hacerla inofensiva.

Tanto unos como otros aducen argumentos literarios y hechos concluyentes para apoyar una u otra tesis. Los defensores de Alemania citan a Goethe y a Humboldt, mientras que los detractores citan a Fichte, a Hegel y a Nietzsche. Los primeros aluden a los mártires de los campos de concentración, los segundos a las masas aclamando las apariciones públicas de Hitler. Tanto unos como otros pintan una imagen impresionante e irrebatiblemente tajante y, a lo sumo, conceden la existencia de una pequeña minoría insignificante. Hay otra opinión sostenida por muchos que sólo se diferencia de las otras dos en este último aspecto. Son los que dividen Alemania en dos limpias partes: la Alemania nazi y «la otra Alemania». «La otra Alemania» es la encarnación del liberalismo, de la ensoñación

poética y musical, mientras que la Alemania nazi encarna la mentira, el crimen y la violencia brutal. Esta imagen es igual de tajante y simple que la de los defensores y detractores. No es que sea del todo blanca o negra, pero los colores blanco y negro están tan claramente diferenciados como en una bandera prusiana.

Es una lástima que los alemanes hayan tenido tan pocas oportunidades de participar en la discusión. Que uno de ellos tome la palabra es sólo cuestión de tiempo, porque la controversia carece de una cualidad que un alemán sí es capaz de aportar: la profundidad. La sentencia dictada por cada una de las partes se asienta sobre terreno movedizo, sólo está insuficientemente fundada en hechos: ambas partes han renunciado a un examen más minucioso. Quien investigue las cosas de una manera comprometida y a conciencia, se encontrará con una imagen extraordinariamente complicada que, ni con la mejor voluntad, podrá ser esquemáticamente simplificada, pero que a cambio tendrá la ventaja de ser verdadera. Quien se someta a ese esfuerzo, no será tan temerario como para emitir un juicio sobre la nación en su conjunto, por muy globales que sean sus denuncias contra los nacionalsocialistas. Por el contrario, estará en condiciones de comprender a determinadas partes de la nación —más no es posible de momento—, y de entender sus rasgos generales y sus ideas, para así ser capaz de influir y convencer a esos estratos sociales de la población.

Este libro sólo pretende investigar. Aunque al autor a veces le resulte difícil, se abstiene de explicar determinados fenómenos, de especular acerca de ellos y de remontarlos a su origen histórico. Renuncia a todos los argumentos y pruebas, y parte de la base de que se le cree cuando cuenta lo que ha visto. El tiempo apremia y este libro persigue un objetivo práctico, no académico. Por la misma razón, el autor renuncia a todo adorno literario, ya se trate de eufemismos o de exageraciones líricas de amor y odio. Este libro intenta describir a grandes rasgos los diferentes mundos ideológicos y sensibles de Alemania durante la época de mayor humillación del pueblo alemán, es decir entre los años 1933 y 1939. Confiemos en que esta descripción baste para poner fin a todas esas discusiones simplificadoras sobre si los alemanes son de este modo o de este otro. El primer objetivo,

sin embargo, será abrir los ojos de los ministerios de «propaganda» sobre detalles importantes que afectan al pueblo alemán y que, al parecer, ellos ignoran.

La propaganda sólo puede aspirar a ejercer el máximo efecto y a tener el mayor éxito posible si está basada en una idea precisa de las personas a las que va dirigida. Tiene que conocer el trasfondo psicológico con el que cuenta, así como las ideas y las reacciones más comunes de los grupos a los que se dirige. Después, tiene que procurar encontrar unas palabras y unos argumentos idóneos que se ajusten a las condiciones intelectuales y psíquicas existentes. Del mismo modo que el fuego de artillería sólo puede ser eficaz si previamente se han indagado en los objetivos —para lo que el reconocimiento aéreo presta un buen servicio—, la propaganda requiere la identificación previa de los grupos a los que va dirigida. Este libro pretende ser tan útil para la propaganda británica y francesa como las fotos aéreas de la línea Sigfrido tomadas por los aviones de reconocimiento para la artillería británica y francesa. Hasta ahora la propaganda ha sido mucho menos precisa que la artillería. Es evidente que carece de una idea clara sobre su objetivo. A veces se dirige a los alemanes como si fueran ingleses. Otras veces, con la denominación panfletaria de nazis, intenta influir tanto a los patriotas sinceros como a los partidarios de la oposición, de ahí que nadie reaccione y que provoque una desconfianza general. La propaganda depende de aciertos casuales porque todavía no ha explorado el terreno al que va dirigida, que ha de presentar una forma cartográfica de fácil orientación. Este paisaje psicológico alemán, con sus contornos irregulares, no sólo es el objetivo de la propaganda bélica, sino también el terreno de la paz futura. Ya es posible marcar los ámbitos sobre los que se puede o no se puede erigir la paz, así como determinar su carácter preciso. Hay que empezar cuanto antes con una exploración de estas características, que es, además, una ocupación más útil que la construcción de «mundos mejores» de nueva confección, como los que proyecta mucha gente sin tener en cuenta el ejemplo del año 1919 para imponérselos a los pueblos de Europa. Tampoco se indica cómo pueden surgir esos mundos mejores del caos actual y de la catástrofe universal. En lugar de soñar con vagos proyectos, que hoy por hoy no se pueden realizar, más valdría averiguar exactamente

dónde nos aprieta el zapato y extirpar con la mayor destreza el peor callo del mundo, a ser posible sin tener que amputar los dedos de los pies. Uno de los dedos del pie es Alemania, Hitler es su callo.

Observemos con mayor detenimiento «el dedo del pie y el callo», para ver qué se puede hacer.

Pero no debemos olvidar que hay otros males en el mundo y que, incluso después de erradicar la enfermedad, queda un largo camino por recorrer hasta que se pueda anunciar una paz duradera y una felicidad eterna.

I

HITLER

«Hitler es Alemania, Alemania es Hitler»: es lo que ha anunciado a bombo y platillo la propaganda nacionalsocialista durante los últimos siete años, y los críticos y enemigos de Alemania de todo el mundo lo admiten sin discusión.

Ante esta afirmación no se puede uno encoger de hombros, aun cuando la oposición alemana, los emigrantes alemanes y los círculos proalemanes de izquierdas tiendan a pasarla simplemente por alto. Independientemente de a cuántos alemanes de renombre les estremezca la idea de ser equiparados a Hitler, sigue siendo un hecho que actualmente Hitler puede hablar y actuar en nombre de Alemania como nadie que le haya precedido en la historia universal. Y pese a que la toma y el fortalecimiento del poder fueran acompañados de engaño, traición e intrigas, lo cierto es que Hitler, con unos medios más o menos normales, ha sido capaz de convencer a la gente y de ponerla de su parte, ha conseguido muchos más adeptos en Alemania y se ha aproximado al objetivo del poder absoluto más que cualquier antecesor suyo. También está claro que, tras siete años cometiendo atrocidades, Hitler dispone en Alemania de una gran cantidad de secuaces que confieren a su régimen, cuando menos, la apariencia de popularidad y de autoridad real. Todo ello tiene su mérito. Pero aunque sea un hecho que Hitler siempre se ha valido de mentiras, artimañas y amenazas, y que algunos o muchos de sus secuaces se han dejado engañar respecto a sus verdaderas intenciones, hay una cosa que no ha podido engañarles: el peculiar «olor» inherente a su personalidad. Hitler nunca fue capaz de disimularlo con perfumes aromáticos, ni lo intentó. Así que a muchos alemanes debió de parecerles un olor agradable o al menos soportable. Y aunque desde que subió al poder Hitler ha impuesto la

obediencia, el entusiasmo, el amor y la admiración mediante amenazas de muerte y tortura, pese a tales amenazas el odio y la aversión no pasan de cierto grado. Al menos, hasta ahora a la mayoría de sus adversarios alemanes Hitler no les parece excesivamente repugnante ni terrorífico.

Hay suficientes razones de peso para entablar una discusión acerca del dicho «Hitler es Alemania». Habrá que averiguar hasta qué punto es cierta esta afirmación. Sin embargo, antes de que podamos dictaminar hasta qué grado Hitler es un fenómeno específicamente alemán, tenemos que investigar las características de dicho fenómeno.

Es urgente tener una idea clara acerca de este punto. Aunque se han escrito ríos de tinta acerca de Hitler, todavía es capaz de sorprender al mundo. Eso demuestra que todavía no se ha encontrado la clave de su personalidad ni de su conducta. Esa clave, sin embargo, está al alcance de la mano, pero nadie sabe dónde encontrarla, aunque cualquier lector de novelas policíacas sepa el escondite.

Casi todos los biógrafos de Hitler han cometido el error de intentar establecer un vínculo entre Hitler y la historia del pensamiento de su época, y de explicarlo de este modo. Han intentado tildarlo de «producto» o «exponente» de tal evolución o de tal otra. Este procedimiento responde, en primer lugar, a la tendencia científica dominante, que tiene su origen en la teoría materialista de la historia de Marx y Engels: el hombre es destronado como protagonista de la historia y su papel queda completamente subordinado a abstracciones semimíticas tales como «las condiciones económicas», «las ideas», «las culturas», «las naciones» y «las fuerzas motrices». En segundo lugar, los adversarios de Hitler se sienten corroborados en su comprensible deseo de describir la personalidad de Hitler como mísera e insignificante, de robarle toda grandeza histórica y de pintarle más o menos como un corcho flotando sobre una ola. Ahora bien, en lo relativo al carácter de esa ola, todo son dudas. Según la interpretación más ingenua, Hitler no sería más que una pieza de ajedrez de los militares alemanes y de las camarillas capitalistas, que aprovechan su demagogia para enmascarar sus propios planes de guerra y sus transacciones comerciales. Otras teorías pretenden demostrar que Hitler ha alcanzado su actual posición, por así decirlo, automáticamente y sin merecerlo. Las

causas que se mencionan son, entre otras, la decepción de las clases medias alemanas empobrecidas por la inflación de 1923, la desesperación de los patriotas alemanes por el Tratado de Versalles y su revisión demasiado lenta, así como el miedo al bolchevismo.

Nada de esto es convincente. Todo intento de considerar a Hitler como un ténder acoplado a la locomotora de una idea o de un movimiento provoca que la gente se quede sin respiración cuando ese ténder, evidentemente por sus propias fuerzas y arrastrando a todo el tren de Alemania, de repente rueda en otra dirección. De ahí que la gente se irritara cuando Hitler, el «patriota», «nacionalista» y «racista», convirtió sorprendentemente en apátridas a los alemanes del sur del Tirol[1] e incorporó a su imperio a millones de checos y polacos, o cuando Hitler, el «archienemigo del bolchevismo», firmó el pacto con Stalin y dejó gran parte de la Europa oriental en manos de los bolcheviques. La gente se desconcertará igualmente cuando el imperialista Hitler, en un momento táctico favorable, se revele como federalista y pacifista. Poco a poco el mundo va vislumbrando que Hitler no cumple su palabra. Muchos no entienden todavía que Hitler no se siente vinculado a sus objetivos anunciados públicamente, a su programa ni a sus ideas. Por eso logran tan poco los que quieren combatir a Hitler arremetiendo contra su «programa» *del momento* y su «filosofía» *actual*. En cuanto comprueben que es un nacionalista radical, se comportará como un precursor de los Estados Unidos de Europa; en cuanto se haya demostrado que es un asesino de obreros, mandará matar también a los capitalistas. Ciertamente constituye una empresa desesperada intentar clasificar a Hitler dentro de la historia del pensamiento y degradarle a un episodio histórico; esto sólo puede conducir a peligrosos errores de cálculo. Mucho más prometedor es el intento de juzgar a Hitler considerando la historia alemana y europea como parte de su vida privada. No hay por qué avergonzarse de este punto de vista. Es una de tantas posibilidades y sería una suerte que nos ayudara a resolver el enigma de Hitler. (Si tuviéramos que avergonzarnos de algo sería de considerar a este hombre un gran peligro y de tener que esforzarnos por sondear su carácter.)

Los acontecimientos históricos de los últimos veinte años —primero en Alemania y luego en Europa— no sólo han cambiado el mapa de Europa y sus cimientos intelectuales y morales, sino que también han provocado que pueblos enteros hayan perdido su libertad, su honor y su civilización, y cientos de miles de hombres su vida. No sólo han supuesto un peligro mortal para la tradición cristiana de Europa, han destruido la Sociedad de Naciones y han echado por tierra aquellos convenios tácitos que se basaban en la buena fe y en la confianza mutua y que, en la época anterior a la Sociedad de Naciones, hacían que las naciones europeas coexistieran sobre la base del respeto mutuo, sino que además han puesto a una de las principales civilizaciones del mundo en peligro de ser exterminada. Al mismo tiempo, estos acontecimientos han hecho posible que un tal Hitler, procedente de un estrato social en el que el obrero temporero alternaba con el profesional del crimen, ascienda a la esfera de los caciques coronados y de los primeros ministros. Un muerto de hambre se convirtió en multimillonario, un simple soplón de la policía militar pasó a ser el jefe supremo del Reich alemán, un residente de un asilo de mendigos vienés devino el déspota de ochenta millones de personas, un desclasado que era despreciado por todos llegó a ser el ídolo de una gran nación. Sería asombroso que esta carrera de un hombre que lo ha alcanzado todo no fuera mucho más importante que los otros acontecimientos estrechamente vinculados a su ascenso. Entenderemos mucho mejor las hazañas de Hitler si tenemos clara una cosa: la instauración del régimen nazi en Alemania, con todas sus consecuencias, significa para Hitler una carrera social gracias a la cual su vida, que amenazaba con depararle el descenso desde la pequeña burguesía a la plebe, se volvía de repente equiparable a la del rey de Inglaterra y a la del presidente de los Estados Unidos de América.

Se trata de un proceso único e irrepetible, que no es comparable con las casualidades inofensivas y frecuentes por las que algunas personas de la clase obrera o de la pequeña burguesía han adquirido dignidad y categoría. En estos casos se trata de carreras personales: el trabajo, el éxito, un cargo de un nivel medio y luego otro de un nivel superior y, finalmente, como remate, el poder: un poder transmitido legalmente. Nada sería más superficial que comparar a Hitler con tales personajes conocidos por todos.

Hitler empieza cayendo en picado y prosigue esa evolución. El hijo de un pequeño aduanero fracasa en sus ambiciones artísticas: ¡el primer golpe de su vida! En lugar de pintor artístico, se hace pintor de brocha gorda, y cae inmediatamente de la burguesía al proletariado. Y ni siquiera ahí es capaz de asegurarse el puesto. Es un mal trabajador y un peor compañero. Más adelante, sigue cayendo hasta convertirse en un mendigo. Los residentes del asilo de hombres de Viena le ponen el apodo de «Ohm Kruger».[2] Su segunda derrota. Luego estalla la guerra: la salvación y el último refugio de tantas existencias fracasadas, pero ni siquiera la guerra salva a Hitler. Tras cuatro años de servicio en el frente, no pasa de ser cabo segundo. Su tercer fracaso. Sus superiores consideran que no le pueden ascender; su carácter no permite siquiera que le confíen el mando de la unidad de tropas más pequeña. Al terminar la guerra, dado que en la vida civil no hay sitio para él, se queda en el ejército, en la posición más baja, denigrante, peor pagada y despreciada por todos: la de soplón, cuyo cometido es fisgonear.[3]

Examinemos minuciosamente a Hitler en esta etapa. Es el momento crítico decisivo en el que se desata la gran maldad que hay en él, es el comienzo de una carrera personal sin precedentes, por la que Alemania, Europa y el mundo entero han de pagar un precio también sin precedentes. Al mismo tiempo, es lo más bajo que puede caer una persona: el soplón y delator profesional ocupa un peldaño aún más bajo que el profesional del crimen. La vida y la sociedad siempre habían arrinconado a Hitler. Primero la burguesía le expulsó de su comunidad y, luego, el proletariado; finalmente, la plebe le escupió de su hampa para enviarle al inefable Acherón. Esta triple condena de la sociedad es una prueba demoledora de lo que realmente vale este hombre. Porque ocurre con mucha menos frecuencia de lo que admiten los novelistas que los caracteres nobles, sensibles y bellos sean arruinados por la vida. La vida casi siempre rechaza a los caracteres malvados, corruptos, feos e imposibles, a los tullidos morales y a los descastados. Éstos no conocen los verdaderos valores de la vida. No saben trabajar, son incorregibles, no son capaces de despertar amor, ni tampoco —huelga decirlo— de amar a nadie. Además de la bancarrota social de Hitler, tenemos que considerar también su completa bancarrota en materia de relaciones amorosas, si queremos juzgar

correctamente a ese hombre que, en una buhardilla de Munich, enseña a los ratones a saltar en busca de migas de pan y que, con esta diversión, se entrega a salvajes y sangrientas fantasías en torno al poder, la venganza y la aniquilación. Es una imagen terrorífica, y estremece la idea de que pueda aparecer un segundo Hitler de entre la escoria de las grandes ciudades, de las filas de los traperos, los ladrones y los soplones de la policía, de los mendigos y los rufianes; un hombre que, impulsado por la más profunda decepción y por la voluntad de poder, llegue hasta lo más extremo; un motor dotado de una increíble fuerza de tracción que, finalmente, con un solo movimiento de mano, sacrifique el mundo entero a su yo personal y asocial, como hizo Eróstrato en Éfeso.

En eso consiste la grandeza indiscutible de Hitler. El proscrito, impulsado por una fuerza perversa, está absolutamente decidido a sacar a relucir todos los atributos malos y asociales por los que ha sido proscrito por la vida y a hacerse el amo del mundo. Está dispuesto a subir a lo más alto, en lugar de descender o de someterse, en lugar de corregirse y «empezar una nueva vida», en lugar de volverse un revolucionario y ascender desde el último peldaño en el que se halla: está decidido a ser el más grande, ¡pero de qué forma tan ruin y nauseabunda!

Es característico de la desalentadora superficialidad del actual pensamiento el uso de la palabra «grandeza», que designa una cantidad y no una cualidad, como una expresión de reconocimiento equiparable a «belleza», «bondad» o «sabiduría». Lo que hoy es grande se convierte casi automáticamente en bueno y bello. Pero eso no tiene por qué ser así. Por ejemplo, los estadios y las salas de congresos construidos por los nacionalsocialistas son increíblemente grandes e increíblemente monstruosos. Asimismo, Hitler es «grande» e increíblemente trivial. Es hora de que reflexionemos sobre estas expresiones y no nos quedemos pasmados de respeto ante la grandeza, como si fuera el alfa y el omega, como si un criminal «grande» no mereciera un castigo diez veces mayor que uno pequeño.

Examinemos al soplón de Hitler. Un hombre sin familia, amigos o profesión, sin educación ni formación, un malvado niño adulto a quien nadie quiere ni aprecia y por el que nadie se interesa, un hombre que tiene

un carácter extraño y desagradable, un amargado y testarudo que se aferra a los personajes teatrales, egoístas y «solitarios» del mundo de Makart[4] y Wagner y que, pese a todo, añora la vida de un héroe de la ópera. Hitler está imbuido de un misterioso y solapado complejo de inferioridad que alimenta un amor propio salvaje y un odio salvaje al mundo, en el que nunca ha podido imponer su voluntad y que nunca ha amado ni respetado su singular carácter; un odio salvaje a los artistas, que nunca han reconocido sus cuadros, a los dirigentes sindicales, que no han querido prestar atención a sus discursos políticos, a todo el Estado austríaco, que le internó a él, Adolf Hitler, en un asilo, a los judíos, que tenían hermosas amantes, mientras que él no era amado por ninguna mujer, a los hombres influyentes y a los oficiales nobles, que le despreciaban. Algún día, todos ellos se la pagarán: los obreros organizados y los judíos, los artistas y el Estado austríaco. Y entonces no sólo tendrá coches y villas, aviones y trenes privados, sino que además intercambiará saludos por telegrama con los reyes. Pero eso sólo son nimiedades. Organizará torneos como los protagonistas de los libros que leía en su juventud y hablará desde una tribuna a las masas y a sus secuaces, que le aplaudirán enfervorizados, entrará triunfante en las ciudades conquistadas como los emperadores y las reinas de los cuadros de Makart, jugará hoy con construcciones y mañana con soldados, como un niño malcriado y omnipotente, y desencadenará guerras como quien lanza fuegos artificiales… En sus ensoñaciones infantiles, este haragán de treinta años que ha sido postergado por la vida se imagina llevando la vida de un gran hombre. *A los cuarenta años, como jefe de Estado* —así se veía a sí mismo—, *sería un soberano absoluto reclamado por el pueblo en apuros; a los cincuenta, haría una guerra victoriosa.* Estas especulaciones y su costumbre de considerar los acontecimientos de la historia europea como episodios que adornan su vida privada aparecen expresadas mucho más tarde en algunos comentarios de importancia. Por ejemplo, en el año 1932, furioso e impaciente con Von Papen, declara: «Ya tengo más de cuarenta años, tengo que gobernar ahora». Y al embajador británico le dice, en agosto de 1939, con el gesto de un hombre que observa la vida desde una atalaya filosófica: «Ahora tengo cincuenta años; prefiero hacer ahora la guerra que cuando tenga cincuenta y cinco o sesenta años».

He aquí la clave de la política de Hitler. No es el antibolchevismo o el servicio al Estado, ni un ardiente fervor por la «raza alemana», ni la preocupación alemana por el «espacio vital», ni tampoco una teoría cautivadora sobre la organización de Europa, ni ninguna otra cosa que él haya podido sugerir como el norte de su conducta. Pues ¡con qué facilidad ha traicionado, desfigurado y renunciado a cada uno de estos principios preconizados! No habría que haber esperado a que los expusiera o revisara para reconocer que no hablaba en serio. Las contradicciones vacías de las afirmaciones de Hitler demuestran que todo lo que propone y predica no es más que una máscara, un velo. Ni siquiera se esfuerza por reflexionar o por comprender algo. Sin embargo, ¡qué distinto es su tono cuando contempla las cosas como ingredientes de su propia biografía! «Cuando *yo* emprendí la marcha con siete hombres…» He aquí un *leitmotiv*. Y una de las locuciones más curiosas que utilizaba como mínimo veinte o treinta veces en sus discursos —a menudo ante crisis decisivas— para aguijonearse a sí mismo y para intimidar a los demás, rezaba así: «La tarea con la que *me* enfrento hoy —por ejemplo, para encararse con la Sociedad de Naciones, para provocar a Rusia o para importunar a las democracias occidentales— es mucho más fácil que mi anterior ascenso desde la nada. Si entonces tuve éxito, ¿por qué *me* habría de preocupar hoy?». No parece que fuera demasiado consciente de cómo se desenmascaraba con estas frases. Hay una cosa evidente: el único elemento constante de la política de Hitler es que, por muy imponderable que ésta sea, siempre está confeccionada a la medida de su persona. La exasperación, el ascenso personal y la satisfacción de un afán teatral por ver su propio yo desempeñando numerosos papeles banales de dudoso gusto, son tres objetivos a los que Hitler sacrifica irreflexivamente civilizaciones, naciones y vidas humanas.

Quien no acepte esta verdad porque le parece demasiado burda y sencilla, y quien intente ver en Hitler algún motivo propio de un hombre de Estado, experimentará irremisiblemente más decepciones y sucumbirá a nuevos errores. Tal motivo no existe. Hitler no es un hombre de Estado, sino un embustero enmascarado de hombre de Estado. Aunque haya hecho todo lo que está en su poder para olvidar su pasado, nunca lo podrá borrar ni olvidar. Todavía conserva el peinado de rufián de la época de su estancia

en el asilo vienés, todavía sigue hablando en el dialecto de los suburbios de Viena de aquella etapa de su vida, todavía acostumbra a usar los modales del hampa y del profesional del crimen, de ahí que a menudo se tenga la sensación de que está desahogándose de su cólera, como cuando se quitó la máscara al reunirse con Schuschnigg[5] en Berchtesgaden o con Hácha[6] en Berlín, o cuando recurre abiertamente a los métodos del hampa en las negociaciones diplomáticas. En lo que se refiere a su apariencia externa, se mueve entre los jefes de Estado y los ministros como un bandido mal disfrazado. En lo más profundo de su ser, sigue siendo el mismo «Ohm Kruger» despreciado y muerto de hambre, que día a día disfruta de su papel, de su venganza y de su fuerza, y que se aferra al poder por puro instinto de supervivencia, a sabiendas de que el día en que se rompa el hechizo su vida habrá concluido. Porque Hitler no puede esperar una pensión ni una jubilación digna. Él cree con razón que en el momento en que pierda el máximo poder, que hoy le ampara y le hace inviolable, se precipitará de nuevo a donde le corresponde: al abismo.

Sin embargo, es poco probable que llegue a ese extremo. El final de Hitler no es una cuestión sobre la que se pueda especular. Como contaba Goebbels, una afirmación de Hitler de la época de la crisis de Strasser,[7] en diciembre de 1932, suena muy plausible. Al parecer, tras recorrer la habitación arriba y abajo sumido en profundas meditaciones, Hitler dijo de repente: «Si algún día se derrumba el partido, en cinco minutos pondré fin a mi vida con la pistola». Cabe pensar que se suicide cuando se acabe el juego. Posee exactamente el valor y la cobardía necesarios para un suicidio por desesperación. Además, esta afirmación demuestra lo mucho que le gustan los juegos de azar con apuestas altas. Hitler es el suicida potencial por excelencia. Su única atadura es su ego, y si éste se tambalea, se libra de toda preocupación, carga y responsabilidad. Hitler se halla en la posición privilegiada de un hombre que no ama nada, salvo a sí mismo. Le es completamente indiferente el destino de los Estados, los hombres y las comunidades cuya existencia pone en juego. No es capaz de cumplir con la responsabilidad que le ha sido encomendada. Tras él hay un infierno, el *medio social*, y él sabe muy bien a cuál pertenece en realidad. Lo que le queda si fracasa es una muerte inmediata y sin dolor, cuyo momento puede

elegir él mismo. Y dado que es ateo, para él no existe el más allá. De modo que puede atreverse a hacer cualquier cosa por conservar o ampliar su poder, al que debe su actual existencia y que sólo se interpone entre él y una muerte rápida.

Esto ya es motivo suficiente para liquidar a este hombre como a un perro rabioso. Dado que el destino de una gran nación está en manos de un mentiroso, un aficionado a los juegos de azar y un suicida, nos encontramos en una situación en la que la humanidad amenaza con extinguirse. Como ya sabemos, el hombre sobrevive en un entorno hostil gracias a la ayuda de la civilización, y la característica decisiva de la civilización es la eliminación de la violencia. Desde siempre, la humanidad corre peligro de muerte, ya que la violencia no se puede eliminar sin que siga existiendo parte del peligro; de ahí que, incluso en el caso de una completa eliminación de la violencia, quede un centro de poder inevitable y, a su manera, mortal: el Estado. (Si los Estados, como aconsejan los periodistas de izquierdas, delegaran ese poder en un Superestado, al final surgiría una concentración de poder todavía más peligrosa, un monopolio de poder sin rival. Es fácil imaginar qué pasaría si ese Superestado cayera un día en manos de Hitler.) El peligro que representa ese centro de poder se manifestaría una y otra vez en un estallido bélico o en la represión política. Pero la humanidad, que como es lógico no está capacitada para resolver el problema de la eliminación de la violencia, ha desarrollado unos métodos que aseguran la superviviencia «como si» no hubiera violencia. Dichos métodos pueden hallarse en el ámbito social: así, por ejemplo, ciertas clases están destinadas a guiar al Estado, y entran en vigor constituciones políticas que asocian el ejercicio del poder con el control, la responsabilidad y el deber. Es imposible entrar en detalles, pero hay que reconocer que se trata de medios temporales y que no son ninguna solución. Si estos métodos fallan y si, dentro de ese centro de poder tan sumamente peligroso en el que cada decisión acarrea consecuencias impredecibles, el criminal usurpa el puesto del hombre de Estado bueno y responsable, la catástrofe general es inevitable. Es trágico que los hombres de Estado no reconocieran a tiempo e instintivamente este peligro en el caso de Hitler. Desde el primer día de su toma de poder, este hombre fue, desde una perspectiva diplomática,

plenamente reconocido *de jure* y *de facto*, y desde entonces ha negociado en mesas redondas en igualdad de derechos con gente cuyo deber primordial era haberle encerrado. Ahora nos hallamos en plena catástrofe. Lo único que podemos hacer para salvarnos es, dicho sea entre paréntesis, deshacernos de Hitler, vivo o muerto.

Hemos mostrado la única idea consistente que se oculta tras la política de Hitler. Ésta es, en una palabra, Hitler. Pero todavía no hemos analizado con lupa su método, ese método que ha hecho posible el asombroso ascenso de un hombre venido abajo que primero alcanza el honor y luego la máxima dignidad, ese método que el «hombre de Estado» sigue aplicando con una monotonía inquebrantable.

Ese método es tan terriblemente sencillo y obvio que cuando se ha buscado la receta del éxito de Hitler casi siempre se ha pasado por alto. Su método se llama «violencia».

Todo lo demás desempeña un papel secundario. Naturalmente, Hitler también se vale de la mentira, la demagogia, la calumnia y las promesas. Hitler está especialmente orgulloso de determinadas reglas propagandísticas que ha usado con regularidad. En *Mein Kampf (Mi lucha)* se presentan como un rasgo de ingenio: nada de mentiras pequeñas, sólo grandes; nada de pruebas, sólo la repetición constante; concentración exclusiva en lo más estúpido, etc. Tal vez Hitler sobrevalore tanto la originalidad como la eficacia de esta receta. La extraordinaria eficacia de su muy rudimentaria propaganda se debe más bien a que Hitler, desde un principio, ha vinculado estrechamente la propaganda, la persuasión y las negociaciones con la violencia y el terror. La violencia, la aplicación permanente, directa y franca de la violencia desnuda para conferir énfasis a cada una de sus afirmaciones y pretensiones es el método de Hitler, del que depende por completo. Su descubrimiento no se debe tanto al genio de Hitler como a la desesperada decisión que tomó en su día de influir en el mundo sin vacilación y sin escrúpulos.

Desde su puesto de soplón y de miembro del hampa, Hitler llegó directamente a una posición de poder absoluto que desde entonces no ha abandonado, sino que ha ido ampliando sistemáticamente. Primero no poseía el poder absoluto sobre el Reich alemán, sino sólo sobre un círculo

que constaba de dos o tres docenas de políticos trogloditas. Pero desde el principio fue un poder absoluto. Hitler se afilió al Partido Obrero Alemán como miembro del comité número 7. Lo primero que hizo allí fue fomentar la disolución del comité del partido y no sustituirlo por otra dirección, sino por un dictador al que los demás estaban obligados a guardar lealtad y obediencia incondicional. Aquí se dio cuenta por primera vez de que el poder es atractivo y protege. El poderoso no es responsable ante nadie, y es respetable e intangible. En los gremios que Hitler dirige, el poderoso posee algo que las leyendas judías denominan *golem*, un aparato mecánico que ejecuta la acción, para la que su creador carece de fuerza y de valor. (Dicho sea de paso, es interesante constatar que el «ascenso» de Hitler comenzó con una «toma de poder» sin el menor mérito por su parte, que, como veremos enseguida, se caracteriza por la paulatina ampliación de ese poder, mientras que hasta entonces, en el «ascenso desde una situación normal», el poder era la coronación de múltiples méritos y éxitos. En el caso de Hitler el poder no es el resultado, sino el medio para el ascenso personal.)

De ese poder y de su ejercicio, nada ha cambiado desde 1919 hasta 1940. Hitler ocupa hoy exactamente la misma posición que en su buhardilla plagada de ratones en 1919, y sigue siendo la misma persona asocial con los mismos resentimientos que entonces. Lo que sí ha cambiado es la magnitud de su poder y, por tanto, la esfera social en la que transcurre su vida y en la que toma sus decisiones. El grupo pequeño y oscuro se transforma en un partido; el partido, en un Estado dentro del Estado; el Estado dentro del Estado, en el propio Estado; y hoy, el Estado en un Imperio. En lugar de batallas de salón, ahora Hitler acaudilla batallas reales, y no hace negocios con clientes de cervecerías o con propietarios de imprentas, sino con ministros de Economía y con comisarios del pueblo que entienden de la industria petrolera. El carácter de los negocios, la manera de hacer la guerra y el ejercicio del poder siguen siendo los mismos. Haber descubierto este método de ejercicio del poder es el segundo rasgo de ingenio de Hitler.

Existen dos tipos de poder: el pasivo, el poder hereditario, como el que poseen los lores, y el poder activo o de liderazgo. El primer tipo de poder sólo exige a sus sujetos obediencia y diligencia; el segundo requiere disciplina y acción. Hitler ha descubierto que el liderazgo conduce a una

ampliación del poder casi automática y vincula a los secuaces mucho más estrechamente al líder (Führer), en la medida en que los desarraiga, les obliga a actuar sin cesar y los enfrenta a situaciones inesperadas. El inicio de una acción y la forzosa conversión de los gobernados en secuaces equivale más o menos a la transformación de un ejército de paz permanente en unas fuerzas armadas movilizadas para la guerra. Aunque la sumisión y la servidumbre de los que son liderados es mucho más totalitaria —y para el resto del mundo mucho más peligrosa— que para los que son gobernados, los primeros son menos conscientes de su situación que los segundos. La acción incesante, y especialmente las sorpresas continuas y sus consecuencias —el irritante cambio sucesivo de condiciones de vida, palabras, enemigos y objetivos—, dificulta el desarrollo de una sensación de opresión, crítica ni voluntad de libertad, como ocurre en otras situaciones gubernamentales estáticas. De ahí que sean absolutamente inútiles todos los conceptos psicológicos que consideran al pueblo alemán como «oprimido» y «esclavizado», en el sentido clásico de la palabra, y que cuentan con reacciones similares como la de los Países Bajos en la época de Felipe II o la de Polonia y Hungría en el siglo XIX. La situación es completamente distinta, como las posibilidades psicológicas. El pueblo alemán no está esclavizado, sino importunado por la agitación y obligado a servir a una cuadrilla de salteadores que entienden la vida de forma más militar que servil, imprevista y poco alentadora, pero sí alegre y aventurera. Además, hasta ahora su vida ha sido coronada por triunfos y botines increíbles, aunque un tanto inquietantes. Está claro que una revuelta contra el Führer de estas personas convertidas —por voluntad propia o por la fuerza— en ladrones ha de basarse en otras razones psicológicas e inspirarse en otros lemas distintos de la rebelión de los ilotas oprimidos y esclavizados contra sus tiranos. De ahí que las viejas consignas no sirvan para nada.

Ahora tenemos una idea bastante clara del fenómeno histórico de Hitler, de sus motivos, sus objetivos y sus métodos. Mencionemos de nuevo brevemente los puntos *esenciales*: Hitler no persigue ninguna idea, no sirve al pueblo, no tiene ningún concepto de lo que es un hombre de Estado, sino que única y exclusivamente satisface su ego. Sus motivos son un terco amor

propio, la exasperación y una imaginación corrupta. Los objetivos que persigue, en el siguiente orden de sucesión, y siempre y cuando no pongan en peligro el primero de ellos, son éstos:

1. Conservar y ampliar su poder personal.
2. Vengarse de todas las personas e instituciones por las que siente odio, que son muchas.
3. Representar escenas de las óperas de Wagner y las pinturas al estilo de Makart, en los que Hitler sea el protagonista principal.

Todo lo demás es táctica y simulación. En la enorme testarudez y falta de escrúpulos de su amor propio hay grandeza, y puede considerarse genial su concepción instintiva y su explotación de determinadas formas de poder. En general, su carácter, cuyos rasgos generales son el encono y un gusto llamativamente malo, es especialmente repugnante, feo y solapado. Carece por completo de bondad, generosidad, caballerosidad, humor y valor. Es una persona miserable, sin dignidad, sin modales y sin verdadera grandeza. Además, es hipocondríaco. Una vez analizadas la personalidad, la política y los métodos de Hitler, podemos formularnos de nuevo la pregunta del inicio: ¿Hitler es Alemania? Los que lo nieguen demasiado deprisa, no entienden del todo la pregunta. Creen que lo que se quiere saber es si Hitler es un alemán representativo. Es una cuestión muy diferente y mucho menos esencial. De todos modos, para su tranquilidad, queremos decirles a los amigos de Alemania que pueden responder con un no. Hitler no es un alemán típico.

Al alemán normal no le faltan buenos sentimientos ni generosidad, valentía ni humor, virtudes de las que Hitler carece por completo. Como individuo, no representa nada en lo que un alemán pueda reconocer su propio carácter. El alemán es abierto, le gusta comer, beber y meter bulla; es cariñoso, agradable, flemático, desbordante y extraordinariamente bueno para el trabajo y para el juego; es ligeramente irritable, pero se aplaca con facilidad. Sin embargo, Hitler, insensible, colérico y sumamente antipático, con su odio permanente, su vegetarianismo, su miedo al alcohol, al tabaco y a las mujeres, su mirada fija y su repugnante parte de la boca —el alemán,

en cambio, suele tener una expresión bonachona— es una anomalía en Alemania y el ciudadano medio lo considera instintivamente como algo aparte. Si se quiere saber qué aspecto tendría un dictador rechoncho típicamente alemán, basta con observar a Göring. Göring disfruta de verdadera popularidad en Alemania: ni siquiera sus adversarios y sus víctimas le odian demasiado. Su brutal vitalidad es alemana, mientras que el sadismo reprimido de Hitler no es alemán. El glotón que se atiborra a comer divierte a los alemanes mientras que el jadeante devorador de zanahorias provoca malestar.

De ahí que Hitler no sea popular. Es Dios o Satanás. La simpatía humana hacia su persona o, al menos, hacia la leyenda en torno a su persona, no existe. No hay buenos chistes ni anécdotas acerca de él. No inspira a sus adeptos un amor personal o una simpatía demasiado cordial, que podría compensar el terrible asco y la aversión que sienten por él sus enemigos. A ojos de sus fieles, su estatua se alza sobre un alto pedestal de éxito y poder que causa vértigo. (Algunos intelectuales nazis juegan incluso con la idea de hacer de Hitler una divinidad tras su muerte.) Nadie le quiere como hombre. Cuando se desmorone el pilar de éxito y poder que lo sustenta, nada impedirá a sus desilusionados admiradores maldecirle y condenarle, como hacen todas las personas primitivas con sus antiguos ídolos. Con todo, un examen más detallado de su persona tampoco le sustraería a este destino.

Pero esto es poco relevante, porque el poder de Hitler sobre el pueblo alemán se sustenta en unas bases muy diferentes de las de la popularidad. Como persona, Hitler puede no ser ni alemán ni popular, pero sí como líder —Führer—. Hitler puede no ser típicamente alemán, pero sí puede ser Alemania en su calidad de Führer. Recordemos que incluso antes de su ascenso al poder había legiones de alemanes tras él. Y todavía hoy, cuando su inhumanidad ya es reconocible, sigue teniendo muchos secuaces sinceros. A la mayoría de ellos les parece un extraño. Existen causas más profundas que justifican la formulación «Hitler es Alemania»… al menos en parte.

Dichas causas han de ser buscadas en los únicos puntos cardinales constantes y aparentemente reales de la política de Hitler: en su voluntad de poder, en su exasperación y su tendencia hacia lo teatral. Estas tres características seducen a Alemania, aunque procedan de Hitler.

Cualquiera que sea capaz y tenga la voluntad de llegar al poder, gobernar y dirigir encontrará en Alemania multitudes que le obedezcan y le sigan alegre y despreocupadamente. Es algo que los países occidentales no entienden; a menudo no lo creen, y si lo creen, lo desprecian. Aman ante todo la libertad y la autodeterminación y no pueden imaginarse una mentalidad que considere estos logros como una carga de la que uno se libera con alivio. Pero ésa es la forma de pensar de los alemanes. Y yo quisiera añadir que esa mentalidad no ha de ser más despreciada que la de las naciones amantes de la libertad. En la historia alemana no ha habido ninguna revolución coronada por el éxito ni casi ningún caso de autodeterminación eficaz que merezca ser recordado.

En contraste, ha habido largos períodos gloriosos: el dominio de los Kaiser en la Edad Media, el sabio y benévolo régimen de los príncipes de la Iglesia, el afortunado patriarcalismo de muchas dinastías célebres, el gobierno elegante y magnánimo de la oligarquía comercial de la Hansa, etc. Con el transcurso de los siglos, el alemán ha aprendido que la renuncia a la autodeterminación política, para la que no está suficientemente dotado, no significa renunciar a la dignidad humana, aunque otras naciones puedan interpretarlo así; ha aprendido que ni siquiera se le arrebata la libertad que de verdad desea, es decir la libertad de su esfera privada, y por último, que en general así se las arregla bastante bien.

En este último aspecto, como en todas las demás cosas, hay que registrar un declive en este siglo. No podemos entrar en detalles del cómo y del porqué. Baste decir que el comprensible deseo de autoridad y de un buen gobierno ha llevado a muchos alemanes a venerar la violencia desnuda y brutal. La violencia en bruto, que carece de todo contenido, ejerce un atractivo mágico cada vez mayor en las actuales generaciones de alemanes. Está muy extendido un masoquismo masivo sofocante y angustioso. El «hombre fuerte» y el gobierno que «interviene con dureza» despiertan entusiasmo. Ésta es la mentalidad que Hitler encontró y fomentó.

Amordazar a la prensa, suprimir la libertad de expresión y de opinión, la Gestapo, los campos de concentración…: no sólo intimida a las personas, sino que además, a diferencia de las reglas «chapuceras» y «temerosas» de la democracia liberal, les hace perder la cabeza. (Por esta razón, nada serviría tanto a la causa de los aliados en Alemania como un golpe militar brutal y violento, y nada ha perjudicado más al prestigio de los aliados que toda su política de indulgencia y apaciguamiento, que simplemente no tuvo en cuenta esta disposición psicológica de un gran número de alemanes.)

La ventaja psicológica que posee Hitler gracias a esta tendencia masiva a conformarse con la violencia se ha perdido en parte por el carácter dinámico de su liderazgo. (Ya hemos visto que a cambio ha obtenido otras ventajas.) La mayoría de alemanes respeta una política conservadora fuerte que garantice la paz y el orden y que deje intactas la esfera privada y la comodidad doméstica. Sin embargo, un liderazgo dinámico que convierta a todos en secuaces, que sea totalitario y que no conozca espacios libres privados y una vida sin cargas ni preocupaciones, sino que exija la acción permanente, eso sólo lo desea una minoría juvenil —los verdaderos nazis —, mientras que la mayoría lo considera desagradable y molesto. Trataremos esta cuestión con más detalle cuando analicemos la postura de los nazis y de la población leal. Son debilidades que la propaganda antihitleriana puede aprovechar con eficacia. De todos modos, tales debilidades no se revelarán como mortales. Porque Hitler, como no se siente vinculado a un programa ni a un objetivo ni a una persona, está plenamente capacitado para renunciar durante un tiempo al dinamismo, al totalitarismo o a sus propios secuaces y volverse conservador, si fuera necesario para conservar el poder. Ya lo hizo con éxito el 30 de junio de 1934.[8] Además, su voluntad de poder no es el único pilar psicológico de su sistema. Más funesto es su vínculo con Alemania sobre la base de la exasperación común.

Fue una casualidad trágica para todo el mundo que la miseria personal de Hitler coincidiera con la miseria alemana en el año 1919. Como Hitler, Alemania había fracasado terriblemente. No fue sólo una derrota militar, sino un fracaso de toda la concepción alemana de la vida que, a semejanza de la de Hitler, respondía al mundo de Wagner y Makart. Alemania, como Hitler, no reaccionó ante la derrota afrontándola, buscando sus propios

errores y rectificando, sino con exasperación, terquedad y odio. Esta tendencia a la exasperación es un grave peligro y una debilidad psicológica del carácter alemán. El alemán —tanto el individuo como la nación— tiende siempre a sentirse perseguido, ofendido y maltratado. Le gusta verse como el «típico alemán honrado, bueno y tonto», del que el mundo malvado, falso y envidioso siente celos y cuyo carácter bonachón es explotado continuamente. No nos detendremos ahora a remontar esta funesta idiosincrasia alemana hasta sus raíces históricas. Aunque sus orígenes no daten de más allá de ciento cincuenta años atrás, parece inextirpable. Dicha idiosincrasia es, como sabemos, el resultado de una autoconciencia patológica. Es un sentimiento complicado. No es que al alemán le falte conciencia de sí mismo, en muchos aspectos es incluso exagerado. Por una parte, tiene una gran confianza en su fuerza y su capacidad y está siempre convencido de que puede con todo «simplemente remangándose», lo que naturalmente es un error. Pero por otra parte, se siente indefenso como un niño —cosa que probablemente sea otro error— cuando se trata de intereses pacíficos y civiles: vive continuamente atemorizado de ser engañado, y sólo se siente seguro cuando puede asestarle un golpe a alguien. No tiene una autoconciencia pacífica, sino guerrera: una mezcla peligrosa.

Si se agita esta autoconciencia militar, el resultado es terrible. Eso fue lo que ocurrió en la Guerra Mundial. La derrota no se puede admitir jamás, bajo ningún concepto. Es una puñalada en la espalda. Tanto los judíos como los masones tienen que aguantarse y hacer como que la derrota no ha tenido lugar. Si alguien pronuncia la desagradable verdad, se le asesinará de inmediato. La furiosa y sanguinaria exasperación que se propagó por toda Alemania después de 1918 es idéntica a la reacción de Hitler ante la derrota, cuando fue expulsado de la vida y obligado a vivir en una buhardilla y en un asilo. A Hitler sólo le hizo falta cambiar «Hitler» por «Alemania» para concitar en miles y millones de alemanes la terrible exasperación cargada de odio.

Recapitulemos brevemente las partes de los discursos de Hitler que desataron los aplausos más espontáneos y efusivos. Se trata siempre de pasajes que excitan las pasiones, como por ejemplo: «Aquí la prensa

mundial no ha encontrado ningún motivo para alterarse: los torturados no eran más que alemanes», y otros comentarios parecidos. En cuanto a los temas que se venden bien de su propaganda, siempre despiertan sentimientos de inferioridad y afán de venganza, como por ejemplo: «el cerco», «la infamia de Versalles», «la conspiración mundial judía contra Alemania», «la plutocracia inglesa». Cuando se comprueba que hasta sus críticos alemanes se expresan con un tonillo de rencorosa alegría por sus discursos sobre política exterior («Esta vez sí que les ha cantado las cuatro verdades»), entonces se reconoce hasta qué grado Hitler es Alemania.

Aunque haya excepciones, la exasperación es un sentimiento muy difundido en Alemania que el propio rencor de Hitler ha contribuido a aumentar. Eso no significa que Hitler no se encontrara de antemano con una tendencia general a la exasperación. No es, pues, muy equivocado afirmar que el odio de Hitler fruto de sus complejos de inferioridad y su desafiante manera de imponer los peores atributos de su ego están ligados a fenómenos típicamente alemanes, y no sólo de Hitler. Es imposible atajar dichos fenómenos «saliendo al encuentro de Alemania a medio camino» o «quitando de en medio las piedras del escándalo». Eso sólo pueden proponerlo los que no entienden nada de la psique de los alemanes. Su capacidad para imaginarse la realidad tal y como la necesitan forma parte de su estado mental enfermizo. Prueba de ello es la histeria de cerco en la que se ha visto envuelta Alemania últimamente, cuando en realidad era Alemania la que había puesto en un aprieto a Polonia. Aquí no podemos explicar cómo pueden curarse los alemanes de esa psicosis. Mientras Hitler siga fomentando sistemática y diariamente esa tendencia, es imposible hablar de curación. Sólo se podrá intentar cuando Hitler haya sido eliminado. Pero hasta entonces, esa propaganda que ignora dicha mentalidad e intenta discutir con los alemanes, completamente obstinados en su exasperación como con personas razonables, está condenada al fracaso. Hoy es imposible hablar con ellos sobre todas las cuestiones que figuran bajo la rúbrica «A Alemania le han arrebatado injustamente sus derechos y tiene que recuperarlos». Actualmente, la única respuesta eficaz a

estas cuestiones consiste en liarse a puñetazos. Eso no significa que no haya otras muchas cuestiones sobre las que se pueda discutir perfectamente con ellos. Más adelante trataremos muchas en este libro.

En lo relativo al tercer rasgo que Hitler comparte con Alemania, a saber, la tendencia a lo teatral, seremos breves. De momento, esa tendencia no desempeña un gran papel en la política. Sin embargo, hemos de decir que el wagneriano Hitler —wagneriano no sólo en el sentido musical y estético— ha hallado resonancia entre los adeptos alemanes de Wagner. De hecho, la polémica en torno a Wagner, que no ha cesado en el último siglo, no es otra cosa a nuestro parecer que la lucha entre los nazis y sus adversarios. La mentalidad y la concepción vital de Hitler fueron anticipadas por Wagner y sus seguidores. Quien se adentre en la materia comprobará que ya el primer modelo mínimo del Tercer Reich de Hitler había surgido, en los años noventa, del círculo de Bayreuth: la colonia fundada en Paraguay por el ingeniero de montes Bernhard, que lleva por nombre «Nueva Alemania». No debemos dejar de reflexionar sobre este tema. El exhibicionismo político de Hitler, su afición a las escenificaciones teatrales, los efectos fatuos, los desfiles, los festejos impresionantes y los edificios monumentales son repulsivos a ojos de la minoría antiwagneriana, mientras que fascinan a los adeptos de Wagner, que son mayoría en Alemania. Ridiculizar todo como recurso de la propaganda antinazi no es tan fácil como quieren hacernos creer algunos propagandistas socialistas.

Recapitulemos brevemente los resultados de nuestra investigación. Primero: Hitler no se siente vinculado a ninguna idea o concepción política. Puede prescindir de cualquier idea cuando ya no es sostenible. Para eliminar el peligro procedente de Hitler, hay que eliminar al propio Hitler. Segundo: Hitler es Alemania en el sentido de que responde a la idea alemana de un poderoso, articula la exasperación alemana y satisface cierta tendencia de los alemanes a lo teatral. Se estima erróneamente la psique alemana si creemos que, explayándonos sobre estos puntos, podemos hacer que Hitler pierda popularidad entre los alemanes, por muy repugnantes que les parezcan estos atributos a otras naciones. Y tercero: Hitler se volverá inseguro y vulnerable en el momento en que se le caiga la máscara. Hitler se atrinchera tras sus ideas superficiales y en cambio continuo, tras sus

conceptos políticos y tras su poder. De ahí que haya que entender al pie de la letra la fórmula «guerra contra Hitler». Desde un principio tiene que estar claro que esta guerra no puede concluir mediante negociaciones *con* Hitler, sino mediante negociaciones *acerca de* Hitler. En cuanto al pueblo alemán, hay que explicarle que estamos enemistados con los alemanes porque luchan a favor de Hitler y, en segundo lugar, que Hitler tiene buenas razones para movilizarlos a luchar, ya que sólo le salvan de la horca los cadáveres de sus soldados. El hechizo de Hitler se romperá cuando deje de ser tratado como un hombre de Estado y un gobernante, y empiece a ser tratado como el mentiroso que es, cuya eliminación constituye la condición previa para cualquier negociación de paz.

Ahora bien, la palabra «eliminación» ha de ser entendida en sentido genuino. Una mera dimisión política, quizás en forma de abdicación voluntaria en favor de Göring o Hess, que tuviera lugar con gran ostentación teatral y que se presentara como un «sacrificio» sería absolutamente inútil. Eso sólo significaría un repliegue estratégico hacia una posición mejor resguardada y no eliminaría el poder de Hitler, sino que posiblemente incluso incrementara su prestigio. Entonces, Hitler, como el «gran anciano» que se retira al Obersalzberg y se broncea bajo el sol de la vieja gloria de sus antiguos éxitos y de la nueva santidad de su renuncia al cargo, seguiría gobernando desde su refugio a través de la persona de su lugarteniente o supuesto sucesor. Mientras sobrevivan Hitler y el gobierno nazi, Hitler seguirá en el poder. Porque pese a todas las rivalidades y ambiciones personales, Göring, Hess y sus secuaces saben que Hitler es el fundamento y el eje de todo el sistema nacionalsocialista y que, si renuncian a él, se desmorona el castillo de naipes.

Tampoco sería suficiente la eliminación de su persona mediante un atentado coronado por el éxito. Es un viejo error creer que el poder de un personaje se puede derribar mediante su eliminación física. Aunque suene a frase hueca, es un hecho que en tales casos «el espíritu sobrevive». Hitler no sobreviviría como un poder de fondo, sino como mártir, como santo, como Dios. Es posible que en tal caso las luchas que librasen los rivales por la sucesión trastornaran y paralizaran el régimen. Pero tras esa etapa de transición el régimen recobraría todavía más fuerza, pues entonces poseería

algo que ahora no tiene: un mito indestructible. Hitler recuperaría el papel que desempeña Lenin en Rusia y que ha desempeñado Dollfuss en la Austria de Schuschnigg.

La eliminación de Hitler, para que sea eficaz, ha de ser total: en el campo político, moral y físico. Si la eliminación física debería tener lugar en forma de ejecución o de un exilio permanente, por ejemplo, en Santa Helena, es una cuestión secundaria. Lo importante es que tenga el carácter del cumplimiento de un juicio, y que tras el juicio no quede ninguna duda de lo siguiente: una continuación del régimen de Hitler es imposible, y Alemania no puede seguir siendo gobernada en nombre de Hitler. Sólo así podremos eliminar al gobierno nazi, que está sólidamente atrincherado. De lo contrario, éste mantendría a Hitler con vida incluso después de muerto. Porque los dirigentes nazis no cuentan con un firme apoyo del pueblo, ni siquiera entre los nazis más simples, sino que dependen de Hitler. Si éste no siguiera en el poder y si dejara de existir su persona, bastaría el mito de Hitler para que conservaran su posición. Si queremos deshacernos de Hitler, ha de ser exterminado en tres sentidos: como institución, como persona y como leyenda. Hay que eliminar la institución llamada Führer, deshacernos del hombre y echar por tierra la supuesta gloria de sus éxitos.

Una vez que Hitler haya sido eliminado en estos tres sentidos, automáticamente dejará de existir el régimen nacionalsocialista.

II

LOS DIRIGENTES NAZIS

Hitler y los dirigentes nazis son analizados en dos capítulos diferentes. Nada induce más a error que meter en el mismo saco a Hitler y a jerarcas como Goebbels, Göring, Von Ribbentrop y Himmler, y considerar a Hitler como *primus inter pares*, como se ha hecho alguna vez. Hitler es un fenómeno por sí mismo, una fuerza que actúa independientemente del estrato de los dirigentes del partido, que fueron ascendidos a sus posiciones por Hitler y que éste utiliza, mientras que ellos no están en modo alguno capacitados para actuar con independencia de él. Hitler y los jefes nazis son dos fuerzas diferentes en la Alemania actual, unas fuerzas de un calibre absolutamente distinto. Sería ingenuo creer que Hitler podría ser sustituido algún día por uno de sus lugartenientes, como Göring, y que se pudiera decir «Heil Göring» en lugar de «Heil Hitler». Göring sólo podría gobernar si dejara que la gente siguiera diciendo «Heil Hitler». Los dirigentes nazis, incluidos sus representantes más relevantes, sólo podrán gobernar en nombre de Hitler, esté vivo o muerto. En cuanto Hitler sea derrocado, todos los Görings y Goebbels se caerán del árbol muerto como hojas secas. Ninguno de ellos está en disposición de ser identificado con Alemania como Hitler. Alguno que otro tal vez puede disfrutar de cierta popularidad, como Göring. Pero eso es igual de insignificante que la impopularidad superficial de Hitler. Una buena monarquía sí podría quizás apoyarse en la mera popularidad, pero no un Reich como el de Hitler. Hay que profundizar mucho más en el inconsciente vigente en el momento en que la terca exasperación del canalla de Hitler se alió míticamente con la terca exasperación del pueblo alemán.

Hitler, se diga lo que se diga de él, es sin duda un fenómeno. Cada uno de los aproximadamente cien mil jefes nazis más o menos conocidos, que junto a él forman la dirección nacionalsocialista, ya pertenezcan a las estructuras superiores del partido, a la Gestapo, al Reichsnährstand (corporaciones para la alimentación), al Frente de Trabajo o al gobierno del Reich, como persona no es sino un vulgar aventurero y arribista dotado de más o menos cualificaciones profesionales y de más o menos falta de escrúpulos. Hitler fue el caballo que ganó la carrera. Los demás no eran más que pequeños jugadores afortunados que habían apostado al caballo ganador. Hitler fue quien descubrió cómo se asciende de la nada al poder absoluto y cómo, pese a todo, se amplía ese poder a una velocidad sin precedentes. Los otros sólo tuvieron el instinto de engancharse a su carro triunfal en una época más o menos avanzada. Tal vez hayan resultado útiles en el «movimiento», pero ninguno de ellos lo ha creado. Eso fue obra de Hitler. Y ninguno de ellos ha enriquecido en absoluto los métodos tácticos y estratégicos de Hitler. Sólo han sido ejecutores e imitadores en todos los ámbitos, incluso en la retórica y en la gestualidad, meras copias —en su mayor parte, malísimas— de Hitler. Y dado que, a diferencia de Hitler, no han desempeñado ningún papel creativo en la instauración del nacionalsocialismo en Alemania, sino que, al contrario que el potencial suicida de Hitler, sólo se han subido al tren en marcha, están plenamente dispuestos a apearse de él antes de que se precipite al abismo. Por si se diera el caso, los personajes de relieve, como ya sabemos, han tomado las precauciones necesarias transfiriendo elevadas sumas de dinero a países neutrales. Las pequeñas lumbreras no están capacitadas para hacer eso, de modo que cuando los pillen se volverán delatores y negarán haber tenido nada que ver con el asunto.

Es inquietante observar hasta qué punto está sobrevalorado Göring por los políticos extranjeros de derechas, Goebbels por algunos intelectuales de entre los emigrantes, Himmler por una parte de la segunda generación de nacionalsocialistas y Von Ribbentrop por sí mismo. Ninguno de ellos habría tenido el carisma de Hitler sin Hitler o contra Hitler. Ninguno de ellos ha desempeñado una sola tarea política creativa (aunque sea en sentido negativo). Lo único que pueden ofrecer, aparte de la autopromoción, es una

actividad increíblemente exagerada en su campo, actividad cuyo carácter extremadamente dudoso pronto será evidente. Ninguno de ellos es más que un dedo de la mano de Hitler, y además de la izquierda. Ninguno de ellos merece, como personaje, el interés que sin duda Hitler puede reclamar para sí. Ninguno de ellos, por sí mismo, es una fuerza política o, siquiera, un potencial político con significado, por muy pequeña que sea.

Pero, por desgracia, los jefes nazis, como conjunto, poseen una fuerza y un potencial político, empezando por las cuatro personas que acabamos de mencionar, que son injustificadamente célebres, pasando por las figuras más bien anodinas de Hess,[1] Ley[2] y Bürckel,[3] por los jefes nazis que desempeñan un papel en la provincia y las comunas y que son desconocidos en el mundo exterior, hasta llegar a la gente absolutamente anónima de la Gestapo, un aparato de unas diez mil personas que hoy domina, impulsa y organiza Alemania. Como grupo son interesantes, pero como individuos carecen por completo de interés. Forman un estrato dominante homogéneo con unos atributos inalterables. A diferencia del «incomparable» Hitler, este estrato constituye una masa impersonal e ilimitada que se genera a sí misma. Podría sobrevivir a la muerte y a la sustitución de sus miembros más conocidos sin que se operara un cambio perceptible en su eficacia ni en su carácter y, mientras las circunstancias lo permitieran, seguir gobernando de la misma manera. Sólo a causa de su relativa mediocridad, este estrato es el elemento más estable del nacionalsocialismo, pero, al mismo tiempo, es el elemento que otorga al poder nazi su inconfundible cuño, incluso en los detalles más insignificantes. Es algo que Hitler no podría hacer por sí solo. Este estrato encuentra y forma a sus miembros con un olfato certero. Todos desempeñan su papel del mismo modo y manifiestan la misma conducta personal. Realmente no es ninguna exageración decir que las caras de la mayor parte de ellos se asemejan inconfundiblemente. Cualquiera que los haya observado lo bastante podrá reconocer enseguida, pese a sus diferencias individuales, el típico rostro de un dirigente nazi. Donde más claramente se nota esto es, por ejemplo, en el caso de Darré, el ministro de Agricultura, en Frank, el actual gobernador general de Polonia, en Levy y

en Kerrl, el ministro de Asuntos Eclesiásticos. Basta con mirar una foto de grupo de los *gauleiter* (jefes de distrito) para descubrir esta enigmática uniformidad.

Que pudiera crearse en Alemania un estrato tan homogéneo en tan poco tiempo y sin una tradición perceptible o una formación común es un fenómeno digno de ser mencionado. Sobrevaloraríamos la capacidad de Hitler si pensáramos que, en el transcurso de veinte años, creó esa masa a partir de la nada. Tuvo que encontrársela ya preparada. La materia prima del estrato nacionalsocialista dirigente tuvo que haber existido ya de un modo casi imperceptible desde fuera, de manera que sólo hiciera falta extraerla de la masa amorfa del pueblo alemán: de la burguesía, pero también de las clases de los comerciantes, de los directores de colegios, de los pequeños maestros de escuela, de las universidades, del funcionariado medio y del estrato de los antiguos oficiales de la reserva. Disfrazados con la personalidad hitleriana y con las frases huecas y sentimentales conocidas como la «Weltanschauung (cosmovisión) nacionalsocialista», formaron de repente una tropa de choque elitista y agresiva.

Hoy en día no resulta difícil rastrear sus huellas hasta el pasado y encontrar las pruebas personales concretas del origen de los actuales dirigentes nazis en la Alemania de los Kaiser, o incluso en la época anterior. Podemos encontrarlas, por ejemplo, en los sectores de clase media de las antiguas Burschenschaften (corporaciones de estudiantes), entre la Deutsche Turnerschaft (federación de gimnastas), entre los maestros de escuela de la Alemania de Guillermo II o en otros sectores aún más oscuros del organismo social. Con todo, el repentino desarrollo de esta clase social, que ya existía anteriormente, asombra y asusta en sumo grado. Por un instante, se está tentado a creer a los jefes nazis cuando dicen que son la clase dominante natural, nacida en suelo alemán, y extraer consecuencias de este fenómeno, consecuencias que no auguran nada bueno para Alemania, pues ocurre muy rara vez en la historia de un pueblo que un estrato tan cerrado y uniforme, dispuesto a gobernar y en parte preparado para ello, surja de una nación *sin* tradición ni educación. No obstante, tal vez sea un error renunciar a toda esperanza para Alemania. A partir de los fenómenos actuales, me atrevo a afirmar que Alemania posee la capacidad para obrar,

al menos por sexta vez, el milagro del nacimiento de una élite a partir de la nada, y para mostrar de nuevo al mundo asombrado una cara completamente distinta que pueda ser considerada como su verdadero rostro. Del mismo modo que los dirigentes nazis se mantuvieron ocultos mucho tiempo en los rincones oscuros del entramado social mientras se preparaban en secreto para gobernar, hoy, en muchos sectores de Alemania, existen potenciales fuerzas dirigentes que están al acecho. Cuando les llegue la hora, aparecerán para tomar el poder. En la Europa occidental apenas se tiene noción de la caótica fertilidad de este país llamado Alemania, que cada día está dispuesto a empezar de nuevo la vida, a negar su identidad de ayer y a ponerse en cuerpo y alma —para bien o para mal— al servicio de un nuevo experimento.

No debemos olvidarlo al constatar las características decisivas de la cumbre directiva nacionalsocialista y al investigar cómo ha llegado esta gente al poder. Nada de lo que constatemos excluye que otros grupos de Alemania radicalmente diferentes alcancen tal oportunidad, siempre y cuando encuentren el momento apropiado, el hombre indicado y la consigna adecuada.

Las características decisivas de los dirigentes nazis son una corrupción, una capacidad de trabajo y un cinismo ilimitados. Queremos dejarlo claro.

El grado y el alcance de la corrupción de la clase dominante no tienen precedentes. Que siete destacados miembros de la cúspide del partido hayan robado a lo largo de seis años ciento cuarenta y dos millones de marcos —pese a las leyes dictadas por ellos mismos y a la pena de muerte prevista para tal conducta— no es ninguna excepción, sino muy revelador de lo extendido que está este fenómeno. Estos siete hombres, que tomaron posesión del cargo como deudores insolventes, poseen hoy, además de esos ciento cuarenta y dos millones de marcos, haberes en el extranjero, castillos, casas de campo, fincas urbanas y pabellones de caza en Alemania, cuyo valor asciende como mínimo a su patrimonio extranjero y a su capital móvil en Alemania. Pero no sólo estos siete dirigentes destacados han amasado una fortuna robando al Estado, al partido y a otras cajas públicas. El mantenimiento de todos los *gauleiter* y los altos mandos de las SS y de

las SA cuesta tal dineral que sólo se sostienen mediante la más desvergonzada utilización de los fondos públicos. Casi toda esta gente procede de la pequeña burguesía y casi todos llevan una vida de magnates. Cuando hay que eliminar a uno, a menudo se utilizan estas malversaciones como pretexto. La corrupción fue una de las razones alegadas para cesar y ejecutar, por ejemplo, los dos *gauleiter* Kube y Koch (este último fue indultado), así como el desafortunado Röhm y sus subordinados. Pero como el estilo de vida y la cantidad de gastos son los mismos en todos los altos funcionarios del partido, huelga decir que los sancionados no constituyen ni mucho menos una excepción.

Además, la corrupción traspasa los límites del ámbito financiero. Göring, por ejemplo, se incauta cuadros de los museos públicos para sus diferentes casas y pabellones de caza, mientras que Goebbels reclama un monopolio de actrices de cine y de un harén. Casi todos los altos dirigentes nazis emplean a hombres de las SA y de las SS como criados y ordenanzas en sus banquetes y recepciones. Ley goza de fama especial por sus excesos alcohólicos y Streicher por sus excesos sexuales, aunque ninguno de ellos sea un *primus inter pares*. Dicho brevemente, en los asuntos de dinero y de moral todos los jefes nazis actúan como si estuvieran por encima de la ley; todos creen que los fondos y los bienes que administran son, hasta cierto grado, propiedad suya, y que la gente que está a sus órdenes son sus esclavos. Creen que tienen que tomar tanta tarta como puedan devorar.

Lo interesante es su tendencia al desbordamiento, tendencia que paradójicamente les protege. Los dirigentes nazis han trasladado al campo de la corrupción la doctrina de Hitler, según la cual sólo las grandes mentiras pueden ser creídas (porque parece improbable que alguien tenga el valor de pronunciarlas, mientras que al pequeño y tímido mentiroso se le declara enseguida culpable). De modo que han especulado con éxito sobre la incapacidad de la opinión pública alemana para reconocer una corrupción de tal calibre como corrupción, mientras que sus formas más modestas son «pilladas» y correspondientemente condenadas. Así, por ejemplo, en la República de Weimar se consideró sumamente ignominioso para la clase gobernante que algunos funcionarios socialdemócratas del ayuntamiento berlinés —padres de familia pequeño-burgueses que, pese a sus muy

modestos ingresos, querían parecer respetables— hubieran aceptado regalos en forma de ropa y camisas de seda de una fábrica de tejidos que se esforzaba por obtener encargos de la ciudad. Cualquier padre alemán de clase media se habría sentido tentado de recibir tales regalos, y habría contenido su deseo de condenar severamente a los que hubiesen cedido a ese impulso. Ese mismo hombre consideraría inconcebible que alguien, como quien no quiere la cosa, transfiriera a su cuenta bancaria unos cuantos millones de los fondos recaudados. Si se viera confrontado a tal conducta, fallaría su sentido del derecho y no sabría qué decir. En su rostro se reflejarían el asombro, la sorpresa y, sobre todo, la incredulidad. Sencillamente no querría creerse el asunto y, si se le demostrara palpablemente, su indignación daría paso a la perplejidad.

Así, la confusa opinión pública alemana no llama por su verdadero nombre a las malversaciones cometidas por los dirigentes nazis, debido a su alcance. Estos ladrones son unos bandidos tan grandes que se han convertido en grandes señores. Su poder y su desfachatez son tan colosales, que la gente casi agradece que le dejen algo, en lugar de indignarse por haber sido robada. Este punto de vista, dicho sea de paso, es compartido por los jefes nazis, que se ven a sí mismos, como acertadamente lo formulara Rauschning,[4] como la «nueva alta nobleza». La imagen que tienen de sí mismos, y que muchos alemanes desconcertados aceptan, no es la de unos bandidos que roban los fondos recaudados, sino la de unos aristócratas adinerados que sacrifican generosamente una parte de su diezmo en pro del bienestar público. Los dirigentes nazis han aspirado astutamente a sacar provecho de las respetadas ideas de los siglos feudales, y se han colgado la piel de armiño, que no les sienta nada bien, de los antiguos príncipes reinantes. Pero por mucho que ostenten esta nueva alta nobleza, siguen siendo unos burgueses engreídos y unos nuevos ricos. Sin embargo, esto sólo lo perciben los que tienen más formación y mejor gusto, pero no entra en la cabeza de las amplias masas. Al final se reconoce la corrupción, pero se soporta y no indigna. Si se quiere desatar la ira a través de la propaganda, nos encontramos ante una tarea ardua, pero no del todo desesperada. Habría que ponerse manos a la obra con mucha paciencia. Probablemente se lograría más con el descubrimiento de pequeños detalles relativamente

inofensivos que de la gigantesca envergadura del latrocinio. En cualquier caso, tropezaríamos con una reacción intuitiva muy bien expresada en el siguiente versículo de la Biblia: «Al buey que trilla no le pongas bozal». Para disculpar su corrupción, los dirigentes nazis alardearían de su fabulosa capacidad de trabajo y de que la mayoría de los alemanes les dan la absolución.

Porque una cosa es indiscutible: en el trabajo administrativo, esta camarilla de jefes revela una capacidad y una energía sin precedentes. Su atributo fundamental y, al mismo tiempo, su carta de triunfo, incluso en ciertos círculos de fuera de Alemania, es su carácter prusiano. Sin embargo, es un completo error considerar la cúspide dirigente nacionalsocialista como la continuación o la culminación del ideal prusiano. Así, por ejemplo, su corrupción y su amor al lujo contrastan radicalmente con la estricta moral virtuosa y con el ascetismo de los antiguos prusianos. Tampoco son prusianos su afán de aventura, su arribismo ni su cinismo, del que habría mucho que hablar. Pero su capacidad profesional es tan prusiana como su tendencia a exagerarla y a sobrevalorarla.

Lo cierto es que la capacidad de trabajo se ha convertido en muchas partes de Prusia y en la Alemania nazi en un fin en sí mismo. Se le atribuye una importancia que no tiene: la de un valor absoluto. El resultado es atemorizador, mucho más aterrador que el del caos moral y el de la corrupción que reinan entre los dirigentes nazis, pero esto no se reconoce ni se entiende, sino más bien al contrario.

«Tenemos que reconocer que algo han hecho», dicen en Alemania los apologistas de los nazis con los ojos iluminados. Nadie pregunta qué es ese «algo». Eso, frente al grandioso prodigio de haber sido hecho, carece de importancia. «Podemos habernos equivocado y haber cometido errores —suele decir Goebbels con un elegante temblor en la voz que aparece por lo menos una vez en cada discurso—, pero hay una cosa que no se nos puede reprochar. No hemos vacilado en acometer las cosas. No nos hemos echado atrás ante las dificultades ni los problemas». Estas palabras suelen provocar el aplauso enfervorizado. Se trata de uno de los pocos casos en los que Goebbels no miente.

En efecto, toda tarea política y estatal es acometida por los dirigentes nazis, por así decirlo, con las mangas remangadas y con un gesto que viene a significar: «¡Ahora se van a enterar!». Y así actúan. Cuando un dirigente nazi se hace cargo de la política exterior alemana, como es sabido que ocurrió en febrero de 1938, entonces se nos corta la respiración. ¡No dejan de tocar ni una sola tecla del teclado diplomático! Ultimátums con un plazo de tres horas, ocupación militar de pequeños Estados vecinos, ideas que marcan época y que son proclamadas cada dos meses como base de un nuevo orden mundial europeo, «pactos de acero» que se rompen al cabo de tres meses, pactos de amistad con potencias contra las que unos días antes se habían forjado coaliciones mundiales, empresas absurdas que dejan sin habla al observador, una cadena de confusos cambios de dirección y de éxitos rápidos y espectaculares en forma de provincias y Estados conquistados. Al mismo tiempo, el país va perdiendo crédito internacional y diplomático a toda velocidad, sus propias leyes son derogadas y un buen día estalla una guerra contra dos grandes potencias… ¡pero da igual!

Si los nazis emprenden el rearme, ya conocemos su procedimiento. «Dentro de dos meses estarán terminados tres mil aviones.» Y lo están, aunque en el momento en que son encargados no haya fábricas ni materia prima ni dinero. El Día Nacional del Vuelo, en Tempelhof, los aviones hacen sus rizos en el cielo, mientras un alemán le dice a otro: «Este Göring se gana merecidamente su sueldo». Y al decirlo, le está perdonando lo que recibe además del sueldo. Es cierto lo que divulgó hace poco el vicepresidente de la Banca del Reich, Brinckmann (que fue declarado loco): que los alemanes han pagado por los aviones diez veces más que otros países y que han obtenido productos de poco valor. También es cierto que cuando el ejército y la Luftwaffe estén organizados, el sistema monetario se habrá ido a pique, la industria se habrá desmoronado, el pueblo estará subalimentado, la red ferroviaria estará cerrada y la exportación se habrá ido a la ruina… ¡pero qué más da! Todo eso es asunto de otros ministerios, que deben intentar obtener resultados similares con una eficiencia parecida. El ejército y la Luftwaffe ya están listos, y además en un tiempo récord. ¡Capacidad de trabajo! ¡Arrojo! ¡Rendimiento!

La capacidad de trabajo de los nazis es engañosa. Lo que los nazis planean se realiza en unas dimensiones «gigantescas», «colosales», sin precedentes, y una y otra vez se comprueba que lo que han hecho les ha salido demasiado grande. Pero eso impresiona a los alemanes. Una vez que los nazis han descubierto que la propaganda es parte de la política, han creado el aparato propagandístico más poderoso del mundo: todo alemán en el extranjero es un emisario (y espía) de su país; todo periódico es un órgano del Ministerio para la Ilustración Popular y la Propaganda; las películas, la literatura, la música, el arte y la ciencia son diferentes campos de la propaganda nacionalsocialista. Y aunque todo alemán en el extranjero sea evitado y odiado, aunque ya no se lea ningún periódico alemán ni se importen películas alemanas, y aunque la literatura, el arte y la música de Alemania se vayan al garete… ¡tenemos el aparato de propaganda más gigantesco del mundo! Y el emigrante alemán más estoico no puede contener del todo su admiración por ese «astuto tipo bajito», el increíblemente trabajador ministro de Propaganda, que ha sido capaz de llevar a cabo todo eso.

La policía y la protección del Estado son más eficientes aquí que en ningún otro país, y no sólo ahora, sino también en el pasado. ¿Encarcelar a los enemigos del Estado? Eso no basta, ni mucho menos. Aquí son torturados. No existe ningún medio intimidatorio mejor. Y no sólo se aplica a los enemigos del Estado. No, nosotros encarcelamos a todo aquel que no sea un ciudadano del Estado entusiasta y de primera clase, y le torturamos. ¿Y cómo demuestra ese servidor del Estado de primera clase que lo es? Acusando a todos los que no lo sean y dejándolos en manos de la tortura. ¡Todo alemán es un soplón de la policía! Si el Reich no dura mil años, no será por falta de capacidad de trabajo. ¿Que la cultura se va al infierno? Eso es asunto del Ministerio de Educación y Formación del Pueblo. ¿Que languidece la alegría de vivir en Alemania? La organización Kraft durch Freude («la fuerza a través de la alegría») se encargará de que Alemania rebose de alegría vital. Y lo cierto es que se encarga de ello con una eficiencia devastadora.

He aquí la capacidad de trabajo nacionalsocialista. Es la aptitud del profesor alemán de latín que hace empollar a los mejores de la clase —los gafotas de músculos lacios— hasta que aprenden tan bien los verbos irregulares que los recitan dormidos; es la capacidad de trabajo del profesor alemán de gimnasia que cría gimnastas con unos bíceps descomunales y un cerebro de mosquito. Es la capacidad de trabajo de Schlieffen, Tirpitz y Ludendorff, que hicieron que Alemania iniciara y perdiera la Guerra Mundial confeccionando un plan de guerra único en su género, mandando construir una flota gigantesca, organizando una guerra submarina «sin límites». Es la capacidad de trabajo de un hombre que va matando poseído de una locura homicida, para batir el récord mundial. En suma, es la forma más amenazadora de la estulticia que se conoce.

Pero la mayoría de los alemanes, con su estado de ánimo y sus conocimientos actuales, no quiere reconocerlo. No saben, por ejemplo, que han perdido la Guerra Mundial por su excesiva capacidad de trabajo y su falta de inteligencia. Siguen creyendo que si se hubieran esforzado un poco más, habrían obtenido otro resultado. Tras la creación del Reich alemán, han aprendido que, mediante la capacidad de trabajo —que hasta cierto grado es una virtud, pero que no se diferencia mucho de la virtud, igualmente relativa y de doble filo, de la minuciosidad—, han obtenido más que otras naciones. Y desde entonces, su historia es el aburrido intento de demostrarse a sí mismos y al mundo que esa capacidad de trabajo es el bien supremo y que les justifica y les capacita para dominar el mundo. Confiemos en que algún día reconozcan su error, tal vez después de esta guerra. Pero por ahora, no lo reconocen. Han olvidado por completo lo que en otro tiempo sabían sus filósofos: que toda acción, además de miles de efectos intencionados, provoca otros muchos efectos no intencionados, por lo que en nueve de cada diez casos es mejor y más prudente permanecer inactivo y no «actuar enérgicamente». Tampoco les interesa saber que los grandes imperios, como la monarquía de los Habsburgo o el actual Imperio británico y, en general, las democracias dotadas de gran paciencia, tolerancia, discusión, respeto, no injerencia intencionada, discreción y perspicacia, es decir, de todo lo que los nazis denominan «dejadez», fueron y son gobernados casi siempre con éxito. A la mayor parte de alemanes este

hecho no les hace reflexionar, sólo su tendencia a menospreciar a los demás y a jactarse de la propia superioridad. Tampoco les inquieta el hecho de que, pese a toda su capacidad de trabajo, no les vaya mejor, sino que como mucho despierta en ellos resentimientos contra el mundo falso y malicioso que les niega el merecido premio a su capacidad de trabajo. Esto les da motivo para aumentar aún más dicha capacidad. A ojos de la mayoría de alemanes, la capacidad de trabajo se ha convertido en un valor y en un fin en sí mismo, y no conocen ninguna escala superior en la que medirse. Ni siquiera los beneficios materiales les sirven de barómetro. Cuando en 1923, con la desvalorización del marco, todos los alemanes se vieron en apuros mientras ese puñado de hombres —que habían acarreado la inflación y sacado provecho de ella— obtenían fabulosas ganancias, muchos alemanes seguían estando orgullosos de que, por lo menos, algunos de los hombres más ricos del mundo vivían entre ellos. Por el contrario, los grandes éxitos logrados por Stresemann y sus colaboradores en el terreno de la política social, económica y exterior no satisfacían a muchos alemanes porque su capacidad de trabajo no se manifestaba lo suficiente, por más que esos éxitos hubieran repercutido en el bolsillo de todo el mundo. «Una pandilla de inválidos» fue la sentencia que recayó sobre estos hombres de Estado de la República de Weimar, cuya paciencia en las negociaciones con los acreedores extranjeros se había visto coronada por el éxito. Estos hombres de Estado no contraatacaban ni siquiera cuando eran insultados en casa. En cambio, ¡Göring y Himmler están hechos de otra pasta! Por desgracia, no se puede negar que los alemanes de hoy necesitan contraponer a su mayor capacidad de trabajo menos inteligencia que la mayor parte de los pueblos. Lo que da credibilidad a los dirigentes nazis ante los ojos del pueblo alemán es su frenética capacidad de trabajo, su manía de correr de un lado a otro, su «dinamismo» y su «energía» (por utilizar la actual jerga nazi). Además, esto les concede algo todavía más importante: solidez, seguridad en sí mismos y una conciencia tranquila. Del mismo modo que su corrupción está protegida por haber alcanzado unas dimensiones tan increíbles, su actividad desenfrenada constituye la base y el motivo de su capacidad de trabajo.

La tercera característica de esta gente, su cínico nihilismo, les confiere su típica impronta y los hace tan repugnantes. Belloc incluye a los impíos entre los «siete malos olores». Los dirigentes nazis son, en el verdadero sentido de la palabra, unos impíos, de ahí su mal olor. Esos hombres corpulentos, carnosos y pálidos, con sus andares pesados, su cara tersa y grasienta, sus ojos fríos de pez y su boca brutal e inexpresiva, son unos personajes horribles de cuya contemplación todo el mundo debería estar advertido. Tienen el aspecto de las personas para las que nada es sagrado. Es banal decir que los dirigentes nazis no conocen ninguna religión, ninguna moral, ninguna humanidad ni ninguna inhibición tradicional. Ellos mismos se jactan de estas cosas, por lo que sería una pérdida de tiempo reprochárselo. Quizá tampoco sean conscientes de que, desde el punto de vista estético, son completamente inexpresivos y huecos, ni de que carecen de esas normas que a menudo sustituyen a la religión, como por ejemplo el honor, la buena conducta, la decencia y el gusto. Sin embargo, sí lo sabe quien haya conocido sus modales de camorristas, su repulsiva manera de juguetear con la fusta (sin haber montado nunca a caballo), su placer ofendiendo a los indefensos, su solapada cobardía personal en los momentos críticos o peligrosos, sus infamias recíprocas y su falta de carácter y de humor. Basta con ver una película sobre una reunión de los dirigentes del Reich en la Asamblea del Partido o con escuchar una emisora de radio que retransmita un discurso de Hitler en el Reichstag, para oír los mugidos, relinchos y ladridos de los ochocientos allí reunidos durante las pausas que les conceden.

Pero no tiene mucho sentido hablar de ello. Estos hombres no conocen ninguna religión, ni moral, ni estética. Ni siquiera una norma social. En su vocabulario, «humanidad» significa tanto como «tiovivo humano». Como son unos advenedizos absolutos, no tienen ninguna tradición a la que remontarse, ningún antepasado ante el que comportarse dignamente. Pero lo más extraño, alarmante y monstruoso es que no haya nada, pero lo que se dice nada, que reconozcan como una ley superior a cuyo servicio puedan poner su incesante actividad. Aparte de todos los valores sagrados de Europa, que ellos niegan, pero a los que todos los dirigentes de los países occidentales civilizados se sienten tácitamente vinculados —Dios, el honor,

la verdad, la fe, la humanidad, la tradición—, los hombres de Estado de otros países sirven al rey, a la constitución o al país. Los hombres de Estado de la Unión Soviética, en la que estas instituciones poseen un valor sumamente discutible, sirven al menos al marxismo, su sucedáneo de la religión, y a la causa de la revolución mundial bolchevique. Los dirigentes nazis no tienen nada, ni constitución, ni principio, ni ideal. Ni siquiera sirven a su país.

Como sabemos, Alemania no tiene testas coronadas. No posee ese centro inspirador de todas las fuerzas que se congregan en torno a los principios de la «Alteza real»: la jerarquía, la nobleza y la dignidad del servicio. Tampoco tiene constitución, nada equiparable a la «libertad, igualdad y fraternidad» de los franceses. Sobre este punto, quizá los defensores de los nazis preguntarían: «¿Y qué hay de la cosmovisión nacionalsocialista?». A lo que tenemos que responder que, salvo el nombre, no existe tal cosmovisión. Detrás de ese ostentoso nombre, o no se oculta nada o, a lo sumo, se oculta la doctrina que permite o incluso ordena robar, torturar y matar a los judíos. ¡Qué contenido más mezquino para una cosmovisión!

En lo que se refiere a la siguiente generalización —la búsqueda de una interpretación racial de la historia y la teoría de la superioridad de la «raza señorial alemana»—, hay un sinnúmero de contradicciones y una gran confusión. Según tales ideas, la «raza nórdica» estaría destinada a dominar a todas las demás razas, pero este derecho sólo se les otorga a los bastardos eslavo-romano-germanos que pueblan el Reich alemán, pero no a los nórdicos escandinavos e ingleses. Los alemanes son, supuestamente, un pueblo de señores, pero les está rigurosamente prohibido tener su propia opinión, elegir por sí mismos y reclamar su libertad personal: si no son nazis, son apaleados en los campos de concentración, pero si son nazis, tienen que demostrarlo mediante la obediencia ciega del esclavo. A eso se le denomina el principio del Führer. Aunque creen ser un «pueblo señorial», los alemanes son un pueblo de esclavos, y aunque la raza nórdica es la elegida para dominar el mundo, sus miembros son privados de sus

posesiones. Esta cosmovisión es un sinsentido, por no decir una estafa convenida. Además, ni un solo dirigente nazi se la toma en serio. Los jefes nazis son una realidad, mientras que su cosmovisión no lo es.

Por último, queda algo a cuyo servicio podrían estar y en lo que podrían creer los dirigentes nazis: Alemania. ¿Son patriotas, los nazis? Ellos afirman que sí. Los alemanes leales les creen, pero están llenos de dudas y su confianza se tambalea cada vez más. Algunos extranjeros bienintencionados también creen a los nazis. Se equivocan todos.

Sin duda, es cierto que los jefes nazis han ampliado las fronteras de Alemania, han aumentado su fuerza y su contundencia militar y han reforzado su prestigio en el mundo. Existe un pomposo «socialismo de escaparate». El desempleo ha sido sustituido por la escasez de trabajo: existe una gigantesca organización para el trabajo forzado y para la denominada campaña de auxilio en invierno, a la que se le da más bombo que a todas las organizaciones de auxilio del mundo juntas. Lo extraño es que la pobreza, en lugar de disminuir, haya aumentado en Alemania, y que esta Alemania más grande, más poderosa y militarmente mejor armada sea hoy tan pobre y esté tan arruinada y descontenta como nunca antes. «Por sus frutos los conoceréis.» No es ninguna casualidad ni un destino inescrutable que el intenso trabajo que han prestado los dirigentes nazis «por Alemania» sólo haya perjudicado y vuelto más desdichado al país. Existe una razón: los dirigentes nazis no han hecho absolutamente nada por Alemania. Les es completamente indiferente, y nunca se esfuerzan por conocerla ni por consultarle cosas. Tampoco les importaría nada destruirla.

Los jefes nazis tienen la misma relación con Alemania que el desconsiderado dueño de un caballo de carreras, que quiere ganar la carrera y nada más. Con este objetivo le ha entrenado con dureza y lo ha montado de la forma más desdeñosa. Si el caballo comparte su afán de gloria y quiere ser un caballo de carreras, o si sufre daños que le dejan paralizado el resto de su vida, son cuestiones que no atañen al propietario del caballo. Pero las naciones no están ahí para convertirse en equipos de deporte. Ése es el destino que los nazis han impuesto al pueblo alemán. Los dirigentes

nazis aspiran a transformar Alemania en un gigantesco club deportivo que siempre «gane» y, de este modo, pierda su felicidad, su carácter y su identidad nacional.

Los nazis destruyen sin ningún miramiento todo lo alemán que se oponga a la realización de su ideal. Llenos de odio y desprecio, hablan de los atributos inherentemente alemanes que hacen de Alemania un país poco apropiado para llevar la vida de un caballo de carreras. La palabra «alemán», que utilizan de un modo tan rumboso y ampuloso cuando quieren adornar sus frases, suena peyorativa y reprobatoria cuando la emplean en un sentido más preciso para describir determinados atributos. Entonces parece que emprenden una campaña contra la «objetividad alemana», la «amabilidad alemana», el «gran respeto por los extranjeros» o contra ciertos tipos como el «catedrático alemán ajeno a la realidad», el «filisteo alemán» y el «alemán soñador».

Desde un principio, los dirigentes nazis no han gobernado Alemania como si fuera su patria, no han sentido su pulso, no han entendido sus debilidades ni han confiado ansiosamente en poder salvarla. Se han portado con Alemania como con un país conquistado, como con una colonia que es tratada sin consideración alguna, explotada al máximo y cuya sensibilidad nacional, felicidad y bienestar son ignorados por completo. La imagen metafórica que Rilke utilizaba para caracterizar a los bolcheviques y a Rusia puede ser perfectamente aplicada a los nazis y a Alemania: han hecho un plumero de batista. Un trozo de batista sirve muy bien como plumero, pero no soporta un uso prolongado. Y de alguien que haya hecho un buen plumero de batista, nadie dirá que ha demostrado ser un amante y un conocedor de la batista.

Hasta ahora, ninguna clase gobernante ha desfigurado tan burda e insensatamente un país entero —su paisaje y sus ciudades— como los soberanos nacionalsocialistas mediante la tala de los bosques alemanes, la creación de obras de fortificación, la construcción de autopistas y la «remodelación» de las ciudades alemanas. (Haría falta un capítulo entero para describir estas obras cargadas de fanfarronería que han estropeado las más bellas ciudades alemanas con unos bloques de tamaño gigantesco. Su colosal inexpresividad equivale a la colosal futilidad de los discursos de

Hitler y de la cosmovisión nacionalsocialista. Monumentos de piedra que expresan un complejo de inferioridad.) Ninguna clase dominante ha gobernado a sus paisanos tan desconsideradamente, ni ha ignorado con tanto cinismo sus deseos, sus necesidades y su felicidad. Ningún soberano ha tratado a sus súbditos tan bárbaramente, como si fueran un cero a la izquierda, afirmando al mismo tiempo que se sacrifica por ellos. Nunca los soberanos se han comportado con tanta indiferencia ante esa característica esencial que se podría definir como el «espíritu del pueblo alemán», ante sus tradiciones religiosas, intelectuales y poéticas, ante lo que llamábamos «cultura» y hoy se denomina, con un término menos preciso, «civilización». (La ignorancia de esta clase es increíble. ¿Nunca serán capaces de permanecer tranquilamente sentados en sus palcos durante la representación entera de *Egmont*, *Guillermo Tell* o *Fidelio*?) Jamás una clase gobernante ha sentido menos amor hacia su país, aunque no significara nada para ella.

Los nazis amplían las fronteras de Alemania, pero antes la destruyen. Huelga decir que a los países conquistados y esclavizados —Austria, Checoslovaquia y Polonia— no les han aportado «nada». Ya sabemos que donde pisotean no crece nada. Pero está claro que el primer país que pisotearon fue Alemania. Ni siquiera Alemania es demasiado consciente, aunque con el tiempo irá adquiriendo paulatinamente ese conocimiento.

Porque pese a su impresionante capacidad de trabajo y a sus llamativos y pregonados éxitos, esta clase gobernante es ajena a los alemanes. Incluso entre los secuaces leales de los nazis circula un comentario gracioso: «Podemos soportar a Hitler, pero a todos esos pequeños Hitlers…». Y ese rechazo no pronunciado y silenciado sólo por temor ha aumentado últimamente. Mientras el prestigio personal de Hitler ha aumentado tanto que se ha vuelto intangible para el ciudadano medio, la crítica tiende a centrarse en lo que todavía es tangible: «el régimen», «los pequeños Hitlers», «los pequeños dioses», o como los llamen hoy en día. Desde luego, esta crítica no es del todo racional. No existe ninguna posibilidad de sustentarla mediante la discusión. Se tiene la vaga sensación de no querer ser gobernado por esta gente. De un modo u otro, las personas sienten que algo que al principio era sostenible y popular ha degenerado en un cáncer, que «la banda infernal» ya no tiene ningún objetivo, que esa situación que

iba de éxito en éxito y de victoria en victoria va empeorando día a día. La gente lo nota aunque no sepa llamar por su nombre al extraño vacío que se oculta tras esa orden cada vez más atronadora de «¡Adelante!». Ese nihilismo de los dirigentes nazis los vuelve instintivamente sospechosos a ojos del pueblo alemán. La razón es el vacío que se esconde tras el dinamismo. La gente ve que los pretextos patrióticos se vuelven cada vez más insuficientes. Antes, por ejemplo, tendían a considerar la entrega del sur del Tirol como una maniobra hábil en el juego de la alta política, en lugar de escandalizarse. ¡Pero ahora son también los alemanes del Báltico! ¿Y mañana les tocará el turno a los sajones de Transilvania y a los suabos de Banato? Primero aceptaron tranquilamente la superorganización y la coacción. Parecía necesario abordar el desempleo y otros problemas económicos. Pero hoy —tras siete años de «ascenso»—, ¡hay más coacción y superorganización que nunca! La violenta conversión de los pequeños artesanos y de los propietarios de tiendas en asalariados se da después de haber prometido la «desaparición de la gran industria». El traslado de la población rural tiene lugar después de que se declararan sagrados «la sangre y el suelo». El fomento de la emigración del campo a la ciudad se lleva a cabo tras declarar que los alemanes debían estar de nuevo «apegados al terruño».

Todo esto va entrando en la conciencia de una amplia masa de alemanes, aunque todavía no hayan encontrado las palabras apropiadas ni lo entiendan del todo. De todos modos, aunque los alemanes lo hubieran reconocido en todo su alcance, tampoco se habría producido una reacción inmediata, ya que la presión del poder establecido sigue siendo demasiado grande. No obstante, es un punto débil del régimen nazi que podría desencadenar una propaganda inteligente e infatigable. El suelo ya está abonado para reconocer que los nazis no son patriotas ni actúan por el bien de Alemania, son unos nihilistas activos y llevan conscientemente a Alemania al abismo. Pero para que el suelo esté abonado del todo, todos los hombres de Estado de fuera de Alemania tienen que haber reconocido este hecho. Y no estoy muy seguro de que sea así.

Heiden cuenta que el 30 de enero de 1933 Göring hizo un comentario curioso en la corte imperial: «Nuestros antecesores estuvieron catorce años en el poder. Ya veremos si nosotros aguantamos tanto». Es un comentario que ilumina el modo de pensar de toda la camarilla nazi gobernante y su actitud ante sus cometidos. Quien tenga oídos, que oiga. Este breve comentario distraído desenmascara toda la verdad, muestra las raíces de toda la negligente irresponsabilidad, de la explotación sin escrúpulos del poder —consciente de su corta vida—, del afán descarado de éxito momentáneo a costa del futuro, de la fe en la violencia y en la capacidad de trabajo, de la corrupta resolución de forjar el hierro mientras esté candente, así como de su única previsión: fortalecer su posición por si vienen malos tiempos. Asimismo, muestra las raíces de la completa desvinculación, del cinismo casi ingenuo de una gente que se atreve a dar el salto a la historia sin prever siquiera los próximos catorce años. Este comentario es la consigna secreta del régimen nazi.

Si se piensa en períodos de tiempo más largos, tal vez sea un consuelo saber que todos los distintivos característicos de este régimen apuntan claramente a una corta vida. Y no debe desmoralizarse porque el desmoronamiento profetizado tras el primer año no se haya producido todavía al cabo de siete años, durante los cuales ha sido equivocadamente pronosticado en varias ocasiones. Los indicios de un final cercano no han disminuido, sino que han aumentado, y ni siquiera las casualidades afortunadas y los éxitos del régimen han servido para afianzarlo.

Pero hay otra cosa que debe inquietar incluso al observador más juicioso y sosegado. Por razones que ahora no nos interesan, parece que la velocidad de la historia universal ha aumentado amenazadoramente, de modo que siete años del siglo XX tienen un peso mayor que antes. Siete años son un intervalo muy pequeño en la historia mundial, pero hubo tiempos en que este período bastó para poner los cimientos de una tradición incontestable. Recordemos los siete años de Francia comprendidos entre la proclamación de la Primera República y el período del Consulado.[5] De manera similar, los siete años de dominio nazi han bastado para crear algo así como una tradición. En Alemania existe ya algo que podría denominarse una segunda generación de nazis: una juventud que se ha criado a la sombra

del poder nazi y que está aislada de todos los valores tradicionales y culturales. Tal vez esta juventud sea más peligrosa que la élite gobernante actual que, pese a todo, en cierto modo, no puede ser tomada en serio. Esta juventud es la sombra que se proyecta sobre el futuro de Europa.

Examinémosla en su contexto apropiado, es decir en su relación con la clase que respalda activamente el régimen actual de Alemania. Observemos a los nazis con lupa. Y dejemos claro desde un principio que son más importantes y más peligrosos que sus dirigentes actuales.

III

LOS NAZIS

A cada sistema de gobierno, bueno o malo, le corresponde una categoría especial de personas que se ajustan al sistema con precisión y que llevan una vida opulenta dentro de él. El poder y la duración del sistema se deducen de cómo les vaya a las personas que *no* pertenecen a esa tipología y de su satisfacción, mientras que el valor del régimen puede medirse por el valor de las personas privilegias por él y por su conducta. Mientras todo transcurra con normalidad y sin complicaciones, el tipo de persona favorecido por el régimen le sirve a éste de apoyo. Pero también puede ocurrir que este tipo se abandone a sí mismo bajo la influencia de una psicosis de abdicación y destruya «su» sistema, como los alemanes republicanos en la República de Weimar. O puede suceder que las reflexiones tácticas, la falta de decisión, el temor ante un tiempo futuro peor o una presión poco menos que insoportable hagan que las personas se conviertan en defensoras de un régimen al que, en el fondo de su corazón, están deseando mandar a hacer gárgaras. Esto ocurre hoy con mucha frecuencia en el Tercer Reich. Si además tenemos en cuenta que este sistema alemán caracterizado por la amenaza y el espionaje obliga incluso a los adversarios del régimen a volverse miméticos —en forma de afiliación a cualquier organización nacionalsocialista—, la imagen que se nos ofrece es un tanto confusa. Las agrupaciones políticas actuales, que mantienen una actitud más hostil que nunca con el sistema, se han enmascarado.

De cara al exterior reina una absoluta conformidad. En días señalados ondean en casi todas las ventanas de las casas banderas con la cruz gamada. Casi todo alemán adulto y con una profesión es miembro de una de las organizaciones obligatorias o semiobligatorias que fueron creadas para él. Casi todo alemán obedece a la orden de formar cuando ocurre algo, cosa

que Goebbels ha interpretado como una «manifestación espontánea». Las «elecciones» que se celebran de vez en cuando arrojan casi siempre un resultado de casi un cien por cien de apoyo al gobierno. Todos participan en las mismas «manifestaciones espontáneas», cuelgan la misma bandera de la ventana, leen el mismo periódico y tienen colgada de la pared la misma foto de Hitler, incluso las personas azotadas en los campos de concentración no constituyen una excepción. Todos saludan a un reportero extranjero con el mismo *Heil Hitler!* y todos le explican que son entusiastas adeptos de su Führer. No resulta fácil, pues, ahondar en las realidades políticas de la Alemania actual.

Sin embargo, ya no hace falta demostrar con numerosas pruebas que la muy elogiada «armonía interna» y la «unidad nacional» de Alemania son sólo ficticias, aunque no hace mucho que algunos taimados políticos extranjeros, por no hablar de los turistas ingenuos, mordieron el anzuelo. Pero aunque se reconozca que todo es fachada, no se sabe qué se esconde detrás. Sería precipitado suponer, como a veces se ha hecho, que salvo una oposición secreta e insatisfecha y una decencia reprimida, no se oculta nada más tras la fachada.

Vista desde dentro, Alemania tiene, pues, un aspecto muy diferente a cómo pueda verse desde fuera. Toda la nación está dividida en dos bandos irreconciliables: los partidarios del régimen y sus detractores. Esta escisión es muy profunda. A su lado, los antagonismos políticos, como los que existen en otros países entre la izquierda y la derecha o como los que hubo en Alemania antes del dominio nazi, incluso en las épocas más turbulentas y cargadas de tensiones, parecen pequeñas e inocentes disparidades de criterios. Los partidarios y los detractores del régimen son más ajenos entre sí que las diferentes razas o las distintas especies de animales. Hablan una lengua diferente. Lo que para uno es blanco, para otro es negro. Es inimaginable que surja entre ellos una comprensión mutua o una discusión. Si por casualidad se encuentran, corren peligro de muerte, sobre todo el enemigo del régimen, naturalmente, que ha de contar con ser denunciado sin previo aviso, encarcelado y torturado hasta la muerte. Pero también los enemigos de los nazis, en su mayor parte, están convencidos de que con los nazis no se puede discutir, sino que hay que matarlos. Esta «grieta» afecta a

clases sociales, regiones, profesiones, niveles culturales y grupos religiosos. También afecta a los grupos de edad, aunque los nazis reclutan a sus miembros principalmente de entre las generaciones más jóvenes, mientras que los adversarios de los nazis pertenecen más bien a la generación anterior. Sin embargo, no se puede afirmar de ningún modo que únicamente se trate de una lucha entre las dos generaciones. Los partidarios y los detractores viven prácticamente en dos mundos diferentes. Siempre que pueden, se evitan y se ignoran mutuamente. Casi todos los clubes y asociaciones que se crearon antes de 1933 han sido disueltos porque sus miembros, pertenecientes a uno u otro bando, no podían seguir conviviendo. Se han roto millones de antiguas amistades, que terminaron con un distanciamiento absoluto. En los grandes consorcios, los nazis y «los otros» forman camarillas separadas que reducen el trato personal a lo imprescindible. En la vida privada, los nazis y sus enemigos sólo se reúnen con sus iguales; eso suele dar lugar a la suposición de que sólo existen correligionarios. Cuando aparece un intruso del otro mundo en una fiesta, se estropea inmediatamente y el anfitrión puede estar casi seguro de que ninguno de sus invitados volverá a aceptar una invitación suya. Porque las dos partes consideran una ofensa y una gran falta de tacto tener que reunirse con sus enemigos mortales en una situación que requiere tolerancia y cortesía.

Es difícil calcular la relación numérica entre ambos bandos. Como es natural, no hay ningún punto de apoyo objetivo como el que brindan los resultados de las elecciones o el número de afiliados de los partidos en otros países. Lo único que se puede hacer es recabar tanta información aislada como sea posible y extraer conclusiones generales. Las cifras que obtenemos de este modo varían de una región a otra y de una época a otra. Los últimos datos más o menos veraces sobre los resultados de las elecciones en Alemania (del 5 de marzo de 1933) mostraban una relación de 56:44 a favor de los nazis. Sin embargo, no cabe ninguna duda de que, a lo largo del año 1933, los nazis lograron ganar para su causa a la mayoría de la opinión pública. En 1934 sufrieron otra vez grandes pérdidas. El final del verano de 1934 —en que los sucesos del 30 de junio[1] y del 25 de julio[2] conmovieron a los conservadores burgueses amigos de los nazis y

provocaron la confusión y el pánico incluso entre los nazis, cuando la política clara y perseverante de Barthou en Francia puso a los alemanes ante la alternativa de «caída del gobierno o guerra»— fue sin duda la única época en la que los nazis tuvieron una amplia mayoría del pueblo en su contra.

Desde esa época, su prestigio moral ha ido decayendo sin cesar, mientras su plenitud de poderes ha ido aumentando. Tal vez entre los años 1935 y 1937 contaran con una mayoría justa. El año 1938 trajo consigo otro estancamiento. Las persecuciones de los judíos eran, en su mayor parte, impopulares, y la política de guerra contra Checoslovaquia, contra la que muy pocos alemanes albergaban sentimientos hostiles, tuvo como consecuencia que el número de secuaces de los nazis descendiera abruptamente. En septiembre descendió de semana en semana y, finalmente, de día en día. Entonces se perfiló la posibilidad de un cambio de régimen. Luego vino Munich. Significara lo que significara, el caso es que para la política interior Munich fue el mayor triunfo que lograron los nazis, y de ese golpe brutal no se ha recuperado todavía la oposición interna. La masa apolítica indecisa mostró una vez más su lealtad y su adhesión al Führer. Sus enemigos estaban desesperados. Desde entonces no se han liberado de la desesperación ni de la sensación de estar paralizados, ni siquiera con el estallido de la guerra actual, que comenzó con una consigna mucho más popular que la crisis de 1938 (Polonia, a diferencia de Checoslovaquia, es muy odiada en Alemania) y a la que además le estaba asignado un éxito inicial. No obstante, el número de los que están desesperados en lugar de haber hecho las paces con el régimen sigue siendo elevado. Hoy en día, se puede calcular con algunas limitaciones que la relación de ambos bandos es de aproximadamente 60:40.

Pero esta rudimentaria diferenciación entre los partidarios y los detractores del régimen no constituye un gran avance. Porque a las fuerzas políticas activas de ambos bandos se suman aquellas cuya actitud política sólo se manifiesta en una postura ante los nazis más o menos leal o más o menos desleal. Si diferenciamos entre los «activos» y los «inactivos» de ambos bandos, reconoceremos inmediatamente que los nazis están muy por encima de sus adversarios. Entre estos últimos sólo hay débiles indicios —o

más bien deberíamos decir trazas— de un objetivo político organizado. Y esta oposición (si es que podemos aplicar este concepto a tal objetivo político organizado) se divide a su vez en muchos grupos: en primer lugar, en la oposición de casa y la oposición del extranjero (los emigrantes políticos); entre las dos sólo existen pocos vínculos y débiles. En segundo lugar, están las asociaciones políticas: los comunistas, los socialdemócratas, los liberales, los conservadores y los católicos. Todavía no ha dado tiempo a que se formen nuevas ideas unificadoras, no se ha debatido nada a fondo; no han surgido nuevos frentes, el noventa por ciento o más de los adversarios del régimen no forman una «oposición», sino que sólo representan a la «población desleal», que está formada por individuos no organizados, cada uno de los cuales, dentro de su desesperación y aislamiento, libra con valentía su batalla personal contra el tercer Reich. Entre ellos figuran las personas más valiosas de Alemania. De momento, sin embargo, no constituyen ningún factor político activo.

La situación de los secuaces del régimen es muy diferente. También entre ellos hay un alto porcentaje de personas que pertenecen a la «población leal» y que quizá no sean muy de fiar, como lo demostraron en 1934 y en 1938 los derrumbamientos políticos en el territorio nacional. Pero también hay un grupo sólido de auténticos nazis. Son las personas a las que les va muy bien con este régimen y que, en consecuencia, están dispuestas a defenderlo con uñas y dientes. Están muy bien organizados y firmemente decididos, van armados y no tienen escrúpulos ni sentimientos. Son los guardianes del régimen; su importancia numérica, siendo elevada, no lo es tanto como su importancia política. Mediante la escalada del terror, es posible que sean capaces de mantener el régimen intacto en caso de que toda la «población leal» se vuelva desleal. Ellos son el peligro alemán.

Son los mismos que ya con Guillermo II obtuvieron prebendas, desencadenaron la Guerra Mundial y, en su transcurso, pusieron a Alemania bajo su control. Ahora han calificado a Hitler de «su hombre» y le han ayudado a llegar al poder. Y solamente ellos, gracias a la corrupción que siguió a la guerra perdida, están preparados para implantar y respaldar una dictadura a la manera soviética en Alemania. Son el elemento no europeo, incluso antieuropeo, de Alemania. Ellos son la razón por la que Europa

tiene que contar con sostener cada veinticinco años una guerra a vida o muerte contra Alemania. Para lograr una paz duradera, la lucha «contra el hitlerismo» ha de ser librada contra esta gente. Sólo si se suprime a esta gente, estarán aseguradas la paz, la libertad y la civilización en Alemania y en Europa. Éste es el objetivo principal de la guerra contra Hitler. Sólo cuando hayan desaparecido los nazis, podremos pasar sin una confederación de Estados. Si siguen existiendo como fuerza social, ninguna organización, por muy buena que sea, podrá librar a Europa de nuevas tragedias.

A esta tipología de persona nos referimos en este libro cuando hablamos de «nazis». No son todos los alemanes leales, entre los cuales se encuentran muchos engañados o equivocados que, personalmente, son decentes; tampoco son todos los que llevan un distintivo del partido, muchos de los cuales se lo prenden sin darse cuenta u obligados por la necesidad. A su debido tiempo se le dirá al lector dónde encontrar a los verdaderos nazis y cómo reconocerlos. Primero concluyamos esta clasificación «estadística» del pueblo alemán.

Todas las estimaciones llevan a la conclusión de que la proporción de nazis en la población total de Alemania es de aproximadamente un veinte por ciento. Más o menos el cuarenta por ciento de la población guarda lealtad y el treinta y cinco deslealtad a los nazis (como hemos visto, las cifras oscilan; tal vez haya habido épocas en las que los desleales eran mayoría). Y, a lo sumo, el cinco por ciento forman la oposición. Más adelante examinaremos en un capítulo aparte a los emigrantes, que, a semejanza de los dirigentes nazis, no tienen mucho peso numérico, pero constituyen la base para un «Estado Mayor» de intelectuales en el que se puedan desarrollar y debatir nuevas ideas.

¿Quién es un nazi? ¿Cómo se le reconoce?

Desde luego, no porque cuelgue de su ventana una bandera con la cruz gamada. Hoy en día, eso lo hace todo el mundo en Alemania. Y no significa nada. Tampoco se le reconoce por ser miembro de alguna organización nacionalsocialista o del partido. Todo el que tenga una familia de la que

ocuparse y no pueda permitirse perder el trabajo está en una u otra organización nacionalsocialista. Y si tiene la mala suerte de ejercer un oficio para el que se exija la afiliación al NSDAP, se afiliará. Durante un tiempo, los miembros de determinados grupos de la oposición se afiliaron al partido y a sus organizaciones, con la ingenua esperanza de poder crear en ellas células subversivas y de poder causar el caos. Así pues, los nazis no son tan fáciles de identificar.

De todos modos, existen algunas características por las que se puede reconocer a un nazi. A grandes rasgos, los nazis se encuentran entre los miembros de las antiguas SA, las denominadas Sturmabteilungen, entre los funcionarios de bajo rango del partido, entre los líderes de las Juventudes Hitlerianas y, sobre todo, entre los miembros de las SS. También hay muchos nazis entre los miembros normales del NSDAP y de las Juventudes Hitlerianas. Aunque se adquiriera antes de 1933, la insignia del partido, como ya hemos visto, no es una prueba segura. Fuera del partido y de sus organizaciones, hay nazis, sobre todo en el Frente Negro de la oposición —una secta nazi cismática que no es menos nazi que el propio partido—, que son enconadamente perseguidos por los nazis ortodoxos, los oficiales más jóvenes de la Wehrmacht y la Marina, pero sobre todo de la Luftwaffe.

Aunque no es fácil reconocer a los nazis por sus distintivos externos, hay algunas características inconfundibles para distinguir si la persona en cuestión es nazi. El criterio más importante y más sencillo es su actitud respecto a los judíos de Alemania. Muchas personas leales secuaces del régimen desaprueban los excesos antisemitas, otras los ignoran, les restan importancia o los disculpan (en casos excepcionales). Ninguna es nazi. Un nazi consiente sin reserva esa orgía sádica general y permanente, y participa en ella. El objetivo principal del antisemitismo consiste, en primer lugar, en ser una especie de señal oculta y de secreto vinculante, como si se tratara de un asesinato ritual permanente, y en segundo lugar, en anular la conciencia de la segunda generación nazi.

Este objetivo ha sustituido hace mucho al motivo original —ser una válvula de escape de la exasperación personal de Hitler—, y ha hallado expresión en la actual forma del antisemitismo. En épocas anteriores, el antisemitismo fue utilizado a menudo para convertir a una minoría

desprotegida en cabeza de turco y como válvula de escape de los sentimientos anticapitalistas. Hace años que los nazis han dejado de esforzarse por inventar pretextos para robar, torturar y asesinar a los judíos. Y lo han hecho calculadamente. Porque la gente que necesita esas razones ficticias es la que se supone que se queda sin hacer nada y temblando de miedo. Sin embargo, de los que son capaces de torturar, pegar, perseguir y asesinar a otras personas sin razón alguna, se espera que, unidos por la férrea cadena de los delitos cometidos conjuntamente, formen ese orden nazi que ha de someter al mundo y al que, por selección natural, pertenecen los más carentes de escrúpulos y los más «dinámicos».

Para los nazis, ése, y sólo ése, es el significado fundamental del antisemitismo, y no la «pureza de la raza alemana», la «represión de toda influencia no alemana», la «campaña de defensa contra la conspiración mundial judía» o cualquier otro sinsentido. Como ciertas pruebas de valor y acreditación que se utilizaban para la admisión de candidatos en las antiguas órdenes de caballería y en las modernas sociedades secretas para comprobar la discreción y la obediencia, también el antisemitismo sirve de examen y selección. Pero el examen para verificar la idoneidad como nazi no es una prueba de valor, sino que sirve para demostrar la falta de escrúpulos. El novicio tiene que estar capacitado y dispuesto a perseguir, robar y asesinar a los indefensos. Que el objeto de adiestramiento sean los judíos carece de importancia: son una comunidad pequeña, sin raíces y, al mismo tiempo, inteligente que, por así decirlo, está a mano. También podrían haber servido otros grupos, pero la casualidad ha querido que sean los judíos.

No tiene demasiado sentido seguir buscando otras causas del antisemitismo, aunque los burgueses alemanes leales y algunos extranjeros complacientes hayan hecho el favor a los nazis de remover y desenterrar todo lo que pudiera alegarse contra los judíos. No han tenido en cuenta lo esencial. Sin duda, los judíos, como cualquier otro pueblo, han cometido errores, pero afirmar que por esos errores deben ser perseguidos por los nazis significa conceder a los nazis el derecho a perseguir a todas las personas y a todos los pueblos, ya que ninguna persona ni ningún pueblo es intachable. Que los nazis no sólo maten a los judíos sino que además los

calumnien es natural, ya que el asesino siempre ha procurado justificarse difamando a la víctima. Lo que hay que tomarse en serio es el hecho de que mucha gente en Alemania y en otras partes estaba dispuesta a obedecer a los nazis y, por consiguiente, a sancionar el asesinato. Y el modo en que tratan los nazis a los paisanos que no son sus secuaces (ahora también a los austríacos, a los checos y a los polacos), ¿acaso no indica que lo que aprendan del mal trato a los judíos intentarán aplicarlo a otros pueblos? Los judíos siguen siendo la víctima *permanente* con la que los nazis ponen en práctica su falta de escrúpulos. Así pues, el antisemitismo es el distintivo principal de los nazis. Cuando sean derrocados todos los nazis que han participado o consentido las persecuciones de los judíos, comprobaremos con asombro que no sólo los judíos, sino también los polacos, los checos, los austríacos y los alemanes oprimidos podrán volver a respirar tranquilos; comprobaremos que ha sido desterrado el peligro alemán y que Alemania, por su propio impulso, regresará al seno de la civilización europea. No está mal —en cierto sentido— que lo inhumano y lo animal que corre por las venas de la mayoría de los pueblos y que se manifiesta de vez en cuando en crímenes individuales, en Alemania se haya convertido en una consigna que se hace visible en forma de una úlcera gigantesca. Una vez que se abra la úlcera, tendrá lugar un proceso de depuración y, muy probablemente, Alemania será un país mejor que antes de la era nazi.

En lo que se refiere al problema alemán actual, hemos llegado al punto esencial, por lo que me van a perdonar que ponga de relieve algunos detalles. Esta cuestión hay que entenderla bien porque, de lo contrario, no se comprende nada y porque un conocimiento sólo parcial de los hechos carece por completo de valor y puede dar lugar a equívocos. Lo esencial es lo siguiente: *El nazismo no es una ideología, sino una fórmula mágica que atrae a determinada clase de gente. Es una forma de «caracterología», no una ideología. Ser un nazi significa ser de una tipología determinada*.

Así pues, los nazis se diferencian profundamente de otros partidos políticos, con los que sólo se hallan al mismo nivel desde un punto de vista puramente externo. Es cierto que a los conservadores, a los liberales o a los socialistas se les puede describir en broma como tipos con una actitud preconcebida. Así, por ejemplo, se habla del viejo *gentleman* conservador

con bigote y pipa y del académico liberal con gafas. Pero es sólo un juego, algo superficial, y nadie negará en serio que un mismo hombre, observado más detenidamente, puede variar del conservadurismo al liberalismo o al socialismo, o al contrario, sin cambiar en absoluto de carácter. Entre los adeptos de estas doctrinas políticas se pueden encontrar hombres de los caracteres más diversos: el prudente y el temerario, el sensible y el indiferente, el hombre de honor y el intrigante, el aventurero y el respetable padre de familia. Entre los nazis no ocurre lo mismo. Los nazis son una tipología de por sí. Si los observamos más de cerca, veremos que la llamada «cosmovisión nacionalsocialista» no sirve más que para mantener unida a esta especie y para protegerle las espaldas. Esto explica, dicho sea de paso, el nivel intelectual tan asombrosamente bajo de su «cosmovisión», que no es comparable a otras doctrinas políticas y que en el fondo no merece ser combatida ni discutida. Sus tesis políticas y su programa político constan de frases inconexas y mal digeridas plagiadas de una «literatura ilustrada» de tercera clase. Pero eso no impide que esa «cosmovisión», que no es tal, constituya un recurso muy eficaz para unir estrechamente a determinada categoría de personas, y que apele a determinados instintos. Estamos expuestos a dos engaños: o somos inducidos a creer que, como los nazis se hacen tanta propaganda, existe algo así como una «ideología», «doctrina» o «cosmovisión» nacionalsocialista, o somos inducidos a creer que, como tal doctrina en realidad no existe, tampoco existe nada. Una botella que lleve la etiqueta de «El mejor aguardiente» no tiene por qué contener una bebida, puede tratarse de un veneno muy eficaz contra las ratas.

Nadie se ha manifestado tan abiertamente sobre este distintivo esencial como el propio Hitler, de modo que podemos elegir sus manifestaciones como punto de partida, aunque normalmente contengan una mentira oculta, pero burda, que se descubre con facilidad.

En su discurso triunfal de la «Asamblea del Partido de la Victoria» del NSDAP, en el año 1933, Hitler dijo con otras palabras lo siguiente: que él, Hitler, tras la victoria, estaba preparado para revelar el secreto. Ese secreto era que había reflexionado sobre las bases del éxito político, a diferencia de sus adversarios. El secreto consistía en proclamar una «cosmovisión» y en formular una consigna que, automáticamente, reuniría a los caracteres más

dinámicos, más activos, más sacrificados, más heroicos y más fuertes. Esta comunidad de fuertes y enérgicos acabaría por triunfar, ya que lo fuerte siempre vence a lo débil. El marxismo o el liberalismo sólo podían atraer a los cobardes y los débiles, y por eso habían sido vencidos por una doctrina en torno a la que se agrupan los titanes. Él, Hitler, había sido el artífice. Él nunca les había prometido nada a sus secuaces, sino que continuamente les había exigido sacrificio, heroicidad y estar preparados para el riesgo. Así había conseguido reunir a su alrededor a unos secuaces con una capacidad de riesgo y de sacrificio, y con un heroísmo sin precedentes. El que no poseía esas cualidades, se había mantenido alejado. El resultado era una tropa invencible, «y esta tropa nunca más se disgregará ni se quebrará…». Aquí el discurso se vuelve un griterío y adquiere tintes de opereta, por lo que deja de ser racionalmente comprensible. Pero lo dicho con anterioridad es bastante interesante, y es una lástima que no se haya tenido más en cuenta, porque contiene la confesión de que la cosmovisión nacionalsocialista se basa en el plan de reclutar a determinado tipo de personas para que formen una «tropa invencible» capacitada para conquistar y dominar. Esto aludía principalmente a la guerra política del interior, pero a estas alturas no es necesario explicar que las ambiciosas aspiraciones traspasaban las fronteras de Alemania. De hecho, la canción nazi ha de ser entendida literalmente:

> Hoy nos pertenece Alemania
> y mañana el mundo entero.

Pero ahora empieza la mentira. Hitler miente cuando afirma que los rasgos esenciales del carácter que han de poseer sus secuaces son el heroísmo y la capacidad de sacrificio, y que éstas son las cualidades que han llevado a los nazis a la victoria. El asunto es complicado. Es de sobra conocido que los nazis no han llegado al poder mediante proezas, sino mediante intrigas, y que los «heroicos» hombres de las SA y de las SS sólo fueron soltados contra sus enemigos cuando éstos estaban completamente desarmados, desbandados e indefensos. Hitler nunca ha pedido otra cosa a sus secuaces. En sus tomas de postura posteriores a 1923 sostenía siempre que llegaría al poder de manera «completamente legal» y que, sólo

entonces, «rodarían cabezas». De modo que Hitler, aunque utilice la palabra, no apela tanto a la heroicidad como al sadismo, al placer obtenido al perseguir brutal, fanática y despiadadamente a los que ya han sido vencidos y desarmados con «medios completamente legales» («brutal», «fanático» y «despiadado» son algunas de las expresiones favoritas de Hitler, y tienen una connotación horripilante). La «lucha» que sus adeptos tuvieron que sostener fue una lucha completamente legal, pero también completamente injusta, contra un gobierno apacible, vacilante y tolerante, una lucha sin riesgos en la que los asesinos nazis podían contar con la compasión. Sin embargo, tras la victoria —de la que no cabía ninguna duda desde el principio—, ya no tenían por qué contenerse. Es evidente que la exhortación no iba dirigida a naturalezas heroicas ni sacrificadas.

¿A quién, entonces? ¿Qué clase de personas se sentían instintivamente atraídas por Hitler, por sus promesas, sus amenazas, su furibunda ira contra todo el mundo, su exigencia de un sometimiento incondicional y su incitación a un odio orgiástico sin precedentes? ¿Qué clase de personas reaccionaban con la seguridad de un sonámbulo ante la mezcla sumamente complicada de inflexibilidad, rudeza, disciplina, recato, ascetismo, palabrería, codicia sensacionalista, afán de aventura, lujo y excesos colectivos; ante esa extraña combinación de lealtad perruna y corrupción, de llaneza alemana pasada de moda y organización hipermoderna, de exigencia de «regreso al terruño» y coches de formas aerodinámicas y aviones apabullantes, de pueblo señorial y obligación de ponerse firmes, de fuegos de campamento y recompensas por las denuncias? ¿Cómo fue posible que un número relativamente elevado de personas interpretara este galimatías de contradicciones obvias como una unidad encubierta? ¿Dónde se encuentra el punto de Arquímedes en el alma colectiva de los nazis por el que Hitler los guía con toda confianza, a sabiendas de que, por más vueltas que dé, le seguirán respaldando? ¿De dónde procede esa comprensión casi mística de millones de secuaces dispuestos a deducir de las mentiras de su Führer que sólo miente a los demás? ¿Qué une a los nazis que no sea la dudosa acumulación de contradicciones que constituye su «cosmovisión»?

Son preguntas de gran importancia sin cuya respuesta no se puede conocer al enemigo. Resulta asombroso lo poco que se ha hecho hasta ahora para encontrar una respuesta a través de investigaciones y reflexiones. Hoy en día, muchos se dan por satisfechos con explicaciones muy superficiales. Incluso gente a la que se puede tomar en serio cree que un fenómeno como la cohesión del partido nazi, con todas sus consecuencias —la renuncia a la vida privada, la destrucción de la familia, la prohibición de pensar, la guerra contra el cristianismo, el humanismo y la cultura, así como la instauración de una moral de cuadrillas— se puede remontar a cosas tan efímeras como determinadas cláusulas del Tratado de Versalles, la redistribución de la riqueza como resultado de la inflación o el desempleo de la crisis económica de 1929 a 1933. Hitler ha explotado estos factores con fines demagógicos y han contribuido a ganar a algunos de sus secuaces y electores casuales, pero nunca podrán explicar el auténtico «milagro», ese acontecimiento decisivo que es muy anterior al debut «público» del partido, a saber, el ascenso del partido: el hecho de que ante la convocatoria confusa y puramente emocional de un tal Hitler, una persona tan oscura como monstruosa, reaccionaran literalmente cientos de miles de personas con tal abnegación como si llevaran esperándole toda la vida. ¿Qué clase de gente era y qué esperaban?

Fundamentalmente, eran personas de la generación que había nacido entre los años 1900 y 1910. De niños habían presenciado la Primera Guerra Mundial; de escolares, el fracaso de la revolución izquierdista, y de jóvenes, la inflación de 1923. No habían vivido la guerra como una realidad, como los soldados del frente, sino como el espectacular acontecimiento deportivo en que la había convertido la propaganda bélica alemana. Nunca volvieron a ser capaces de contemplar las naciones como otra cosa que no fueran clubes gigantescos que servían para promover festejos deportivo-defensivos. Nunca más se desprenderían de la idea de que cualquier otra concepción política se caracteriza o por la hipocresía o por la negligencia. Sus convicciones se vieron reforzadas por el fracaso de la confusa revolución izquierdista de 1918-1919, cuyas enrevesadas consignas de izquierdas, en las que se mezclaba de manera peculiar un trasnochado liberalismo radical con el marxismo y el pacifismo, parecían ser la única

alternativa a la idea deportiva de la guerra. Por último llegó la inflación, cuya consecuencia fue que, durante un disparatado año de carnaval, la gente joven esgrimió el cetro y se rió de la larga experiencia de los ancianos. Esta orgía desenfrenada, en la que todos los conceptos burgueses de orden ardieron como leña seca, fomentó la confianza de la juventud, su irreflexión, su pasión por el desorden y su afán de aventura. Éstas eran, por así decirlo, las características positivas que la diferenciaban de otras generaciones. A ello se sumaban un marcado «dinamismo», un fuerte instinto para los éxitos efímeros e inmediatos, una increíble inseguridad e incapacidad de previsión y una absoluta indiferencia hacia el día de mañana y de pasado mañana.

Los años siguientes, en los que la vida en Alemania parecía recuperar a veces la normalidad, permiten reconocer qué le faltaba a esa generación. No era poco. Sobre todo les faltaba talento y aptitud para la vida privada y para la felicidad personal, una aptitud que incluso en los mejores tiempos ha estado menos desarrollada entre los alemanes que entre otros pueblos. Capacidad de amar, reflexión, laboriosidad sosegada, goce del refinamiento de la civilización y de las «pequeñas alegrías»…: nada de esto existía. Fue la generación que inventó la «nueva sobriedad» en el amor, y cuya productividad artística había desaparecido por completo, aunque no les parecía una carencia. No tenían valores ni tradición. Sus padres pertenecían a una generación desorientada y, por culpa de la guerra, habían perdido el equilibrio. La mayoría habían renunciado a sus convicciones y anhelaban retirarse de la escena. Habían vuelto los ojos a la «juventud», a la que adulaban pacientemente. Esta juventud, sin formación y sin ganas de aprender, rechazaba como ridículo e insignificante todo lo que suponía un esfuerzo y era demasiado refinado para su paladar, acostumbrado a una dieta monótona. Estos valores eran tachados de «burgueses». Bajo la rúbrica de «burgués» figuraban —sin ánimo de exhaustividad—, por ejemplo, el amor, la vida familiar, la religión, el sentido de la responsabilidad, la modestia, el individualismo, el arte, los negocios, la honradez, los buenos modales, Beethoven, Goethe, «esa palabrería sin ton

ni son sobre la educación», la autoridad, la tolerancia y la objetividad. Una aburrida pérdida de tiempo parecía ser la única característica de esa vida privada, cuya insipidez, sin embargo, se reconocía y se intentaba evitar.

Así pues, ¿qué podía suponer una vida satisfactoria, emocionante y que mereciera la pena? Sólo esas diversiones excitantes e inolvidables que guardaban en la memoria desde la infancia y la juventud: jugar a la guerra, alborotar tanto como fuera posible, ir en coche, la velocidad, el «espíritu colectivo», grandes aventuras colectivas, el sensacionalismo, la revolución, los asaltos por sorpresa y los asesinatos, así como los titulares llamativos de los periódicos. Eso era lo que esperaban estos jóvenes. Una nueva «gran era», una era de grandes sensaciones suministradas gratuitamente por la política, «historias disparatadas», nuevas pruebas de que lo imposible era posible, y nuevos golpes aniquiladores contra la despreciada «burguesía» y todo lo que para ellos conllevaba el término. A cambio, estaban dispuestos a jugarse alegremente la vida, esa vida suya que se había vuelto tan aburrida. Pero si no tenían que arriesgarse, mejor. A lo que sí estaban dispuestos era a sacrificar la vida de la «burguesía».

Y ahora vemos y entendemos por qué Hitler y su nazismo se adaptaban tan bien a esta generación, como si hubieran sido hechos el uno para el otro. Por fin reconocemos los puntos de contacto decisivos y ya no tenemos que preguntarnos por qué los nazis no dejan a Hitler en la estacada cuando lleva a Alemania a la barbarie, la inflación, la guerra y el abismo. ¡Porque eso es precisamente lo que les había prometido y lo que ellos esperaban de él! Tenían muy buen oído para los discursos de Hitler. No los leían, como los hombres de Estado extranjeros, sino que los escuchaban, y por eso sabían exactamente que «paz», «cultura» y «antibolchevismo» no eran más que palabras dirigidas a los paletos, a la «burguesía» y a los extranjeros, mientras que para ellos, los iniciados, lo que contaba era el *tono*, que a menudo decía más que las palabras: «¡Cantadles las cuatro verdades!», «¡A por ellos!», «¡Se van a enterar!», «¡Machacadlos!»…

Los resentimientos y las negaciones del nazismo ya existían de antemano en estos jóvenes. Qué satisfacción poder al fin pisarle el cuello a ese extraño mundo del espíritu, la civilización y la «burguesía». La quema de libros,[3] los ataques a las universidades, a la literatura, al teatro, a la

prensa, a la ley: todo eso era una enorme diversión y daba igual la consigna bajo la que tuvieran lugar esas aventuras. Como en 1923, ahora se les podían cantar las cuarenta a los viejos refunfuñones anticuados. El vandalismo primitivo y la destrucción intencionada de lo más preciado por la «burguesía» (a la que los nazis solían llamar «filisteos») eran una de las pocas alegrías que les quedaban y que todavía no habían saboreado del todo. Un hecho curioso y conocido sólo por los nazis iniciados es que la guerra se declaró contra los amantes de las «Leyes de Nuremberg», concretamente contra los que, pese a la Ley[4] y las amenazas, permanecieron unidos. Por fin podían vengarse de ese amor «burgués» que no era fríamente interesado. Al fin podían sacar de la cama a esas putillas sentimentales y divertirse un poco antes de mandarlas al campo de concentración, al correccional o de ordenar su esterilización.

La disolución de la familia, su degradación a una institución cuyo cometido era tener la máxima descendencia posible, y el desplazamiento del peso vital desde la familia a la horda, a las SA, a las SS, a la defensa antiaérea, a las Juventudes Hitlerianas, o a cualquier otra cosa que pudiera satisfacer sus viejos deseos era una realidad. Cómo había disfrutado esta generación al desembarazarse de la familia durante la guerra, mientras los padres estaban en el frente y las madres tenían que ganar el dinero. ¡Cómo odiaban esas «instituciones burguesas»! Y la guerra contra los «frailes», que iniciaron alegremente después de recibir una seña secreta desde arriba, no se libró en absoluto a causa de la nueva «fe alemana» (los jóvenes creían tan poco en Wotan como en Jesús), sino sólo para sentir la satisfacción de «darles en las narices». Por no hablar de los judíos, que al parecer sólo existían para ser golpeados, porque no estaban ni mucho menos en condiciones de devolver los golpes. Eran unos malditos gallinas, con toda su espiritualidad, su sentimentalismo, su vida familiar, su irritante individualismo, sus sublimes sentimientos, su exhibición de cultura, su amor al arte y su dichoso dinero. El nazismo tenía preparados muchos regalos pequeños y maravillosos para la generación de 1900 a 1910: desfilar en lugar de pensar; los camiones con los que corrían por las calles (la «revolución» empezó con la gente de las SA recorriendo las calles a toda velocidad en camión); el racionamiento de los alimentos, cuya

consecuencia fue que el «filisteo» ya no podía untar el pan con mantequilla ni saborear una taza de café después de la siesta; la inflación, que hizo que el relamido «burgués» temiera perder su dinero, y los campos de concentración, que al fin le infundían respeto…

Pero el nazismo no sólo premió a esta juventud llena de esperanza con pequeñas alegrías. Además les regaló lo que más necesitaban para ser felices y sentirse satisfechos: el gran juego de la guerra. Por fin la vida volvía a tener sentido. Se trataba de un contenido vital claro, sencillo y fácil de entender: Alemania era una federación deportiva a la que se pertenecía para ampliar las fronteras y lograr una o dos victorias al año. ¡Y qué bien poder pertenecer a la federación deportiva por motivos de «raza», es decir, por el hecho de tener cuatro abuelos bautizados! ¡Qué idea más brillante! Qué estupidez habría sido ser admitido por cualquier otra excentricidad «burguesa»: por tener que encarnar el «espíritu de la nación» (significara lo que significase) o por aferrarse a aquello de «aprender para poseer» *(Fausto)*. Aquí estoy yo, Fritz Schulze, hijo y nieto de los Schulze, exclusivamente alemanes y arios, de un metro ochenta de altura, rubio, de ojos azules, sin el menor defecto físico, sin alma y, por lo tanto, perteneciente a la raza elegida, por la que gracias a Dios hay que sacrificarlo todo o, en otras palabras, tirar por la borda cualquier lastre. No se puede negar que este sencillo sucedáneo de religión hizo felices a muchos Schulzes nazis. Fue una suerte banal y prefabricada con la que hasta ahora nunca habían contado.

Aclararemos algunos malentendidos que quizá hayan surgido de esta imagen esbozada a grandes rasgos.

Cuando hablamos de la generación de 1900 a 1910, no queremos decir que toda persona de esa generación sea nazi, ni que no hubiera nazis en la generación anterior, sino que la actitud de simpatía hacia el nazismo está más extendida en esa generación. La imagen de la generación siguiente, la que creció durante el tercer Reich, es también diferente. Hemos intentado dejar claro cómo el nazismo influyó en el alma de una persona simple y mediocre de esta época. Desde luego, entre los nazis también hubo muchos muy inteligentes. Con ello se trastoca la imagen. La principal dificultad radica en que la renuncia a la inteligencia o, más exactamente, la perversión

de la inteligencia de estos nazis inteligentes se convirtió en un estímulo adicional del nazismo. Porque la inteligencia figuraba entre los rasgos que esta generación rechazaba instintivamente, y como la inteligencia, cuando existe, es difícil de extirpar, al menos ha de usarse de manera impropia. La necedad puede necesitar cierta cantidad de cabezas prominentes para justificarse, y el papel de abogado del diablo no deja de tener su atractivo. A veces entre los nazis encontramos gente que desempeña este papel.

El afán de actividad y de sensacionalismo y las ganas de aventura, por una parte, y, por otra, la desidia, la falta de imaginación y la incapacidad para vivir, eran las principales características de una generación de alemanes y las más esenciales del nazismo. Es difícil decir qué parte es positiva y qué parte negativa. Por lo que sabemos, esta generación hizo, como ninguna otra, de la necesidad virtud; convirtió la debilidad, el vacío y la irreflexión en insensibilidad e ignorancia, y sacó provecho del nihilismo y del cinismo, de los que extrajo fuerza, entusiasmo e ímpetu.

En un futuro lejano, los psicólogos no podrán negar la particularidad de este fenómeno. El peligro real y la fuerza de los nazis varían en función de su mediocridad intelectual; a cada superávit «dinámico» le corresponde un déficit moral. Los nazis son personas con un déficit psíquico que, como carecen de vida propia, desconocen los valores verdaderos de la vida como el amor, la responsabilidad y la alegría vital. Psíquicamente subdesarrollados y atrofiados, son una potencia amenazante que, cuando se haya desarrollado del todo, será difícil de refrenar. He ahí el fenómeno del nazismo.

Mencionemos otro ejemplo para ilustrar lo dicho: la crueldad de los nazis.

Todo el mundo sabe que estos hombres, tanto dentro como fuera de los campos de concentración, llevan años cometiendo diariamente atrocidades que, por su índole y su alcance, no tienen precedentes en la historia europea. Los hechos son conocidos, por lo que quiero ahorrarle detalles al lector. Al que no los conozca, le remito al *Libro blanco* del gobierno británico que, en comparación con la gran cantidad de atrocidades comprobadas, sólo contiene una pequeñísima parte de los casos menos graves.

Quien examine con lupa el factor subjetivo de estos casos, es decir, al culpable, se encontrará con una sorpresa: el culpable no se ajusta a las fechorías. Hombres muy mediocres, débiles e insignificantes cometen verdaderas atrocidades. Desde el punto de vista psíquico, no moral, ninguno de ellos posee la condición absoluta de la crueldad. Los ojos acuosos e inexpresivos de estos espigados hombres de las SS no tienen nada de la crueldad consciente que tal vez haya conocido Europa en la Edad Media. Se trata únicamente de hombres de gran insensibilidad. Cada día inventan nuevas maneras de torturar a sus víctimas para obtener algo de placer sádico, del mismo modo que un hombre impotente intenta estimularse con cualquier perversión. Lo mismo les ocurre a sus colegas burocráticos, que están sentados en sus despachos torturando a sus víctimas con unos métodos que, aunque provocan menos dolores físicos, no son menos eficaces. Este sadismo es pedante y brutal, de ahí que los tormentos de las víctimas sean insoportables. Los torturadores tienen que infligir a las víctimas el máximo dolor posible, para que sus propios nervios embotados sientan algo. Y esto —el resurgimiento del sadismo, por cuya eliminación ha luchado la Europa cristiana durante dos mil años— es la única aportación de los nazis a la historia de la civilización. Pero aunque la brutalidad sea lo único que puede encumbrarlos, les ayuda a sentirse unos «tíos estupendos». De modo que los nazis, al menos los de la primera generación, tienen que desplegar una enorme actividad para demostrarse a sí mismos que representan algo. Su febril dinamismo se debe al miedo que tienen de ser absolutamente insignificantes. Quizá se pueda decir que el nazismo, reducido a la fórmula más breve, es nihilismo en acción, dominio del mundo por aburrimiento: algo completamente nuevo en la historia. No es de extrañar que, ante tal enemigo, el mundo sienta vértigo.

Si la gente se hubiera esforzado por estudiar a los nazis e investigar sus posibilidades y sus limitaciones psíquicas, habría reconocido enseguida que las promesas de paz de Hitler tenían que ser forzosamente falsas, aunque hablara en serio. Con semejantes secuaces no puede haber paz, por la simple razón de que para ellos la paz supone un aburrimiento mortal. Sólo son capaces de matar el tiempo preparándose para una guerra, con la propia guerra, con el aniquilamiento y con más preparativos de guerra. Muchos

dicen que el pueblo alemán, como cualquier otro, consta de personas que no quieren nada más que vivir en paz, trabajar, amar, criar hijos y disfrutar de la vida. Esto no se puede aplicar de ningún modo a esa parte del pueblo alemán que ahora está en ventaja, a esos alemanes en los que se apoya el poder de Hitler.

La idea de una vida apacible, con sus fatigas y sus alegrías, provocaba en los auténticos nazis, lisonjeados y seducidos abiertamente por Hitler (a diferencia de todos los demás alemanes, que eran igual de oprimidos que los checos y los polacos), nada más que un bostezo de asqueo. Quien admire el continuo sacrificio de los alemanes «por el Führer y por el pueblo» no tiene en cuenta que todo lo que supone un sacrificio para el ciudadano normal, para los nazis es la liberación del malestar y del aburrimiento. No sienten ninguna alegría por la vida privada, la familia, el trabajo apacible, el pensamiento independiente o la libertad, sino al contrario, todo eso les parece un horror. Y ese sentimiento, para poder seguir viviendo, lo traducen en odio y desprecio. Aislado en una comunidad pacífica y feliz, un nazi es una persona muy desdichada, y Hitler tiene toda la razón cuando dice que ha ayudado a muchos desgraciados a ser felices y a tener confianza en sí mismos. Pero ¿a qué clase de gente? Aquí hunde sus raíces el fortísimo sentimiento de los nazis de pertenecer a un «clan» o a una «horda». Sólo un entorno lleno de correligionarios incapacitados, como él, para la vida y que contemplen la guerra, el desorden y la destrucción como el único contenido vital, puede librar a un nazi de afligirse por su malogrado ego. Ésa es la raíz del afán de asedio continuo, del deseo incesante de victoria, porque los nazis necesitan siempre la prueba espectacular de que son superiores a la despreciada «burguesía» —la gente que ha aprendido a vivir—, de lo contrario, no se lo pueden creer. Necesitan sensaciones y aventuras cada vez mayores para evadirse del aburrimiento, y estas sensaciones sólo pueden ser guerreras y destructivas, porque la paz, para ellos, equivale al aburrimiento.

Bernard Shaw se pregunta todavía hoy si Hitler no sería pacífico si se anulara el Tratado de Versalles, del mismo modo que Bismarck se volvió pacífico tras la creación del Reich alemán. Para darle una respuesta, ni siquiera hace falta recurrir al argumento de que Hitler, con el sometimiento

de países como Checoslovaquia y Polonia, que nunca han pertenecido a Alemania, ha ido mucho más allá de la anulación del Tratado de Versalles. Existe una respuesta mucho más convincente: detrás de Hitler están los nazis. Bismarck no tenía nazis que le respaldaran, sino unas fuerzas completamente distintas. A excepción de algunos oficiales ambiciosos, no había casi nadie en Prusia ni en Alemania que no prefiriera los beneficios de la paz a una vida llena de guerras interminables. Los nazis no piensan así. ¿Qué pintarían ellos en tiempos de paz? Es posible que Hitler pasara el rato dibujando edificios gigantescos, pero ¿se conformarían millones de nazis con una vida de albañiles? A cualquiera que conozca a los nazis le tiene que dar la risa sólo con pensarlo.

Pero la destrucción de los países conquistados tampoco es una diversión eterna, porque llega un día en que ya están completamente destruidos. Entonces hay que destruir algo nuevo y más grande. Del mismo modo que los morfinómanos están obligados a aumentar la dosis si quieren que les haga un efecto perceptible, los nazis tienen que ampliar sus operaciones. Y sólo lo consiguen aumentando su potencial bélico. *Los nazis, por naturaleza, son incapaces de vivir en paz*. Ésta es la pura y terrible verdad que hay que afrontar. Todos sus pretextos para emprender sus guerras —que por otra parte no han empezado en 1939—, ya sean las quejas sólo aparentemente justificadas sobre el Tratado de Versalles o las provocadoras mentiras que precedieron a los ataques a Austria, Checoslovaquia y Polonia, sólo sirven para engañar con falsas apariencias a los «burgueses» tanto de Alemania como del extranjero. Los «burgueses» alemanes que, con unas «clases particulares» de la Gestapo han permanecido leales consienten que les den gato por liebre. El ejemplo de Bernard Shaw demuestra que fuera de Alemania también hay gente que se deja engañar.

Antes de convertirse en un fenómeno político, los nazis eran una curiosidad humana y cultural. Todavía hoy es mejor definirlos como un determinado grupo de gente, como una especie psicológica, que como una organización política. Porque, como ya hemos constatado, no todo miembro del partido nazi es un nazi. No se ha logrado crear un «orden» por el que los auténticos nazis hubieran obtenido una organización política amplia y pura.

Dos decisiones de Hitler lo han impedido. Una la tomó ya antes de la «época de la lucha», antes de tomar el poder, cuando tuvo lugar el acontecimiento más importante de todos, a saber, cuando los nazis esparcidos por toda Alemania se unieron para formar el partido, la organización política. Hemos visto cómo Hitler intentaba siempre rodearse de las personas que más necesitaba: los nazis. Pero una de sus debilidades políticas, que ya se manifestaba en esos años iniciales, es una manía efectista que le lleva una y otra vez a presentar sus conceptos políticos de manera desfigurada, con el fin de hacerlos apetecibles a la gente. No podía dejar de adornar la exhortación a un nihilismo activo con un patriotismo, un socialismo y un heroísmo fingidos, para volver insípido y desvalorizar el nihilismo. La mayoría intuyó sus intenciones, pero algunos cayeron en la trampa. De ahí que entre los miembros más antiguos del partido se encuentren algunos que no son nazis, sino patriotas, socialistas, románticos o idealistas confundidos. A diferencia de los auténticos nazis, se tomaron en serio algunas de las «ideas» que Hitler, el demagogo, proclamaba, como por ejemplo las consignas «de vuelta al terruño» o «la utilidad pública prevalece sobre la utilidad privada». Muchos de ellos abandonaron el partido antes de la toma del poder. Este grupo de desertores es el «Frente Negro», que todavía hoy sigue causando disgustos a los nazis. Estos pseudonazis que se habían afiliado equivocadamente al partido, como por ejemplo Strasser y Rauschning, realizan hoy críticas al nazismo basadas en las mejores informaciones internas. Otros no tuvieron esa posibilidad, ya que no es fácil abandonar el partido una vez que se está dentro, y a esta gente se la reconoce, pese a su insignia dorada del partido, cuando se entabla conversación con ella. La presencia de estos no nazis en la vieja guardia del partido (de los que hay varios miles) contribuye a esa incoherencia y a esa debilidad del núcleo de esta organización aparentemente firme que para un observador atento son claramente reconocibles.

Estas deficiencias se han vuelto aún más claras por la resolución —y ésta es la segunda decisión de Hitler— de acoger a varios millones de nuevos miembros en el partido, o incluso de obligarles a afiliarse. Es sabido que Hitler y sus asesores dudaron mucho antes de tomar esta resolución, y

que su política, por el contrario, ha perseguido varios años el propósito de mantener el partido como un «orden» que constara de auténticos nazis antiguos y que se viera reforzado por los miembros de las Juventudes Hitlerianas. Ésta habría sido la única trayectoria posible si los verdaderos nazis hubieran seguido constituyendo el núcleo de las tropas de choque y si se hubiera seguido aplicando la receta de éxito de Hitler, que se dirigía a los tipos «dinámicos» y condenaba a todos los demás a la sumisión. Pero este objetivo se abandonó, con lo que el partido tiene hoy más miembros aceptados en los años 1937-1938, que «verdaderos» nazis procedentes de la época anterior a 1933. No cabe duda de que el partido, como instrumento de poder, se ha visto considerablemente afectado. Ha ganado en tamaño, pero ha perdido en solidez. El partido mastodóntico actual está menos inmunizado contra una escisión que el antiguo grupo de nazis de pura cepa, más pequeño pero psíquicamente más homogéneo.

Sin embargo, hay que desengañarse del error tan extendido en los países democráticos de concluir que los nuevos «socios del partido», mediante su opinión y su voto, pueden cambiar desde dentro el carácter del partido y, finalmente, suplantar a los auténticos nazis. Esa posibilidad no existe. El NSDAP no es un «partido» en el sentido democrático, sino una organización más autoritaria todavía que el Tercer Reich dominado por ella. El socio normal del partido sólo tiene obligaciones y ningún derecho, aunque fuera del partido quizá disfrute de ciertos privilegios y sea capaz de intimidar a los demás. Lo único que tiene que hacer es «mantener la boca cerrada» y obedecer. Tiene que obedecer órdenes aún más estrictas que el «ciudadano» común, y además está más controlado que él. Está obligado a sacrificar una parte considerable de su tiempo libre y de su dinero al partido, y a la menor señal de un cambio de orientación política o de una opinión propia le amenazan males aún peores que a los demás. Además de consideraciones económicas y motivos de prestigio, tal vez haya influido en la decisión de «abrir» el partido a nuevos ingresos el deseo de controlar a unos cuantos millones de personas, entre las cuales muchas ocupan puestos «superiores» y son influyentes. Esta gente, que sólo por haber solicitado el ingreso en el partido ha demostrado su debilidad de carácter, en cuanto pertenece a él, tiende a abandonar rápidamente sus opiniones anteriores y a

adoptar la ideología nazi. Porque sólo los caracteres muy fuertes son capaces de seguir pensando y sintiendo como hasta entonces, mientras tienen que decir y hacer cosas distintas. En cuanto hay palabras y modos de conducta irrevocablemente prescritos, los caracteres débiles suelen amoldar paulatinamente sus ideas y sentimientos. Y los nuevos socios del partido no poseen, como ya hemos dicho, los caracteres más fuertes.

Aparentemente, tanto vale Peter como Johann. Pero sólo aparentemente. Porque existe una gran diferencia entre los que adoptan las convicciones nazis por debilidad, cálculo o porque son personas adaptables, y los verdaderos nazis. Unos son hombres que aúllan con los lobos, y los otros son los lobos o, en otras palabras, unos rugen con las dinamos y otros son las dinamos. Los antiguos nazis son los hombres que son nazis porque tienen complejo de inferioridad, porque no pueden ser otra cosa y porque en su agresividad se manifiesta toda la energía que procede de la desesperación y no tiene otra válvula de escape. Los nuevos socios del partido son sólo simpatizantes. La exhortación irracional que Hitler dirigió a los nihilistas activos para ganárselos como secuaces fue un rasgo de ingenio; el método con el que hoy Hitler convierte — mediante la coacción y la persuasión— en nazis a los más débiles y dóciles es un juego de azar político, basado en un grave error de cálculo que sólo se revelará como tal cuando el partido se exponga a una gran presión y a una fuerte carga. Cuando llegue el momento del examen decisivo en que el partido, como último recurso, someta a prueba la falta de escrúpulos y tenga que gobernar a un pueblo pertinaz sin ningún apoyo moral y con una violencia desnuda, entonces veremos cuánto menos preparado está ahora que hace tres años. Nos hemos enterado de que ya hay algunos socios del partido, funcionarios de bajo rango, que escuchan emisoras extranjeras con sus vecinos, en lugar de denunciarlos. En sí mismo, no significa mucho, pero demuestra que el país miente. En 1933 habría sido imposible.

De momento, los nazis antiguos y verdaderos sostienen firmemente las riendas en la mano, mientras que los nazis nuevos y no auténticos se conforman, aparentemente, con lo que dan la impresión general de ser un ejército político vital y homogéneo. Pero todavía no ha surgido el estado de necesidad. Cuando llegue ese momento y todos los nazis sean puestos a

prueba bajo una gran presión y en unas condiciones muy desfavorables, probablemente se comprobará que una gran parte de los socios del partido, especialmente los miembros que han llegado tarde, no aprobarán el examen. Pero esa situación no se puede crear mediante la propaganda, sino sólo mediante la presión. La propaganda ha de desplegarse en direcciones muy diferentes e influir en otras personas. En lo que se refiere a los nuevos socios del partido, podemos someterles a una fuerte presión y causarles un gran malestar creyendo en su palabra, tratándolos como a los nazis que fingen ser y declarándoles la guerra sin miramiento alguno. Cuanto más abiertamente les cortemos la retirada, más se esforzarán instintivamente por cubrírsela. Aunque como tipología no son menos repugnantes que los nazis empedernidos, a diferencia de éstos no quieren por nada del mundo ser unos perdedores, y consienten que el miedo y el cálculo determinen su conducta. El éxito y el poder han ejercido sobre ellos una gran atracción; los fracasos y las debilidades surtirán el efecto contrario. ¡Sólo eso! Sería un gran error confundirlos con el «decente pueblo alemán», con el que no estamos enemistados y que ha de ser ilustrado y liberado. Aunque se han hecho fuertes en las líneas enemigas, en ellas ocupan el lugar más débil, contra el que ha de asestarse el golpe más fuerte.

Da la impresión de que los círculos superiores del partido son conscientes de que éste «se ha vuelto insípido» y ha dejado de ser una tropa de choque contundente. Y no sólo el partido. Todas las organizaciones masivas, como por ejemplo las SA, el Frente del Trabajo y las Corporaciones para la Alimentación, en las que se obligó a entrar a un gran número de no nazis «amansados», en los últimos años han tendido a desaparecer de la primera línea del frente político y se han convertido en una especie de reserva. Por el contrario, dos organizaciones han ganado influencia: las Juventudes Hitlerianas y la Gestapo. En las dos está muy representada la segunda generación de nazis: los adolescentes que se criaron con Hitler y que prácticamente no conocen una vida normal y civilizada. Los dos acontecimientos más importantes de la historia alemana reciente fueron los siguientes: en primer lugar, que a las Juventudes Hitlerianas —es decir, a adolescentes de entre catorce y dieciocho años— se les encargó llevar a cabo los grandes pogromos de judíos de noviembre

de 1938 y, en segundo lugar, que la Gestapo, inmediatamente después del estallido de la actual guerra, cuando los veteranos de la Guerra Mundial fueron enviados al frente sin tener en cuenta su pertenencia al partido nazi, reclutaron a sus voluntarios de entre las filas de los que tenían de diecisiete a veintitrés años. Ambos acontecimientos demuestran que el régimen nazi cuenta cada vez más con su segunda generación.

En esta materia, Hitler y sus lugartenientes demuestran ese instinto certero que rara vez los deja en la estacada cuando se trata de conservar el poder. Porque mientras todos sus discursos sobre la unificación del pueblo alemán y su educación nacionalsocialista no son sino mera palabrería, en la generación adolescente sí se ha conseguido el objetivo de la educación nacionalsocialista.

El despliegue del nazismo en Alemania abarca tres generaciones. Empieza por el escepticismo y el cinismo de los nacidos entre 1870 y 1900: la primera generación que se criaría en el Tercer Reich. En esta generación da comienzo lo que se puede definir como la decadencia de la vida espiritual alemana: la apostasía de ese humanismo y ese respeto de los valores espirituales que, en los cien años que van de 1770 a 1870, crearon la grandeza de Alemania y le proporcionaron, sin llevar a la unificación del Reich, un gran prestigio dentro de la civilización europea. Con esta generación, la espiritualidad alemana fue sustituida por la adoración del éxito temporal. Incluso ya antes de 1914 predominaban en Alemania algunos elementos característicos del nazismo: el cansancio de la civilización, el cinismo, el nihilismo, que se da colorete en las mejillas para aparentar vitalidad, las grandes ambiciones alemanas, el hartazgo de la paz y la alegre espera de la guerra que, cuando llegó, fue recibida con vivas y gritos de júbilo. Luego viene una cesura: la «generación de la guerra», que ha vivido la guerra y soportado su peso, y está harta y no quiere saber nada de guerras. Pero esta generación ya no quiere saber nada de nada, no tiene objetivos positivos ni tradiciones espirituales y se limita a marchitarse.

La siguiente generación —la primera generación nazi— remató la ruptura con los valores europeos —a favor de los cuales se habían manifestado sus padres, aunque fuera de boquilla— y profesa el nazismo sin reserva alguna. Al mismo tiempo, los miembros de esta generación

todavía tienen la sensación de ser «revolucionarios» y, al menos al principio, se dejaron arrastrar por la embriaguez de la revuelta, la gran aventura y la anarquía. Entre ellos figuran todavía pintorescos conjuradores y caballeros armados, figuras como Röhm, Rossbach y Ehrhardt. Siguen teniendo una última y excéntrica relación con la gran vida espiritual europea y alemana, aunque sólo sea de resentimiento y odio. En ellos todavía se percibe un débil reflejo de lo que destruyen… La siguiente generación se cría en un mundo de máquinas, que ya está muerto y estéril. No conoce nada mejor.

La segunda generación nazi consta en general de los nacidos después de 1918. En su mayor parte, nunca ha entrado en contacto con los valores, los problemas y las ideas que constituyen la civilización europea. Estos jóvenes sólo conocen una superstición oscura e hipócrita de tiempos pasados y de democracias subdesarrolladas. Fueron a colegios decadentes en los que no aprendieron nada. Muchos proceden de familias nazis, y todos han sido educados de forma que desconfían de sus familias si no son nacionalsocialistas. Todos desfilan desde que cumplieron diez años. Para ellos, el nazismo fue desde la infancia el único alimento espiritual que se les ofreció, y todos tienen profundamente arraigada la idea del vínculo con el Reich y de que han de sacrificar su vida por el nazismo. Entre ellos, aquellos que, debido a su tendencia juvenil a la contradicción y a la crítica rechazan estas ideas, no han encontrado todavía otra cosa en la que creer y a la que defender. Sus únicas alternativas son el cinismo y el encogimiento de hombros. Los jóvenes cuyas familias han conservado tradiciones más civilizadas viven en dos mundos, aprenden a llevar una doble vida y a ser hipócritas, hasta el punto de que ya no saben cuándo son sinceros y cuándo hipócritas. La mayoría, sin embargo, la masa, pasa el tiempo entrenándose, tocando el tambor, cantando canciones nazis, preparándose para futuras guerras y victorias, quemando sinagogas (mañana serán iglesias católicas), denunciando a sus familiares, saqueando tiendas judías, recorriendo las calles a toda velocidad en camión y alistándose voluntariamente a los diecisiete años en la Gestapo o las SS.

Esta generación de nazis no conoce la sensiblería patriótica que tanto sigue gustando a Hitler. Si se habla con estos jóvenes, de entrada puede parecer que pertenecen a la oposición más radical por el desdén con el que se refieren a todas esas «habladurías oficiales» sobre el «*Blubo*»[5] («sangre y suelo»), «el Führer y el pueblo», «la fuerza a través de la alegría», «la campaña de auxilio en invierno», «los alemanes esclavizados de los Sudetes», etc. En realidad, son tan buenos nazis que no necesitan habladurías. En su caso, el nacionalsocialismo ha expulsado sus pomposos vestigios de los templos de Wagner y Makart, en los que reza Hitler, y se ha vuelto racional. Lo que les inspira y entusiasma es la visión —que ya no disimulan— de esa institución gigantesca y uniforme para el trabajo, la procreación y el esparcimiento en la que quieren convertir el mundo conquistado: el sueño de la *tabula rasa*. Los más inteligentes leen a Jünger y a Niekisch, y entre ellos tiene gran resonancia la máxima del mariscal soviético Tuchatchevski de «el mundo tiene que volver a estar desnudo».

Estos jóvenes no tienden a los paroxismos sentimentales con los que suelen embriagarse los nazis mayores. Su estilo es más bien seco. Para ellos el asesinato, la tortura y la destrucción ya no suponen el caos voluptuoso, sino «el nuevo orden». La vida en las habitaciones del personal de guardia de los campos de concentración es de una jovial camaradería. El apóstol de esta generación no es el Führer, que les parece un poco aburrido y al que, de momento, dejan en paz pero del que se ríen como de un viejo profesor un tanto ridículo, sino Himmler, el hombre de la aniquilación pedante y metódica, el verdugo inmutable de labios estrechos, sonriente, apacible y con anteojos en la nariz. Rauschning opina que las claras insuficiencias estéticas y personales que encarnaba la primera generación de nazis no son tan llamativas en la segunda generación. En fin, es una cuestión de gustos. Yo, personalmente, si tuviera que elegir, creo que esos histéricos, dentro de todo, no son tan repugnantes como estos otros alumnos modelo de la barbarie.

Hay un hecho que no debemos pasar por alto: la sorprendente semejanza de la segunda generación nazi con la segunda generación de bolcheviques en Rusia. No se puede negar que las dos generaciones se diferencian mucho entre sí, pero ambas han estado al servicio de la

eliminación de la libertad. Unos empezaron eliminando la libertad económica y la propiedad privada y, más tarde, suprimieron la libertad de expresión, de conciencia y de opinión. Los otros hicieron lo mismo, pero en el orden inverso. Las dos generaciones se insultaban mutuamente de forma indescriptible e intentaban convencer a su pueblo de que no había en la tierra un contraste más profundo y mortal que entre esas dos formas de hacer lo mismo: un espectáculo que ahora, volviendo la vista atrás, no deja de tener cierta gracia. Sea como sea, tanto en Rusia como en Alemania se ha eliminado la libertad humana en todas sus formas. En ambos Estados se han caído, o se han vuelto transparentes, los envoltorios ideológicos diferenciadores, aunque en Alemania Hitler y Göring todavía no hayan sido declarados trotskistas y liquidados. He aquí el robot en toda su monstruosidad: el hombre que ha perdido todo contacto con la humanidad y vive con arreglo a un plan preestablecido, el producto de un correccional, una ruedecita en el engranaje de una maquinaria para la industria y la guerra, que se distrae con «la fuerza a través de la alegría» o haciendo deporte y que está satisfecho emocionalmente paseando en coche o saltando en paracaídas; una persona que levanta el brazo y emite sonidos inarticulados como un autómata, repite frases como un loro y está dispuesto a hacer todo lo que le ordene un centro desconocido; un hombre al que se le ha extirpado la conciencia, la inteligencia y el alma como si se hubiera sometido a una operación.

En la primera generación, esto ocurría bajo un pretexto ideológico; en la segunda, ese pretexto ya no existe, y uno se pregunta si a estos individuos se les puede seguir llamando personas. Desde un punto de vista puramente físico, dan toda la impresión de ser personas, pero desde una perspectiva intelectual, ya no lo parecen. Pero quién sabe las pocas generaciones que faltan para que degeneren también físicamente.

En la actualidad no nos interesa ni lo intelectual ni la biología, sino la política. Y a partir de nuestras observaciones se puede extraer una conclusión política muy clara.

Numerosos propagandistas de Hitler, voluntarios e involuntarios, intentan ahora asustar a las potencias occidentales diciendo que la única alternativa al nazismo en Alemania es el bolchevismo y que una Alemania

vencida sería bolchevique. La verdad es que ésta no es la *alternativa* al nazismo, sino la *consecuencia* inevitable y previsible, y que, ocurriera lo que ocurriese con una Alemania vencida, una Alemania victoriosa ha de emprender ese camino. Esto no obedece tanto al pacto actual entre Von Ribbentrop y Molotov, una maniobra puramente táctica, como a la evolución interna de ambos países, que cada vez discurre de manera más paralela. En muchos sentidos, Rusia es hoy ya nazi, y la segunda generación de nazis —salvo por la nomenclatura— es bolchevique. Es muy posible que, en el momento de la derrota, la segunda generación nazi intente salvarse mediante un enroque. Cambiarán de etiqueta y se llamarán a sí mismos bolcheviques, liquidarán a sus líderes anteriores, como hicieron los rusos en 1936-1937, y seguirán dominando como hasta ahora. Tal cambio de nombre no debería asustar especialmente a nadie. Una «Alemania bolchevique» significaría que, tras ser rebautizada, todo seguiría igual que antes; la misma gente seguiría pegando a la misma gente y Alemania supondría el mismo peligro para el mundo.

Pero no estamos diciendo que el mundo tenga que consentir que eso suceda. La respuesta práctica ante la amenaza de una Alemania soviética es que no sólo ha de ser el nazismo combatido y aniquilado, sino también los nazis. El peligro de una Alemania bolchevique desaparecerá con esta gente.

La respuesta teórica, sin embargo, es la siguiente: ahora que los alemanes han desafiado a una coalición superior a la guerra, ya no está en sus manos amenazarnos con una Alemania diseñada a su voluntad. El problema actual con el que han de enfrentarse en su fuero interno los patriotas alemanes es si se puede conservar Alemania de algún modo. Sorprendentemente, hasta ahora Inglaterra y Francia no han asegurado a los alemanes que exista la posibilidad de destruir Alemania y que sólo ellos pueden eludir ese peligro mediante un esfuerzo positivo. Tal explicación trastocaría las opiniones sobre política exterior de los alemanes leales y patriotas fuera del partido nazi. Al menos les serviría para tener clara la responsabilidad de la que actualmente —lo creamos o no— pretenden no saber nada.

IV

LA POBLACIÓN LEAL

Es muy importante que entendamos la diferencia entre los nazis y los alemanes leales, y no por consideración hacia estos últimos ni porque sea una injusticia meterlos en el mismo saco que a los nazis que apoyan, sino porque la diferencia entre tropas escogidas y tropas auxiliares no adiestradas es tan importante en el campo de batalla moral y psicológico como en el militar y estratégico.

Seguro que para el soldado que está en el campo de batalla no existe ninguna diferencia entre si su enemigo le dispara porque es un nazi y por eso le gusta disparar, o porque es un alemán leal y considera que disparar es un deber opresor pero patriótico, o porque está obligado, en contra de su voluntad, a recurrir a las armas y no le queda más opción que apretar los dientes y disparar para que no le disparen a él. Sin embargo, para el propagandista y el político que se afanan por aliviar la tarea del soldado y por acortar la guerra lo máximo posible, sí existe una diferencia. En el primer caso no se puede hacer otra cosa que incapacitar físicamente al soldado para luchar; en el segundo y en el tercero, tal vez haya recursos psicológicos y políticos que, si son bien aplicados, lleven al soldado a no disparar. Con ello se consigue lo mismo desde el punto de vista militar y quizás incluso más desde el político que si el soldado fuera asesinado, herido o hecho prisionero. Pero si se quieren aplicar bien estos recursos, hay que saber exactamente con qué clase de persona estamos tratando y cómo ve las cosas. No tiene ningún sentido decir apresuradamente: «Al que se le pilla, se le cuelga.» Es preferible examinar los motivos del secuaz dubitativo. Entonces quizá se puedan desarrollar contraargumentos que le

lleven a desistir de sus convicciones y que ahorren la molestia de pillarle y colgarle. Pero eso tampoco significa que los argumentos en contra consistan sólo en dar palmaditas en el hombro y en echar piropos.

Profundicemos en la cuestión. ¿Quién representa a la población leal en Alemania? ¿En qué sentido se diferencia de los nazis? ¿Por qué, sin embargo, los tolera y los apoya?

El sector leal de la población alemana, es decir los que sirven fielmente al régimen nazi sin ser nazis, constituye hoy el cuarenta por ciento de la población total alemana, y cuando se habla en términos generales de «los alemanes» o del «alemán medio», se piensa automáticamente en estas personas. Al mismo tiempo, son el grupo demográfico de Alemania que, históricamente, está disminuyendo más. En el Kaiserreich y en la Primera Guerra Mundial representaba casi el noventa por ciento de la población, y en determinados momentos, como en agosto de 1914, incluso casi el cien por cien. Su doctrina política fundamental era «Kaiser y Reich», es decir que estaban dispuestos a sacrificar por el «Kaiser y Reich» una parte de su vida —en forma de tiempo, dinero y trabajo— mayor de lo que la mayoría de las personas están dispuestas a sacrificar por el Estado. A cambio, esperaban del «Kaiser y Reich» una política que satisficiera su susceptible amor propio, que les proporcionara la sensación de «estar orgullosos de ser alemanes» y que les garantizara un espacio privado en el que pudieran «ser simplemente personas». En este terreno, a su manera, eran atractivos y muy civilizados. En el ámbito político, en tanto que súbditos del Kaiser y ciudadanos del Reich, sólo desempeñaban un papel insignificante.

Durante un tiempo todo fue como la seda. Pero bajo la superficie se habían operado muchos cambios. En primer lugar, el Kaiserreich se había derrumbado de una manera inusual, por lo que cualquier observador imparcial tenía claro que se había cometido un error encubierto de construcción. Aunque el daño fue reparado hasta cierto grado y muchos alemanes no llegaron nunca a entender lo que realmente significaba ese daño, a algunos les dio qué pensar. En segundo lugar, los elementos destructivos de la gran masa indiferenciada de la población leal —los enemigos de la civilización— se habían congregado en torno al estandarte

nazi. Y, en tercer lugar, un buen día éstos tomaron el poder, lo cual tuvo sus repercusiones en la población originariamente leal. Porque los nuevos soberanos, a diferencia de los antiguos, no se esfuerzan lo más mínimo en conceder espacios de libertad privados a sus súbditos, sino que les ordenan fríamente y sin disimulo que se pongan «totalmente» a disposición del Estado, y persiguen una política que hace sonrojar a cualquier alemán decente. Lo cierto es que han hecho que una parte de los numerosos súbditos devotos del Kaiserreich se vuelvan desleales. Pero el resto, todavía bastante numeroso, intenta, en unas condiciones completamente distintas, atenerse ciegamente y por la fuerza a los antiguos principios que determinaban su vida bajo el Kaiser, con la única diferencia de que la expresión «Kaiser y Reich» ha sido sustituida por «Führer y pueblo». Esta gente sigue creyendo que les basta con hacer unos pocos sacrificios para poder seguir estando orgullosos de ser alemanes, y en el trato personal siguen siendo sorprendentemente agradables y civilizados. Dicho brevemente, la parte leal de la población de la Alemania nazi consta todavía hoy de conservadores y nacional-liberales de la época del Kaiser, que no quieren admitir que desde entonces se ha producido un cambio esencial.

De ahí se desprende que, pese a ser muchos, constituyen la parte más débil y frágil de la población. Son personas que viven en un mundo irreal, que ignoran olímpicamente los hechos fundamentales de su existencia y que, bajo la influencia de la incesante propaganda, se aferran a ilusiones y embustes. Eso también explica los dos grandes derrumbes políticos que tuvo el sector leal de la población en 1934 y en 1938.

Como ocurre con los nazis, es imposible delimitar con mayor precisión a la población leal de Alemania, y tampoco se pueden mencionar organizaciones, clases, regiones o grupos de edad concretos a los que puedan adscribirse los ciudadanos leales. Sólo se les puede definir como un tipo psicológico, no como una unidad organizada. En realidad, se les encuentra en todas partes, en cualquier estrato social, en cualquier comarca y en cualquier ámbito cultural. Sólo se puede dar de ellos ciertas referencias.

Los baluartes de la lealtad son la pequeña burguesía y las clases medias acomodadas de provincias, mientras que las clases medias acomodadas de las grandes ciudades casi siempre son desleales. Puede constatarse una falta de lealtad sobre todo entre la alta nobleza, los católicos ortodoxos (pero no siempre entre los protestantes ortodoxos), los obreros de mediana edad y los obreros mayores, que han pasado por la escuela de los antiguos sindicatos socialdemocráticos. Sobre el grado de lealtad de los diferentes estratos sociales apenas se pueden ofrecer datos más precisos. Desde el punto de vista regional, la población de Prusia Oriental, Pomerania, Silesia y Sajonia es más leal que la del sur y el oeste de Alemania. No obstante, el panorama político cambia asombrosamente de una ciudad a otra. Así, por ejemplo, Nuremberg es una de las ciudades más leales y Wurzburgo una de las más desleales.

La población leal todavía mantiene ciertas posiciones en la estructura interna del Estado que, si la gente quisiera o no fuera tan leal, podrían transformarse en posiciones clave. En la administración estatal, los súbditos leales son casi tan numerosos como los nazis, y entre los juristas siguen siendo mayoría. Están bastante representados en las universidades y en los colegios. Y lo más curioso es que en la prensa trabajan muchos más no nazis leales e incluso desleales que nazis. Uno de los más altos funcionarios de la Cámara de la Imprenta del Reich ha manifestado, según mi conocimiento, que el setenta y cinco por ciento de los redactores no son políticamente de fiar, pero que no le queda más remedio que soportarlos porque no hay suficientes periodistas nazis capacitados. Y que si los soporta es porque los redactores «que no son de fiar» no cumplen su cometido peor que los mejores nazis. Llevados por el miedo y la ambición, obran contra su conciencia y, como colaboradores de la desacreditada prensa nazi, desfiguran cínicamente la verdad.

Hasta hace poco, el ejército se consideraba todavía un refugio seguro para la lealtad conservadora al Reich. Pero desde el 4 de febrero de 1938,[1] el ejército está cada día más impregnado de nazismo. Los oficiales jóvenes por regla general son nazis. Pueden presentarse circunstancias bajo las que esto adquiera cierta importancia. Mencionemos como curiosidad que

incluso en el gobierno del Reich existen «leales», como por ejemplo el ministro de Finanzas, el conde Schwerin von Krosigk, el ministro de Trabajo, Seldte, y el ministro de Transportes, Dorpmüller.

¿En qué consiste, pues, la diferencia decisiva entre los «leales» y los nazis? ¿Qué nos da derecho a trazar una línea divisoria entre ellos y a tratarlos en capítulos diferentes? Porque lo cierto es que coinciden en dos puntos esenciales: defienden la continuidad del régimen de Hitler y la victoria en la guerra, y en la práctica se comportan de un modo tan parecido que hoy en día es indiferente que un nazi o un alemán leal ocupe un puesto relevante.

Sin embargo, la diferencia es la siguiente: los nazis son felices *porque* todo les va viento en popa, mientras que los alemanes leales, *aunque* sufren, se quejan y se sienten desgraciados, están a favor de la continuidad del régimen de Hitler. Los nazis han hecho suyos los principales objetivos y principios del régimen, y por eso lo apoyan. Los alemanes leales se engañan a sí mismos respecto a estos objetivos y principios, y apoyan el régimen con este continuo autoengaño. Los nazis contemplan la renuncia a la personalidad, a la religión, a la vida privada y a la civilización como una liberación y un alivio, por el contrario, los alemanes leales la consideran un gran sacrificio patriótico. Los nazis quieren ganar la guerra porque es su guerra. Los alemanes leales, aunque no sea su guerra, quieren ganarla porque consideran correcto y apropiado desear la victoria de la patria en las guerras. Los nazis están tranquilos y seguros de sí mismos y son intrépidos y alegres. Los alemanes leales están descontentos de sí mismos, inseguros y torturados por las dudas. Los nazis engañan a Dios y a los hombres, pero entre ellos se expresan con una franqueza cínica y desvergonzada. Los nazis saben lo que quieren. Los alemanes leales no saben lo que hacen.

He ahí la diferencia. Quiero repetir que esa diferencia en el campo de batalla militar no importa absolutamente nada, pero sí tiene mucha importancia en el campo de batalla moral y psicológico, donde se refuerza o se quiebra la voluntad de luchar contra el enemigo mediante la presión, las amenazas, la disuasión, la propaganda, las ideas, las palabras y también los

hechos. Es la diferencia entre un enemigo de ideas fijas y un enemigo sumamente voluble en sus convicciones. Sobre esta diferencia, a mi parecer, merece la pena reflexionar.

Pero tenemos que intentar no cometer un error funesto. Si los alemanes leales no están conformes consigo mismos, es decir si su estado de ánimo es malo e inestable, no significa que sean personas amables y sensatas a las que bastaría con hacerles una oferta justa y convencerles de lo que constituye tanto su interés como el interés nacional: por ejemplo, de que si derrocan a Hitler y renuncian a Polonia y a Checoslovaquia, se les garantizará como contraprestación el acceso a los mercados de materias primas y se les ayudará a salir de la bancarrota de la que son culpables. La cosa no es tan sencilla. Esta gente no sólo es insensata, sino que es la más insensata del mundo. Su forma de pensar no es simple y clara, sino asombrosamente confusa: una mezcla de idealismo y picardía, de desconfianza e ingenuidad, de codicia y capacidad de sacrificio, de crueldad y sentimentalismo, de honradez e infamia, de inteligencia y necedad, de tozudez e incoherencia, de sensibilidad y falta de tacto, de inocencia y maldad, de docilidad y limitación… y todo perfectamente clasificado y subdividido entre sí. No debemos quejarnos del esfuerzo que cuesta desenredar los nudos y las marañas de estas cabezas, si queremos averiguar cómo se puede influir en ellas. Es una tarea que tiene su aliciente, como lo tiene la resolución de un acertijo complicado. Y, desde luego, el premio que se obtiene a cambio merece la pena.

Se trata, en efecto, de un acertijo peliagudo: el más difícil que la Alemania actual plantea al mundo. Por una parte, existen varios millones de europeos normales y civilizados, individuos honrados, simpáticos y amables y, en ocasiones muy cultivados; por otra parte, se cometen atrocidades inolvidables en nombre de estas personas normales y civilizadas, a menudo con resignación, en general con su consentimiento y, siempre, sin su expresa desaprobación. Si se observa este fenómeno, no se puede entender cómo ha tenido lugar. En realidad, si el asunto no fuera tan grave, se podría uno reír de que, durante años e incluso décadas, se les haya contemplado con asombro y sin comprensión. Si se abre un periódico inglés por la página de las cartas de los lectores, se pueden leer en una sola edición

las siguientes opiniones: «Alemania, un pueblo tan civilizado como el nuestro… Hitler ha llegado al poder por las barrigas vacías y por el descontento que surgió a raíz de Versalles, la ocupación de la Cuenca del Ruhr y las reparaciones…», «Alemania es, fundamentalmente, un país rapaz… En el transcurso de siete años ha sostenido cinco guerras… A Hitler le seguirían venerando si, tal y como prometió, fuera capaz de darles los bienes del vecino…» A continuación vienen las conclusiones: «… Cuando termine esta terrible guerra, tendremos que socorrer a nuestros adversarios…».

«… "Aniquilad Alemania", debería ser la consigna del día; destruidla por completo…» Y así sucesivamente, día tras día.

En lo que se refiere a la población leal alemana, los que escriben cartas a la prensa no son conscientes de que unos y otros tienen razón, es decir que estos alemanes llevan una doble vida, como Dr. Jekyll y Mr. Hyde, y son tanto las personas amables y hospitalarias a las que sus amigos ingleses y norteamericanos no creen, ni con la mejor voluntad, capaces de hacer nada malo, como las personas que disculparon o incluso cometieron crímenes contra los belgas en el año 1914, contra los judíos desde 1933 hasta 1939, contra los polacos y los checos en los años 1939 y 1940, crímenes acerca de los cuales los mismos ingleses y americanos han leído con espanto en sus periódicos. Es difícil de entender, pero hay que entenderlo si se aspira a hacer algún progreso. Cualquier palabra que se dirija a estos alemanes basada en ilusiones y verdades a medias errará su objetivo tanto en la guerra como en la paz.

Los ingleses y los norteamericanos entenderían mejor a los alemanes leales si volvieran su mirada hacia los portavoces y amigos de los nazis de sus propios países. Las ideas políticas de esta gente no se suelen diferenciar de las de los alemanes leales. De ahí que no sea extraño que, cuando beban un vaso de vino del Rin, den rienda suelta a su mutua simpatía. En las dos partes encontramos el mismo escaso conocimiento de la verdadera esencia del nazismo, las mismas ideas morales algo manidas y mezquinas, sobre la base de las cuales se confunden los terribles crímenes y atrocidades con pequeños excesos e infracciones de la ley, el mismo mal gusto político, la misma predilección por lo teatral y por las palabras rimbombantes, el

mismo patriotismo mal entendido, la misma mentalidad de club de gimnasia, la misma disponibilidad para dejarse dar gato por liebre y para engañarse a sí mismos, y el mismo sentido de la realidad escasamente desarrollado. Incluso la propaganda es casi idéntica a la que los nazis lanzan sobre los papanatas de Alemania y del extranjero.

Iniciemos nuestro análisis de la población leal alemana echando un vistazo a esa propaganda, no porque creamos que sea la responsable de todo, sino porque toda propaganda contiene ideas que permiten extraer conclusiones sobre la mentalidad de aquéllos a los que va dirigida. La propaganda nazi destaca por un rasgo especial: nadie la cree, pero es efectiva. La estrecha relación de Goebbels con la mentira es bien conocida tanto en Alemania como en el extranjero. Sólo los más tontos se creen a pies juntillas lo que manifiesta el Ministerio de Ilustración Popular y de Propaganda. Pero incluso los más listos están tan influidos por ella como por los carteles publicitarios. Nadie, a excepción de los más tontos, cree seriamente que por utilizar determinada pasta de dientes se le blanquearán los dientes, que el uso de un jabón u otro haga que un matrimonio sea feliz o desgraciado y que, tanto si son despedidos por ineptitud como promocionados por buen rendimiento, sea recomendable tomar una cerveza de malta o un vaso de cacao antes de acostarse. Pero aunque nadie lo crea, muchos comprarán la pasta de dientes que promete unos dientes resplandecientes, el jabón que asegura un matrimonio feliz y la cerveza que promete éxitos profesionales, simplemente porque recuerdan los nombres y, en su subconsciente, están asociados a sensaciones agradables.

De manera similar, la propaganda nazi no aspira tanto a ser creída y a convencer como a meter en la cabeza ideas y fantasías sólidas y resistentes. Sólo los alemanes muy tontos se creyeron, por ejemplo, las espeluznantes historias que se contaron en 1938 sobre los checos y en 1939 sobre los polacos. La mayoría de alemanes dice, encogiéndose de hombros: «Goebbels». Pero aunque consideren una mentira cualquier explicación, con el tiempo adquiere forma en sus cabezas una imagen que les viene a la memoria cada vez que se pronuncia la palabra «checo» o «polaco», que imaginan como una especie de mono chato, desagradable, feo y enanoide que se pasea delante de niños, mujeres y hombres rubios pobremente

vestidos y atados a unos postes, blandiendo un revólver, un látigo o una porra. *Y esta imagen no se puede corregir con la reflexión ni con la realidad*. Como los carteles que anuncian unos dientes como perlas y la felicidad conyugal, la imagen influye, pese a todo, en la opinión y la conducta.

Casi nadie creyó las fantasiosas mentiras que se difundieron hace tiempo en los periódicos alemanes acerca de los pecados morales cometidos por los monjes y los sacerdotes católicos. Pero durante un tiempo a casi todos se les grabó en el subconsciente la imagen de un depravado. Ése era exactamente el objetivo de aquellos cuentos y embustes. En Alemania muchas personas consideran un sinsentido la teoría nacionalsocialista de la raza y rechazan el antisemitismo, pero al cruzarse con un hombre de pelo oscuro no pueden evitar preguntarse para sus adentros: «¿Será judío?». Ése es el efecto que persigue la propaganda. No sé cuántos alemanes creen hoy en día que Winston Churchill dejó que se hundiera el *Athenia*; no muchos, me atrevo a afirmar. Pero estoy seguro de que en cualquier cerebro se ha formado la asociación de ideas entre Churchill y el *Athenia*: «Churchill; ¡ah, el del *Athenia*!». Si reflexionan seriamente sobre ello, cosa que rara vez ocurre, suelen adquirir conciencia de que es una historia inverosímil. No obstante, Churchill seguirá siendo el del *Athenia*.

Del mismo modo que la propaganda genera imágenes y asociaciones imaginarias que ocultan la realidad, también es capaz de hacer que desaparezca la realidad: no negando los hechos, sino callándolos. En el fondo cualquier alemán sabe —y se comporta de acuerdo con ello— que existen campos de concentración en los que se maltrata a personas. Pero como los campos de concentración casi nunca aparecen en sus periódicos, se olvida de que existen. No posee ninguna imagen de ellos, como mucho, la imagen vaga que le disgusta ver de unas figuras sin afeitar, raquíticas y desagradables que aparecen en fila india vigiladas por unos hombres jóvenes, altos y rubios. Esta imagen le invade mientras conversa con sus invitados extranjeros y, con un vaso de vino del Rin en la mano, menciona sonriente los cuentos que circulan sobre las supuestas atrocidades que se cometen en Alemania. Sólo le entra un sudor frío por la frente cuando él mismo está en peligro de ser arrestado. En realidad, cualquier alemán sabe

por observaciones qué ocurre en Alemania con los judíos. Pero como apenas lee nada al respecto y tiene la vaga sensación de que no está bien saber mucho más, desconfía de lo que ve con sus propios ojos. Y cuando el Führer dice, como de paso, que «a los judíos no se les ha tocado un pelo», se pregunta si será verdad. Y así, a través del silencio consciente y de las maniobras de distracción, se da la impresión de que muchos sucesos que durante un tiempo han ocupado a los alemanes ni siquiera han ocurrido. ¿Ha existido realmente el incendio del Reichstag? ¿Y el 30 de junio de 1934? Hoy ya nadie habla de estos sucesos. Tal vez nunca hayan ocurrido.

Fuera de Alemania, la gente se asombra de la mendacidad, claramente reconocible, de la propaganda nazi, de sus estúpidas e increíbles exageraciones, del grotesco silencio ante lo que todo el mundo sabe. ¿A quién le puede convencer eso?, se preguntan. La respuesta es que la propaganda nazi no pretende convencer, sino impresionar. Que se lo crean o no, da igual; lo que importa es que no lo olviden. La propaganda nazi rechaza apelar a la razón, está orientada a los sentimientos y la fantasía. Sus manipuladores saben que los alemanes no son tontos por falta de inteligencia, sino por exceso de sentimientos, y se dedican a avivar esas emociones.

Evidentemente, semejante propaganda sólo puede causar efecto en la gente que tenga un sentido de la realidad muy poco desarrollado. Y eso es lo que les ocurre a los alemanes leales. Lo primero que hay que saber acerca de los alemanes leales es que, independientemente de su grado de formación y de su inteligencia, tienen una capacidad de percepción y de diferenciación muy escasa, y muy poco sentido común. Tanto la criada como el catedrático de universidad tienden en igual medida a creerse una afirmación expuesta convincentemente, más que a confiar en sus cinco sentidos y en su capacidad de juicio. En el caso de la criada se hablaría de cabeza de chorlito, pero el catedrático de calado intelectual viene a ser lo mismo. Los alemanes, sobre todo los que nos ocupan, carecen por completo del don de ver las cosas sencillas como algo sencillo y de fiarse de lo que ven sus propios ojos. Es un rasgo muy extendido, sobre todo entre los pueblos románicos. A un italiano o a un francés, es imposible hacerle creer que está saciado cuando tiene hambre, o que está haciendo un buen negocio

cuando le sacan dinero del bolsillo. Sin embargo, a muchos alemanes se les puede convencer día tras día. Una imagen descrita de manera impresionante, parecida a algo que hayan oído alguna vez en alguna parte, les convence mucho más que lo que perciben con sus propios ojos. Parece un chiste, pero es la pura verdad.

He aquí la prueba. Uno de cada dos alemanes le contará muy convencido a quien quiera escucharle que durante la República de Weimar había escasez de alimentos, de vivienda y miseria, mientras que ahora «todo ha mejorado» y «nadie pasa hambre ni frío en Alemania». ¡Y con una gran convicción! Quizás añada que en muchos aspectos no está de acuerdo con Hitler, pero que hay que reconocer que… Sin embargo, los hechos, que no sólo ve con sus propios ojos sino que además percibe con el estómago, demuestran lo contrario. Por más objeciones que se le hayan hecho a la República de Weimar, lo cierto es que había alimentos para dar y tomar, los precios eran bajos, los salarios y los sueldos estaban altos y había suficientes viviendas y tiempo libre. Ahora, en cambio, los alimentos son más escasos y más caros, los sueldos y los salarios más bajos, hay escasez de vivienda y se hacen horas extraordinarias. Pero lo que el ciudadano leal lee a diario en los periódicos, lo que oye en las asambleas y lo que ve en las películas de propaganda le impresiona mucho más que el hambre a la hora de comer, las peleas con su mujer por el presupuesto familiar, la búsqueda inútil de un lugar donde cobijarse y otras contrariedades igualmente prosaicas.

El alemán está siempre con un pie en este mundo y otro en un mundo de ensueño, y este mundo de ensueño se lo proporciona ahora la propaganda nazi. En lo más profundo de su ser, lo sabe y lo tiene en cuenta. Su capacidad para engañarse a sí mismo le permite también dar a otros gato por liebre de la manera más asombrosa. Durante tanto tiempo se lamentaron con deleite de una Alemania oprimida y proscrita —no los nazis, sino sus víctimas honradas y decentes—, que al final, contra su propia convicción, se lo acabaron creyendo. ¡Qué complicado! Qué alemán.

Si se examina más detenidamente qué dice y qué oculta la propaganda nazi a los alemanes leales, se pueden extraer conclusiones bastante precisas sobre la escala moral de su público. Los nazis hacen dos tipos distintos de

propaganda. Una debe contribuir a reclutar más nazis, y principalmente la encontramos en los campamentos, en los centros de instrucción, en las «logias del orden» y en instituciones parecidas. En general se transmite de viva voz en círculos cerrados, pero a menudo llega también a la prensa del partido y, de este modo, influye en la opinión pública. Hace publicidad con brutalidad, desconsideración, dureza y fanatismo, y planea conquistar el mundo. En suma, es francamente cínica.

La otra propaganda se hace «para el pueblo» o, dicho más exactamente, para el sector leal de la población; con el desleal casi no se cuenta. Esta propaganda miente continuamente, pero eleva el vicio a virtud. Parte del Ministerio para la Ilustración Popular y la Propaganda y su principal portavoz es la prensa del mismo signo. Sus artículos desprenden cólera justiciera y humildad. ¿La conquista del mundo? Sólo los necios y los calumniadores creen que «nosotros los alemanes» somos capaces de tal cosa. «Nosotros» amamos la paz con la paciencia del santo Job. Estamos dispuestos a firmar un pacto de no agresión con cualquier Estado. ¿Acaso no lo ha repetido el Führer en todos sus discursos pacifistas? Si sostenemos una guerra, es sólo por los sublimes motivos de Lohengrin: para salvar a las personas oprimidas, inocentes, perseguidas y desvalidas. ¡Cómo nos hubiera gustado dejar intactas Austria, Checoslovaquia y Polonia! Fue su incorregible infamia y su crueldad las que nos obligaron a anexionar estos países. ¿Terror? ¿Ejecuciones masivas? ¿Torturas en los campos de concentración? Desde luego que no. Son inventos de la prensa judía. Y ya que hablamos de los judíos, diremos que a ninguno de ellos se les ha tocado ni un pelo. Como mucho, nos protegemos de la temida conspiración mundial judía que quiere destruir al pueblo alemán. No queremos nada de Inglaterra, no estamos peleados con ella… aunque sea el enemigo de la humanidad y tenga que ser aniquilada. Pero contra el país no tenemos nada. No queremos nada de Francia, ni de nadie, si acaso, las colonias que nos han arrebatado. Y el espacio vital. Y a los germanoamericanos que nos han nacido. ¿Que nosotros amenazamos a América? ¡Qué ridículo!

Todo es una tontería y un horror. Pero al mismo tiempo hay dos cosas evidentes: los nazis creen necesario representar una extraña comedia ante sus secuaces leales de Alemania. Además, les tienen por gente bastante

decente, pero no demasiado inteligente. La predilección de los nazis por la crueldad, la persecución y la opresión no parece ser compartida por estos alemanes leales. Para hacerles estas cosas apetitosas, tienen que causarles la impresión de que los perseguidos y oprimidos cruelmente son los hombres de las SS, mientras que los sádicos peligrosos son los que se encuentran en los campos de concentración detrás de la alambrada. Se obliga a la prensa una y otra vez a que no imprima fotografías o noticias que puedan despertar la compasión por alguna persona o grupo. Es evidente que los nazis temen el poder de la compasión de los alemanes leales. Obviamente, cuentan con cierto sentido de la justicia y con cierto carácter conciliador. Aunque de vez en cuando polemicen con cuidado contra esas cualidades e intenten disuadir de ellas a los alemanes, por otra parte se sienten obligados a tenerlas en consideración a la hora de configurar su propaganda.

A ojos de los alemanes leales, los nazis no son los destructores, sino los guardianes y defensores de la familia. («¿Quién ha hecho más por la familia que nosotros? Préstamos a los matrimonios. Aumento del índice de natalidad.») No son los enemigos, sino los libertadores del cristianismo y de la Iglesia. («¿Qué quieren en realidad estos sacerdotes pendencieros? Gracias a nosotros pueden predicar sin ser molestados y nadie les quema las iglesias. Nunca nos hemos inmiscuido en la custodia de las almas.») No son revolucionarios, sino guardianes armados del Estado. («Alemania: una isla de paz. A nuestro alrededor, por doquier se tambalean los cimientos del orden. Las llamas de la revolución se propagan de un país a otro. Desciende el nivel de vida. Desempleo, guerras, guerras civiles, crisis de gobierno. Nosotros nos hemos encargado de que no nos ocurra nada de esto. Celebramos la fiesta de Acción de Gracias llenos de agradecimiento y en concordia. El Führer vela por nosotros.») Así es como los nazis tienen que convencer a la mayoría de sus compatriotas para que piensen lo contrario de lo que son y de lo que quieren los nazis. El hecho de que los nazis cosechen tanto éxito en sus intentos de persuasión habla en contra de la inteligencia y de la madurez política de los alemanes. Pero el hecho de que los nazis se tengan que someter a ese esfuerzo habla a favor de la moral y la decencia del pueblo alemán.

Es necesario hacer una objeción importante. Los nazis no separan nítidamente las dos clases de propaganda ni se preocupan de que «el pueblo» no sepa qué ocurre realmente. Intencionadamente y con cierto refinamiento, dificultan que la gente crea las mentiras que les endilgan. Declaran que a ningún judío se le ha infligido el menor daño y, al mismo tiempo, ponen a la venta en todas las esquinas su periódico *Der Stürmer*. Actúan siempre en dos direcciones. Alardean tanto de su humanidad y de su modestia como de su desconsideración y de su rigor. En un mismo discurso hablan del inmenso amor a la paz de Alemania y del «nuevo reparto del mundo». Y saben que en los dos casos pueden contar con el aplauso. Tienen una manera insuperable de desenmascararse, especialmente cuando un acto ya está consumado. Parece como si supieran que se lo pueden permitir, que hay algo en su público de lo que se puede abusar, que tal vez la gente quiera ser primero engañada y luego sorprendida con el resultado. Así, Hitler anunció al pueblo alemán —que manifestaba una gran precaución y reserva respecto a la aventura checa— que Alemania no quería nada de los checos, que los checos sólo tenían que dejar de oprimir a los alemanes de los Sudetes y que sólo se exigía la autonomía de la minoría perseguida. Pero diez días después de Munich declaró en medio de fuertes aplausos que en mayo «había dado la orden de que, como muy tarde el 2 de octubre, las tropas entraran en Checoslovaquia». Si los alemanes sólo fueran sencillamente personas decentes y sin prejuicios, habrían reaccionado furiosos ante este comunicado, que mostraba que se había explotado su necedad y que se había abusado de su decencia, que habían sido llevados a cometer un asesinato con los ojos vendados. Pero su reacción fue la admiración y el aplauso. Aunque quizás era eso lo que querían: cometer un asesinato sin saberlo, mantenerse con los ojos vendados durante el acto, pero luego llevarse el reloj de oro y la billetera de la víctima, alegrarse de los frutos de su fechoría y luego fingir mala conciencia.

Aquí encontramos una característica de los alemanes leales que es difícil de comprender, pero que no obstante debe ser comprendida: con uno de esos complejos que son familiares a los alemanes, y sólo a ellos, y que

les resulta natural. Se trata de la doble o, mejor dicho, triple moral a la que rinden homenaje en el ámbito de la política… y a la que ya rendían tributo incluso en la época anterior a los nazis.

En su vida privada, el alemán no es más amoral que otro europeo. En su opinión, tiene incluso una moral superior, pero tampoco en esto se diferencia de los demás. Naturalmente, a veces se comporta de una manera inmoral, pero paga por ello del modo habitual: con una mala conciencia. Reconoce la existencia de una moral superior incluso cuando atenta contra ella. Tal vez la moral alemana tenga unos matices diferentes de la moral de otras naciones. Así, por ejemplo, a los ingleses les ha llamado alguna vez la atención que el alemán medio, en la vida privada, no siempre se atiene a las reglas inglesas del *fair play*. Es muy posible. El juego limpio es, sin embargo, una virtud típicamente inglesa; el mismo rango ocupa entre los alemanes la virtud más oriental —aunque menos acusada, pero no menos noble— de la generosidad. No profundizaremos más en la cuestión. Baste con afirmar que se cometería una injusticia contra el alemán si se negara que, como individuo y en épocas de paz, tiene una sensibilidad absolutamente moral y obra en consecuencia.

Pero es un hecho llamativo y para muchos misterioso que de esa moralidad y esa decencia «del alemán» no quede nada cuando salen a la palestra «los alemanes»: como masa política, con su extraordinaria falta de escrúpulos, de formalidad, su malicia, sus mentiras y su barbarie, se diferencian de otras naciones civilizadas, y no sólo desde la toma del poder de los nazis.

Lo curioso es que el alemán medio no es consciente de ello. No se da cuenta de que en política atenta contra la moral; más bien le parece que la inmoral es la política. A sus ojos, la política es un terreno en el que lo habitual es no tener escrúpulos, ser deshonesto y malicioso. En su opinión, todas las naciones son así, y cuando por ejemplo los ingleses afirman que existe una ley moral en la política, a los alemanes les parece una hipocresía nauseabunda.

Por un momento debemos volver a preguntarnos cómo han llegado los alemanes a la convicción de que la política es un asunto sucio cuyas reglas son la traición, la maldad y la bestialidad. El hecho es que tienen esa

concepción. «La política corrompe el carácter», dice un dicho alemán; un diplomático es un embustero notorio, y un diplomático de éxito miente mejor que sus rivales. Y ante el intento de introducir normas morales y decencia en el ámbito político, un alemán reacciona con tanta irritación como cualquier otro que se indigne por una burda e intencionada infracción de las reglas del juego. Para el alemán medio existe una moral privada y otra política, siendo la moral política exactamente contraria a la privada. La traición, el chantaje, el latrocinio, el perjurio, el asesinato y el robo no son, según la concepción alemana, delitos ni excesos en la vida política, como lo serían en la vida privada. En su opinión, la política consiste precisamente en esas cosas. Si alguien dice lo contrario, es porque quiere que el alemán tonto, que es demasiado bondadoso para este mundo, se crea seguro, para así poder planear más fácilmente su caída política.

Porque el alemán no es en modo alguno consciente de que su concepción de la política es una peculiaridad nacional. Cree que la política es una imposición. Anhela ser bueno y pacífico, pero el mundo malvado le obliga a participar en ese juego perverso. Él, personalmente, no tiene ningún interés en el juego de la política. De ahí que el alemán decente, normal y moral, en general, se acobarde ante la actividad política. Nadie es por naturaleza tan apolítico —también podría decirse antipolítico— como un alemán. Mientras ese distanciamiento se practique honradamente, no hay nada que objetar, especialmente si recordamos las significativas obras musicales, poéticas y filosóficas que Alemania tiene que agradecer a ese alejamiento de la política. Incluso hoy, el alemán normal prefiere tener que ver lo menos posible con la política. «La política: ¡buf, qué asco!», dice. Prefiere dejar la política en manos de quienes se ofrecen para ocuparse de ella en su nombre: los emperadores y los líderes.

Pero una vez más su idea de la moral le confunde. Sus líderes cometen los crímenes ante los que se espanta, pero que en el fondo considera necesarios y deseables, y además le ahorran clementemente el disgusto de aparecer como cómplice. Idolatra a esta gente como ninguna otra nación ha venerado jamás a sus hombres de Estado. Y los éxitos de esta gente, logrados en su nombre y en parte dependientes de él, le embriagan, aunque le hubiera espantado utilizar los medios con los que se obtuvieron. Ésa es la

razón oculta por la que estas personas tranquilas, decentes y de buen corazón caen de rodillas ante líderes sádicos y sin escrúpulos. Su relación con los elegidos, sus príncipes, líderes y héroes, se asemeja a la relación que tienen los pueblos primitivos con sus dioses, que los protegen, les dan la victoria y, al mismo tiempo, asumen toda la culpa. Otras naciones creen en aquellos políticos en los que se reconocen a sí mismos y que, dentro de un amplio marco, regulan los asuntos de Estado como sus paisanos arreglan, en un marco más pequeño, sus asuntos privados. Los alemanes, por el contrario, desean soberanos cuya política no se parezca en nada a su vida privada y que sean completamente distintos: «importantes», «diabólicos», «geniales», «eminentes». Los alemanes no quieren mandatarios honrados ni defensores de una causa, sino ídolos. Si su ídolo les deja en la estacada —cuando pierde su guerra, como cuando el Kaiser perdió la guerra de 1914-1918— le echan toda la culpa y le bajan a empujones del pedestal. Después, miran al mundo con gesto de inocencia y con la conciencia limpia, y se salen de sus casillas si se les hace mínimamente responsables de sus actos o si se les exige reparar los daños causados.

Pero cuando su ídolo consigue una victoria, su entusiasmo no conoce límites. Considere por un momento la relación de los alemanes con Bismarck. No se asemeja a la relación de una nación con un hombre de Estado coronado por el éxito ni con un personaje notable, sino que sólo se puede explicar desde un punto de vista teológico. Bismarck se ha convertido en el eterno dios tribal de los alemanes. Sus declaraciones tienen el significado definitivo de un oráculo, como el que poseían las citas de la Biblia en los debates escolásticos de la Edad Media. De las anécdotas populares que circulan sobre él y que, significativamente, siempre están escogidas con cierta parcialidad, emana el mismo consuelo que de las leyendas de los santos. El recuerdo del que luego fuera Canciller de Hierro, que de joven abogado había sermoneado a su juez, o el del envío del enemigo vencido como mediador en las negociaciones de paz, despierta en la mayoría de alemanes temerosos un entusiasmo y una sensación de poder que les hace sentir como si hubieran conquistado el mundo. Y el mismo padre que reprende severamente a su hijo por haber pegado a un compañero

de colegio más débil o por haber culpado a alguien equivocadamente, le dice en ocasiones solemnes con la voz trémula: «Qué hombre tan genial cuando asumió la responsabilidad y modificó el Despacho de Ems.[2] Desencadenó una guerra a vida o muerte, derrocó a un emperador y forjó el Reich alemán con sangre y hierro». Palidecería de ira si su hijo falsificara un certificado médico para saltarse una clase, pero la mayor falsificación de la historia universal le inspira el mismo fervor religioso que la crucifixión de Jesucristo.

Una vez descritos a qué sentimientos e ideas puede apelar Hitler, no nos resultará difícil entender que su falta de formalidad, su poca palabra y su afán de conquista —características que a fin de cuentas hicieron que el mundo perdiera la paciencia con él— son los pilares de su poder, que va mucho más allá del estrecho círculo de sus secuaces. Para el alemán las conquistas parecen ser el objetivo natural de la política, y la informalidad y la infidelidad, sus medios; un chantaje coronado por el éxito y un engaño solapado son una «victoria diplomática», y la indignación de los hombres de Estado extranjeros por los métodos de Hitler es la expresión de la rabia y los celos que sienten los menos capacitados por el éxito de sus rivales. Si Hitler sólo tuviera que responder de su política exterior, de faltar a su palabra, de sus conquistas y del saqueo de otros pueblos, no necesitaría una propaganda mentirosa para ser aceptado por los alemanes. Las debilidades de su soberanía son en realidad esas particularidades que el mundo, tal vez sin demasiada razón, ha soportado e ignorado —y todavía hoy— como «asuntos internos de Alemania»: la campaña sistemática contra la vida privada, la libertad personal y la moral individual; la eliminación de todas las comodidades privadas que existían a la sombra de la mala política de Bismarck y del Kaiser; la intolerancia y la crueldad, que hacen de la vida en Alemania un infierno; la creciente esclavización de todo alemán y la restricción cada vez mayor del «espacio vital» privado; el aumento diario de las atrocidades con las que los nazis se granjean la simpatía de unos alemanes casi tan inevitablemente como el rechazo de los otros alemanes (de ahí la propaganda continua encaminada a que estos últimos olviden esas monstruosidades). Todo esto ha contribuido mucho más que la política exterior de Hitler a que muchos alemanes adopten ahora una actitud

negativa respecto a los nazis, y a que incluso los alemanes de tendencia leal no tengan claros sus sentimientos. Porque los alemanes leales y los desleales, aunque hoy se odien, no son tan diferentes como a algunos les gusta afirmar. La principal diferencia entre ellos es que la conciencia y el pudor privados son más fuertes entre los alemanes desleales que el patriotismo y la lealtad, mientras que los otros están inmersos en un infructuoso dilema interior y viven atormentados por sus ideas. Los nazis tienen demasiados triunfos en la mano contra ellos. Ya nos hemos referido a algunos, pero del mayor nos ocuparemos, intencionadamente, al final, ya que requiere un análisis detallado. Se trata del llamamiento al patriotismo.

Cuando se tambalea la fe del alemán leal, cuando a raíz de algo espantoso en su entorno más próximo intuye el verdadero carácter de la propaganda y le resulta imposible seguir engañándose, cuando un hombre ilustrado siente náuseas ante los discursos de Hitler sobre la «cultura» y sus «proezas culturales», cuando el pequeño propietario de una tienda tiene que presenciar cómo su negocio «no rentable para la economía nacional» es cerrado por orden de las autoridades y él es obligado a trabajar como un esclavo en la construcción de instalaciones de defensa y autopistas, cuando hay que completar el cuestionario número 197, cuando la Asociación Nacionalsocialista para la Ganadería o el Club Nacionalsocialista de Skat exige a los alemanes leales que se hagan socios, paguen una contribución y participen en las convocatorias regulares, cuando la asociación de dentistas pone a uno de ellos en la disyuntiva de divorciarse de su esposa no aria o de perder el permiso para ejercer la profesión, cuando incluso el más leal se ve amenazado con sucumbir a la amargura, la desesperación, la vergüenza y la ira, hay una cosa que le hace contenerse: la idea, conmovedora en un primer momento, de que soporta todo eso «por Alemania».

No nos engañemos: en muchas cosas los alemanes leales son mentidos por los nazis o se engañan a sí mismos; ante muchas cosas cierran los ojos y en muchos casos se equivocan; algunas cosas las toleran de mala gana o desean en secreto que cambien. Pero hay un aspecto en el que están realmente de acuerdo con los nazis y en el que el nazismo coincide exactamente con sus aspiraciones e ideas. Este aspecto es decisivo. Si esta concordia no existiera, no estarían tan fácilmente dispuestos a sacrificarse

ciegamente y a engañarse a sí mismos. Sólo si cambiaran de manera de pensar respecto a esta relación se podría esperar que estos secuaces leales se aislaran de los nazis.

Esta curiosa concepción del patriotismo ha predominado en Alemania desde la fundación del Reich. Los nazis son la terrible consecuencia de las convicciones que se propagaron mucho antes —en tiempos normales y civilizados— y que se inculcaron a la juventud en las universidades y los colegios alemanes. Son la horrenda encarnación de los ideales de los ampulosos sermoneadores de domingo, que actuaron con éxito de 1870 a 1918. Cuando los alemanes leales cultivados intentan romper con el nazismo, sus propios y más sagrados ideales se revelan como un freno. ¿Acaso los nazis no actúan exclusivamente «por Alemania»? ¿No han hecho que Alemania sea más poderosa, temida y victoriosa que bajo ningún otro antecesor? Y todo lo que hacen, por muy espeluznante que pueda parecer, ¿no sirve para que Alemania sea aún más poderosa, temida y victoriosa? ¿Acaso no hay que poner a Alemania «por encima de todo»? ¿No hay que hacer, por tanto, cualquier sacrificio que exijan los nazis? Y frente a las deslumbrantes victorias que se han conseguido «por Alemania», ¿no es cualquiera de esos sacrificios una nimiedad, una insignificancia?

Hoy en día, sin duda, el patriotismo y la capacidad de sacrificio son virtudes. Pero toda virtud, como sabemos, se puede convertir en lo contrario, y el patriotismo alemán es el mejor ejemplo, si es que alguna vez ha sido una virtud. Hace ya mucho tiempo —mucho antes de los nazis— que está degenerado. Ha perdido toda mesura y todo sentido. El patriotismo hace de la «madre patria» una flor retórica vacía y banal y, al mismo tiempo, la eleva a divinidad. Si se hace un análisis más preciso, se descubre una característica que también es propia del nazismo: el nihilismo activo o, a la inversa, la totalidad destructiva. El patriotismo alemán era el punto más débil de la época anterior a Hitler, por el que penetraron las toxinas del nacionalsocialismo. Y aún sigue siendo el único punto en el que realmente coinciden los nazis y muchos alemanes civilizados que no son nazis.

El patriotismo es una emoción que, en condiciones razonables, debería ser sólo latente. No es otra cosa que la reacción natural ante un *peligro* real para la «madre patria», para el territorio, la lengua y las costumbres del

pueblo, para la independencia del Estado y el derecho a la autodeterminación. Un patriotismo sano es el que mostraron al mundo los belgas en el año 1914 o los finlandeses en 1939. En épocas de paz, el patriota causa una impresión levemente cómica, aunque también agradablemente cómica. Es normal y natural amar a la propia patria y a los propios paisanos y, en silencio, preferirlos a los países y a los pueblos extranjeros. Pero cuanto más en silencio, mejor. En tiempos de paz, los patriotas recuerdan un poco a esos hombres que acarician y besuquean a sus mujeres en público.

¿Qué han hecho los alemanes en los últimos cien años con esa sana y tierna planta del «patriotismo»? Ante todo, se encuentren donde se encuentren, son conscientes de su «alemanidad». En las épocas más pacíficas, se pasean como si estuvieran en el salón de un teatro nacional, intentando temerosamente pensar «en alemán» sobre los asuntos más triviales, sentir «en alemán», amar «en alemán» y «acordarse sin cesar de que son alemanes». Pronto dejará de ser reconocible qué significa exactamente esa alemanidad. La «Alemania» que estos infelices han aprendido a pensar desde la mañana hasta la noche es algo así como una divinidad mística. ¿Y de qué vive esa divinidad? De sacrificios.

Por «Alemania» hay que hacer toda clase de sacrificios: eso es lo que se ha inculcado a los niños desde hace varias generaciones anteriores a los nazis. De ahí que los alemanes, en los últimos treinta años, hayan hecho efectivamente sacrificios «por Alemania» con una disposición y una paciencia que serían conmovedoras si esos sacrificios hubieran estado al servicio de un fin mejor. En la era actual, los sacrificios sólo se han alimentado de algo normal una vez, durante un período de seis años en la República de Weimar. En la última guerra, en los cinco primeros años de la posguerra, así como bajo Brüning y Hitler, se han nutrido pacientemente «por Alemania» de «sucedáneos», para contribuir a ganar la guerra, para salvar a «Alemania del bolchevismo», para demostrar que ya no podían pagar más reparaciones y para preparar la siguiente guerra. Hasta hoy, comiendo alimentos de escaso valor, los patriotas alemanes son capaces de proporcionarse una especie de satisfacción espiritual como la que intentaban obtener los flagelantes en la Edad Media fustigándose a sí

mismos. Un gobierno que les diera suficiente comida les haría sospechar que no son lo bastante patriotas y no hacen demasiado «por Alemania». Con la triste y desvalida paciencia con la que un perro de aguas permite que le quiten su hueso, los alemanes han permitido dos veces que se les roben sus ahorros «por Alemania», por no hablar de esos miles de sacrificios absurdos de la libertad, el dinero, el confort y las pequeñas comodidades que Hitler les exige diaria y sistemáticamente. «Por Alemania no me importa nada pasar una noche en blanco», dice el patriota alemán cuando las SA le ordenan que haga una marcha nocturna. Cuando en el año 1936 se retiraron las cintas elásticas con las que se ceñían los paquetitos de libros (la goma era utilizada por el ejército para hacer neumáticos), oí a un pequeño librero que decía suspirando: «No me importa atar los paquetes con un cordel, si eso ayuda al Führer a mantener la paz».

Hasta ahora, todo eso suena patético, o incluso disparatado. Pero «Alemania» no sólo exige sacrificios de pertenencias o de vidas humanas, es decir no sólo requiere sacrificios honrosos. «Alemania» exige también sacrificios que, en términos muy generales, son contemplados como deshonrosos: sacrificios de carácter, de conciencia, de inteligencia y de moral. «Por Alemania» un hombre se tiene que separar de su mujer si no es aria, hay que mentir, robar y matar. Ya el Kaiser, que en este sentido se adelantó a Hitler, había instruido a sus soldados para que dispararan a sus familiares cuando él les diera la orden. Y el patriotismo alemán se tragó esto… con cierto entusiasmo. A partir de entonces, todo se vuelve repugnante. El carácter desmoralizador y destructivo de la generación patriótica que ha impresionado al pueblo alemán comienza a hacerse visible. Sin embargo, el punto culminante todavía está por llegar.

«Alemania» también exige que se le sacrifique Alemania. La sustancia nacional, la cultura, el carácter heredado, los usos y las costumbres que constituyen la Alemania real; el paisaje, la arquitectura de las ciudades, el bienestar del país, el buen nombre y el honor: todo eso ha de ser sacrificado «por Alemania». Esa «Alemania» por la que los sacrificios de la gente no tienen fin, no es el bello, fértil y viejo país situado entre los Alpes y el mar, con sus ciudades y sus campos, sus fábricas y sus ferrocarriles, con sus habitantes, sus costumbres, su lengua, su poesía y su música. Todo eso

seguiría existiendo igual, o incluso mejor, sin sacrificios. La «Alemania» por la que hay que sacrificarse es una quimera, un espectro enigmático. Pero tiene un símbolo terrenal: el Reich.

El patriotismo que se ha apropiado de los alemanes desde la fundación del Reich no es un amor a la madre patria, sino una obsesión por la patria. Es un sentimiento que paraliza parcialmente la responsabilidad moral, intelectual y estética. Es, por así decirlo, una mancha ciega en el ojo espiritual.

Esta obsesión por la patria no la han creado los nazis. Más bien podría decirse que ella ha creado a los nazis. Los nazis se la encontraron ya preparada y pudieron hacer milagros con ella.

La obsesión por la patria surgió de la nada y fue fortalecida y promovida por la leyenda histórica del Reich alemán. Y esta leyenda es el fundamento psicológico del Reich alemán, que no es sino la encarnación terrenal de esa «Alemania» por la que los alemanes, durante los últimos setenta y cinco años, lo han sacrificado ciegamente todo: su individualidad personal y nacional, su civilización y su misión nacional. Los ingleses siempre han tendido a considerar con una confianza ciega ese Reich alemán, contra el que ahora sostienen una guerra a vida o muerte por segunda vez en veinticinco años, como la fusión natural de las fuerzas unificadoras, como el resultado de un sano proceso histórico, como un receptáculo político adecuado para la civilización alemana. Cuando nació el Reich alemán, fueron benévolos, le ayudaron a recuperarse tras su primera gran catástrofe y, quizá todavía hoy, sigan deseando volver a vivir en paz y en armonía con un Reich alemán «que haya entrado en razón». Sin embargo, ya es hora de preguntarse si el Reich *puede* entrar en razón; si esta figura política —a cuya tradición y leyenda los nazis se adaptan de manera un tanto inquietante; en cuyo nombre obligan a muchos alemanes, a las buenas o a las malas, a estar de acuerdo con ellos; y de la que han surgido casi todas las grandes crisis y guerras de los últimos setenta y cinco años— no es quizás algo sumamente antinatural y peligroso, no es la cúspide de una sana evolución, sino el inicio de una enfermedad mortal que aniquilará Europa, no es el receptáculo apropiado para la civilización alemana, sino su

destructora: algo que ya Nietzsche, con una clara precognición, temía en 1873, cuando hablaba de la «derrota, incluso la extinción, del espíritu alemán en aras del Reich alemán».

Aquí no podemos ahondar en este complicado problema con el detalle que requiere. Pero hay que tratarlo y explicar sus aspectos principales. Porque de lo contrario no se podría entender por qué los nazis obtuvieron una oportunidad psicológica en Alemania. Realmente encontraron un vínculo con la tradición alemana: *algo que por primera vez la hacía posible en Alemania*.

El Reich alemán de 1871 no fue, como las grandes potencias de Occidente, el resultado de un largo y coherente proceso de evolución histórica. Tras mil quinientos años de lucha por diferentes formas y objetivos, el Reich alemán representaba más bien una excepción súbita y sorprendente. Desde el punto de vista histórico, el Reich alemán causa una impresión extraña y ambigua. En ese sentido, los esfuerzos de sus fundadores se asemejan a los de los actuales sionistas, que quieren volver a crear un pequeño Estado en el Próximo Oriente para los judíos, tras dos mil años de historia en los que han vivido como una civilización y una comunidad sin Estado. Lo característico de los alemanes era que, a pesar del desarrollo de una cultura autóctona, a diferencia de sus vecinos occidentales nunca aspiraban a una unidad o una cohesión nacional, sino sólo a la universalidad. Y cuando fracasó su intento de resucitar el Sacro Imperio Romano, desplazaron —a semejanza de los judíos— el peso de su existencia nacional a la consecución de una universalidad espiritual que, al estar relacionada con el mundo entero, se convirtió inconscientemente en una peculiaridad nacional. La base política sobre la que se erigió el mundo espiritual de los alemanes constituía múltiples Estados pequeños y modestos. Los más pequeños eran, desde el punto de vista cultural, los más grandes. Así, por ejemplo, el duque Carlos Augusto gobernaba el *land* de Sajonia-Weimar-Eisenach. Y para entender qué clase de dignidad y de seguridad otorgaba a los alemanes esa renuncia política y su dominio espiritual universal, baste recordar la serenidad y el distanciamiento con el que Goethe se presentaba ante Napoleón, como si fuera un soberano recibiendo a otro. Eran pequeños Estados que fomentaron las grandes obras

del espíritu alemán, a partir de las cuales el embrutecido, antiespiritual, antialemán y rapaz Tercer Reich se arroga hoy el derecho a pisotear la dignidad de todos esos pequeños *länder* tan civilizados.

La «nostalgia del Reich» significaba en el siglo XIX que la fe en la grandeza de Alemania y en sus fuentes estaba quebrantada. Eso se manifestaba particularmente en una indecisión y confusión súbitas, en una inesperada decadencia de las costumbres, en una falta de instinto y en el olvido de las acreditadas reglas de convivencia. Es algo que ocurre una y otra vez en la historia de las grandes naciones. A veces es una inseguridad temporal que pasa sin dejar huella, otras veces es una confusión que va en aumento y que lleva a una escisión a comportarse de manera delirante. La «nostalgia del Reich» alemán tenía un lema invisible: «también». Los alemanes «también» querían tener su Reich, no porque lo necesitaran o porque estuvieran preparados para administrar y mantener un gran Estado nacional, sino porque los franceses y los ingleses tenían su Reich (Imperio). Esta mentalidad del «también» ha desempeñado siempre un papel importante en la historia del Reich alemán. Así, por ejemplo, Alemania tuvo que tener, «también», colonias, una gran flota y asentamientos en el Lejano Oriente, no porque fueran imprescindibles, sino porque otras potencias los poseían. Asimismo, la actual represión de los checos y los polacos por Hitler está justificada a ojos de sus patrióticos secuaces, porque Inglaterra «también» utilizó métodos coercitivos bajo Warren Hastings. Incluso las guerras de expansión de Hitler están parcialmente respaldadas por la teoría del «también». ¿Acaso Francia no creció «también» por la anexión y la expulsión de sus vecinos, hace trescientos o quinientos años?

Sin embargo, el motivo psicológico de esas guerras es otro. Al fin y al cabo, el Reich, como recordaremos, no surgió porque se le esperara con impaciencia, sino porque Prusia —ese pequeño Estado rapaz— devoró a los demás Estados alemanes. Toda la historia de Prusia consiste en que primero conquistó *länder* pequeños y luego otros mayores. A falta de obras culturales propias, su única gloria reside en la continua ampliación de su territorio, en el sometimiento de la vida de su pueblo a esa codicia suya. Esta moral política de Prusia fue transferida a su sucesor, el Reich alemán. Los pequeños Estados alemanes vencidos, moralmente debilitados por la

traición a su misión espiritual y por la ineludible doctrina del «también», no tenían nada que oponer. Prusia fue el tumor cancerígeno de Alemania. Su ley era crecer, devorar y destruir. Desde que Alemania olvidó y negó su propia ley y adoptó la de Prusia o, en otras palabras, desde que se transformó en el Tercer Reich, se ha convertido en el tumor cancerígeno de Europa.

El Reich alemán surgió por medio de tres de las guerras más cínicas y criminales que conoce la historia: el brutal dominio de la pequeña y vecina Dinamarca; la guerra relámpago contra la Confederación Germánica, que terminó con la incorporación de los pequeños Estados del norte de Alemania; y la injustificada guerra contra Francia provocada adrede por una falsificación de documentos. El Reich «se forjó» mediante una rapaz campaña común por parte de sus futuros Estados miembros. A partir de entonces, tanto los Estados como los individuos se vieron obligados a medrar más y más, «según la ley», como decía Goethe, «con la que comenzaste».

Bismarck, que poseía una aguda inteligencia, aunque no era un pensador profundo, probablemente no lo supiera. Tal vez no hablara en serio cuando declaró que Alemania, tras 1871, era un Estado «saturado»; consideraba la fundación del Reich como el resultado consecuente de la historia alemana y se esforzó por incorporar —en la medida de lo posible, sin contratiempos— el nuevo Reich alemán en la comunidad de las viejas y grandes potencias europeas, como si siempre hubiera formado parte de ellas. En su época, los alemanes estaban tan confusos y desconcertados por todo lo que había sucedido entre 1862 y 1871, por las humillaciones y los sufrimientos que de pronto se habían convertido en felicidad y alegría por la victoria, que durante un tiempo se sintieron satisfechos. Lo cierto es que el Reich alemán fue durante veinte años un Estado satisfecho y pacífico. Pero lo llamativo era que las tradiciones espirituales de Alemania de repente parecían haberse atrofiado, que el alarde banal y la autocomplacencia sustituyeron a la sobriedad y a la autocrítica continua, y que Treitschke, desde su cátedra de la universidad, empezó a escribir una nueva leyenda histórica alemana.

Tras la caída de Bismarck, el gigantesco juguete que había sido puesto en manos de los alemanes empezó a dar muestras de su espíritu demoníaco. Ahora que poseían un gran aparato de poder, ¿no debían hacer algo con él? Pero ¿qué? ¡La expansión, naturalmente! Prusia se había engrandecido a base de crecer, de modo que su heredero, el gran Reich alemán, tenía que crecer aún más impetuosa y rápidamente. Como es natural, debía tener todo lo que otros poseían. Pero los alemanes pronto empezaron a sentirse inseguros como advenedizos y a temblar en su nuevo papel. ¿Dónde estaba la soberana dignidad y la serena seguridad con la que los alemanes del siglo XVIII, desde sus pequeños Estados y desde las altas montañas, habían contemplado las desavenencias del mundo? Ahora los alemanes hablaban con desprecio de los «pequeños estadillos alemanes» y se avergonzaban de su pasado, como los nuevos ricos de origen humilde se avergüenzan de sus padres. No sabían cómo llevar su nuevo ropaje, y al sentirse inseguros en su pellejo, se figuraban que eran calumniados y, sobre todo, envidiados.

Desde la fundación del Reich, los alemanes han padecido manía persecutoria. Están convencidos de que todos los demás pueblos les quieren quitar algo y están continuamente al acecho para poder cercarles y abalanzarse sobre ellos. La perplejidad enfermiza, el resentimiento, la desconfianza, el chauvinismo y la cobarde atribución de la responsabilidad a otros: estos nuevos rasgos de carácter son las consecuencias neuróticas de que los alemanes hayan negado su naturaleza interna, hayan destruido su pasado espiritual y hayan intentado jugar a ser una gran potencia sin estar mínimamente preparados por la historia para desempeñar ese papel. Después vino la fijación por la patria, la enfermiza veneración de un único y dudoso ideal, al que se había sacrificado todo y por el que, en consecuencia, debían seguir sacrificándose.

> Así pues, has medrado más y más,
> según la ley con la que comenzaste.[3]

El Reich sólo podía perseguir una política de «guerra y victoria», una política del «también». Impulsado en parte por la manía persecutoria y en parte por el afán de expansión, tenía que armarse, amenazar, atacar, crear inquietud y atemorizar. Los indolentes alemanes del Reich tenían que hacer

todo lo posible «por poder mantener la cabeza bien alta, como alemanes». Antes podían mantenerla alta sin nada de eso, aunque sólo fueran de Wurtemberg o de la Weimar sajona. Pero eran gente razonable. Ahora necesitaban el nazismo, la presunción y el alarde para mantener las apariencias ante ellos mismos. No obstante, era una época en la que todavía se toleraba el pensamiento como juguete y como pasatiempo, aunque no se le tomara tan en serio como en la época de los «pequeños estadillos». Todavía no existía la barbarie, la persecución de los judíos ni los campos de concentración. Sólo había una cosa: la inevitable Gran Guerra.

El Reich fue vencido… pero sobrevivió. Tuvo que capitular sin condiciones, confesar su culpa en la guerra y prometer la reparación; fue obligado a desembolsar una parte del botín y a desarmarse. Y su demonio, impulsado por la ineludible ley de su existencia, empezó a agitarse de nuevo. Los políticos de talante amistoso podrían haber estado en el poder y practicado una política de identificación pacífica con Europa. Pero el Reich era más fuerte que ellos. Este poderosísimo edificio, que había sido levantado para la guerra y la expansión, exigía que sus mandatarios persiguieran la política para la que había sido creado. Para una política de adaptación pacífica no hacía falta ningún Reich. En cuanto se vio que el gigantesco juguete permanecía, en lo esencial, intacto, comenzó el llanto del mal perdedor por la «paz deshonrosa»: la comedia de la miseria se representó como primer acto del drama de la revancha… Los afables republicanos de Weimar obedecieron titubeantes, tal vez sólo para desbaratar los planes de los nacionalistas. Pero finalmente siguieron a los nacionalistas y, aunque eran más indecisos que éstos, tomaron la misma dirección. Ya estaban vencidos cuando volvieron a registrar en la constitución el nombre de Reich alemán. Luego, en el año 1919, el presidente socialdemócrata del Reich Ebert declaró que el himno nacional debía ser el *Deutschland, Deutschland über alles* (*Alemania por encima de todo*). Por último, se vieron obligados a aceptar contra su voluntad la leyenda alemana sobre la Guerra Mundial y a hablar de «la mentira de la culpa de la guerra», «la paz deshonrosa» y «los tributos». Los últimos años de la República de Weimar fueron un suicidio. Los republicanos destruyeron poco a poco su propio régimen. No podían gobernar contra el

Reich. Ese monstruo asesino seguía moviéndose, contra su voluntad, en la dirección que se le antojaba, hacia una nueva guerra y hacia nuevos pillajes. Finalmente, los republicanos ya no pudieron seguir asumiendo la responsabilidad más tiempo. Desocuparon sus sillones, que fueron ocupados por los que mejor encajaban en ellos: los nazis.

No se puede negar la triste verdad de que realmente encajaban muy bien. Los nazis encarnaban a la perfección la idea del Reich. Eran los primeros en tomarse en serio los sanguinarios discursos que se pronunciaban en las ocasiones solemnes. Los nazis, a base de crecer, devorar y destruir, están «totalmente» al servicio del Reich. No respetan la civilización, ni la humanidad, ni la moral. No toleran espacios de libertad privados. Son testarudos. Son más papistas que el Papa. ¡Y qué bien se les da tocar el instrumento ya afinado del patriotismo! Qué bien saben aprovecharse de la inseguridad alemana, dar rienda suelta a la autocompasión de los alemanes, fomentar la manía persecutoria alemana y el pánico a ser cercados, apelar a la capacidad de sacrificio de los patriotas del *Deutschland über alles* y ofrecer a los alemanes lo único que todavía puede dar consuelo a su alma atrofiada: poder presenciar cómo el cáncer devora otro órgano, el regocijo de ver cómo Alemania se convierte en una mancha cada vez más grande en el mapa, la alegría desatada por el éxito triunfal logrado con la propagación de su miseria: crecer, devorar, destruir…

Hemos llegado a la gran cuestión que se oculta tras todos los acontecimientos de los últimos años y que en Alemania se discute una y otra vez, sin llegar a ningún resultado, en los círculos leales y patrióticos: ¿puede el Reich alemán liberarse de los nazis o los necesita quiera o no?

Los alemanes leales no saben dar una respuesta clara. Es probable que muchos deseen deshacerse de los nazis y, sin embargo, mantener el Reich. Pero intuyen vagamente que el Reich se opone a ese deseo. Intuyen que su patriotismo no permite reprochar a los nazis la barbarie, la bestialidad y la infamia después de haber sacrificado por el Reich la humanidad, la civilización y el honor. *Deutschland, Deutschland über alles*. Sólo si amenaza con el peligro de que por algún acto inmoral se inflija un daño político directo, tal vez puedan dejar de someterse. Lo que inquieta a los

alemanes leales no es el hecho de que existan campos de concentración, sino que provoquen «mala conciencia»; no es el hecho de que los checos sean tiranizados, sino el peligro que supone «acoger en el Reich» a tantos checos.

A la política no se le reprocha que sea criminal, sino que pueda estar equivocada. Si se revela como acertada, ya no hay nada que objetar. Y hasta ahora casi siempre ha resultado acertada. En dos ocasiones —en 1934 y en 1938, cuando el crimen no se pagó o cuando amenazó con no pagarse—, muchos patriotas leales se convirtieron en traidores con una sensación más bien de alivio. Se atrevieron a enfrentarse al crimen porque amenazaba con hacer daño al Reich. Pero en los dos casos se equivocaron en el cálculo. De ahí que ahora los patriotas se hayan vuelto muy cautelosos. Sufren con los nazis, refunfuñan que preferirían no ver lo que hacen los nazis, están desesperados y, de la vergüenza que sienten, querrían que se los tragara la tierra pero, sin embargo, no desean presenciar la caída de los nazis. Creen que el Reich perdería su mejor oportunidad de alcanzar la gloria y conquistar el mundo. Creen que el Reich nunca volvería a tener un gobierno tan ajustado y que este gobierno, con los enormes éxitos cosechados, es el más capacitado para extraer lo mejor de él. ¿Y si esta vez el Reich «lo consigue»?, piensan. ¿Y si esta vez gana la Guerra Mundial? Pero quizá no, piensan los leales. Desde 1918 no se pueden quitar de encima la sensación de que existe algo así como una victoria pírrica, de que algún día podrán excederse de cierto límite. Pero aunque se diera esta eventualidad, se creen peligrosamente seguros. En su opinión, Versalles ha demostrado que el Reich es indestructible. «Si nuestros enemigos hubieran podido —dicen—, nos habrían aniquilado entonces». Lo peor con lo que cuentan es con un segundo Versalles. Pero han visto cómo también se pueden desprender de «las cadenas de Versalles».

Quizá se equivoquen en este aspecto. Quizá los nazis, al encajar tan bien en el Reich, hayan agudizado al mundo la visión de la magnitud del peligro, de modo que al Reich no le quede otra oportunidad. Si a los alemanes leales se les dice con franqueza que su Reich no va a sobrevivir mucho tiempo en manos de los nazis y se les demuestra con hechos que una victoria es muy improbable, entonces y sólo entonces —quizá de nuevo con

cierta sensación de alivio— verán que el patriotismo les da derecho a obedecer a la llamada de la conciencia y a marginar a los nazis. La única posibilidad consistiría en influir al ejército para que organice el Reich estatal monárquico, tan debatido y esperado.

Pero ¿es deseable? ¿Debe mantenerse el Reich para que dentro de veinticinco años vuelva a sostener una guerra, no la del 39, pero sí quizá la del 14? ¿Existe alguna otra esperanza? Aparte de los leales, ¿hay algún otro elemento en Alemania con el que podamos aliarnos para vencer a los nazis y restablecer la paz?

Los nazis, al haber abusado tanto del «patriotismo del Reich», lo han reducido al absurdo… incluso a ojos de muchísimos alemanes. Además del gran número de alemanes «normales» que han tolerado a los nazis, no debemos olvidar el número igualmente elevado de los que están esperando una oportunidad para poner a prueba su deslealtad.

V

LA POBLACIÓN DESLEAL

Los alemanes desleales corren hoy el peligro de ser olvidados, lo que sería trágico para ellos y quizá lamentable para los que los han olvidado. Porque hoy, como ayer, lo que importa es terminar la guerra lo antes posible y encontrar una base sólida y socios de confianza para la paz futura, y el mejor método es ganar como aliados y movilizar a los alemanes que tienen el mismo enemigo que Francia e Inglaterra, es decir, los actuales mandatarios de Alemania. El número de estos alemanes se cifra en varios millones; realmente no es inferior al de los alemanes leales. Y su principal deseo político coincide con el objetivo de las potencias civilizadas, que consiste en vencer casi a cualquier precio a los nazis y castigarlos. La Alemania actual está escindida en la cuestión de por qué se sostiene la guerra. Este hecho me parece una circunstancia inusualmente afortunada para Inglaterra y Francia, aunque tengamos que admitir que el sector desleal del pueblo alemán, que padece el azote de sus desconsiderados opresores, no sólo está indefenso, sino desorganizado, desanimado y, con frecuencia, desesperado. No obstante, merece la pena el esfuerzo de averiguar de qué modo se podría mejorar la situación.

Hoy parece más posible porque los aliados, en cierto sentido, son corresponsables de la situación que ha surgido. Porque de 1933 a 1938, las potencias occidentales han hecho pocas cosas que pudieran contribuir a animar a los enemigos alemanes de los nazis. Sin intención de reprochar nada, consideramos necesario recordar este hecho para no olvidar, con un simple encogimiento de hombros, a un gran sector del pueblo alemán, temporalmente paralizado. Este peligro existe hoy en día.

Está justificado hablar de peligro porque cualquier estimación equivocada de los hechos psicológicos masivos que afectan al enemigo es peligrosa. Igualmente equivocadas eran las expectativas alimentadas sobre todo por los izquierdistas: se contaba siempre con una revolución espontánea y con que los alemanes desleales acabarían echando a Hitler. Estas esperanzas carecían de justificación. Pero también nos equivocaríamos si afirmáramos decepcionados que no existe ningún alemán desleal y que más vale actuar como si todos los alemanes fueran nazis o, como mínimo, sus leales secuaces. Hay muchísimos alemanes que son enemigos y desleales a Hitler y a los nazis. Entre los dos extremos —la amenaza de revuelta y la adhesión leal— se extiende un amplio campo. Resulta instructivo describir con exactitud la situación en la que se encuentran entre quince y veinte millones de alemanes desleales, que son los aliados potenciales de Inglaterra y Francia. Esta situación se puede comparar con la de una incómoda trinchera sitiada.

Quien haya seguido las explicaciones del autor no sospechará que se dedica a suministrar píldoras tranquilizantes. El autor no es de los que describen a los nazis como si fueran un fenómeno pasajero sin respaldo entre la población, ni afirma que la «verdadera Alemania» sea una sociedad ilimitadamente pacífica, humanitaria y liberal que se opone a los nazis y que nunca habría dejado el poder en manos de Hitler si el Tratado de Versalles hubiera sido más moderado y si se hubiera renunciado antes a las exigencias de reparación. Tampoco dice que la «verdadera Alemania» derrocaría inmediatamente a Hitler si se la animara con palabras conmovedoras. De ningún modo ha restado importancia a la magnitud del peligro nacionalsocialista ni ha puesto en duda que los nazis tienen en su poder el alma de las masas alemanas. Por esta razón, tal vez pueda esperar que se me crea cuando muestre la otra cara de la moneda. En cualquier caso, es necesario que el lector se fíe un poco de mí, ya que resulta difícil aportar pruebas. Estas cuestiones, como es natural, no se pueden discutir abiertamente en Alemania. Un secuaz de los nazis puede manifestar sus simpatías libre y francamente, pero un adversario se muerde la lengua o

dice lo contrario de lo que piensa. Por eso no es de extrañar que los turistas e incluso las visitas oficiales del extranjero apenas perciban la existencia de la Alemania desleal.

Sin embargo, cualquiera que haya vivido el tiempo suficiente en la Alemania de Hitler y conozca a la gente sabe lo espantosa —aunque no siempre evidente— que se ha vuelto la vida tanto política como privada. Se habrá dado cuenta de la existencia de cien mil pequeños círculos que se asoman atemorizados al exterior, en los que el nazismo y los nazis no tienen cabida y a los que resulta difícil acceder como profano si no se conoce la contraseña. Una y otra vez se habrá sentido aterrorizado ante la inmensa aflicción y el odio que yacen latentes bajo la superficie. Si es un observador sagaz, habrá observado alguna que otra de las grietas diminutas, pero numerosas, que presenta el horripilante aparato del poder: la fiable filtración regular de información secreta, las llamativamente frecuentes advertencias anónimas que recibe la gente antes de su detención o las numerosas rutas secretas que recorren el país o que parten hacia el extranjero para enviar noticias, dinero y personas. Habrá escuchado alguna vez, por ejemplo, la siguiente manifestación de un oficial conservador de alto rango: «Lo único que nos puede salvar es una derrota militar». (Naturalmente, no todos los oficiales alemanes son de esa opinión.) En suma, ha tenido que darse cuenta de que Alemania, en este momento, lleva una doble vida: que junto a la Alemania de las banderas con la cruz gamada, de los uniformes y las columnas de marcha, conocida hasta la saciedad y que aparece claramente representada en innumerables carteles, existe otra Alemania secreta muy diferente, omnipresente de una manera vaga, pero palpable.

La Alemania actual se asemeja a un palimpsesto[1] o a una pintura retocada: si se elimina la superficie visible con paciencia y con cuidado —sobre todo con cuidado—, aparece debajo un escrito o un cuadro completamente diferente, que posiblemente se haya estropeado con el retoque o el raspado, pero que es un todo orgánico armonioso y coherente. Es un fenómeno muy nuevo, si se piensa en la época anterior a 1914 y se recuerda cuán profundamente había arraigado en la carne y la sangre de los alemanes la adhesión al Reich, y cómo entonces los alemanes casi

olvidaron que en otro tiempo *no* habían sido una gran potencia rapaz, arrogante y advenediza. Por otra parte, lo que ahora ocurre de forma evidente se remonta a tiempos antiguos, casi venerables. Cada vez se vuelven más reconocibles los rasgos de la Alemania de la época anterior a Bismarck o incluso a Napoleón, esa Alemania que consintió —en su perjuicio— ser absorbida por el Kaiserreich. Esa Alemania forma un bloque de gran resistencia. Se trata de una evolución histórica de una importancia primordial, aunque tenga lugar de forma invisible y aparezcan muy pocos «titulares», como ocurría en la República de Weimar con el nacimiento furtivo del espíritu nazi. Es realmente lamentable que estos procesos de la «química» psicológica de las masas sólo se reconozcan cuando ya es demasiado tarde.

Algunos, sin embargo, se dieron cuenta de lo que estaba en marcha. Entre otros, la Gestapo. Ya en 1937, Himmler, en una entrevista confidencial con los altos oficiales de la Wehrmacht, declaró que en caso de guerra tenía que ordenar ocupar el «frente interior», que acabaría siendo igual de peligroso que los frentes exteriores de tierra, mar y aire. Dado que los Guardias Negros de las SS tenían que estar en ese frente interior, no estarían disponibles como refuerzo en los frentes exteriores. El número de fuerzas instruidas que Himmler consideraba necesario para el frente nacional ascendía entonces a 250.000 hombres. (El punto sobre la «i» de esta memorable historia es que el acta taquigráfica de estas manifestaciones hechas en el más absoluto secreto estaba a los tres días en manos de un comité de emigrantes alemanes en Praga.)

Esto ocurrió en otoño de 1937, cuatro años después del desbaratamiento de los últimos restos de la oposición política organizada de Alemania. Desde entonces, las SS se han vuelto cada vez más fuertes, el número y el tamaño de los campos de concentración han ido en aumento, el trato a los presos ha empeorado sustancialmente, el arte del espionaje y las denuncias ha seguido desarrollándose y perfeccionándose, y la vigilancia de todos los «compatriotas» se ha reforzado (así, por ejemplo, desde comienzos de 1938 se han creado guardias del NSDAP que vigilan casa por casa), cada vez se encarcela a más sospechosos; en pocas palabras, bajo la superficie se desencadena en Alemania una guerra secreta y silenciosa

contra un adversario que es sencillamente inabordable y contra el que hay que aplicar medidas represoras cada vez más severas. En la grotesca y exagerada —incluso en opinión de los secuaces de los nazis— brutalidad de la amenaza con la pena de muerte por agravios ridículos, así como en las crecientes e irritantes razias y detenciones, se percibe cierta desesperación: la desesperación de una gente que tiene que enfrentarse a un enemigo desconcertante, imperturbable e invisible que resucita una y otra vez cuando se le cree vencido.

Este enemigo no son los restos tristes y perseguidos de las antiguas células de los partidos comunista, socialdemócrata o democrático. Es un enemigo nuevo e increíblemente tenaz que no va perdiendo, sino ganando fuerza. No son los grupos desacreditados y políticamente derribados del pasado. Ni una nueva doctrina o movimiento con una etiqueta determinada, ni nada de eso. Es la población desleal. Es el espíritu, completamente nuevo para Alemania, de una deslealtad silenciosa, peligrosa y furiosa hacia el Estado y la autoridad nacional; es la sordera y la absoluta indiferencia hacia todas las consignas «nacionales», un odio soterrado y expectante, negado por los funcionarios nacionalsocialistas encargados de la investigación, pero perceptible a sus espaldas, un odio cuyos orígenes son oscuros y que no se sabe adónde llevará, pero que está ahí, renaciendo día a día, fortaleciéndose y arraigándose a medida que se aprieta el tornillo de los métodos represores. Esta des lealtad y este odio todavía no han adoptado la forma de una doctrina u organización política. Es su debilidad, pero también su fuerza, ya que los desleales están incapacitados para la acción, pero así no son tan vulnerables. ¿Cómo convencer a una persona incrédula políticamente, ligeramente confusa, que acaba de descubrir horrorizada que en el fondo se alegra de cualquier derrota militar de su patria y siente repugnancia ante cualquier noticia de una victoria? De estas personas, hay millones. Y a diferencia de la precaria deslealtad de los leales, que se tienen que engañar continuamente a sí mismos, están en desacuerdo consigo mismos y corren el peligro de volverse desleales de repente. La deslealtad de los enemigos de los nazis tiende a adquirir mayor claridad, profundidad y firmeza.

Con un optimismo bastante «sano», hemos calculado que la población leal todavía es numéricamente superior a la desleal, la proporción es aproximadamente de un 40:35. Pero tampoco nos cabe ninguna duda sobre qué sector aumenta de fuerza y qué sector disminuye.

El espíritu de la traición se extiende por todos los ámbitos y estratos de la población como simientes esparcidas regularmente, pero su grado de concentración en un lugar u otro no se puede calcular con precisión. Sin embargo, donde menos ha germinado es entre la pequeña burguesía. Quizá tengamos que buscar el espíritu de la traición entre aquellos que desde un principio eran enemigos de los nazis y que ya el 5 de marzo de 1933 votaron en contra, es decir, principalmente, entre los obreros que se organizaron con anterioridad, los católicos ortodoxos y determinados círculos de las clases medias acomodadas de las grandes ciudades. Pero tenemos que establecer tres limitaciones importantes que modifican la imagen de conjunto.

En primer lugar, los nazis ganaron las elecciones con amplia mayoría por última vez en el año 1933, gracias a la gente que, basándose en ciertas doctrinas contrarias pero igualmente orientadas a la violencia, hasta entonces no había prestado atención a la propaganda nazi, especialmente gracias a los obreros jóvenes que antes habían sido comunistas o socialistas de la extrema izquierda y que, por su modo de ser, estaban más o menos emparentados con los nazis. Lo cierto es que ningún sector de la población enemigo de los nazis durante el Tercer Reich se convirtió al nacionalsocialismo con tanto éxito como los antiguos comunistas. No es nada extraño, si se tiene en cuenta la gran semejanza entre los instintos reivindicados por el comunismo y el nacionalsocialismo. Hitler también ganó adeptos leales, o nuevos nazis, en muchos sectores de la burguesía patriótica y ansiosa de éxito, que hasta el último momento «no habían creído en los nazis», pero que en el curso de los años de gobierno y con sus logros inclinaron sus orientaciones políticas hacia ellos.

En segundo lugar, en el transcurso de estos años mucha gente que en marzo de 1933 había votado a los nazis como fieles secuaces o como alemanes nacionales simpatizantes se ha vuelto desleal. Entre ellos figuran muchos decepcionados, estafados y amargados que se habían dejado

engañar por los nazis igual que, más tarde, muchos hombres de Estado e intelectuales de todo el mundo, cuyo odio ha crecido con las decepciones. Muchas de estas personas han sometido su propio pensamiento y sus acciones a un examen muy crítico, y han revisado sus ideas después de haber reconocido las consecuencias de sus convicciones anteriores. Es precisamente este grupo tan numeroso el que demuestra más claramente qué efecto corrosivo ejerce el nacionalsocialismo sobre la sociedad. Durante el Kaiserreich eran patriotas y nacionalistas. Más tarde estaban en contra de la «desaliñada» República, que «no era asunto suyo» ya que encarnaba la idea del Reich de forma poco creíble. Hoy, en cambio, los nazis les han enseñado cómo es «el verdadero asunto», cuál es la consecuencia lógica de la idea del Reich alemán. Y esta gente, a la que entre 1870 y 1918 no se le habría ocurrido ni en sueños que alguna vez podrían ser malos patriotas o malos ciudadanos del Estado, ha llegado hoy a decir que todo el Reich alemán, el Führer y su pueblo se vayan al diablo, si así Alemania puede recuperar un poco su decencia, su humanidad y su cultura. Como es natural, hay otros que «a pesar de todo» siguen siendo leales y opinan suspirando que estas virtudes deben figurar entre las cosas que se han sacrificado por «Alemania». En cualquier caso, el número de ciudadanos que Hitler ha vuelto desleales es bastante elevado.

En tercer lugar —y ésta es la principal objeción—, sería completamente erróneo creer que aquellos que desde el principio han sido contrarios a los nazis y nunca han dejado de serlo hayan mantenido inalteradas sus opiniones y principios políticos en el transcurso de estos años. En Alemania ya sólo queda un número escaso, y en vías de desaparición, de comunistas, socialdemócratas, demócratas, alemanes nacionales[2] o miembros del Centro católico.[3]

Las doctrinas políticas escasean estos años en Alemania como nunca antes. En especial los que muestran un odio irreconciliable hacia los nazis se han visto a menudo obligados a renunciar a sus opiniones, sus ideas políticas y sus queridas frases hechas para no ser desarmados mentalmente por los nazis. Muchos descubrieron más tarde que no estaban contra los nazis porque éstos no fueran «verdaderos socialistas» o porque eran

«socialistas demasiado extremistas», sino sencillamente porque sentían una profunda añoranza de la decencia, la honradez, la civilización y los auténticos valores de la vida.

Si recordamos —tal vez leyendo los artículos editoriales de los periódicos antiguos— la polémica política suscitada antes de 1933 en Alemania, nos sorprenderán los reproches tan superficiales con los que se conformaban entonces los adversarios de los nazis. Desde entonces, los nazis han cometido crímenes que, comparados con los oráculos de los marxistas, las sutilezas «realistas» de los partidos de clase media y la charlatanería de los nacionalistas resultan cómicos e insignificantes. Pero precisamente estos crímenes y el miedo producido por ellos han provocado reacciones cuyas causas son más profundas que todas las objeciones lógicas y emocionales contra el nacionalsocialismo de los años 1930 a 1933. Se puede decir con certeza que los alemanes desleales, aunque carecen de programa, son hoy en muchos aspectos más maduros políticamente que hace siete años y de lo que fueron sus padres y sus abuelos. Los extranjeros se extrañan con frecuencia del desprecio sereno con que estos alemanes, pese a toda su miseria y opresión, miran por encima del hombro muchas doctrinas y opiniones políticas que son discutidas con fervor por hombres sabios en los países libres. Quizá piensen que ese desprecio no les conviene. Sin embargo, su desprecio es comprensible. Estos hombres han pasado por el infierno. Conocen muchas cosas que para otras personas más afortunadas son desconocidas. Saben qué arde en el infierno y qué se resiste a sus llamas. Cuando sus vagos sentimientos adquieran cohesión y se conviertan en convicciones políticas, serán más sencillas que la mayoría de las doctrinas políticas de hoy: más sencillas y más realistas.

Debo al lector unas respuestas que sin duda ha tenido en la punta de la lengua todo el rato: si existen tantos alemanes desleales, ¿por qué no los vemos? ¿Por qué guardan silencio? ¿Por qué no se nota que existen? ¿Cómo es posible que continúe el terror sin que nadie lo impida? ¿Por qué estos alemanes desleales no impiden que todo suceda contra su voluntad y en su nombre? ¿Dónde están los actos de sabotaje? ¿Y la revolución contra el régimen nazi?

Mientras no se responda satisfactoriamente a estas preguntas, habrá dudas sobre si existen de verdad alemanes desleales o si, en caso de que existan, se puede contar con ellos. Estas dudas están justificadas.

Hasta hoy, los alemanes desleales no han puesto su pesa en el platillo de la balanza. El régimen se enfrenta a una resistencia asombrosamente escasa; no existen actos de sabotaje dignos de mención. Cuando los emigrantes alemanes dicen que la revolución en Alemania es inminente, lo que hacen no es sino expresar un deseo. Ciertamente, hay ejemplos aislados de martirios (algunos de los cuales, como los casos de André[4] y Niemöller,[5] son célebres y otros muchos ocurren casi a diario y permanecen en el anonimato) y numerosos actos de sabotaje que pasan desapercibidos, así como una resistencia pasiva asombrosamente tenaz en la esfera privada, donde las personas, corriendo a menudo un gran riesgo, intentan defender y mantener su sentimiento de decencia frente a las exigencias totalitarias del Estado nazi. Así, por ejemplo, los periódicos contaban que durante el gran pogromo de noviembre de 1938 los judíos eran sal vados por sus amigos «arios», que los escondían en sus coches y circulaban todo el día por las calles. Esto demuestra que muchas amistades judío-«arias» habían permanecido intactas. No obstante, es un hecho que de momento no existe ninguna resistencia activa y revolucionaria de las masas.

Y no existe por tres razones. La primera es una mera cuestión de política del poder: la posición del régimen es poderosísima e intangible. La segunda es de naturaleza psicológica: la mentalidad no revolucionaria de los alemanes desleales. La tercera es una cuestión de ideas políticas: el lamentable caos ideológico que ha reinado en Europa en los últimos siete años, y la falta de nuevas consignas políticas que despierten entusiasmo.

Cada una de estas razones requiere un examen más minucioso, que nos ayudará a obtener una imagen más clara de estos alemanes desleales y a reconocer qué puede suceder y qué ha de suceder si son utilizados como factor político activo, cosa que ahora manifiestamente no son.

Los pocos que se han ocupado de la cuestión de por qué esa amplia oposición todavía no ha puesto en marcha una revolución en Alemania, normalmente se encogen de hombros y sostienen la opinión de que los adversarios alemanes de los nazis probablemente sean unos cobardes. Un

comentario del periodista alemán Villard, que poco después del estallido de la guerra recorrió Alemania durante varias semanas, es muy característico de este modo de pensar. Cuando media docena de personas le preguntaron, una tras otra, «¿Qué puedo hacer yo como individuo?», él, según escribe, empezó a preguntarse si el valor y el espíritu de sacrificio personal no estarían menos extendidos en Alemania que en otras partes. Es comprensible que alguien se haga esta pregunta, pero está mal dejarla sin contestar. Convendría recordar que la cobardía no figura entre las deficiencias predominantes en el carácter nacional de los alemanes, se diga lo que se diga. A propósito de esto, le viene a uno otra idea a la cabeza. Los mismos soldados que se comportan como cobardes en un ejército mal dirigido, abatido y desmoralizado, suelen luchar como demonios a las órdenes de nuevos comandantes y con nuevos objetivos, si se les da confianza en sí mismos. Hasta ahora nadie se ha preocupado por los alemanes desleales, que necesitan que alguien los anime. Han recibido muchos golpes terribles. Más de una vez han sido dejados en la estacada por sus propios líderes. Y tienen por delante un cometido dificilísimo y desmoralizante, que suele ser subestimado por las democracias occidentales.

Es muy fácil acusar a estos alemanes de cobardía desde la atalaya de los derechos ciudadanos garantizados, sólo porque ellos, para defender sus convicciones políticas, no pongan la cabeza en el cadalso con el mismo cuidado con el que otros echan la papeleta en las urnas. Se puede responder con absoluta certeza que el desafío que suponen estas convicciones políticas y todos los instintos humanos y morales es hoy en Alemania mucho mayor que en ningún otro país libre. Pero siempre se espera que sean sólo unos pocos, especialmente individuos heroicos, los que se sacrifiquen sin la menor perspectiva de éxito y sólo para tranquilizar su conciencia. Estos sacrificios se hacen día tras día en Alemania, tras las puertas cerradas de los tribunales especiales, en los patios de las cárceles donde tienen lugar las ejecuciones y en los sótanos de los campos de concentración. En cambio, a las *masas* sólo se las puede convencer para que ofrezcan resistencia a sus opresores poniendo su vida en peligro si existe un plan, un método y unas perspectivas de éxito razonables. No es nada exagerado decir que en

Alemania cientos de miles de personas se estrujan a diario el cerebro en búsqueda de tal plan. Seguro que la pregunta de «¿Qué puedo hacer yo?», en muchos casos, fue formulada en un tono más imperioso del que percibió el señor Villard.

Quien se extrañe de que la revolución contra los nazis se haga esperar tanto tiempo olvida con mucha frecuencia el hecho de que el régimen nazi ha desarrollado nuevas posibilidades de represión, contra las cuales habría que desarrollar también nuevos métodos revolucionarios. Se puede decir que el régimen nazi es un mecanismo sumamente desarrollado que está especialmente construido para imposibilitar las revoluciones. En el ejercicio y el afianzamiento del poder, los líderes nazis combinan el instinto con la ciencia y la precisión. Han estudiado en profundidad los métodos de las revoluciones anteriores y han eliminado todos los factores de riesgo conocidos.

En la historia europea moderna hay dos clases de Estados que se han revelado como «propicios para las revoluciones»: las monarquías poco populares y las democracias sin un ejército de confianza. Contra los Estados mencionados en primer lugar se organizaron las denominadas revoluciones «clásicas», los levantamientos de masas que actuaban bajo el lema de la libertad: por ejemplo, las revoluciones de 1789, 1830 y 1848, la revolución rusa de marzo de 1917 y la española en el año 1931. (En las revueltas de los pueblos oprimidos que se sublevan contra la dominación extranjera se aplica el mismo plan de acción con ligeras variantes, ya que la represión es parecida.) Contra las democracias que no cuentan con el respaldo de los militares se emplea o el golpe militar directo —el método español y sudamericano— o se introduce furtivamente un partido semimilitar en el sistema de partidos civiles y, a continuación, se organiza una marcha hacia la capital, mientras el ejército permanece como un bienintencionado espectador neutral. Éste es el método más moderno. El ejemplo clásico es la marcha de Mussolini sobre Roma en el año 1922. La revolución bolchevique de noviembre de 1917 y la revolución nacionalsocialista de marzo de 1933 son otras variantes. Hasta ahora no se ha encontrado todavía

ningún método infalible para la caída revolucionaria de los sistemas políticos provocados por estas revoluciones: ni en Alemania, ni en Rusia, ni en Italia.

Si nos preguntan cómo el régimen nazi mantiene bajo control al sector del pueblo que opone resistencia, pensamos inmediatamente en la Gestapo. Sin embargo, nos olvidamos de un aspecto decisivo. Los Estados de Metternich y la Rusia zarista poseían una policía secreta de primera clase, pero sus experiencias no le sirvieron de nada a la Gestapo: las revoluciones de 1848, 1905 y 1917 habían tenido lugar pese a todo y, en gran parte, coronadas por el éxito. Sin ánimo de exagerar, diremos que los nazis, sólo con la Gestapo, no habrían durado ni cuatro semanas, ni tampoco sin ella. La Gestapo es sólo la última línea de defensa. Lo decisivo para el régimen es la combinación de represión policial llevada al extremo con elementos desfigurados de democracia. No es acertado considerar el Estado nazi como puro despotismo. *Su poder consta de una mezcla de despotismo y anarquía*. Metternich *más* John, el padre de la gimnasia; policía secreta *más* demagogia; terror *más* propaganda, organización *más* desorden prescrito; no obediencia obligatoria, sino complicidad obligatoria; no lealtad forzosa, sino entusiasmo forzoso: he aquí el veneno contra el que aún no se ha encontrado el antídoto.

Millones de nazis ocupan los puestos avanzados del frente de la Gestapo y de otras organizaciones armadas: son su ejército voluntario, formado por espías y controladores entusiastas que además tienen capacidad para representar en cualquier momento un espectáculo que demuestre la popularidad del régimen. Ante ellos se encuentran, bajo el fuego de barrera de la propaganda, las trincheras de la población leal.

Los alemanes desleales, que sólo por sentirse en minoría ya están en desventaja, se ven frente a estas tres líneas de defensa. Además, sus filas están desordenadas y no tienen ninguna posibilidad de cooperar unos con otros. Aparte de eso, pertenecen a esas organizaciones obligatorias junto con los nazis y los alemanes leales. Las organizaciones forzosas de control —todo alemán que quiera ganarse la vida o simplemente tener un *hobby* ha de ser miembro de dos o tres organizaciones— podrían ser definidas como la primera línea de defensa del sistema. Pero desde 1938 existe otra línea.

Es el sistema de los guardias de bloqueo, cuya misión es vigilar casa por casa. De vez en cuando, visitan por sorpresa a todos los vecinos, les hacen preguntas sobre política y los vigilan permanentemente.

Está clarísimo que la receta clásica para una revolución contra un enemigo que se ha atrincherado tanto no sirve. No sirve la toma de la Bastilla ni el asalto de las barricadas ni la huelga general. La primera condición necesaria para un levantamiento de masas o —lo que es casi lo mismo— para un sabotaje ampliamente organizado, no existe, es decir, no existe la posibilidad de crear ningún tipo de organización. Cada persona está completamente aislada y es vigilada constantemente. El único método conocido que podría provocar un cambio de régimen es el del pronunciamiento[6] español. Millones de alemanes lo han estado esperando. Pero de momento el ejército entero está bajo la influencia de la consigna «Alemania». Se comporta con lealtad y los pocos grupos desleales del ejército apenas tienen peso. Además, el ejército alemán no dispone de ninguna tradición o experiencia en el terreno de los golpes de Estado. Obviamente, ni siquiera España le ha enseñado nada.

La pregunta imperiosa, angustiosa y recurrente sigue siendo la misma: ¿qué puedo hacer yo como individuo? El individuo sólo puede elegir entre el martirio escogido por él mismo, la explosión de sentimientos descontrolados y la resistencia ante el guardia de bloqueo, el guardia de la celda o el maestro de obras, elección que le puede llevar a un arresto de varios años. Estas cosas suceden día tras día. Sólo queda aferrarse tenazmente a lo que todavía es posible: la última línea de defensa de la vida privada, el pequeño círculo de amigos enemistados con el régimen, donde no tiene acceso nadie de fuera. Pero es arriesgado. A los extranjeros les resulta difícil entender que algunas insignificancias aparentes que suceden todos los días en Alemania —como, por ejemplo, dejar de hacer el saludo de Hitler, ayudar a amigos judíos, mantener contacto con los sacerdotes del municipio, propagar «información» o el sabotaje a pequeña escala individual— requieren valor. De todos modos, es absurdo proclamar triunfantes (como quieren hacer algunos emigrantes) que los «resultados» prácticos que se pueden alcanzar en este marco limitado son síntomas de una revolución inminente. Pero también es erróneo pasar por alto la enorme

disponibilidad de un amplio sector de la población que se oculta tras estos síntomas aparentemente insignificantes. Se trata de una disponibilidad pasiva, la energía acumulada ha de ser liberada. Si esta liberación no tiene lugar —y el impulso sólo puede venir de fuera—, esta energía se queda sin aprovechar y resulta inútil. Pero si se libera esta energía, puede haber algunas sorpresas agradables.

Hay que mencionar otra circunstancia que se revela como favorable para los nazis y para su poderosísimo aparato de represión: la evolución de la técnica moderna proporciona a los gobernantes una ventaja respecto a los gobernados —cosa que durante mucho tiempo sólo se ha entendido a medias—. Cuanto más eficaces se vuelvan las armas y menos se pueda uno proteger de ellas, más supeditado estará el desarmado al armado. En la época de los aviones y de los gases lacrimógenos, la Bastilla no podría ser tomada con éxito. Las milicias urbanas armadas con fusiles ya tienen poco que hacer ante las tropas de la policía motorizada. No tiene sentido levantar barricadas contra un gobierno que dispone de carros de combate. Y, en caso de revolución, no sólo la evolución de las armas favorece a los mandatarios y al Estado frente al individuo. El desarrollo técnico moderno y la consiguiente organización sofisticada producen el mismo efecto. A ello se añade que el tráfico ha reducido el tamaño de los países y los ha hecho fácilmente controlables. ¡Cuántos escondites había en un país hace cien años! Por aquel entonces, el poder topaba con barreras naturales. Hoy no queda ningún rincón donde pueda esconderse un rebelde. Incluso la idea de poder atravesar las murallas se ha vuelto «manipulable», pues va asociada a la difusión masiva de noticias, a la radio, al cine y a la prensa. ¿Cuándo llegará el día en que cada casa tenga su propio micrófono y se pueda escuchar cualquier frase dicha en privado, como hoy se escucha cualquier conversación telefónica? El «Estado de las hormigas» está muy próximo. Quizá no sea una casualidad que Estados como Alemania y Rusia hayan elevado la técnica al rango de una religión. Y a la inversa, esta evolución de la técnica moderna convierte el mantenimiento de la libertad política en una tarea de la humanidad más urgente que nunca. Pero esto nos aleja demasiado del tema.

Lo dicho basta para poner de relieve que el poder político de los nazis está bien asegurado. Sólo este hecho ya explica por qué tarda tanto en llegar la resistencia activa de las masas, aunque la enemistad hacia el régimen esté tan extendida. Y quien acuse de cobardía a los alemanes desleales tendrá que descubrir antes una receta prometedora en las circunstancias presentes. Tal y como están las cosas, parece que, sólo por la relación de fuerzas, la parte del pueblo que mantiene una actitud hostil hacia los nazis ya no ve ninguna posibilidad de derrocar al gobierno, sino que se conforma con conservar las normas de moralidad y civilización que Hitler quiere destruir, y prefiere emigrar antes que hacer la revolución.

No pretendo justificar a los enemigos de los nazis, sino trazar su retrato psicológico. Por esa razón, hay que reconocer que ciertos rasgos de carácter de los alemanes influyen más en su actitud pasiva que las circunstancias exteriores. El equilibrio de fuerzas actual —sin ninguna influencia exterior— impediría una revolución coronada por el éxito aunque los enemigos alemanes de los nazis ardieran en deseos revolucionarios, cosa que en la actualidad no ocurre. Probablemente la revolución no tendría lugar ni aunque el régimen no hubiera tomado unas precauciones tan drásticas. No falta odio al régimen ni ganas de que caiga. Pero, en general, no creo equivocarme al suponer que los alemanes preferirían *ver* cómo cae antes que derrocarlo mediante una revolución. Para hacer la revolución tendrían que forzar un poco su temperamento innato y sus sentimientos más profundos. Al fin y al cabo, son muy malos revolucionarios y saboteadores, pero no por razones que les perjudiquen, al menos en mi opinión.

Llegados a este punto, tengo que contradecir la teoría propagada de buena fe por los miembros de los partidos alemanes de la oposición y por los emigrantes, porque es falsa: la teoría de que existe «otra Alemania» democrática y revolucionaria que está a favor de la *liberté, fraternité, égalité*, una Alemania dispuesta a crear y a gobernar una gran potencia democrática. Durante muchos años me he esforzado por encontrar las células germinativas de esa Alemania, y me atrevo a afirmar que dicha Alemania no existe. Desde luego, existe «otra Alemania» diferente a la de los nazis, una Alemania que destaca por su gran formación, su indomable individualismo, su sabiduría para las pequeñas cosas, su carácter abierto

hacia las grandes cuestiones, así como su profunda, inextirpable y recelosa aversión hacia la política y los políticos. Esta Alemania es la que hoy se ha vuelto desleal y odia a los nazis. Esta Alemania, y en mi opinión *sólo* ésta, puede ser un miembro extraordinario y digno de una comunidad europea armoniosa, un país con el que se pueda vivir en paz. Habría que ayudar a esta Alemania a encontrarse a sí misma y a recuperar la forma que le corresponde. Junto a esta Alemania está el Reich de los Hohenzollern y de los nazis; no existe una tercera Alemania. Querer hacer de Alemania una gran potencia democrática es como pedirle peras al olmo. No da. Y nunca dará.

El que tenga dudas, puede observar la historia de la República de Weimar. Aunque durante el breve período de su existencia logró éxitos asombrosos, fracasó. Aunque la situación económica de la República de Weimar era mucho mejor de lo que cabía esperar tras perder la guerra, aunque los alemanes mejoraron poco a poco de estatus internacional y disfrutaron de más libertades que nunca, en el fondo se sentían desgraciados y mal gobernados. La oposición se volvió cada vez más fuerte, e incluso los hombres que encabezaban la República anhelaban su abdicación. Hoy sabemos que los dos «defensores de la República» más importantes, Stresemann y Brüning, cooperaron en secreto para que se restaurara la monarquía… para evitar algo peor. Y el fin de la República —la resignación y la capitulación pacífica del gobierno prusiano legítimo ante el golpe de Estado de Von Papen—[7] presenta todas las características de un suicidio. Y hoy, una de las bazas de los nazis es la idea tan difundida de que, tras su caída y tras perder la guerra, podría haber una nueva edición de la República de Weimar.

Observemos ahora a los que supuestamente apoyan la democracia alemana y la forma estatal republicana, es decir, principalmente, a los obreros y a la burguesía de las grandes ciudades. ¿Qué oportunidades tenían sus organizaciones cuando podían crearlas? ¿Eran democráticas? ¿Eran jacobinas? De ningún modo. Los antiguos sindicatos y el antiguo Partido Socialdemocrático —por no hablar del Partido Comunista— eran organizaciones autoritarias y burocráticas sometidas a una férrea disciplina. En lo que respecta a las organizaciones «democráticas» de la burguesía de

izquierdas —empezando por la Unión Radical hasta el Partido Estatal Alemán—, sencillamente no funcionan de forma democrática. Su historia es la de una constante escisión, disolución y reorganización, así como la de una creciente pérdida de influencia política. Los que creen en el nacimiento de una democracia revolucionaria deberían demostrar la existencia de una sola célula germinativa democrática en Alemania. Y si creen que también podría surgir *sin* esa célula, deberían explicar cómo puede existir una república sin republicanos y una democracia sin demócratas, especialmente en un país en el que el espíritu nazi quizá siguiera latiendo bajo la superficie.

Nos encontramos de nuevo ante una situación que ha de ser bien entendida si se quiere comprender la realidad alemana y sus posibilidades. Los «otros», los alemanes desleales que se oponen a los nazis, son tan alemanes como los leales. Tienen la misma historia y las mismas experiencias grabadas en el subconsciente. Tienen la misma sangre, el mismo temperamento y las mismas bases intelectuales. Sería absurdo imaginarlos como ingleses o franceses oprimidos en Alemania. Estos alemanes representan los aspectos destacados del carácter del pueblo alemán, nada más. Como todos los alemanes, no tienen talento para la revolución, para una autonomía administrativa democrática ni, en general, para la política, ni tampoco la tendencia necesaria. Como todos los alemanes, tienden a pensar que la política es inevitablemente mala y corrompe el carácter. Como todos los alemanes, desean la libertad dentro del Estado, no la libertad contra el Estado. Como los demás alemanes, su ideal político no es la autonomía administrativa, sino «ser bien gobernados». Lo que les diferencia de los otros alemanes es que han mantenido puro este ideal —o lo han depurado en vista del terrible ejemplo de los nazis—, es que no confunden «ser bien gobernados» con «ser brutalmente zarandeados», y cuando la política y la inmoralidad van de la mano preferirían renunciar a la política antes que a la moral y, sobre todo, ya no están dispuestos a sacrificar los valores de la vida, que están por encima de la política y que comparten con los demás europeos, por ambiciones imperialistas.

He aquí la principal línea divisoria entre los leales y los desleales. Los leales todavía se sienten obligados a sacrificar su bienestar personal, su decencia personal y la misión y el espíritu de Alemania por la idea del Reich; los desleales ponen estos valores por encima de la idea imperial, y para la gran mayoría la decencia está en segundo lugar. Las privaciones y las adversidades personales, como la mala comida, los precios elevados, la inflación encubierta o la jornada de trabajo más larga, no son, para la gran mayoría de alemanes, motivo suficiente para adoptar una postura desleal. Cuando los obreros mencionan estas cosas en sus conversaciones, no es porque no estén dispuestos a trabajar diez o doce horas diarias, sino porque para ellos la jornada de ocho horas, y otros principios parecidos procedentes de cierta conciencia de clase, es una cuestión de honor.

Realmente, la capacidad de sacrificio personal de los alemanes es, una vez se entregan a algo, casi ilimitada. Si al régimen nazi no hubiera que reprocharle nada más que el hambre y las privaciones, probablemente los alemanes lo apoyarían como un solo hombre. Pero la mirada hacia la verdadera misión de Alemania estaba enturbiada por la secular «nostalgia de un Reich» y por la propaganda a favor del Reich, de modo que actualmente sólo pocas personas independientes y progresistas son enemigas de los nazis por razones patrióticas. La mayoría de adversarios de los nazis odian a Hitler porque se aferran a valores no políticos —la religión, la justicia, la humanidad, la libertad de conciencia o la cultura—, y muchos —no los peores— son enemigos de Hitler por fidelidad a una persona allegada perseguida por los nazis, o por pura decencia.

Pero eso no significa que se vuelvan revolucionarios; al contrario. A la mayoría de alemanes desleales la idea de que a los nazis se les podría derrocar, por así decirlo, desde abajo, les resulta un tanto inquietante, sean o no sean conscientes de ello. ¿Por qué rebelarse contra los criminales? ¿Por qué montar un espectáculo en el que los nazis parezcan los guardianes del orden y sus censores asuman el papel de rebeldes e insurrectos? ¿Se necesitan tribunales revolucionarios y dudosos consejos de guerra para proporcionar a los ladrones y asesinos su justo castigo? Esta idea tan profundamente arraigada disuade a la mayoría de alemanes enemigos de los nazis de cometer atentados contra los nazis. Hitler no debe ser asesinado,

sino condenado y colgado como merece. Y hay que proceder igual con los demás. No deben ser eliminados de cualquier forma. Tienen que recibir su merecidísimo castigo. Es curioso que los nazis, pese a su crueldad, en muchos casos no son considerados por sus víctimas como unos represores a los que hay que echar, sino como unos muchachos traviesos y revoltosos a los que hay que hacer entrar en razón. No son percibidos como una plaga tan grande como para intentar deshacerse de ellos mediante una revolución. Aparte de la dudosa legalidad de su toma de poder, son claramente unos usurpadores, unos mandatarios injustos. No se puede hacer otra cosa que esperar a la autoridad competente, cuyo cometido es restablecer el ordenamiento jurídico y administrar justicia. Tal autoridad —no un tribunal revolucionario— respondería al sentido alemán del orden. Y entonces el alemán podría, al fin, seguir llevando la vida de antes y volver tranquilamente al trabajo…

Ésta es otra razón por la que la mayoría de alemanes desleales retroceden ante una revolución. En cuanto se deshagan de los nazis querrán volver lo antes posible a la normalidad, interrumpida tanto tiempo por el régimen nazi. Piensan que ya les han molestado bastante. Si, como temen, estallara una revolución, no lograrían restablecer la situación de antes, sino que tendrían que aceptar —sólo con pensarlo les entra una sensación de malestar— el Reich alemán y volver a jugar un poco a la república. Y a eso no están ni mucho menos dispuestos, ya que tendrían que meterse todavía más en la odiosa política. Lo que quieren es mantener —a ser posible intactos— su decencia, su alma y un puñado de valores espirituales. Si estas cosas son atacadas directamente, entonces sí están dispuestos a defenderlas con resolución. Incluso están dispuestos a abandonar el país como mendigos, si ya no se puede prolongar esta lucha. Están dispuestos a aceptar entusiasmados los colores de cualquier autoridad que les prometa liberarles de los nazis. Pero se muestran muy reservados cuando se trata de organizar la revolución y tomar las riendas de su destino.

Si examinamos esta actitud más de cerca —actitud que no es especialmente elogiable, pero desde luego tampoco cobarde ni deshonrosa —, podemos trazar un paralelismo asombroso. Si la transferimos del ámbito individual al político, es comparable a la conducta de los pequeños Estados

neutrales en esta guerra. También se sienten aterrorizados y amenazados por los nazis y rezan fervorosamente por su derrocamiento y castigo, pero tampoco quieren asumir esta tarea y titubean a la hora de meterse en la guerra para hacer realidad este deseo. Sólo están dispuestos a defenderse de un ataque directo. También quieren las cosas buenas de la civilización y rescatarlas, a ser posible intactas, para tiempos mejores. En un conflicto en el que se decide su propio destino, también quieren seguir siendo pasivos el máximo tiempo posible. La razón tampoco es la cobardía. Sería injusto y ridículo acusar de cobardía a Estados como Holanda y Bélgica, como juzgar de cobardes a los alemanes enemigos de los nazis que están siendo torturados por sus convicciones en los campos de concentración. Ambos casos tienen en común la «mentalidad de los pequeños Estados»: la sensación de no poder asumir una responsabilidad política a gran escala, más allá de la propia capacidad limitada. Los alemanes desleales demuestran —tanto si lo saben como si no (en la mayoría de los casos posiblemente no sean conscientes de ello)— que están hechos de la misma madera que los pequeños y muy civilizados Estados europeos.

Es importante reconocerlo. En Alemania, todo lo que sea honrado, decente y valeroso y haya pasado la prueba de fuego de la época nazi está, por así decirlo, políticamente predestinado al estatus de un país pequeño. Y toda la importancia de este hecho se reconoce si, en contraste, se examina la actitud increíblemente pueril e irresponsable que, a lo largo de sus setenta años de historia como gran potencia, ha sido y sigue siendo el rasgo distintivo del Reich alemán, incluida la época en que fue grotesca y amenazadoramente tomado por el nazismo. En todos estos años, los alemanes no han demostrado capacidad para comportarse como una gran potencia consciente de su responsabilidad: ni en la época del Kaiserreich autoritario ni durante la República de Weimar ni en el despotismo anárquico actual. En Europa, la lamentable imagen que con tanto esfuerzo crearon sus constructores sólo ha traído calamidades, preocupaciones y desgracias. En lo que se refiere a Alemania, el Reich alemán sólo le ha dado degeneración y decadencia espiritual. Ahora se plantea la cuestión de la prolongación de su existencia. Tal vez haya razones a favor de concederle otra oportunidad, pero deberían ser de mucho peso.

Volvamos a los desleales. El hecho de que carezcan de talento y disposición para una iniciativa revolucionaria no significa que estén decididos a cruzarse de brazos y a quedarse quietos mientras la historia cambia de rumbo. En determinadas circunstancias, lucharán valiente y enconadamente por su libertad. Pero como todos los alemanes en situaciones parecidas, esperan a tener un líder. Ha de ser alguien que asuma la responsabilidad, que «lo sepa hacer» y que mande. En Alemania, nada ocurre por sí solo.

Y aquí da comienzo la tragedia de estos alemanes, una verdadera tragedia por la que el mundo, aunque le afecta, no ha mostrado interés ni comprensión. Es la tragedia de muchas personas excelentes que se han quedado una y otra vez sin liderazgo o sin líder. En el último momento decisivo, cuando todavía había una oportunidad de combatir a los nazis con eficacia, los enemigos de los nazis fueron traicionados y abandonados por los líderes en los que confiaban. Desde entonces, se han aferrado a un clavo ardiendo y han acudido en masa a cualquier partido que les prometiera algún tipo de resistencia frente a los nazis, pero siempre los han dejado en la estacada y han acabado decepcionados y desmoralizados. Han depositado sus esperanzas en el extranjero y se han esforzado por iniciar un éxodo masivo, para comprobar finalmente que los países civilizados los rechazaban asustados, pues preferían tener nazis que refugiados. Estos alemanes esperaban una señal que les dijera que la ayuda del exterior estaba próxima, esperaban cualquier nueva consigna, cualquier cambio repentino que pusiera fin a los triunfos de sus opresores. A cambio, presenciaron una serie de capitulaciones poco honrosas y esa política del apaciguamiento que sólo se podía explicar si había sido estipulada de acuerdo con los nazis. No podían ni pueden imaginar que entre los políticos extranjeros predomina una idea tan equivocada del modo de pensar de los nazis, idea que constituye la base de esa política bienintencionada. Se veían como víctimas de las circunstancias y se sentían forzados por los simpatizantes a hacer algo para lo que no estaban capacitados y además era imposible: una revolución espontánea desde abajo. La historia de los últimos siete años es

para ellos una sucesión ininterrumpida de derrotas y decepciones. Ahora que ha estallado la guerra, están agotados y desengañados, y siguen sin consigna ni objetivo.

Recapitulemos brevemente la historia alemana y europea de los últimos siete años, desde la perspectiva de estos alemanes. Es un espectáculo conmovedor.

Tras una dramática lucha electoral en el año 1932, estos alemanes votaron a Hindenburg con la firme convicción de que sería un dictador, y no un simple presidente del Reich; su expreso mandato era ofrecer resistencia a Hitler y mantenerle en jaque. El viejo traidor no cumplió su promesa y traspasó el poder a Hitler. Incluso con Hitler, el 5 de marzo de 1933 el 48 por ciento de los electores alemanes votaron unos candidatos cuyo lema oficial era «Guerra contra Hitler», y otro 8 por ciento votaron unos aliados tácticos de Hitler que habían prometido mantenerle bajo control. Todos fueron engañados. Al cabo de menos de tres semanas, el Reichstag recién elegido decretó la ley de plenos poderes, que otorgaba a Hitler un poder ilimitado.

Pero estos alemanes no sólo estaban dispuestos a combatir a Hitler con la papeleta del voto. Cientos de miles de jóvenes alemanes con formación pertenecían entonces a organizaciones como «El estandarte rojo, negro y dorado del Reich», «El frente de hierro» o «El guardián de Baviera», y estaban sometidos a una disciplina militar para mantener a raya a los nazis con el arma en la mano. No se les presentó ninguna oportunidad. En febrero y marzo de 1933, todo el mundo contaba con la guerra civil. La mitad de la población estaba dispuesta a derramar sangre en lugar de someterse a un régimen de cuyo carácter no se hacían ilusiones de ninguna clase. A cambio, fueron engañados, sorprendidos y desarmados. Y fue el mismo golpe brutal en la nuca, propinado en el momento culminante de sus esfuerzos y de su disponibilidad para la lucha, el que en septiembre de 1938 estremeció la moral del pueblo checo. Los sucesos de este tipo tienen un efecto desmoralizador mil veces mayor que una derrota en combate abierto. Se tarda mucho tiempo en recuperarse de tales derrotas.

No obstante, en los siguientes años los alemanes desleales no desaprovecharon ninguna ocasión de formar nuevas coaliciones contra los nazis. Ya no eran difíciles de contentar y habían dejado de preguntar por un objetivo y una ideología. En la primavera y a principios del verano de 1933, el número de miembros de la Escuadrilla de Lucha de Hugenberg y del Casco de Acero había aumentado prodigiosamente. Huelga preguntarse por qué se produjo una repentina afluencia de masas al Partido Nacional Alemán, el último partido que sobrevive bajo los nazis, antes poco popular. No fue culpa de esos alemanes que sus nuevos líderes —como los antiguos — perdieran los nervios en el momento decisivo y aprobaran sin resistencia la capitulación y la disolución.

Entonces se depositaron las esperanzas en el ejército. Era sabido que el Reichswehr y los nazis se guardaban rencor. La gente contemplaba extasiada cómo blandían armas personas que consideraban honradas, decentes y cultivadas y de las que suponían que algún día *tendrían que* perder la paciencia con los nazis. Durante los años del rearme secreto, los que acudieron en tropel al ejército fueron sobre todo los enemigos de los nazis. El triste resultado de este error es conocido, aunque de manera poco detallada. Todo el mundo conoce el comentario sarcástico que hizo Hitler: «Todos aquellos a los que les gustaría luchar contra nosotros están ahora a nuestro servicio: en el Reichswehr». Posiblemente, entre algunos altos oficiales del Reichswehr existía una remota disponibilidad para la sublevación, asemejándose este modo de pensar al del *Wallenstein* de Schiller. Pero aquello, en resumidas cuentas, se quedó en nada. La lealtad al Reich era demasiado grande. La falsa idea del patriotismo explotada por los nazis estaba demasiado arraigada. Hoy todavía es pronto para decir qué llevó al fracaso del Reichswehr en la crisis política interior del año 1934: ¿la falta de perspicacia, la falta de resolución o esa desacreditada «astucia» que Blomberg[8] había calificado de principal virtud del actual oficial alemán? En cualquier caso, se vio que el Reichswehr y su espíritu no eran más que uno de esos medios con los que las fuerzas antinazis habían sido uncidas al carro de los nazis.

El último intento, ya desesperado, de encontrar una orientación fue la repentina afluencia de masas que experimentó la Iglesia Evangélica Protestante en los años 1936-1937. Por muy ingenuo y apolítico que fuera el auténtico núcleo del movimiento de la Iglesia Confesora, por muy defensivo que fuera su método y por muy religiosa que fuera su intención, las *masas* acudieron en los seis primeros meses del año 1937 —en el punto culminante del movimiento— a las iglesias, que habían permanecido mucho tiempo vacías, y a sus alrededores, y cantaban *Eine feste Burg ist unser Gott* (*Nuestro Dios es una firme fortaleza*), de Lutero, porque tenían la sensación de que la Iglesia les brindaba una posibilidad de luchar contra los nazis y de ofrecer resistencia. Cometieron un error, aunque fue más honroso que el del Reichswehr. Los dirigentes de la Iglesia Confesora no querían una lucha política. Querían la salvación de sus almas y la aureola del martirio, que no tardaron en obtener. La gente que acudió a ella se quedó fuera, a la intemperie, y aún hoy sigue esperando en vano.

Desde entonces, no ha ocurrido nada en Alemania que haya podido volver a movilizar estas masas apáticas y a la espera.

Pero desde el gran engaño de la primavera de 1933, estas multitudes olvidadas quizá no vuelvan a concebir grandes esperanzas de las nuevas organizaciones políticas y semipolíticas. Casi desde un comienzo, buscaron ayuda y liberación fuera del Reich, y al principio fueron bastante confiados. Lo típico de estos alemanes es que nunca se les ocurrió la idea de que el estallido de la barbarie en el corazón de Europa sería contemplado por las potencias europeas como un «asunto interno del Reich alemán». En su actitud reconocemos el sentimiento europeo colectivo —todavía intacto y súbitamente resucitado— de esa Alemania que existía antes de la creación del Reich. Daban por supuesto que las grandes potencias europeas velarían por los valores fundamentales de la cultura europea y que el instinto de supervivencia haría que Inglaterra y Francia se enfrentaran a la política del rearme y la guerra, que al principio fue practicada sin demasiado disimulo. Por último, daban por hecho (su esperanza más modesta) que Europa estaría dispuesta a darles asilo y protegerles de las persecuciones, para que pudieran reflexionar en paz, aprender y empezar otra vez desde el principio.

Ya conocemos su decepción. ¿Por qué hemos de repetir al detalle la terrible historia de estos años y acordarnos de las sumisas reverencias ante los gánsteres y la negligente aceptación de nuevas e irritantes afrentas —el 13 de octubre de 1933,[9] el 25 de julio de 1934,[10] el 16 de marzo de 1935,[11] el 7 de marzo de 1936,[12] el 30 de mayo de 1937[13] y el 11 de marzo de 1938[14]—, que supusieron un puñetazo para Europa? ¿Acaso no es comprensible que los europeos alemanes perdieran la esperanza y la confianza? Empezaron a dudar de sus valores. Les sobrevino el miedo, la desconfianza, la consternación y la sensación de que ya no servía ninguna norma de vida. El mundo occidental empezó a parecer viejo, gastado y arruinado, mientras que la barbarie de la Europa central y oriental parecía pertenecer al futuro. Y las dudas se convirtieron en desesperación cuando, en otoño de 1938, para desconcierto de los alemanes, llegó el Acuerdo de Munich y, un poco más tarde, el mundo cerró sus puertas a los refugiados judíos. Tendrá que ocurrir mucho más todavía para que desaparezca el efecto moral de estos dos acontecimientos en Alemania.

En los años previos a 1939 no hubo ninguna resistencia activa de la Europa occidental frente al nazismo. Pero tampoco hubo ninguna resistencia espiritual, ningún intento de redefinición de los valores, ninguna búsqueda de una reorientación o de una nueva inspiración. Hitler dictaba, sin contradicción alguna, los problemas del mundo y los temas de discusión. Decretó el antisemitismo y el mundo descubrió dócilmente la «cuestión judía». Hitler invadió Austria y de pronto hubo una «cuestión austríaca». Del mismo modo surgieron una «cuestión» española, una checa e incluso una de Danzig. A nadie se le ocurrió la idea de cuestionar a Hitler, a los nazis y al Reich alemán. Sólo protestaron los bolcheviques, cosa que, naturalmente, se consideró inaceptable. En esos años, los alemanes que pensaban a la manera europea se sintieron tan abandonados como nadie que no lo haya vivido por sí mismo puede imaginar.

Sólo en una ocasión sopló la brisa en ese desolado desierto: en el año 1938, durante la época del Frente Popular, cuando en la Guerra Civil española se formaron las Brigadas Internacionales. Fue una experiencia única percibir el eco subterráneo en las catacumbas alemanas, la repentina resurrección del debate, la esperanza, la actividad y la iniciativa. Por aquel

entonces, no sólo hubo legionarios alemanes en España, sino también voluntarios que luchaban del otro lado. Y el enemigo al que se quería combatir no era Franco, sino Hitler. Todo podría haberse convertido en una lucha real contra Hitler, pero la «no injerencia» lo estropeó todo.

Hoy, sin embargo, desde determinado punto de vista, la política de la no injerencia puede considerarse justificada; aunque no desde la perspectiva de entonces de que había evitado la guerra en Europa (pues todo alemán desleal ya sabía que esa guerra era inevitable y un mal menor), sino porque esa política evitó que la guerra se librara bajo falsas consignas y en frentes equivocados. El Frente Popular y la Guerra Civil española constituyen probablemente el último intento por resolver los problemas del siglo XX con una fórmula del siglo XIX —«izquierdas contra derechas»—, y su fracaso está históricamente justificado. La mayor parte de los problemas sobre los que la derecha y la izquierda sostenían opiniones diferentes fueron resueltos o regulados para satisfacción de ambas partes. Las derechas y las izquierdas, por su parte, han desarrollado y activado, en los últimos veinte años, nuevas fuerzas anticulturales y antihumanistas que en Europa, durante la crisis española, todavía estaban enfrentadas, pero que en realidad hoy corren parejas. La tarea actual consiste en movilizar las fuerzas civilizadoras de derechas e izquierdas, no mediante una simple solución de compromiso temporal, sino mostrando los valores fundamentales de la civilización que tienen en común. El frente que ha de crearse para protegerse del nuevo peligro no es el popular, sino el frente de la civilización.

Sin embargo, el pensamiento político necesario todavía está en pañales. Todos los países, centrados en la guerra, corren el riesgo de perder de vista el verdadero significado de la guerra. Y en ninguna parte la reflexión podría llevar a resultados más significativos que en Alemania. Durante los años de sufrimiento y meditación, la predisposición a crear nuevos frentes ha aumentado mucho más en el sector antinazi del pueblo alemán que en ninguna otra parte de Europa. De todos modos, no hay perspectivas de que pueda cristalizar una opinión, un credo o un programa político.

De momento, los restos ilegales de los antiguos partidos alemanes y de los inicios prematuros de una nueva oposición en Alemania son más un impedimento que una ayuda para ese proceso de cristalización. ¿Podrían aprovecharse de alguna manera? Examinémoslo críticamente.

VI

LA OPOSICIÓN

Antes que nada, hemos de evitar que el concepto de oposición se entienda equivocadamente. «Oposición» no sólo significa enemistad y aversión al régimen nazi, por muy fuertes que sean estos sentimientos. Naturalmente, la palabra también se puede utilizar en un sentido más amplio y designar todo el odio y la repugnancia que se han ido acumulando en Alemania frente al régimen nazi. En este sentido, el régimen nazi, comparado con los demás gobiernos de Europa, se ve enfrentado a la oposición más fuerte, más grande y más irreconciliable de todas. Sin embargo, cuando hablamos de «oposición» nos referimos sólo a las fuerzas políticas contrarias con un programa de acción y un objetivo concretos; a grupos políticos que, por muy pequeños que sean, proponen una alternativa *positiva* frente al régimen actual, a la gente que tiene una respuesta clara y razonable si se le pregunta qué hará cuando haya doblegado a los nazis y cómo lo conseguirá, a las personas que tienen la voluntad —y no sólo el deseo— de derrocar al régimen nazi. En este sentido, la oposición está a punto de desaparecer, pues es débil y está poco preparada. No se puede afirmar que durante los siete años de dominación nazi haya hecho algún progreso visible. En lo que alcanza nuestro juicio, no cabe esperar en un período de tiempo previsible ningún resultado práctico por parte de la oposición —en un sentido estricto— de Alemania.

Si se vive mucho tiempo en el país, no se le ocultan a uno el rechazo al régimen, el odio, la rabia y la sublevación individual de millones de personas. Sin embargo, es muy posible vivir allí durante años y no intuir siquiera la existencia de los partidos que actúan de fondo: los comunistas, los socialdemócratas, el Partido Alemán de la Libertad, el Frente Negro y todas las demás organizaciones políticas aún más pequeñas. Todo lo que se

cuenta, ocasionalmente, fuera de Alemania acerca de las acciones clandestinas de estas organizaciones, las huelgas locales y los sabotajes es muy exagerado. Tales cosas ocurren, pero su radio de acción es tan pequeño que, desde el punto de vista estadístico, casi se pueden ignorar. No se puede afirmar que esta actividad ilegal desempeñe un papel significativo en la vida cotidiana. Hay que mirarla, por así decirlo, con lupa, y aun así es fácil que pase desapercibida.

Es importante diferenciar las dos vertientes de la situación. Del amplio rechazo de los nazis no se debe deducir la existencia de una oposición fuerte, y de la inexistencia de una oposición no se debe deducir la inexistencia de sectores de la población desleales. Ambas conclusiones son erróneas. Lo cierto es que el gobierno alemán actual está desacreditado como ningún otro gobierno. Todo el odio acumulado es un explosivo que, prendido con la chispa de una idea política, haría estallar al Estado entero. Pero falta esa chispa. Las chispas que hay son tan débiles que cuando lanzan un destello se apagan. Y no debemos olvidar que el régimen no se preocupa demasiado por evitar la acumulación de nuevos explosivos o por eliminar los antiguos, sino que procura a todo trance impedir que broten chispas y hace todo lo que está en su mano por imposibilitar el pensamiento político y por convertir en peligrosa cualquier actividad política.

Sin apenas esperanzas, el régimen procede contra la deslealtad general, desorganizada y, casi podríamos decir, apolítica. Por el contrario, la lucha de la Gestapo contra las organizaciones políticas ya existentes fue sin duda una lucha coronada por el éxito. Los restos de las fuerzas políticas organizadas, las que había en 1933 junto con los nazis, están a la defensiva, han pasado a un segundo plano o se han vuelto ineficaces. Esas fuerzas y esas ideas a las que se ha arrebatado su mecanismo de organización, por muy paradójico que parezca, tal vez no estén tan debilitadas como las que sobreviven en las organizaciones clandestinas, que no hacen nada y no son más que trampas mortales para sus miembros.

Ninguno de los primeros partidos políticos estaba preparado para la vida ilegal ni para la lucha en condiciones de ilegalidad, ni siquiera los comunistas, aunque siempre se jactaran de esa capacidad. Incluso en tiempos legales, estos partidos fueron instrumentos mucho menos prácticos

que los partidos de los países occidentales. Eran partidos con una «cosmovisión», menos acostumbrados a comprometerse en la política práctica, que consideraban que su cometido era dar una expresión a una filosofía política, a una idea vaga de «cómo debían ser las cosas». Casi ninguno —a excepción, quizá, del Centro Católico— tenía ideas claras y objetivos alcanzables y ninguno —con la misma excepción— era una escuela que preparara a los políticos para encargarse de gobernar en cualquier momento y en las condiciones reinantes. Con todo, tenían la intención (en este sentido los nazis son los verdaderos herederos y guardianes del viejo espíritu partidista alemán) de tomar el poder en un Estado y gobernarlo de acuerdo con sus ideas. Mientras no llegara ese día (para sus adentros habían llegado a la conclusión de que eso no sucedería nunca), practicaban la política con cierta reserva mental, no tenían ganas de asumir responsabilidades y estaban siempre alerta para asumir cuanto antes la tarea de la oposición, como reza la expresión parlamentaria alemana. En realidad, más que partidos eran templos en los que se predicaba, según el caso, a Bismarck, Rousseau o Marx.

El peculiar sistema electoral alemán se ajustaba a las ideas de Marx; no había una lucha electoral directa entre dos o más candidatos con consignas concretas, sino un escrutinio y un recuento de los votos que se emitían a favor de uno u otro partido. El elector alemán no votaba a un diputado que conociera, de quien esperara una política determinada y con quien se sintiera vinculado. Votaba una «lista» y, a menudo, sólo conocía los nombres de los candidatos que aparecían en ella. Su elección no era tanto un acto político como una ratificación metafísica de la doctrina monárquica, conservadora, católica, liberal, socialista o comunista. En las siguientes elecciones no esperaba que su partido diera cuenta de lo que se había logrado en los cuatro últimos años, sino una confirmación de haber permanecido fiel a sus ideas y objetivos políticos. La actualidad política era algo que solía ignorar arrogantemente, y los propios partidos trataban las cuestiones de actualidad con una negligencia que llevaba fácilmente al aburrimiento.

Cuando fueron ilegalizadas, tales organizaciones tuvieron que dejar de ser factores políticos eficaces. La política ilegal es un asunto duro, difícil y sangriento. La historia nos enseña que los partidos políticos ilegales, desde la antigua Grecia hasta la Rusia actual, no conocen ningún otro método político más que el terrorismo, los atentados, los sabotajes y la guerra civil. Sólo así siguen siendo eficaces y peligrosos, sólo así obligan a sus opresores a mitigar la opresión y a volverlos a legalizar (el ejemplo clásico es la formación de la Duma rusa tras los atentados de 1905-1906), y sólo así consiguen sobrevivir ante el mundo —que pierde interés por ellos, los olvida y deja de contar con ellos— y ante sus miembros, los actuales y los potenciales, que como compensación por la angustia vital en la que viven al menos tienen la sensación de ser igualmente peligrosos y de poder devolver los golpes. No es una perspectiva demasiado halagüeña ser ejecutado un buen día sólo por haber cometido el crimen de reunirse los miércoles por la noche en una trastienda para leer a Marx y declamar la lírica revolucionaria. Pero eso es todo lo que pueden ofrecer los partidos alemanes ilegales existentes a sus adeptos.

Estos partidos se han forjado la ilusión de que, dentro de un marco modesto, podrían desempeñar ilegalmente el mismo papel que desempeñaban legalmente, es decir que podrían ser sectas en lugar de religiones. Desde la ilegalidad, intentan, como en los viejos y buenos tiempos parlamentarios —con sermones, instrucciones y propaganda—, «influir» en un círculo lamentablemente pequeño. Al mismo tiempo, han de tener muchísimo cuidado de no ser descubiertos y eliminados sin consideración: una tarea difícil en estos tiempos, ya que si se quiere hacer propaganda hay que llamar la atención, mientras la supervivencia aconseja permanecer invisible. En los siete años de su existencia, ninguna de las fracciones políticas ilegales ha demostrado haber encontrado una salida de este atolladero.

La situación de los partidos ilegales se parece muchísimo a la de los buques corsarios armados en alta mar, que perseguidos hoy por la flota inglesa más potente, pero que se esfuerzan por hacer daño al comercio inglés. Por una parte, la primera regla que han de obedecer estos barcos, desde el punto de vista de la supervivencia, exige que permanezcan fuera

del alcance del enemigo; por otra parte, al patrullar por los océanos, forzosamente tienen que dar señales de vida. Pero entonces les revelan su posición a sus perseguidores más potentes. Incluso cuando estos barcos participan en una guerra normal, que en el caso de los partidos ilegales equivaldría a una guerrilla terrorista, resulta muy difícil mantener el punto medio entre la precaución necesaria y el atrevimiento justo. Pero los partidos ilegales no hacen ninguna guerra de esa clase. No actúan como los barcos, que al menos ponen en juego su existencia capturando o hundiendo barcos enemigos y perjudicando al adversario. Más bien se comportan como si se conformaran con enviar desde sus pequeñas estaciones de radio mensajes que quizá lleguen a unos cuantos cientos de personas e impresionen a dos o tres, delatando a cambio su posición y decidiendo su destino. Dicho brevemente, los métodos de los grupos ilegales son tan absurdos y disparatados que hasta su valor y su martirio despiertan compasión en lugar de admiración.

Lo que ha ocurrido en los últimos siete años en los patios traseros de la política interior alemana es una tragedia terrible y desgarradora, pero desde luego no un drama revolucionario vibrante y conmovedor. Sobre todo los comunistas han pagado un terrible tributo de sangre en los campos de concentración, en las celdas de los condenados a muerte y en los patios de las ejecuciones; y en menor medida, los socialdemócratas y los miembros del Partido Alemán de la Libertad y del Frente Negro. La lista comprende cientos de nombres, por no decir miles, de un solo día de mártires anónimos cuya vida y muerte se siguen sin mencionar, salvo por un simple «anuncio» en las columnas anunciadoras berlinesas: «Las siguientes personas condenadas a muerte por alta traición por el Tribunal del Pueblo han sido ejecutadas esta mañana del día…».

¿Cuál es la razón de las ejecuciones? ¿Atentados, conspiraciones, sublevaciones? En absoluto. Sólo —no se puede llamar de otra manera— un poco de vida social alemana. Un par de máquinas de escribir en una trastienda, la reunión de funcionarios de rango superior, la formación de un grupo de barrio o de empresa, la fijación de una tarea para los funcionarios agrupados, y sesiones con cerveza en las que se levantaban actas como «El compañero Müller ha informado sobre el transcurso de la sesión del

Komintern en Moscú», «los asistentes a la reunión han agradecido al compañero por su valiosa información, que recabó poniendo en peligro su vida». Quizá se publicaron libelos hectografiados que tenían cuatro semanas de validez, o se realizó una gran «acción», como por ejemplo la distribución de panfletos que instaban a la gente de una fábrica o de un bloque de viviendas a «resistir», el envío a corresponsales extranjeros de un «llamamiento al pueblo alemán», el derribo de un busto de Hitler, la rotura de un escaparate…, y luego, un buen día, la detención, la tortura, un «proceso» a puerta cerrada, la condena y la ejecución. Es horrible, pero esto es lo que le espera hoy en Alemania a la oposición activa. Puede haber variantes, pero la opinión pública se entera de pocas cosas. El mayor alarde de la lucha política ilegal es la pequeña estación de onda corta que cada noche difunde noticias del Partido Alemán de la Libertad y que por ahora ha conseguido no ser descubierta. En realidad, sólo unos pocos alemanes han logrado escuchar esa emisora, ya que su recepción es fácilmente interceptada por emisoras perturbadoras. Pero muchos han oído hablar de ella y han sentido un amago de satisfacción y esperanza. Nada más. La esperanza suele desvanecerse cuando se oye la emisora: llamamientos poco claros, artículos editoriales de revistas extranjeras, alguna que otra «revelación» sobre la vida privada de Goebbels o alguien parecido… ¿Puede influir en alguien?, se pregunta uno. ¿Puede cambiar la situación? ¿Merece la pena poner en juego la vida de un gran número de personas? Para eso se sintoniza radio Londres o la emisora de Estrasburgo…

Uno se pregunta extrañado por qué ningún grupo ilegal ha desarrollado otro método de lucha más eficaz. ¿Por falta de imaginación o por falta de instinto? No es por falta de valor, ya que sus infructuosas empresas requieren mucho arrojo y la participación significa la muerte casi segura. La respuesta es que en un régimen despótico sólo existe una posibilidad para los partidos políticos: el terrorismo. Pero ninguno posee una tradición en este tipo de guerra. El dogma de los partidos marxistas excluye toda forma de terrorismo. En determinados comentarios acerca de sus obras consagradas se dice expresamente que el atentado es un erróneo método burgués y anarquista que no conduce a nada, y que sólo la unión de todos los obreros del mundo, etc… Es inútil buscar en la historia de los últimos

treinta años un asesinato cometido por un marxista. Contra esta convicción no se puede hacer absolutamente nada. Los comunistas, que sin duda son los partisanos políticos más ortodoxos y dogmáticos de la Europa actual, tienen que dejar de ser comunistas antes de decidirse a combatir la represión con el terror. (Tras la toma del poder, el terror desde arriba es otra cosa que puede calificarse como «la dictadura del proletariado» y de la que trataremos en otro lugar.)

En lo que se refiere a los socialdemócratas, cuyo estricto dogma podría ser discutido, ofrecen la misma resistencia que el inofensivo y burgués Partido Alemán de la Libertad. Los alemanes atraídos por la fe socialdemocrática o liberal suelen rechazar horrorizados el asesinato político. Y la gente con tendencia a cometer tales crímenes se encuentra casi siempre entre las filas de los nazis. Los demás tienen que estar aún más desesperados para descubrir en ellos la capacidad de comportarse de ese modo. Es un hecho que obviamente habla en su favor.

Llegamos a una cuestión que ya hemos discutido con anterioridad en este libro: que el asesinato político no parece ser el arma apropiada contra los nazis, ya que no se les debería preservar de ser procesados por jueces justos. En los últimos años la desesperación ha aumentado tanto, que algunos enemigos de los nazis tal vez ya estén planeando atentados. Pero en ese mismo período de tiempo los acontecimientos han tomado tal rumbo que sólo una campaña de terror a gran escala —que requiere tanto una organización como la formación correspondiente— prometería éxito. En 1934, e incluso en 1935, la eliminación de Hitler habría evitado muchas consecuencias. Pero hoy no. Hoy incluso podría dar lugar a los daños que hemos descrito al final del primer capítulo. Tales pensamientos están muy extendidos y sirven de inhibición a elementos como el Frente Negro, que posiblemente sea propenso a los métodos terroristas. En estas condiciones, apenas hay esperanzas de una resistencia terrorista frente a los nazis, y menos de una resistencia organizada a gran escala. De ahí que la denominada lucha ilegal alemana carezca de importancia.

Pero sigue produciendo mártires. Sin embargo, una muerte de mártir sólo es un arma política si es un acto claro y visible, si impresiona a la gente y si halla expresión en leyendas y mitos. El martirio sin publicidad es un

martirio inútil, por eso los nazis se encargan de que, a ser posible, no salga a la luz pública. Con un Dimitroff ya han tenido bastante. En Alemania ya no hay simulacros de procesos. Sólo existen las dobles puertas acolchadas del Tribunal del Pueblo, a través de las cuales no se oye nada. Resulta duro tener que decir que los héroes de la lucha ilegal de Alemania han muerto en vano, del mismo modo que lucharon en vano.

Así pues, para los próximos años decisivos, haremos bien en no contar con una oposición política real y decidida. Alimentaríamos falsas ilusiones si esperáramos una caída del régimen o siquiera una alteración perceptible de su engranaje. De todos modos, la oposición tiene su importancia. Aunque no haya averiguado con qué método puede combatir o eliminar eficazmente al régimen, quizá pueda, en determinadas condiciones, cumplir otra función más modesta pero muy importante: continuando en secreto y manteniendo vivas las tradiciones políticas cuya destrucción perseguían los nazis, preparándose para el futuro y formando los núcleos de los futuros movimientos políticos de masas, la oposición puede hacer que sigan existiendo fuerzas políticas que, al reunirse de nuevo, estén capacitadas, tras el derrocamiento de los nazis —que forzosamente ha de venir de fuera—, para encargarse de la dirección del Estado alemán o, en su caso, de los Estados alemanes.

Probablemente, ése sea el objetivo real de los comunistas y los socialdemócratas, por el que continúan su lucha ilegal y sin perspectivas y sacrifican hecatombes por sus más valientes y leales secuaces. Sin embargo, como veremos enseguida, es sumamente dudoso que su camino sea el idóneo par conseguir tal objetivo.

Las organizaciones ilegales viven permanentemente en condiciones de guerra. Son perseguidas sin cesar y corren siempre peligro de muerte. Han de tener cuidado con cualquier compañero que no esté plenamente acreditado y no haya demostrado que no es un soplón de la policía. Las crisis internas, la falta de unidad y las escisiones en dos bandos pueden provocar que los grupos se aniquilen entre sí. En estas condiciones, la organización de los partidos ilegales tiene que ser rígida y sus reglas de conducta tan severas e indefectibles como las de un ejército. El credo

político con el que se ha comprometido un partido ilegal ha de ser obedecido siempre. No debe haber divergencia de opiniones. Un partido, mientras es ilegal, no puede permitirse la autocrítica ni las discusiones.

Sin embargo, para un partido la autocrítica y la discusión son el único medio de modificar una doctrina política y de prepararse para la lucha tras una dura derrota, y como la que han sufrido todos los partidos políticos alemanes. Antes de que un partido pueda desafiar al enemigo que le acaba de derribar con perspectivas de éxito, ha tenido que extraer las enseñanzas precisas de la lucha perdida y superar todas las deficiencias y debilidades, aunque lleve a una reforma rigurosa, a la renuncia a sus principios de fe y a la modificación de su identidad. ¡No existe ninguna Contrarreforma sin el Concilio de Trento! A esto nos referíamos al decir que los partidos alemanes que de momento han renunciado a su organización visible quizá no estén en tan mala situación como los que han elegido el camino de la ilegalidad.

Cuando llega el momento, las organizaciones pueden regenerarse con relativa rapidez y facilidad. Lo que resulta difícil de recuperar es la confianza y el prestigio perdidos. No cabe duda de que *todos* los partidos políticos alemanes, con *todas* sus doctrinas, han perdido la confianza de sus secuaces anteriores y ya no tienen prestigio en Alemania. Hay que atribuirlo principalmente a su grotesca sumisión en el año 1933, pero en gran parte también a errores políticos anteriores que no se subsanaron de inmediato y que han contribuido al descalabro interno. Una de las bazas de los nazis es que todos sus adversarios y rivales anteriores, independientemente de la postura que adoptaran ante los nazis, están desacreditados a ojos de la nación. Porque cualquiera que reflexione sobre los posibles sucesores de los nazis en Alemania, piensa instintivamente en los partidos políticos anteriores: los nacionales alemanes, el Centro, los liberales, los socialdemócratas, los comunistas, y siente rechazo ante todos. Todos, sin excepción, tuvieron su oportunidad y la perdieron. Todos sus esfuerzos infatigables terminaron con el triunfo de los nazis. ¿Qué sentido tiene, por tanto, volver a fiarse de estos partidos?

Este sentimiento es tan fuerte y está tan extendido que es completamente inútil intentar atajarlo con explicaciones y disculpas, con un «si…» y un «pero», ni con las habituales argucias de los hombres de Estado que escriben sus memorias. Los hechos hablan un lenguaje irrefutable. Si alguien cree que, una vez expulsados los nazis, algún día podrá atraer a un solo ser humano con las viejas consignas de los partidos alemanes, se equivoca. Los antiguos partidos no sólo están reprimidos y prohibidos, sino que además están podridos por dentro, están comprometidos y resultan ridículos. Hoy lo que interesa no es que «resistan» y «sigan luchando», sino que mueran y vuelvan a nacer, que los conservadores, los liberales o los socialistas que surjan un buen día de todo el proceso no se parezcan ya en nada a los antiguos representantes de estas doctrinas. Nada, ni siquiera los principios consagrados del pasado, puede reclamar ser eternamente válido. Todo ha de ser examinado y pensado de nuevo, puesto a prueba y adaptado a las nuevas condiciones. Ha llegado la hora de establecer nuevas síntesis y antítesis, de crear nuevos frentes. Y quizá no sea exagerado afirmar que tal proceso de pensamiento ya está en marcha tanto en el Reich como fuera de sus fronteras. Pero donde no tiene lugar es en esas organizaciones de partidos prohibidos que ignoran vehementemente la derrota y continúan luchando o, al menos, hacen como si continuaran luchando. Es cierto que derraman su sangre. Pero hoy la sangre es inútil. Lo que importa es la inteligencia. La capacidad de sacrificio no puede sustituir a la sabiduría que da la experiencia, virtud de la que carecen por completo los partidos ilegales.

Trataremos con detalle qué deberían haber aprendido los partidos alemanes, a excepción de los nazis, y haremos referencia, con la debida precaución, a lo que tal vez hayan aprendido. En otras palabras, analizaremos con qué fuerzas políticas positivas se puede contar cuando haya sido eliminada la dominación nazi. Sería ingenuo juzgar a los antiguos partidos con arreglo a la fuerza que tenían en la época de su prohibición, en la primavera de 1933. No se puede ignorar el profundo colapso interno, caritativamente encubierto por las condiciones de ilegalidad, que sufrieron cada uno de ellos. Sin embargo, estos resultados han de ser el punto de partida, pues de lo contrario más adelante, sin esta apreciación, dejaríamos

de pisar tierra firme. Si se investigan las causas del colapso, se llega a un punto en el que se bifurca el camino y comienza el desvío. Si se sigue con cuidado un trecho del camino, hasta que se divise el contorno de un nuevo programa y un nuevo frente, entonces se habrá hecho todo lo que se podía hacer. Porque de momento sólo se puede intentar averiguar qué otras posibilidades hay en Alemania y cuáles no. Lo que se puede deducir de las posibilidades actuales depende de otros factores, no de la organización, que ahora sigue en sus inicios. Sería inútil, por tanto, tratarla detalladamente. Aparte de eso, sería extremadamente arriesgado hacerlo en un libro que, con toda certeza, no escaparía a la atención de la Gestapo.

Volvamos, pues, a marzo de 1933. ¿Cómo era el panorama político en Alemania poco antes de que cayera el telón de acero?

Además de los nazis, había otros cuatro partidos que tenían una masa más o menos compacta tras de sí. De izquierda a derecha, estaban los comunistas, los socialdemócratas (que corresponden más o menos al Partido Laborista británico, pero mucho más radicales y marxistas desde el punto de vista teórico), el Centro (un partido católico, culturalmente conservador, pero socialmente avanzado y más oportunista que los demás), y los nacionales alemanes (los herederos del Partido Conservador prusiano: pro Hohenzollern, monárquicos, militaristas y reaccionarios). Frente a la avalancha cada vez más cercana del nacionalsocialismo, estos cuatro partidos emplearon diferentes estrategias. Los tres primeros ofrecieron resistencia activa frente a los nazis, mientras que los nacionales alemanes, en su mayoría, pactaron tácticamente con ellos, excepto entre agosto de 1932 y enero de 1933. La fuerza de cada partido se puede calibrar a partir de las grandes luchas electorales de los años 1932-1933. Votaron a los nazis de once a diecisiete millones de electores (11-13-14-12-17), a los comunistas de tres y medio a seis millones (5-3,5-5-6-4), a los socialdemócratas de siete a ocho millones (8-7-7), al Centro (incluido su vástago bávaro, el Partido Popular de Baviera) de cinco a cinco y medio millones (5,5-5-5) y a los nacionales alemanes de dos a tres millones (2-3-3). Es curioso que durante la elección del presidente del Reich, en la que los socialdemócratas y el Centro apoyaban la candidatura de Hindenburg (frente a los comunistas, los nacionales alemanes y los nazis), dieciocho

millones de electores en la primera votación y diecinueve millones en la segunda votaron a Hindenburg, aunque el Centro y los socialdemócratas nunca tuvieron más de trece millones y medio y los pequeños partidos burgueses más de un millón y medio de votos.

Lo que más llama la atención de este resumen es que existía un vacío, el partido cuya opinión prevalecía en toda Europa, excepto en Alemania: los liberales. De 1932 a 1933, dos partidos pequeños representaban al liberalismo en Alemania: el Partido del Estado Alemán y el Partido Popular Alemán. Entre los dos poseían de medio a un millón de votos, y la cifra no dejaba de descender. En marzo de 1933 todavía ocupaban dos escaños en el Reichstag. Pero ambos partidos tenían un largo pasado. En la era Bismarck, los nacional-liberales, antecesores del Partido Popular Alemán, habían sido durante un decenio el partido más fuerte del Reichstag, mientras que los radicales, antecesores del Partido del Estado Alemán, constituían una parte importante de la oposición. Incluso en los años veinte, en la República de Weimar, los dos partidos tenían un número considerable de adeptos y, durante un período de tiempo, dispusieron juntos de más de cien escaños. En 1930 comenzó su rápida decadencia, el primer gran derrumbamiento de un partido que se produjo a la vista de todos antes de que los nazis subieran al poder. En cierto sentido, es el modelo de un descalabro, con arreglo al cual se pueden estudiar las características típicas de todos los demás colapsos.

Lo que pasó fue que los liberales dejaron de votar al partido liberal sin dejar de ser liberales. Ésa es la cuestión. Los cinco o seis millones de alemanes que durante veinte años habían votado a los liberales no se volvieron de repente infieles a su convicción, pero sí empezaron a preguntarse si los partidos defendían las convicciones que habían escrito en sus banderas y si el programa del partido, en el que hasta entonces habían hallado expresión estos dogmas, no contenía algún error oculto de construcción. De pronto tenían la sensación de que, al trasladar sus ideas a la política real, se había deslizado algún error devastador. No se habían vuelto infieles a sus ideales, pero desconfiaban —con toda la razón— de casi todas las conclusiones prácticas que estos partidos habían extraído de esos ideales. Las cosas que antes consideraban homogéneas sin necesidad

de demostración, empezaron a contemplarlas como no homogéneas. Y eso es exactamente lo que les ha ocurrido desde entonces a todos los partidos. Tampoco fue una casualidad que todo empezara con los liberales, ya que la mayoría procedían de la clase media cultivada, tenían mayor capacidad de comprensión y, por tanto, fueron los primeros en reaccionar. La derrota de su partido entre 1930 y 1933 fue sólo el comienzo de una crisis política general que no perdonó a ningún partido. Que los liberales fueran los primeros afectados por esa crisis no significa en modo alguno que sean los últimos en superarla.

Es indiscutible que cada doctrina política no está basada en una política, sino en una filosofía, especialmente en Alemania. La diferencia entre los liberales y los conservadores y los socialistas es un ideal de humanidad distinto. Las diferentes concepciones del Estado son sólo una consecuencia de esta idea. Las diferencias son fruto de la voluntad de cada partido de configurar el Estado de manera que se acerque tanto como sea posible a su concepción del hombre y fomente su ideal de la humanidad. Sólo se formula el programa político sobre esta base ideal, conforme al cual ha de ser creado y protegido el Estado. En cada paso sucesivo se pueden deslizar errores, como ocurre con frecuencia. A menudo, el programa político concreto no sirve al Estado para el que está pensado, y el Estado, a su vez, no promueve el ideal humano para el que ha sido creado. En el primer caso surge una crisis del partido, y en el segundo una crisis de la doctrina. Cuanto antes se superen esas crisis, antes recupera su fuerza política la idea que sirve de base al partido fracasado y a la doctrina desquiciada. Una filosofía política sólo deja de existir cuando sus valores humanos, que están por encima de la política, han perdido su validez o cuando la síntesis de estos valores ya no da resultado. En la Alemania actual, no es aplicable a los liberales, a los conservadores ni a los socialistas. La única cuestión es si la crisis de cada una de estas agrupaciones ha alcanzado ya su punto culminante y a qué velocidad se está produciendo.

El ideal de humanidad en el que se basa el liberalismo político es el hombre libre y de formación polifacética; la expresión social de este ideal es la clase media acomodada que conquista el mundo; sus herramientas y

sus armas son la ciencia, el comercio, la técnica y la industria; el Estado ideal está concebido jurídicamente y vinculado a la ley, y no tienen cabida ni los mitos ni el uso de la violencia; su programa en materia de política interior prevé un Estado guiado por representantes del pueblo, por la tolerancia, la educación y la libertad de prensa, de opinión y de discusión; en materia de política exterior se recomiendan el *rapprochement*,[1] la coalición internacional y la Sociedad de Naciones.

Una peculiaridad del liberalismo alemán fue su entusiasmo ante la idea del Reich. La «nostalgia del Reich» fue una característica singular del liberalismo, aunque el intento liberal de 1848-1949 de fundar un Reich resultara un fracaso. Esta nostalgia iba emparejada con la aversión de los liberales hacia cualquier concepción del Estado que se hubiera desarrollado históricamente y que se basara en la sinrazón y en los mitos, los liberales abogaban por una forma de Estado «global», racional y cómoda. Lo que hemos calificado como el pensamiento del «también» y que constituía la base del Reich alemán fue una aportación esencialmente liberal. Sin embargo, el patriotismo no impedía a los liberales volver una mirada amistosa hacia formas de Estado aún más grandes, más globales, más modernas, más racionales y más cómodas. Stresemann, al que había que agradecer que Alemania fuera aceptada en la Sociedad de Naciones, fue el último gran hombre de Estado liberal de Alemania. Y fueron sobre todo los liberales los que fomentaron la idea de una Paneuropa y entre los que se popularizó la Sociedad de Naciones. Y son los liberales también los que apoyan instintivamente la idea de una coalición internacional, o la apoyarían si no… si los alemanes liberales no hubieran empezado a dudar de casi todos estos puntos, que siguen siendo contemplados como los principales objetivos del liberalismo fuera de Alemania. No fue la idea fundamental del liberalismo la que desapareció o palideció. La imagen del hombre libre, acomodaticio, independiente y capaz de conquistar el mundo es un ideal que todavía tienen, consciente o inconscientemente, millones de personas en Alemania y en cualquier otra parte. Siguen creyendo en la ciencia, la técnica y el progreso. El estilo de vida de la clase media acomodada y cosmopolita es todavía el mejor y el más deseable a ojos de millones de personas. De hecho, el liberalismo sigue tan vivo como

siempre. La conclusión de que ha muerto porque sus secuaces y sus doctrinas han entrado en crisis, como han afirmado muchos periodistas principiantes nacionalsocialistas y pseudofilósofos en los últimos años, está basada en un análisis extremadamente superficial. La crisis de la doctrina y del partido surgió porque ya no servían con eficacia al ideal liberal, no porque sus adeptos hubieran renunciado al ideal.

Las deficiencias de los dogmas del liberalismo afloraron cuando comenzó el ataque de los nazis a la República de Weimar, un Estado liberal modelo: libre, cómodo, racional, sin misticismos, pero débil. La constitución de Weimar fue esencialmente obra de dos cabezas liberales: Preuss y Naumann.[2] La República de Weimar tenía la democracia parlamentaria más libre del mundo, el sistema electoral más justo, los máximos derechos fundamentales y el control más fuerte al que se haya sometido nunca un ejecutivo. El Estado no tenía ningún sentido ni contenido absolutista, ni ningún mito irrevocable. Era como una pantalla neutral en la que la «voluntad del pueblo» podía proyectar su drama, diferente cada día. Cada partido, cada «cosmovisión», tenía las mismas oportunidades; en el mercado libre se enfrentaban a sus adversarios y, de este modo, buscaban el camino hacia el poder. El programa liberal se llevó hasta tal punto a la práctica que a los partidos liberales apenas les quedaba nada por hacer. Y toda la pasión estéril por la libertad se concentró en cosas tan ridículas como defender vehementemente la «literatura del basurero y de la ciénaga». (De hecho, en 1926-1927 la prensa liberal hizo una campaña durante seis meses contra una ley que protegía a la juventud de la literatura pornográfica con tanta vehemencia y perseverancia como si se tratara de derrocar al régimen nazi.)

Luego, de repente, las cosas se pusieron serias. Este Estado modelo empezó a ser atacado cada vez más violentamente por un peligroso enemigo que —como sabían todos—, si vencía no sólo destruiría el Estado liberal, sino que además arrojaría despiadadamente por la borda las reglas liberales fundamentales de convivencia. Y poco después se vio que un Estado débil, indolente, libre y, en suma, liberal estaba indefenso ante semejante ataque y que los máximos valores del liberalismo, que debían ser fomentados por el Estado, estaban expuestos al enemigo sin protección alguna. Las doctrinas

políticas de los liberales ataron las manos a todos. El dogma de la libertad de opinión obligó a los liberales a aceptar la agitación que se produjo en la prensa y en las tribunas de los oradores, agitación que apelaba consciente y sistemáticamente a los instintos criminales, presentados como fuerzas «dinámicas» al servicio del credo político. El dogma de la proporcionalidad de los mandatos en correspondencia con la relación de votos emitidos obligó a los liberales a aceptar sus consecuencias. El dogma parlamentario les forzó a meter en el parlamento a sus propios verdugos y asesinos, mientras que su propia concepción de la neutralidad del Estado les obligó a utilizar el aparato del Estado para protegerse de las organizaciones y asociaciones nacionalsocialistas.

Los liberales reconocieron con espanto los fallos de construcción de su Estado, y para mantener los valores fundamentales liberales que ya no estaban seguros en su Estado, empezaron a dejar en la estacada a sus propios partidos y a votar a los socialistas o a los socialdemócratas… o incluso dejaron de votar. De repente se dieron cuenta de que necesitaban un Estado fuerte, un Estado con un mito y un sentido, un Estado con otros valores además de los sagrados y puramente formales, quizás un Estado irracional e incómodo, capacitado para defenderse a sí mismo y a sus valores fundamentales, un Estado que no estuviera condenado a entregar la espada a sus asesinos «legales». Dado su carácter, posiblemente el liberalismo sea más apropiado para estar en la oposición que en el gobierno. Para poder gobernar, quizá necesite una pequeña dosis de esa incoherencia sana y estimulante que ha permitido a los liberales ingleses gobernar mucho tiempo brillantemente, cosa que sus colegas alemanes serían incapaces de hacer. Es posible que el liberalismo sólo pueda desempeñar el papel de una oposición duradera, moderada y leal en un Estado muy conservador vinculado a las tradiciones. En todo caso, éste fue el papel que intentaron desempeñar por encima de las cabezas de sus partidos —a los que dejaron en la estacada y al borde de la decadencia— en los peligrosos años de 1930 a 1933. Incluso aspiraron a un Estado en el que más tarde pudieran actuar como una oposición duradera. Votaron al Centro, a los socialdemócratas y a los nacionales alemanes. ¡Como si estos partidos tuvieran mejor salud que los liberales! Muchos, que también percibieron la decadencia de estas

doctrinas, optaron por la resignación: como muchos conservadores, dejaron de ir a votar. Sólo en una ocasión despertaron de su letargo y votaron a Hindenburg. Entonces no sabían que el tal Hindenburg era un traidor. Creían que votaban al garante de la monarquía conservadora, que toleraría los valores liberales y sería un enemigo acérrimo del anarquismo nacionalsocialista.

Si queremos reducir todo el proceso a un denominador común, se puede decir que el liberalismo se había vuelto conservador. Ése fue un suceso importante y con muchas consecuencias. La suerte de la República de Weimar ha enseñado a los liberales que sus viejas doctrinas políticas han sido reducidas al absurdo. A través de su nuevo credo —ya se puede decir desde ahora—, se parecerán cada vez más a los conservadores. Hoy en día, los liberales alemanes pueden imaginar perfectamente un sistema político en el que el Estado conjugue la concepción conservadora con la liberal. Por sensatez y en honor a la irracionalidad y al individuo, se aceptará la tradición y el mito. Este statu quo se reconocerá como un punto de partida para el progreso, cosa que hace doce años se habría considerado absurda.

Al fracaso de los dogmas constitucionales del liberalismo le siguió otra crisis que apenas era menos grave. Esta crisis afectaba a las teorías liberales sobre la política exterior y en especial al superestado, y si no fue muy evidente es porque todo se desarrolló, en su mayor parte, durante la época nazi, es decir, como telón de fondo. En lo que se refiere al Estado, el liberalismo todavía seguía creyendo hasta la pasada década en una nueva imagen gigantesca tan poco romántica, tan racional y tan cómoda como el Reich alemán, Paneuropa y la Sociedad de Naciones. Los liberales amaban tales sistemas por motivos irracionales, porque respondían a sus sentimientos y a sus gustos; los amaban por el puro placer del progreso, del estilo y de la «amplitud», porque les gustaba todo lo que estuviera razonablemente construido y derivara de lo científico. Pero ante todo admiraban las mayores y más osadas construcciones supraestatales, por las que se sentían atraídos porque prometían al individuo fuerte una desenvoltura y una libertad de movimiento. Tenían una visión de los señores del espíritu, del comercio y de la técnica que, elevados por los poderosos ascensores de estos rascacielos nacionales y supranacionales,

conquistaban con distinción, arrojo y comodidad el espacio y las fronteras a la manera de unos, por así decirlo, «vikingos de los ascensores». En cambio, cuando contemplaban el pequeño Estado de origen histórico y la diminuta casa unifamiliar, cuyas escaleras había que subir a pie, tenían una desagradable sensación de estrechez y enrarecimiento.

Sin embargo, los liberales se vieron obligados a constatar que a veces los ascensores pueden quedarse colgados y que, al fin y al cabo, por una incómoda escalera se llega antes que con un ascensor que no funciona. La última década ha demostrado fácticamente que en la Europa actual del superestado mastodóntico el individuo está más limitado y encadenado que en la vieja Europa de los pequeños y medianos Estados venerables y nada prácticos. El defecto del Reich alemán se ha vuelto visible, la Sociedad de Naciones ha fracasado, la Organización Internacional del Trabajo[3] ha sido incapaz de evitar la esclavización del obrero alemán, ni la cooperación internacional del capital no ha podido impedir la dependencia del empresario alemán. Todos los sistemas encaminados a aumentar el bienestar del individuo se han convertido, como por arte de magia, en impedimentos, trampas e instrumentos de tortura. La primera resistencia frente a la esclavitud y la tiranía —los viejos enemigos mortales del liberalismo— no ha partido de la Sociedad de Naciones, creada para tal fin, sino de dos pequeños países bastante conservadores: Polonia y Finlandia. Y, como en los viejos tiempos, se espera que la salvación de Europa proceda de las dos grandes potencias occidentales ligadas a la tradición y que no reclaman ideales paneuropeos. El prestigio del antiguo Estado que se desarrollaba de una manera natural va sin duda en aumento, sobre todo entre los liberales, los individualistas políticos. La fe en un superestado sintético ha disminuido, y las consignas acerca de una «alianza estatal» o una Sociedad de Naciones «reformada» ya no poseen una gran fuerza de atracción en Alemania, ni siquiera convencen a los que adoptan una conducta bienintencionada respecto a esos ideales, por no hablar de los que enferman sólo con pensar en esa imagen sintética.

Parece claro que, tras la crisis actual, vendrá una época conservadora tanto en Alemania como en Europa, como ocurrió tras la dominación de Napoleón: una época de restauración de los valores culturales más antiguos,

un período de conservación, restauración y salvación. Los liberales alemanes ya lo han intuido, ¿y los conservadores?

La historia de los conservadores alemanes es complicada. La mayoría de los verdaderos conservadores se encuentra fuera de los partidos políticos. Hay que atribuirlo a que el sistema partidista alemán, desde el principio, no fue conservador sino liberal. Un «partido conservador», a diferencia de lo que sucede en Inglaterra, que posee una antigua tradición secular, es casi una contradicción en Alemania. Se puede decir sin exagerar que esta contradicción interna fue siempre el talón de Aquiles de todos los partidos conservadores alemanes. Por esta razón, el colapso afecta menos severamente a las fuerzas conservadoras que a los partidos liberales. En Alemania, el verdadero conservadurismo está más o menos a prueba de crisis. Lo podemos encontrar en las iglesias, cuya magnífica resistencia puede verse oprimida, pero nunca quebrantada, en la alta aristocracia, especialmente en las antiguas dinastías que, como regentes, han mantenido silenciosa y discretamente el tesoro de sus experiencias y sus tradiciones a través de todas las peripecias del Kaiserreich, la República y el Tercer Reich. Estas dinastías constituyen una de las pocas fuerzas políticas intactas de Alemania, y tal vez algún día se recurra a ellas para salvar el país. El verdadero conservadurismo se encuentra también en los rangos superiores de la burocracia, que durante los últimos sesenta años han dirigido las tareas rutinarias del Estado muy ordenadamente, sin grandes cambios y de manera igualmente discreta. Seguro que los nazis han destruido muchas cosas en este ámbito, pero lo que queda de la tradición administrativa puede servir de punto de partida para una regeneración. Estas fuerzas conservadoras serán capaces de volver a funcionar cuando se les dé la oportunidad. Los partidos conservadores, en cambio, son un caso muy diferente. Como los liberales, están atravesando una grave crisis.

Dos partidos que todavía existían en la primavera de 1933 pueden ser calificados de conservadores, aunque con reservas: el Centro y el Partido Nacional Alemán. El Centro administraba la herencia de los antiguos conservadores alemanes del sur y del oeste, y el Partido Nacional Alemán la de los conservadores prusianos. El Centro tiene una historia más sencilla. Fue el único partido que dio la bienvenida al Kaiserreich sin ninguna

reserva: fundado en 1887, se convirtió en el receptáculo de los principales elementos conservadores del oeste y del sur de Alemania, que de forma una tanto inesperada se sintieron acaparados por el nuevo Reich alemán. El objetivo del Centro era defender los valores supra y extraestatales, especialmente los valores del catolicismo. Fue el único partido que, en su momento, no consideró la creación de Bismarck como la forma política ideal para Alemania, pero que, sin embargo, decidió reconocerla como un hecho. Bismarck culpó repetidamente al Centro de congregar a su alrededor a los «enemigos del Reich». Pero no era cierto. El Centro no se fundó como una protesta contra el Reich, sino como una solución de compromiso. Aunque sólo aceptaba el Reich encogiéndose de hombros, colaboró lealmente pero con ciertas limitaciones y reservas en el campo cultural, en el que el Centro fue siempre inflexible. En los demás ámbitos se podía permitir comportarse de manera oportunista. Su nombre ya hacía alusión a ello. Podía secundar tanto a la derecha como a la izquierda sin ser infiel a sí mismo. Podía colaborar en el gobierno con otros partidos tanto en el Kaiserreich como en la República de Weimar. Ejercía siempre una influencia moderadora y protegía con éxito a la iglesia, la educación y la cultura cristiana. Una característica propia del Centro era que todas las cuestiones que otros partidos consideraban de primera categoría, para ellos eran de segundo rango. Al Centro pertenecían políticos de derechas y de izquierdas, socialistas y liberales, nacionales, amigos de la Sociedad de Naciones, chauvinistas, sedientos de venganza y pacifistas. Los cancilleres del Reich Von Papen y Wirth pertenecían al Centro. Sus miembros se caracterizaban por la aceptación incondicional de los valores religiosos y culturales católicos. Quizás el Centro podrá servir de modelo a los futuros partidos políticos alemanes, ya que ha demostrado que unos principios aparentemente opuestos se pueden unificar en la práctica en nombre de un consagrado valor común. Ha mostrado al pensamiento político alemán qué tareas tendrá que resolver el día de mañana.

Cabe suponer que las fuerzas que sustentan al Centro están relativamente intactas. Pero la organización que surja no será un nuevo Centro. A causa de su oportunismo —rasgo que durante sesenta años

constituyó su fuerza—, el Centro se ha arruinado en el último momento. Ha cruzado la delgada línea divisoria entre la flexibilidad y la falta de principios, entre el sacrificio táctico y el suicidio.

Lo curioso es que el Centro, tanto bajo el Kaiserreich como en la República de Weimar, se ha visto obligado a asumir el poder y salvar al país en momentos críticos. En ninguna de las dos ocasiones lo salvó, sino que liquidó al régimen, manifiestamente no querido. En el primer caso actuó de forma admirable, y pronto volvió a desempeñar el mismo papel que durante la monarquía. En el segundo caso se hizo una herida mortal y, peor todavía, ridícula. Brüning y Von Papen, los dos últimos cancilleres del Reich del Centro, intentaron jugar con los nazis a un juego táctico, que sólo demostró lo poco instintivos que eran. Porque con la gente que no se atiene a las reglas no se puede jugar sin quedar en ridículo. Ese error lo han cometido muchos hombres de Estado internacionales al intentar copiar una y otra vez a los líderes del Centro. El mundo se habría ahorrado muchas desilusiones y sacrificios si se hubieran tomado la molestia de analizar más detalladamente la política interior alemana de esos años, que sigue un curso casi idéntico al de la política europea de los siguientes años. El Centro ha empleado casi todos los métodos contra los nazis, menos el acertado: la violencia desnuda. Intentó toda clase de apaciguamientos, aceptó una promesa rota tras otra, hasta que finalmente, el 30 de enero de 1933, fue a parar a la coalición de Hitler y Von Papen y, luego, al fin de dicha coalición. El verdadero acto suicida, la increíble torpeza que corroboró la decadencia moral del partido fue entregar el poder gubernativo a Hitler el 23 de marzo de 1933, *tras* el incendio del Reichstag, *tras* la creación de los campos de concentración y *tras* toda una serie de desvergonzados perjurios, manifiestas violaciones de la constitución y sagrados juramentos… perpetrados con la mera garantía de la palabra de Hitler. A partir de ese día, el oportunismo del partido adquirió esos rasgos indefinidos y faltos de carácter que desilusionaron a sus más fieles adeptos y les llevaron a separarse. Seguramente, esto fue lo que imposibilitó el retorno al anterior estatus del Centro.

Sin embargo, desde un punto de vista relativo, la crisis del Centro no parece tener profundas repercusiones. Sólo afecta al partido, sus métodos y su táctica y, quizás en mayor medida, a su concepto de política interior

«distanciada», pero de momento apenas afecta a la doctrina de una política católica cuyo principal peso son los valores culturales, ni a la filosofía en la que se basan. El catolicismo político de Alemania tenía relativamente poco que aprender, y la inequívoca actitud de la Iglesia católica hace creer en que quizá haya aprendido lo esencial.

Mucho peor están los conservadores, tras el golpe prusiano-protestante. Sus vínculos y sus lazos con los nazis, y sobre todo el hecho de parecérseles en el fondo, les han comprometido mucho más que al Centro. No sólo han cometido un error táctico, sino que además han atravesado una época de terrible degeneración interna y de —no hay otra expresión más suave— vulgarización; todo se remonta a su período «nacional-alemán», al que todavía ni siquiera han puesto fin. Ya está en marcha un proceso de examen de conciencia, pero transcurre con una lentitud angustiosa. Nunca se han distanciado categóricamente de los nazis, y cada vez que parecía que lo iban a hacer, había una recaída. La clase social a la que hacen la corte y representan, de la que procede el famoso oficial prusiano, piensa muy despacio políticamente y no destaca precisamente por sus habilidades ni por una rápida capacidad de percepción. Si estos conservadores no se esfuerzan muchísimo, sus viejos adversarios liberales tendrán que hacerse cargo de salvar su mundo común. Valdría la pena que este mundo —en su forma original, no pervertida— fuera salvado. Sería lamentable que fuera considerado sólo decadente. En vista de todas las cosas malas que han salido de él, se olvida fácilmente que vivió un período admirable, el de la primera mitad del siglo XIX. Por aquel entonces, Prusia, con Berlín como capital de la literatura romántica y de una escuela destacada de arquitectura, era un país con una civilización independiente muy desarrollada, cuyo exponente era la aristocracia conservadora prusiana. Si se leen las cartas y las memorias de aquellos hombres de Estado y oficiales prusianos y se contemplan los retratos de Scharnhorst, Gneisenau, Gerlach, Manteuffel y Radowitz, se observa la enorme diferencia que existe entre ellos y los oficiales y políticos prusianos actuales, testarudos y de gesto altivo y gélido como una máscara, como Ludendorff, Brauchitsch, Seldte y Hugenberg. Con Bismarck comenzó el pecado original del conservadurismo prusiano. Su figura más noble y venerable fue Guillermo I. El historiador sigue con

interés cómo este conservador prusiano, con sus instintos sencillos, luchó continuamente contra la falta de escrúpulos de su ministro. ¿Quién fue más listo a la larga? ¿Basta con decir que Bismarck venció en su época y obligó a los conservadores prusianos a renunciar a su resistencia inicial frente al curso trazado por Bismarck, que en realidad suponía la continuidad de una antigua tradición prusiana de la que se jactaba sin escrúpulos, la tradición de Federico II, que practicaba una política de expansión brutal y astuta a cualquier precio?

El Partido Conservador,[4] que amarró a Prusia durante cuarenta y siete años bajo los Kaiser y compartió su poder en el Reich con los nacionales liberales y con el Centro, tenía un carácter insondable y ambiguo. Aún poseía esos rasgos realmente conservadores, patriarcalistas, distinguidos, temerosos de Dios y humorísticos, descritos por Theodor Fontane en sus novelas. Pero incluso en esos años era capaz de dar muestras de un carácter hipócrita, calculador y despiadado que no era en absoluto conservador, sino ya —consciente o inconscientemente— nihilista. En el conservador se ocultaba ya el nacional alemán; tras el defensor y protector de los valores sagrados del honor, la fidelidad, el servicio y la caballerosidad se escondía ya ese tipo que destruyó y traicionó estos valores en nombre de un ideal —vacío y propio de un club gimnástico— de prestigio y expansión nacionales. El cuerpo de oficiales prusianos todavía poseía un código de honor estricto e irreprochable, pero fue un oficial prusiano, Schlieffen, quien elaboró, en tiempos de paz, fríamente y sin remordimientos de conciencia, el infame plan para la incursión en Bélgica. Nadie encarnaba tan bien este carácter de Dr. Jekyll y Mr. Hyde como el canciller del Reich Von Bethmann-Hollweg, que el 4 de agosto de 1914 acuñó la conocida expresión «trozo de papel». Era un hombre muy honorable que soltaba estas palabras cuando se hallaba inmerso en un profundo conflicto psíquico. Lo cierto es que utilizaba esta expresión, que permanecerá en los anales de Alemania como una mancha imborrable.

La etapa de máxima decadencia empezó en 1918. El partido tiró todos sus ideales conservadores por la borda y se autodenominó Partido Popular Nacional Alemán. Se declaró abiertamente partidario de una política claramente reaccionaria del resentimiento; en materia de política exterior,

era contraria al reconocimiento de la derrota y, en política interior, contraria a la república, cuyos privilegios, sin embargo, reclamó para sí. Dirigido por un magnate de la prensa y la industria cinematográfica, el Partido Popular Nacional Alemán reclutaba a sus afiliados, principalmente, entre la pequeña burguesía nacionalista, y procedía de forma extremadamente demagógica al apelar a la exasperación nacional, la autocompasión y los instintos más primitivos. Así, anticipó muchos métodos nazis y, sin embargo, apenas traicionó ningún rasgo esencial de su legado aristocrático y conservador. Su temprano vínculo con los nazis fue todavía peor que su posterior alianza táctica con ellos. (En 1930, esto dio lugar a una revuelta palaciega por parte del ala más conservadora, que se escindió y creó el Joven Grupo Conservador, que poco más tarde se vio envuelto en el torbellino de la crisis política interior.) Los nacionales alemanes se fueron acercando cada vez más a los nazis. A ojos de las amplias masas eran sólo «nazis ligeramente moderados», y muchos de sus adeptos se unieron a los nazis tras 1930 porque tenían la sensación de que, después de haber llegado tan lejos, nada les impedía recorrer el camino hasta el final. Todavía no era el momento de darles la patada, pues los nazis sustituyeron a los alemanes nacionales inmediatamente después de su victoria «común»: sólo la brutal barbarie al desnudo y el vandalismo de los nazis victoriosos hicieron que la conciencia conservadora de los nacionales alemanes se volviera a despertar poco a poco.

Este despertar, sin duda, está teniendo lugar ahora. Pero es lento, demasiado lento. Y en lo que respecta a su «transformación», los conservadores no han llegado ni mucho menos a donde ya estaban los liberales en 1933. No han salido de sus dudas, sus vagos remordimientos de conciencia y su indignación superficial ante los «excesos».

Hasta hoy, el ejemplo más notable de un examen autocrítico desde el punto de vista conservador es el libro de Rauschning *La revolución del nihilismo*.[5] Sería erróneo considerar a Rauschning un «nazi convertido» por su anterior pertenencia al NSDAP. Era y es un conservador nacional típicamente alemán que, como otros muchos, se sintió atraído por los nazis por una mezcla (sabe Dios qué burda) de cálculo y equivocación. Nada más lejos de mi intención que restarle valor a este profundo análisis del

nacionalsocialismo o poner en duda la sinceridad intelectual y moral de su autor. No obstante, hay que señalar la debilidad de su crítica del conservadurismo y la superficialidad de su examen de conciencia. Está claro que Rauschning sigue creyendo que, mediante un ligero desplazamiento del centro de gravedad, el regreso a la monarquía y al conservadurismo como era antes, todo se solucionará. Uno se pregunta qué motivos tendrá para pensar así. ¿Dónde existe hoy en Alemania —con la excepción de determinados círculos del Centro en el sur de Alemania y, tal vez, de la monarquía de los Güelfos de Hannover— un conservadurismo organizado que no esté contaminado por el nihilismo nacionalsocialista? ¿Qué carácter tendría esa monarquía? ¿Sería simplemente el Estado nazi con un Hohenzollern en lugar de Hitler? ¿O tendrían que volver las dinastías del antiguo Estado alemán? ¿Qué podría justificar un dominio prusiano y un Kaiserreich de los Hohenzollern? Todas las habladurías acerca de una «restauración» de la monarquía y una restitución de los conservadores son prematuras y superficiales. Hasta ahora no existe ningún conservadurismo. No se ha depurado del nacionalismo y mucho menos de la degeneración nacional alemana. Se tiene que someter a una profunda autocrítica antes de que se pueda volver a contar con él, y si los esfuerzos siguen al ritmo actual, todavía tardará muchos años.

Pero lo que han hecho los conservadores en este sentido es gigantesco en comparación con lo que han hecho los socialdemócratas. Realmente, es una tragedia que los socialdemócratas alemanes —las víctimas más directas y, por naturaleza, los enemigos más enconados de los nazis— hayan aportado tan poco a la creación de esos nuevos frentes imprescindibles para lograr el éxito frente al régimen nazi. Su tenaz negativa a someterse a sí mismos y a sus dogmas al examen y a la crítica y a averiguar las causas de su fracaso es una de las grandes debilidades de la oposición alemana, sobre todo porque los socialdemócratas, desde su posición insostenible, están empeñados en continuar una lucha sin perspectivas que sólo lleva a que la oposición alemana parezca un montón de chiflados desesperadamente alejados de la realidad. Todo lo suyo es deplorable: no sólo sus métodos, de

los que ya hemos contado todo lo que había que contar al principio de este capítulo, sino también la base intelectual, el punto de partida, la consigna y el objetivo.

En primer lugar, utilizan un nombre falso. Los socialdemócratas, como forman un frente contra los nazis, se autodenominaron «antifascistas». Pero los nazis no son fascistas. Han copiado con más o menos éxito determinados métodos y formas del fascismo italiano: el saludo con el brazo en alto, la camisa de color o la tendencia a «escenificar» a la manera operística los momentos políticos álgidos. Quizá también tengan en común con los fascistas algunos distintivos significativos, pero en otros aspectos se diferencian claramente de ellos. Sería necesario un análisis comparativo minucioso, que aquí no podemos hacer, para averiguar si ambos fenómenos pueden ser calificados de intelectualmente emparentados, en el mismo sentido en que lo están el nacionalsocialismo y el bolchevismo (aunque a simple vista se reconozca que no puede haber ninguna coincidencia entre ellos). Un ataque al nacionalsocialismo que aseste toda la artillería contra el *fascismo* para alcanzar al nacionalismo emparentado con él, tiene desde un principio pocas perspectivas de éxito.

En general, tenemos que calificar estos esfuerzos de estériles cuando vemos cómo los «antifascistas» alemanes hablan de la «versión alemana del fascismo» y cuando comprobamos qué imagen han creado del enemigo y del campo de batalla. En su opinión, el «fascismo» es la última fase de la lucha de clases, el intento del capitalismo moribundo (o de la burguesía moribunda) por impedir con una violencia brutal la victoria absoluta del proletariado, que se encuentra en pleno avance, «un intento» (como les gusta añadir retóricamente) «que puede retrasar la victoria, pero nunca evitarla». Por desgracia, esta imagen no coincide con los hechos. El nacionalismo no es el «último» intento del capitalismo o de la burguesía, ni su objetivo es la lucha de clases, y el proletariado, antes de la toma del poder de los nazis, no se encontraba en pleno avance ni soñaba siquiera con la victoria. El nacionalsocialismo es más bien una «primera» forma (nueva y autónoma) del nihilismo radical que niega por igual *todos* los valores, los capitalistas, los burgueses y los proletarios. No está al servicio de ninguna «clase» en el sentido marxista, sino que, por el contrario, se ha acercado

más a la estatalización y a la sociedad sin clases que en su tiempo los socialdemócratas. Y en lo que respecta a la inminente victoria de un proletariado en pleno avance, cuando los nazis llegaron al poder los partidos proletarios habían interrumpido por completo la lucha, y las doctrinas marxistas ya no desempeñaban ningún papel político en Alemania.

La tarea más urgente de los socialdemócratas tras su bancarrota política es exactamente la misma que la de todos los partidos. Tienen que reconocer su derrota y pensarlo todo de nuevo. Admitir la propia derrota es hoy, por muy paradójico que pueda parecer, el principal cometido de *todos* los partidos, mucho más importante que todas sus viejas doctrinas, porque sólo así podrán reconocer las deficiencias de sus viejos métodos y doctrinas. Si por el contrario los socialdemócratas ignoran su derrota e intentan interpretar a los nazis a partir del modelo marxista como un fenómeno normal y hasta cierto punto necesario, entonces todo habrá sido estéril o, todavía peor, falaz.

En efecto, un fenómeno como el nacionalsocialismo no tiene cabida en el sistema marxista y no se puede comprender ni combatir con la dialéctica marxista, a no ser que se haga una interpretación del fenómeno deliberadamente falsa. A cualquiera que no cierre a propósito los ojos ante los hechos, el ascenso de Hitler y de los nazis le habrá mostrado con una claridad meridiana la debilidad de un credo que ignora todas las fuerzas que han provocado la victoria de los nazis y que, de un modo ingenuo pero también artificial, intenta encumbrar como *el* eterno problema de la historia universal algo que, en un período determinado de la historia universal, durante la revolución industrial, sí era un problema urgente y de actualidad. Los juegos mentales como el marxismo, las filosofías parciales y artificialmente equilibradas acerca del mundo y los esfuerzos increíblemente científicos y agotadores por explicar el mundo desde un solo punto de vista son las ocupaciones favoritas del espíritu alemán. Cualquier alemán entiende a la primera que se puede sucumbir a la seducción e instalarse cómodamente en el laberinto de semejante cosmovisión sin renunciar a ella jamás. También son característicos de Alemania esos jóvenes extasiados y ajenos al mundo que llevan gafas visibles y anteojeras

invisibles (una tipología engendrada por cada uno de estos sistemas): los discípulos de Kant, Hegel, Schopenhauer y otros muchos filósofos no tan importantes; personas buenas y felices que creen firmemente en su maestro y que, por tanto, conocen la respuesta de todos los enigmas universales. Pero mal nos irían las cosas si esa gente se dedicara a la política, como es el caso de los marxistas.

Nada desvirtúa más el debate político en Alemania y en Europa, y nada impide tanto la clarificación de los frentes como la exasperada controversia académica, que desde hace tiempo ha perdido actualidad, entre los tópicos del «capitalismo» y el «socialismo». Capitalismo o socialismo: ¡Válgame Dios!, a eso se le da hoy tanta importancia como a la discusión entre «falda con miriñaque o falda sirena». ¿Quién sabe si en el lenguaje de 1840 se llamaría «capitalista» o «socialista» al complicado sistema económico de nuestra época, con su combinación de empresas privadas, consorcios nacionales e internacionales, control sindical, democracia empresarial y una política social dirigida por el Estado? ¿Quién puede creer todavía, a la vista de la evolución de los cien últimos años, las teorías marxistas del determinismo histórico, del crecimiento paralelo de la riqueza y la pobreza, de la dictadura del proletariado, de la expropiación por los expropiados y de la creación de una sociedad sin clases? ¿Quién puede imaginar hoy que los medios de producción sean administrados por los obreros? Y, sin cerrar los ojos a la causa principal, ¿quién puede explicar desde un punto de vista económico siquiera una de las grandes crisis que han conmocionado al mundo en nuestro siglo?

Los nazis, por ejemplo. Los portavoces de la socialdemocracia alemana se aferrarán al hecho trivial de que el partido nazi fue financiado durante un breve período de tiempo por Thyssen y otros magnates de la industria pesada alemana. De ahí podría deducirse que los nazis son los «lacayos del capitalismo». Es una ironía de la historia que el financiero capitalista más importante de los nazis, Fritz Thyssen, sea hoy un prófugo de la represión nazi. Si es cierto que algunos capitalistas alemanes han querido explotar a los nazis como a mercenarios suyos, como predijeron los marxistas, los engañados no han sido los nazis, sino los financieros y los marxistas que contemplaron esa estafa insignificante de los nazis —una de

tantas— como la verdadera esencia del movimiento. Qué ciego hay que estar para no ver que los nazis han esclavizado a los hombres de negocios y les han robado sus derechos igual que a los obreros, y que el capital y el trabajo son explotados por los nazis en la misma medida. Aunque parezca lamentable, la idea tradicional del capitalista explotador y del proletariado explotado no encaja en el mundo nacionalsocialista, es la pura verdad. En la Alemania de hoy, el capital y el trabajo tiran de la misma cuerda, llamada Frente Alemán del Trabajo:[6] una inmensa cárcel estatal en la que los nazis, no sin cierto regocijo sádico, han encerrado a sus enemigos anteriores.

Realmente, la Alemania actual no se puede explicar des de una perspectiva marxista. Los socialdemócratas tienen que reunirse y constituirse de nuevo *por encima* de su último credo político, el marxismo. A ellos les resulta más difícil que a los demás, porque eran mucho más ortodoxos y dogmáticos. Sin embargo, hay que hacerlo. Y sin duda se puede hacer. Porque los socialdemócratas, exactamente igual que los liberales y los conservadores, defienden consciente o inconscientemente un ideal humanístico, un objetivo humano eternamente joven que se oculta tímidamente tras su frío materialismo y sus obsesiones económicas: el ideal de la justicia y la fraternidad. El deseo de justicia social, el principio de «uno para todos y todos para uno» y la honradez, la sinceridad y la formalidad consiguientes contribuyeron mucho más que el confuso evangelio materialista, que apenas posee fuerza de adhesión, a que los antiguos sindicatos y el antiguo Partido Socialdemócrata soportaran las persecuciones durante años e incluso décadas.

Fue la fe en este ideal no articulado, pero siempre vivo, la que alentó el grandioso trabajo de educación masiva que prestaron estas organizaciones: una educación cuyo éxito se sigue reconociendo hoy en los obreros mayores, bastante inmunes a la propaganda nazi. Fue este ideal el que proporcionó en Alemania al «obrero con conciencia de clase» una seguridad en sí mismo y una dignidad sosegada, y le convirtió en un tipo muy agradable, aunque su filosofía política de andar por casa, que forzosamente se fue volviendo cada vez más irreal, pareciera un poco ridícula. No fue el marxismo, que plantea tantos enigmas y es vulnerable en tantos puntos. Es este ideal el que otorga a los socialdemócratas fuerza para

luchar contra los nazis. Y es este ideal el que nos hace olvidar los casos en los que los socialdemócratas han fallado como partido en los últimos veinticinco años.

Estos acontecimientos se resumen en tres fechas: el 4 de agosto de 1914, el 24 de diciembre de 1918 y el 20 de julio de 1932. El 4 de agosto fue el día en que los socialdemócratas aprobaron los créditos de guerra de Alemania y, de golpe, renunciaron al sagrado principio de la solidaridad internacional del proletariado. Renunciaron a la fuerza de esta solidaridad para mantener la paz, al mismo tiempo que el canciller del Reich Bethmann-Hollweg consideraba las obligaciones del derecho público internacional igual de valiosas que un «trozo de papel». (Por otra parte, a través de este acto los socialdemócratas perdieron el derecho a considerar más tarde su república como algo que no fuera el Kaiserreich y a *no* ser responsables de los pecados de éste.) El 24 de diciembre de 1918, en que los «comisarios del pueblo» del Partido Socialdemócrata emplearon por primera vez el cuerpo de voluntarios contra el pueblo, es la fecha que marca el lamentable fracaso de la «revolución» socialdemócrata de 1918, una revolución que enseguida se atemorizó de su propio coraje, pidió ayuda a los contrarrevolucionarios para implantar «la ley y el orden», y cedió lo más deprisa posible el poder al Centro y a los liberales. Y el 20 de julio de 1932 es el día en que el gobierno prusiano socialdemocrático, al que estaba supeditada la policía prusiana, bien armada con 120.000 hombres y dispuesta a combatir, capituló sin luchar tras el golpe de Estado del canciller del Reich Von Papen, apoyado únicamente por un solo regimiento del Reichswehr. De este modo, el gobierno consiguió que millones de trabajadores indefensos, de los que era responsable, se convirtieran en víctimas de los azares del juego político entre Von Papen y Hitler.

Son recuerdos ignominiosos y los socialdemócratas tienen motivos suficientes para purgarse de culpa mediante una autocrítica despiadada. No deberían seguir haciendo como si fueran infalibles ni decir disparates como el de la victoria de un proletariado en pleno avance. En cuanto se decidan a reconocer sus pecados y a empezar de nuevo, tendrán bastantes oportunidades de convertirse en un partido de la oposición. Porque millones de trabajadores mayores anhelan por encima de todo volver a seguir la

bandera roja, en la que han depositado sus esperanzas durante toda su vida y ante cuya sola visión se les acelera el corazón de puro orgullo y amor… siempre que se les dé la oportunidad de olvidar que su bandera estaba manchada y de creer otra vez en ella. Cuando los socialdemócratas comprendan al fin cómo pueden rehabilitarse, podrán volver a participar en la carrera. Pero ni siquiera entonces ganarán la primera vuelta, porque todavía van muy atrasados: todavía se encuentran en el año 1933.

Con los comunistas podemos ser más breves. Es discutible que todavía sea apropiado hablar de ellos en el apartado de los partidos alemanes de la oposición. Porque cualquiera que haya seguido los acontecimientos de Alemania desde el interior sabe que la mejor oportunidad para los comunistas ya no estriba en combatir a los nazis, sino en unirse a ellos, por muy asombroso e increíble que pueda parecer en el extranjero. Al final del capítulo que trataba de los nazis hemos explicado que la única posibilidad de crear hoy una Alemania soviética consiste en que la segunda generación de nazis, si falla su causa, cambie de etiqueta. Así quizá puedan intentar salvar al régimen nazi de las consecuencias de una derrota. Los comunistas alemanes que aún no hayan sido absorbidos por los nazis se pasarían volando al otro bando, el «ala derecha» quedaría liquidada, algunas consignas y algunos presos de los campos de concentración se cambiarían por otros… y todo seguiría igual que antes. Como ya hemos subrayado, sería una posibilidad si Occidente la admitiera. Pero que el pueblo alemán se vuelva hacia los comunistas como una alternativa para liberarse de los nazis está descartado desde hace años. El comunismo y el nacionalsocialismo no son oponentes, sino competidores. Su enconada enemistad procede (o procedía) de la rivalidad, no de un odio fundamentado ideológicamente; no es que cada movimiento quisiera lo contrario que el otro, sino que los dos querían lo mismo. Los dos nadan con la misma corriente, los dos son arrastrados por la misma ola de la psicología de masas: el cansancio de la civilización, la ofuscación de ideales como la tradición, la libertad y la justicia, el deseo de una orgía destructiva, el atractivo de lo nuevo y lo diferente. De hecho, los dos movimientos nacieron paralelamente y encontraron a la mayoría de sus adeptos en la misma generación, la que se cambiaba tranquilamente de un partido a otro,

casi siempre al de los nazis, junto a los cuales, como se decía significativamente, «había más ambiente». Los dos eran anticulturales, antiburgueses y antiindividuales. Eran bandas rivales de aventureros y salteadores peleándose por el botín.

En 1932 se publicó un libro de H. R. Knickerbocker que llevaba por título *Alemania, ¿así o asa?* En la cubierta había reproducidos un puño con la hoz y el martillo, así como un brazo alzado con una cruz gamada. Tanto la pregunta como la imagen eran muy características de aquella época. La gente percibía resignada el imparable avance de estos movimientos que rivalizaban entre sí. Observaban la inseguridad y la indefensión de las fuerzas tradicionales y decían: «Seguro que ganan unos u otros».

Se contemplaba su rivalidad con expectación, como quien sigue una carrera. Los nazis iban claramente a la cabeza, pero se creía posible que los comunistas fueran mejores corredores de fondo. Parecían más tenaces. Lo que consiguieron los nazis en el *sprint* final lo lograron con resolución. Cuando en 1933 el poder cayó en manos de los nazis, todo el mundo miró «hacia la izquierda» esperando un contragolpe de los comunistas, que siempre se habían jactado de estar «preparados para la lucha ilegal». Y cuando la gente fue comprendiendo paulatinamente qué significaba tener que vivir bajo el dominio de los nazis, sus expectativas se mezclaron con la vaga esperanza de que los comunistas quizá no fueran *del todo* malos.

Desde entonces, los comunistas han demostrado en qué se ha convertido su «lucha ilegal». La carrera contra los nazis, que se perdió en una ocasión, no volverá a repetirse por segunda vez. La situación psicológica ha cambiado desde 1932. Los nazis se han encargado de que la libertad, la tradición y la civilización vuelvan a ser ideales seductores, y de que ya nadie desee las cosas que prometen, compitiendo entre sí, los nazis y los comunistas. Alemania se asemeja a una persona que, en determinada situación, se ve obligada a dejarse encadenar el pie derecho o el izquierdo. Se decide por el derecho, pero cuando nota la cadena en el pie derecho piensa que en el izquierdo no le molestaría tanto. Pero es un pensamiento inútil, y al cabo de un tiempo esa persona se convence de que sería mejor

no estar encadenado a nada. Y si tiene la suerte de que le quiten la cadena del pie derecho, seguro que no implora que le pongan otra cadena en el tobillo izquierdo.

Es obvio que siguen existiendo comunistas en Alemania, pero ya no tienen ninguna resonancia. La única pregunta que hoy puede interesar a las masas es ¿con Hitler o sin Hitler? Quien sea partidario de Hitler no ve ninguna razón para cambiarle por Stalin. Y quien sea contrario, quiere sustituirle por cualquier otra cosa menos por un dictador ruso. Los comunistas nadan entre dos aguas. Parecen ser el único partido alemán de la oposición que está fuera de combate. Su última esperanza es fusionarse con sus rivales nazis, superiores a ellos, y la última desgracia que provocaron fue dar a los agentes de Hitler de la Europa occidental la oportunidad de amenazar una y otra vez con el peligro de una Alemania bolchevique tras la caída de Hitler.

Entretanto, se van formando lentamente, muy lentamente, los elementos intelectuales del nuevo frente de la oposición que realmente puede derrocar a los nazis. Este nuevo frente va cobrando forma con una lentitud insoportable, y continúa la pesadilla de que la formación del frente no esté concluida a tiempo o no esté disponible en el momento decisivo. Hay que decir en su defensa que incluso los procesos intelectuales son hoy difíciles de rematar en Alemania. El pensamiento requiere cierto «espacio vital», discusión, cristalización verbal y contacto con opiniones críticas, y todo eso es peligrosísimo, cuando no imposible. Sin embargo, el efecto más inhibidor sobre el pensamiento lo produce la avalancha diaria de propaganda. Es como si alguien intentase componer una sinfonía mientras le atrona en los oídos, una y otra vez, el mismo estruendo de marchas militares.

Sin embargo, gran parte del pensamiento político alemán activo sigue su curso fuera de Alemania, en París, Londres, Zúrich y Nueva York, donde el espíritu alemán se siente más como en casa que en el Reich alemán. Y la imagen que queremos ofrecer sería incompleta sin la Alemania que ha surgido fuera de las fronteras del Reich, sin la nueva diáspora: los emigrantes alemanes.

VII

LOS EMIGRANTES

Los emigrantes alemanes han sido mal comprendidos. En casi todas partes se les ha considerado un simple movimiento de refugiados, una avalancha cada vez mayor de personas perseguidas que buscan asilo y protección, que piden ayuda cristiana y humanitaria y que, según el número, son acogidos de un modo u otro. Su problema es contemplado con un suspiro, como un problema añadido a los demás, como el «problema de los refugiados». Entre todos los refugiados, los emigrantes pasaron inadvertidos.

No se dieron cuenta de que los emigrantes alemanes casi nunca venían con las manos vacías, aunque sí con los bolsillos vacíos: no se percataron de que traían consigo una posibilidad política. Esta posibilidad pasó desapercibida. Nadie se dio cuenta de que la emigración, al menos en los primeros años del régimen nazi, no era sólo una huida de los nazis, sino el único medio real de luchar contra ellos. Si desde el principio se hubiera animado a los intelectuales alemanes al éxodo masivo, en lugar de impedírselo, habría tenido consecuencias incalculables para Alemania. (¿O es que tales repercusiones no eran deseadas?) No se dio importancia al hecho de que Alemania, durante varios años, observara expectante si los emigrantes tenían éxito, como prueba de la actitud que adoptaba el mundo ante los nazis y la barbarización de Alemania.

A la vanguardia de la oposición no se le dio ninguna oportunidad de crear una cabeza de puente contra los nazis que fuera inalcanzable para la Gestapo, ni de enarbolar una bandera para convencer, a quien dudara, de que Hitler no es indiscutiblemente Alemania, como pretende. No se ha fundado ninguna universidad alemana, ninguna academia, ni siquiera una colonia. Los emigrantes fueron tolerados en los cafés mientras podían

pagarse —Dios sabe cómo— su café, y la única cuestión que se planteaba era cómo mandarlos a la otra punta del mundo lo antes posible. Sus advertencias —valiosas y justificadas, como se ha demostrado luego— eran acogidas con un encogimiento de hombros y tildadas de histérica charlatanería de refugiados. En suma, no se les ha entendido ni se les ha querido entender. Y finalmente, los refugiados, como se llamaba equivocadamente a los emigrantes, llegaron en manadas. En Alemania, el rechazo de los emigrantes alemanes por parte de las potencias occidentales civilizadas se consideró, desde el punto de vista moral, una derrota como la que habían padecido Francia e Inglaterra antes de la declaración de la guerra, una derrota que podría haber sido evitada fácilmente.

Naturalmente, los gobiernos que no comprendieron el éxodo alemán tienen sus razones, ya que se trata de un acontecimiento bastante complejo. Un único nombre, y a menudo un único caso, describe cuatro procesos completamente diferentes que no se pueden diferenciar entre sí con exactitud.

En primer lugar, la salida más o menos sin trabas de los judíos alemanes de orientación sionista, que en la práctica se plasmó en su emigración a Palestina. Este caso, aquí, no nos interesa.

En segundo lugar, está la huida absolutamente involuntaria de personas y familias indefensas y perseguidas, cuyo único deseo era vivir en paz «en cualquier lugar» y protegerse de los nazis, que atentaban contra su vida. Es aplicable, principalmente, a los judíos alemanes que huyeron de los pogromos, pero también a muchos alemanes «arios», católicos austríacos, antinazis germano-bohemios y renombrados checos que, sin ser políticos ni sostener opiniones políticas, por una u otra razón fueron puestos por los nazis en la lista negra de las personas que debían ser torturadas y aniquiladas. Fueron los primeros en huir en gran número en los años 1938-1939, y es la única categoría de emigrantes que ha sido comprendida, lo que no significa que fueran acogidos amablemente. Decenas de miles de personas particulares y de organizaciones privadas les tendieron la mano con admirable generosidad, pero sólo pudieron salvar a una pequeña parte de los cientos de miles.

Para salvarlos a todos, los gobiernos —o al menos uno de ellos— deberían haber hecho algo. No hicieron nada. Incluso en el invierno de 1938-1939, cuando se oían los gritos de los inocentes torturados hasta la muerte, ni un solo gobierno fue capaz de abrir sus fronteras y acoger a unos cientos de miles de ciudadanos trabajadores, inteligentes y agradecidos. Las esperanzas depositadas en que ocurriera no se cumplieron, y el problema fue declarado irresoluble. Hemos de recordar, sin embargo, que tales problemas no fueron en absoluto irresolubles para los primeros monarcas absolutistas, en la época de las relaciones comerciales subdesarrolladas de los siglos XVI, XVII y XVIII. Entonces se encontraba rápida y eficazmente un refugio para los judíos españoles exiliados, los hugonotes franceses, los protestantes flamencos y otros, aunque en aquella época no se lamentaban continuamente por el descenso de la tasa de natalidad ni se instaba indecorosamente a los ciudadanos a que tuvieran más hijos en interés de la estadística demográfica. Pero de eso hace ya mucho tiempo.

Aunque estos refugiados sean probablemente el grupo más numeroso, son los menos interesantes desde nuestro punto de vista. Es natural que la gente huya del cuchillo del matarife y podría suceder, en condiciones similares, en cualquier parte. Semejante huida no es ninguna deshonra ni tiene nada de particular; además, dice poco de la mentalidad alemana actual. A nosotros sólo nos interesa el efecto indirecto: la lamentable impresión que ha causado en Alemania la negativa de los gobiernos de los Estados civilizados a garantizar asilo a las víctimas de los nazis. Los nazis sabían muy bien qué hacían cuando dieron a conocer la Conferencia de Evian[1] y todo lo que la siguió. Los oradores de Evian no podían ni imaginarse qué impresión causarían sus corteses manifestaciones de pesar («Claro, claro, pero por desgracia en este momento es imposible… ») entre aquellos cuyos familiares o amigos se encontraban en los campos de concentración de Buchenwald y Dachau o entre los que podían ser arrestados cualquier día y ser llevados allí. Si los nazis han tenido algún éxito propagandístico entre sus enemigos jurados ha sido por hacer pública esta actitud de los gobiernos occidentales, que como mucho ofrecía a los

refugiados que imploraban humildemente la perspectiva de llevarlos a Nueva Guinea más adelante, naturalmente no a todos a la vez… mientras eran torturados hasta la muerte en los campos de concentración.

En Alemania también se considera incomprensible una actitud como la de los norteamericanos, que aunque en protesta contra el pogromo de judíos llamaron a sus embajadores de Berlín, ni siquiera pensaron en triplicar ese mismo año (a cargo de los tres años siguientes) la cuota de inmigrantes alemanes. Por eso, en Alemania hay personas que, cuando son pisoteadas por los hombres de las SS en Buchenwald, al menos mueren con la tranquilidad de tener en regla los papeles con los que podrían haber viajado al país de la libertad en 1942 o 1943… de haber sobrevivido.

Curiosamente, la psique humana no siempre funciona con lógica. En esas condiciones, lo normal hubiera sido que, como mínimo, un 99 por ciento se hubiera enfurecido con los asesinos y, como máximo, un uno por ciento con los sacerdotes y levitas despiadados que miraban hacia otro lado. Pero la furia no se puede medir en porcentajes, y, a ojos de los alemanes, los gobiernos de las potencias occidentales se han puesto al mismo nivel que el régimen nazi al no haber hecho nada ante la cuestión de los refugiados de los años 1938-1939. Esta estimación puede ser injusta, pero es un hecho. Así, gran parte de la indignación que causaron, incluso en Alemania, los terribles sucesos de noviembre de 1938[2] iba dirigida contra las democracias occidentales. Posteriormente, a los nazis les resultó más fácil presentar los accesos de rabia ante sus fechorías como una hipocresía, con lo que de paso se daban un barniz de honorabilidad: «Ya ven: nosotros, los salvajes, somos mejores personas».

Sin embargo, al margen del importante resultado indirecto, la significación política de esta afluencia masiva de personas inocentes perseguidas es escasa. El caso de la tercera y la cuarta categoría de emigrantes alemanes, deplorablemente subestimados e incomprendidos, es más significativo. Nos referimos a los numerosos representantes de la intelectualidad científica y artística, cuya salida fue un acto de protesta y de sublevación consciente, así como a los miembros de los anteriores partidos de la oposición, que son el eje y la tropa de combate de los alemanes que se exiliaron. En lo que se refiere a estos últimos, se trata exactamente de lo

contrario a una huida de las persecuciones. Estas personas, en su mayoría, no abandonaron Alemania por estar perseguidas, sino porque se negaron a participar en las persecuciones o a ser indirectamente responsables de ellas. Citaré dos ejemplos conocidos para demostrar lo que quiero decir.

En primer lugar, Hermann Rauschning. Siendo un acomodado terrateniente que gozaba de gran prestigio en el partido nazi y ocupaba el cargo de presidente del senado en Danzig, sin duda podría haber hecho una carrera brillante en la Alemania de Hitler. Pero prefirió renunciar a sus propiedades, al rango y a los honores y partir al exilio, en lugar de empezar, por orden de Hitler, a perseguir judíos y cristianos en Danzig, falsificar los resultados de las elecciones, proscribir a los adversarios políticos y seguir al servicio de un partido que había demostrado su carácter radicalmente destructivo.

El otro ejemplo es un personaje más significativo todavía: Thomas Mann, el alemán con vida más insigne que ante el primer acto de barbarie dio la espalda al país que le vio nacer y que le dio fama. Dejó sin respuesta invitaciones aduladoras como la de hacer que el «Senado de la Cultura Alemana» recuperara su prestigio. A la edad de sesenta años, este habitante del Olimpo acostumbrado al reconocimiento eligió el camino del exilio y de los apátridas en lugar de ser un reclamo para los nazis.

Los casos de Rauschning y Thomas Mann causaron sensación; la gente reaccionó con respeto, o con absoluta comprensión. A Thomas Mann no se le podía negar el visado de entrada a los países occidentales. Pero sólo unos pocos reconocieron que eran dos ejemplos destacados de un fenómeno muy extendido, que a partir de 1933 la mayor y mejor parte de los escritores alemanes, científicos y numerosos representantes desconocidos de la cultura alemana habían abandonado Alemania no porque ya no fueran admitidos, sino porque ya no querían tener nada que ver con este país, porque no querían que su silencio se interpretara como si toleraran y alentaran al monstruo del nacionalsocialismo, porque sentían que en el sistema totalitario en el que estaban atrapados, todo, incluso la conducta más inocente y apolítica, podía ser presentado como si estuviera al servicio del gran crimen colectivo.

Finalmente, entre los emigrantes también hay que citar a todas esas personas desconocidas que, en los años en que los hombres de Estado de las grandes democracias soñaban con el apaciguamiento, reconocieron con claridad cómo Hitler planeaba la nueva Guerra Mundial. Se negaron a sostener la guerra de Hitler o, más exactamente, se negaron a luchar de parte de Hitler. Por eso abandonaron Alemania cuando todavía estaban a tiempo y perdieron el trabajo, los bienes, la seguridad, los amigos y los seres queridos. Su número se eleva con seguridad a varios miles. Y habrían sido decenas o incluso cientos de miles si los países en los que esperaban encontrar acogida no les hubieran cerrado tenazmente el paso. Estos países no cayeron en la cuenta de que un día esa gente les crisparía más los nervios como soldados alemanes que como emigrantes alemanes.

A esta gente se pueden remitir los alemanes cuando se les pregunta dónde estaba la «otra Alemania» durante esos siete años, qué señales de vida daba y en qué fundaba su derecho a ser reconocida: a esa incesante avalancha de gente decidida a abandonar la patria a cualquier precio y a verse abocada a la miseria.

Una y otra vez se reprocha que no sirve de nada exiliarse, que los emigrantes deberían haber permanecido en Alemania y luchado allí contra el nacionalsocialismo. Es un juicio hecho a la ligera. Esta opinión la sostienen sin excepción los que no se han tomado la molestia de examinar más detenidamente las condiciones de vida y de «lucha» existentes en Alemania. En lo relativo a la situación interna alemana, tenemos que reconocer, en primer lugar, que todas las posibilidades de resistencia, de oposición e incluso de pensamiento político están sistemáticamente coartadas, de modo que el destino de los que se rebelan contra los nazis es una muerte de mártir a puertas cerradas, y, en segundo lugar, que hasta la actividad privada más inofensiva sirve de un modo u otro al sistema nacionalsocialista, de manera que nadie puede prestar un trabajo, crear una buena obra o criar a un hijo sin ayudar involuntariamente a los nazis a llevar a cabo sus planes, mientras que todo acto de sabotaje supone hacerse daño a uno mismo o destrozarse conscientemente la vida y la obra. Quien viva y trabaje hoy en Alemania es una ruedecilla de una máquina que le obliga a adaptarse a los que llevan el timón y que, si opone resistencia, le

hace trizas. Suena más bien a burla, pues, cuando se le dice que debe «combatir a los nazis dentro de Alemania». La única forma eficaz de protesta y resistencia que le queda es marcharse, y no es tan fácil como parece.

Cuando los gobiernos extranjeros no quisieron entender que los emigrantes suponían un peligro para los nazis, éstos sí lo entendieron. No se fiaron de los impedimentos que se ponían en el extranjero al que buscaba asilo, sino que ellos mismos pusieron más obstáculos. Desde 1937, era difícil conseguir un pasaporte tanto para los judíos como para los arios, a partir de 1938 era prácticamente imposible. Los nazis saben, cosa que en el extranjero no es tan conocida, que la emigración es un método antiguo y peligroso de sostener una guerra política en Alemania.

En efecto, ésta es una forma especial de resistencia de los alemanes. Llevan en la sangre emigrar cuando son mortificados, como una experiencia histórica secular, del mismo modo que los franceses llevan en la sangre, en condiciones similares, hacer la revolución. En Alemania todavía queda un vago recuerdo de las emigraciones masivas de la época de la Contrarreforma y las guerras religiosas; emigraciones silenciosas y decididas desde los *länder* alemanes católicos hacia los protestantes. Y no sólo perduran en su memoria las consecuencias morales de la emigración, sino también sus sorprendentes repercusiones materiales. Por aquel entonces, en algunos Estados, como por ejemplo en el arzobispado de Salzburgo, no había todavía riqueza ni industria, y la población se había reducido considerablemente.

De manera similar, para el Reich alemán hubiera sido un golpe no sólo moral, sino también material, si en lugar de haber emigrado cientos de miles de alemanes, hubieran emigrado varios millones de sus mejores ciudadanos, más inteligentes y más cultivados. No sólo hubiera sido la contrapropaganda más eficaz, sino que además, en el campamento nazi, se habría percibido como una batalla perdida. Saber que en cualquier momento se podía abandonar el país si la situación empeoraba demasiado habría provocado además reacciones muy peligrosas entre los que se habían quedado. Entonces se les habría tenido que tratar con un poco más de

miramiento. Antes de que se marcharan, se les tendría que haber consultado, quizá hubieran obtenido alguna que otra libertad… y los nazis se habrían encontrado pronto en un terreno accidentado.

Quién sabe qué habría ocurrido si se hubiera aflojado la férrea presión. La incesante represión y la transformación del pueblo alemán en robots sólo era posible después de haber cerrado todas las salidas. Y es fácil imaginar a los nazis regocijándose como pillos. Por vez primera tenían a los alemanes en un puño y podían hacer con ellos lo que quisieran. Ahora ya se podía comunicar impunemente al mundo que el pueblo alemán respaldaba a Adolf Hitler como un solo hombre…

Quizás alguien pregunte dónde están esos millones de personas que quieren emigrar. Puedo asegurar que existen y que si todavía se encuentran en Alemania, no es por culpa suya. Aparte de los emigrantes que lograron huir aunque la frontera alemana estaba cerrada herméticamente por ambos lados, existen los «emigrantes internos», numerosas personas que se agolpan continuamente ante esa muralla en búsqueda de una rendija por la que poder escapar, pero no la encuentran.

Tal vez sea interesante saber que el porcentaje de personas internacionalmente «conocidas» entre los emigrantes es desproporcionadamente elevado. Así, por ejemplo, determinadas profesiones, como escritores, actores, médicos y científicos están muy representadas; por el contrario, hay muy pocos músicos, filósofos y arquitectos, y ningún empleado, artesano u obrero. No debe atribuirse a que en Alemania sólo sean contrarios a los nazis y quieran emigrar personajes de relieve como los actores y los médicos, mientras que los músicos, los artesanos y el pueblo llano sean nazis entusiastas y quieran quedarse allí, sino a que las celebridades, en primer lugar, y en segundo lugar, los afortunados que tenían profesiones ejercidas y demandadas en todas partes, encontraron una oportunidad de huir, mientras que los desafortunados que no poseían una cualificación inmediatamente aplicable tuvieron que quedarse atrás.

Nos encontramos de nuevo con la terrible falta de comprensión que impidió a Occidente considerar la emigración alemana como la gran oportunidad política que era, una incomprensión que hizo que Occidente

contemplara la emigración como una cuestión de cultura y filantropía, como en tiempos de paz, y que dio lugar a que se escogieran arrogantemente las mejores guindas del pastel y se aceptara como mucho a pocos especialistas, de los que se esperaba sacar provecho. En ningún momento se reconocieron las ventajas políticas que podrían haber supuesto esos alemanes, que hubieran vuelto masivamente la espalda a la Alemania de Hitler y hubieran viajado a los países amenazados por los nazis, aunque temporalmente esos emigrantes fueran «una carga para el mercado laboral del lugar». En la guerra, alegra que el enemigo deserte, y nadie pregunta si supone «una carga para el mercado laboral». Comprender la importancia de una huida masiva —que quizá hubiera evitado la guerra— iba más allá del horizonte de los hombres de Estado europeos. Nunca nos cansaremos de lamentarlo.

El cuarto grupo —los emigrantes políticos— tropezó casi con la misma actitud inconcebible. Uno de sus esfuerzos más característicos fue la decisión de trasladar la sede del SPD a Praga.

Otros partidos políticos adoptaron medidas parecidas, aunque no tan llamativas, por lo que hoy existen en casi todas las capitales europeas, incluida Roma, centros políticos alemanes y austríacos que trabajan por el futuro de Alemania y Austria.

Estas personas llegaron en calidad de vencidas, y muchas habían estado expuestas a peligros y persecuciones. No esperaban ser recibidas como jefes de gobierno ni ministros extranjeros, pero que en todas partes se las tratara despectivamente, se las ignorara ostensiblemente y se les diera a entender que no eran deseadas, fue, por decirlo de una manera suave, poco perspicaz. A menudo, los vencidos y emigrantes de hoy son los vencedores y gobernantes de mañana. Que los líderes de los partidos de la oposición alemanes y los candidatos a la sucesión de los nazis fueran a Europa en búsqueda de protección no tenía precedentes en la historia. Y era una manera de que se abrieran grandes perspectivas. Que la gente estuviera ciega ante tal posibilidad y no reconociera nada, ni siquiera la oportunidad de estrechar vínculos secretos y de obtener una gran ganancia en forma de una colaboración futura, con un gasto escaso —un poco de protección,

ayuda, consideración y cortesía—, es muy característico de la generación de unos hombres de Estado europeos que en siete años se alejaron de todos los triunfos que tenían en la mano gracias a la Guerra Mundial y la paz.

La emigración de los partidos de la oposición no tuvo el éxito que podría haber tenido, pero no fue culpa suya. La decisión de partir al extranjero era, en esencia, sensata. Desde luego, hubo quien habló de una huida cobarde y de falta de capacidad para asumir la responsabilidad, y quien pidió amablemente a los políticos alemanes que regresaran a Alemania «para combatir allí a Hitler». La gente que decía esto no sabía de qué hablaba. La lucha ilegal en Alemania en las condiciones actuales, como he intentado explicar, está condenada a la más absoluta ineficacia y se asemeja a un suicidio. Por el contrario, los esfuerzos de los partidos de la oposición exiliados, a pesar de las limitadas posibilidades de eficacia que les concedían sus indiferentes anfitriones, estuvieron coronados por el éxito e influyeron mucho en Alemania. Si estos emigrantes políticos alemanes no hubieran creado más que la biografía de Hitler de Heiden,[3] *La revolución del nihilismo*, de Rauschning, o la *Correspondencia con el decano de la Universidad de Bonn* de Thomas Mann, estas obras ya justificarían su existencia. Y si hay que agradecer a los emigrantes más logros, la oposición, en cambio, no ha demostrado nada comparable en Alemania.

También sería completamente erróneo afirmar que, al emigrar, la oposición ha perdido todo contacto con Alemania. Se ha demostrado que es mucho más fácil escribir e imprimir libros, folletos y libelos en el extranjero y luego pasarlos de contrabando a Alemania que escribirlos e imprimirlos allí. Además, sólo se podía volver a reflexionar sobre cuestiones políticas en el extranjero. Éste era el cometido más urgente de la oposición alemana tras su derrota en 1933. En el extranjero, la reflexión no se realizó en condiciones ideales, pero en comparación con las condiciones reinantes en Alemania sin duda lo eran. En este sentido, se demostró que las ideas verdaderamente importantes seguían traspasando fronteras. La correspondencia de Thomas Mann con la universidad de Bonn y el libro de Heiden sobre Hitler eran un tema de actualidad de la propaganda de los refugiados en Alemania, pese a que esta literatura, según mi conocimiento, no llegaba a Alemania en grandes cantidades. Pero el alemán que viajaba al

extranjero por negocios o de vacaciones compraba estos libros en la primera librería que encontraba y luego, en su casa, memorizaba parte de su contenido. En cambio, los panfletos ilegales hectografiados que a veces deslizaban bajo su puerta de noche no eran un material comparable para la reflexión y la argumentación.

Los dos objetivos principales de la oposición alemana emigrada eran reconocibles. En primer lugar, había que pensarlo todo de nuevo antes de reiniciar la actividad, por eso había que encontrar un sitio en que el pensamiento no estuviera censurado. En segundo lugar, dado que en Alemania se había arrebatado toda influencia a la oposición, la oposición de la emigración tenía que intentar aliarse con los Estados que todavía eran considerados grandes potencias y que infundían respeto en Alemania. De ahí que se volvieran hacia las democracias. Por mucho que la gente se ría de esta política de «amenaza con el hermano mayor», sigue siendo una táctica legítima y razonable. Así, por ejemplo, durante la Revolución Francesa, la casa real y la aristocracia de Francia se volvieron, como la cosa más natural, hacia las casas reales y las aristocracias de Inglaterra, Alemania y Austria y allí hallaron reconocimiento, protección y apoyo. Y desde allí, con un fuerte respaldo, sostuvieron la lucha contra la Revolución de Francia, un país que, mientras esa «otra» Francia —un enemigo estrechamente aliado con los poderosos vecinos de Francia— miraba llena de odio desde el otro lado de la frontera, siguió existiendo, ligeramente despreciado y con poca solidaridad, es decir como algo imperfecto.

Se impone establecer un paralelismo con la democracia destronada de Alemania. En 1933 y en 1934, toda Alemania estuvo pendiente de si los demócratas alemanes que habían emigrado avanzaban y de cómo los recibían las grandes potencias democráticas. *Toda* Alemania, incluidos los nazis, que tienen un instinto certero del poder y pronto habrían reconocido que valía más moderarse, si hubieran visto que la democracia alemana obtenía apoyo y ayuda de las grandes democracias. En la agitada campaña que hicieron los nazis en 1933-1934 contra los emigrantes, también se puso de manifiesto cierto miedo en la importancia que le concedieron a su primera disposición para la privación de la ciudadanía, en el alboroto que armaron al calificar de cobardes, bancarrotistas, criminales y traidores a los

emigrantes que huyeran de la ira del pueblo. Los nazis respiraron aliviados cuando vieron que los gobiernos democráticos dejaban en la estacada a los emigrantes y los trataban como a unos parientes no deseados, pobres y despreciables, desterrados a los cafés de Praga y París y que, por lo demás, eran ignorados. Al mismo tiempo, los enemigos de los nazis que se habían quedado en casa empezaron a renunciar a la esperanza en la solidaridad entre Europa y los alemanes de pensamiento europeísta, así como a desesperar de Occidente.

Los nazis fomentaron este estado de ánimo con todas sus fuerzas. Así, por ejemplo, Hitler dijo el 26 de septiembre de 1938, tres días antes de Munich: «Hemos aprendido a despreciar profundamente a esas grandes democracias.» Esa disposición de ánimo la habían cultivado durante siete años las propias potencias occidentales con su política alemana, y ahora intentaban en vano contrarrestarla con libelos y circulares en unas pocas semanas.

Pero ¿de qué sirve hoy lamentarse de las oportunidades perdidas? Preferimos ver lo que todavía se puede salvar. Los emigrantes alemanes, pese a todo, siguen ahí: debatiéndose entre la esperanza y la desesperación, desorientados, empobrecidos, desanimados y un poco desplazados por la afluencia de refugiados, que experimentó un fuerte incremento en 1938-1939, aunque no contribuyó demasiado a la creación de una nueva fuerza inteligente. Pero ahí están para combatir a Hitler: un trozo de Alemania que se ha salvado de la intervención de Hitler, la única manifestación clara y real de la «otra» Alemania, que no tiene necesidad de justificarse, que en su inconfundible identidad es tan simbólica como, en el otro bando, la persona de Adolf Hitler, y que además, por suerte, se diferencia del contenido ya irreconocible del crisol de «Alemania», donde todo está confuso, impenetrable y desquiciado. Y aunque este trozo de Alemania no sea cuantitativamente muy grande, cosa de la que no tiene la culpa, sin embargo, es significativo cualitativamente. A este trozo pertenece una parte considerable de los alemanes más sabios y célebres. ¿Realmente no pueden ser aprovechados de ninguna manera?

Si existe alguna razón para la actitud de rechazo que han adoptado las potencias respecto a los emigrantes en los últimos siete años, es la política del apaciguamiento que se ha perseguido en esa época. Mientras se creía poder pacificar a Hitler mediante intentos de aproximación y soluciones de compromiso, y mientras se consideraba posible colaborar en buena vecindad con la Alemania de Hitler, era comprensible que se apartara la vista de fenómenos ofensivos que forzosamente tenían que provocar roces con Hitler. Cuando países económicamente sanos, prósperos y muy civilizados como Austria y Checoslovaquia fueron sacrificados al «apaciguamiento», parecía natural sacrificar igualmente a un débil movimiento antinazi que necesitaba protección y apoyo. Pero ¿qué razón hay hoy para considerar a los emigrantes alemanes como una «plaga», si esa política ha fracasado, si las concesiones que se le hicieron a Hitler se han revelado inútiles y si las potencias occidentales sostienen una guerra a vida o muerte contra la Alemania de Hitler? ¿No es obvio que ese movimiento alemán anti-Hitler debería ser aprovechado no sólo para que apoyara la lucha contra la Alemania de Hitler, sino también la necesaria transformación de Alemania en todos los sentidos? Nadie está dispuesto ya a prestar semejante contribución, salvo los emigrantes. Esa contribución todavía puede ser considerable. Naturalmente el éxodo de millones de personas, que hace dos años sólo esperaba un gesto de invitación con la mano, puede ser hoy impedido por la línea Siegfried y la Maginot. Sin embargo, existen numerosos soldados sujetos al servicio militar obligatorio en el ejército de Hitler que sólo esperan una señal de aliento y una oportunidad para cambiarse al otro bando, por el que lucharían mucho más a gusto. ¿Por qué no se da esta señal y esta oportunidad con la ayuda de los emigrantes alemanes? Sólo en Inglaterra y Francia ya hay cien mil emigrantes y refugiados alemanes. ¿Por qué no se organizan legiones alemanas? ¿Por qué no se convoca a los emigrantes alemanes de todos los países para que se alisten en una legión? La fuerza estrictamente militar de tal unidad, frente a los ejércitos de masas de los aliados, puede ser escasa. Pero ¿acaso no se reconoce su valor político y simbólico? ¿Es que se ha olvidado a la legión polaca y a la checa, que en la última Guerra Mundial lucharon en países que eran enemigos de su propio país oprimido y, más

tarde, fundaron la nueva Polonia y la nueva Checoslovaquia? ¿Acaso no hay interés en ofrecer a los enemigos de Hitler del ejército alemán otro aliciente para la deserción que no sea un campamento de prisioneros de guerra y una alambrada? ¿Por qué no hay interés en demostrar, no sólo en un plano teórico, que no se está «enemistado con el *pueblo* alemán», sino que además a esos alemanes que han escapado de las garras de la Gestapo se les invita a luchar de parte de Inglaterra o Francia por su propia libertad y honor? ¡Qué gran influencia tendría ese gesto en el mundo entero, sobre todo en Alemania!

El efecto podría reforzarse todavía más. Se podría hacer algo más que organizar una formación militar a la que sólo pudieran pertenecer hombres jóvenes y emigrantes aptos para el servicio militar, ya que entre los emigrantes alemanes se encuentra un porcentaje muy elevado de mentes sabias. Sería un derroche colosal convertir en soldados a hombres galardonados con el premio Nobel o a científicos y escritores de prestigio universal. Sin embargo, imaginemos que durante la guerra contra Hitler esos hombres se congreguen en Inglaterra para fundar una academia alemana. Qué magnífica refutación de la tesis de la propaganda nazi, que dice que Inglaterra hace todo lo posible por aniquilar la nación y la cultura alemanas. Y qué noticia sería que, mientras Hitler ha cerrado todas las universidades alemanas excepto tres, el «enemigo» —Inglaterra— fundara una academia alemana que, con su lista de nombres ilustres, eclipsara todo lo que existía en el Reich alemán antes del cierre de las universidades. La fundación de esa academia costaría tal vez lo mismo que una docena de aviones, pero el golpe que asestaría al prestigio de Hitler, sobre todo a ojos del pueblo alemán, podría ser mucho más importante para la victoria y la preparación de la paz que un bombardeo de mil aviones.

Por último, entre los emigrantes alemanes hay un gran número de intelectuales políticos y, presumiblemente, una parte considerable de futuros líderes políticos alemanes que, cuando termine la guerra, tendrán que ocupar el puesto de los nazis. No se puede decir si entre ellos están los futuros jefes de gobierno, aunque en el caso de Austria sea bastante probable, pero sin duda hay muchos futuros ministros, secretarios de Estado, líderes de partidos y diplomáticos. ¿Por qué no se saca partido de

ellos, se aprovechan sus experiencias en materia de política interior alemana y sus contactos secretos con Alemania, que siguen siendo innumerables? ¿Por qué no se les utiliza al menos para la campaña propagandística contra Hitler? No todo alemán es un maestro de la propaganda, en cambio, entre los emigrantes seguro que hay docenas de políticos y pensadores políticos alemanes que pueden hablar más convincentemente al pueblo alemán que los propagandistas ingleses y franceses más expertos, que pese a su cualificación especial y sus conocimientos sobre Alemania, nunca tienen tanto tacto con la mentalidad alemana como un alemán de nacimiento. Por razones formales, no sería oportuno ocupar con alemanes el departamento alemán del Ministerio de Información. Pero ¿no se podría crear un comité alemán con funciones semioficiales? Como gremio político, respaldaría con sus consejos y sus actos la propaganda dirigida contra los nazis y, al mismo tiempo, mantendría la unión con los emigrantes alemanes y sus organizaciones militares, culturales y políticas y serviría de eslabón entre los emigrantes y los gobiernos de los aliados. Podría realizar otras muchas tareas importantes: elaborar planes para la reconstrucción de Alemania, confeccionar la futura constitución y establecer vínculos semidiplomáticos, a través de los Estados neutrales, con los grupos de la oposición de Alemania. La utilidad práctica directa que podría aportar tal comité sería considerable. Pero el valor simbólico-propagandístico de su existencia excedería toda estimación.

Pero estas cosas tan sencillas y evidentes parecen sueños utópicos. Porque los hechos muestran con claridad que ni siquiera el fracaso de la política de apaciguamiento y el estallido de la guerra han hecho que los gobiernos de los aliados cambien de actitud respecto a los emigrantes alemanes. Hoy, como antes, se puede contar, en el mejor de los casos, con que algún que otro emigrante de relieve sea bien recibido tras una recomendación elogiosa. Los emigrantes como tales siguen tropezando con el rechazo y siguen siendo evitados.

Pero ha sucedido algo todavía peor. Mientras que en Inglaterra la política no ha cambiado nada, Francia —como Hitler— ha declarado la guerra a los emigrantes alemanes. Inmediatamente después del estallido de la guerra, todos los emigrantes alemanes varones adultos, salvo pocas

excepciones, fueron arrestados. Se ignoró deliberadamente el hecho de que fueran refugiados, y se les trató igual que a los agentes nazis, con los que fueron encarcelados. Se ha aniquilado a un ejército de valiosos aliados para hacerse con unos cuantos prisioneros de guerra. Ha ocurrido algo mucho peor que una injusticia. Se ha sufrido una grave y catastrófica derrota en el campo de batalla psicológico.

Por desgracia, se trata de uno de los acontecimientos bélicos más importantes y de consecuencias más graves. Aunque no hayan aparecido titulares en la prensa, no hay ninguna razón sólida para ignorarlo o trivializarlo, pues es un acontecimiento que puede falsear por completo el concepto básico de la guerra y llevar la estrategia bélica a un despeñadero. No tiene ningún sentido contemplar el asunto como una rutina burocrática o justificarlo con el argumento de que hay que reforzar las medidas de protección del Estado o de que entre los miles de emigrantes podría haber unos cuantos espías. Se puede estar seguro de que el contraespionaje francés y la policía francesa conocen muy bien a los extranjeros que llevan viviendo muchos años en Francia y pueden diferenciar las ovejas negras de las demás. Además, en una legión alemana en la que reinara una disciplina militar unos espías aficionados tendrían pocas oportunidades de llevar a cabo sus propósitos.

La cuestión, pues, no se zanja con esta justificación. El internamiento de los emigrantes alemanes no es ningún lapsus burocrático, sino un gesto político intencionado. Este gesto expresa más claramente que cualquier discurso de un ministro que la guerra es contra el pueblo alemán, incluidos los enemigos de Hitler y los amigos de los aliados. En consecuencia, ni el deseo manifiesto de combatir en el ejército francés ni cualquier sacrificio personal en la lucha contra Hitler libra a nadie de ser considerado responsable de los crímenes de Hitler. El arresto demuestra con una claridad brutal que «un *boche* es un *boche*». Y favorece a la propaganda de los nazis más que cualquier discurso. El arresto lleva a millones de alemanes, a los que se podría haber convencido para que se pusieran de parte de los aliados, a la desesperación y al ejército de Hitler. Hace que la propaganda

radiofónica francesa orientada hacia Alemania sea completamente absurda e increíble. Y hace creer a los alemanes que no existen salidas ni refugios, que tienen que luchar por su vida.

Estas medidas indican una gran divergencia en el concepto que tienen los aliados de la guerra, tanto en su orientación como en su objetivo. La política de Francia, que se manifiesta en el trato hostil hacia los emigrantes alemanes, sólo puede estar orientada a una guerra de exterminio del pueblo alemán, mientras que Inglaterra siempre ha rechazado claramente tal intención y ha explicado que su objetivo es volver a acoger al pueblo alemán en la comunidad civilizada de las naciones europeas. Una guerra de exterminio contra el pueblo alemán, de la que es una señal inconfundible —que, pueden creerme, ha sido reconocida y comprendida— el internamiento de los emigrantes alemanes en Francia, no tiene absolutamente ninguna perspectiva de éxito. Va contra el sentido común suponer que ochenta millones de personas se dejen exterminar o cuarenta millones vigilar. La única posibilidad es, pues, encontrar, entre esos ochenta millones, a los alemanes que puedan garantizar la paz, y respaldarlos y ayudarlos a que mantengan en jaque a los alemanes contrarios a la paz. Es una tarea en la que están muy interesados los propios aliados. Si en lugar de eso se convierte en prisioneros de guerra a la vanguardia de la Alemania pacifista, que ha emigrado para luchar de la parte de Francia, la situación se vuelve un tanto desesperada. Y se pierden las mejores oportunidades de la guerra, por la que tantos franceses están dispuestos a sacrificar su vida.

No me pronunciaré acerca del aspecto moral de la cuestión. Como amo y respeto a Francia, se lo dejo a los franceses. Me limitaré estrictamente al aspecto político, que —independientemente de que seamos franceses, ingleses, antinazis alemanes o incluso europeos neutrales— tiene una importancia vital para todos. No estamos hablando de que cien mil emigrantes alemanes tengan que sufrir todavía más penalidades e injusticias en la Europa actual, en la que el sufrimiento y la injusticia son el pan de cada día de millones de personas inocentes. Es una cuestión de las repercusiones políticas de estas medidas sobre la guerra, en cuyo desenlace afortunado han depositado sus esperanzas millones de personas. Cuando se comete un error político-psicológico tan grave, no sólo es una catástrofe

para los afectados directamente, sino también para muchísimos europeos cuyo destino está en juego en esta guerra. Confío en que mi voz tenga la fuerza necesaria para que me oigan los responsables de este error, para que reconozcan que lo que les está pasando a los emigrantes alemanes es importante, no sólo para ellos, sino porque el asunto llama la atención y Alemania vuelve los ojos hacia ellos como normalmente los vuelve hacia Hitler, porque es un símbolo y los símbolos —¡tenedlo en cuenta, políticos profesionales!— son de una importancia primordial entre las realidades políticas, más importantes que los cuerpos del ejército, del mismo modo que las banderas son más importantes que los cañones. Los emigrantes alemanes son la palanca con la que se puede poner en movimiento a unas fuerzas inconmensurables y a unas masas gigantescas en Alemania, una palanca que no se les ha entregado a ustedes para que la rompan y la tiren. En Alemania se presta más atención al destino de esos emigrantes que a lo que ustedes dicen por los micrófonos de la radio (podrían ahorrarse esa molestia, puesto que su conducta con los emigrantes alemanes se contradice con lo que dicen); porque las manecillas del reloj universal señalan hoy claramente hacia estos «otros» alemanes empobrecidos, perdidos y rechazados, como en otro tiempo señalaban, de manera similar, al grupo abandonado y perseguido de los que emigraron voluntariamente a las catacumbas.

Nos hemos desviado mucho del tema de nuestro estudio en torno a los emigrantes alemanes y hemos llegado a las múltiples posibilidades (e imposibilidades) de esta guerra. Más que ninguna otra cuestión alemana, el problema de los emigrantes alemanes ocupa el centro de nuestro interés, aunque eso no significa que debamos ignorar y desatender los demás problemas alemanes que hemos examinado pacientemente.

Esta guerra es la segunda guerra alemana, la segunda gran guerra que Alemania —en los siglos pasados, un país significativo, honorable y civilizado, que en los últimos decenios se ha convertido de repente en el ogro de Europa— ha impuesto a los pueblos de Europa. A diferencia de lo que ocurrió en la primera gran guerra, muchos alemanes titubean hoy, mientras una pequeña parte del pueblo alemán, los emigrantes, incluso lucharían del otro lado si no se lo impidieran. El cometido de esta guerra es

resolver el problema alemán: nada más y nada menos. Es evidente que a través de una guerra contra un único país no puede surgir ningún orden mundial nuevo, ya que muchas naciones que no participan en esta guerra han de tener un derecho de intervención en el nuevo orden. Sin embargo, es indiscutible que la guerra debe tener más repercusiones que la primera guerra alemana; no puede concluir con el ogro alemán encadenado y reducido sólo temporalmente. En esta guerra tiene prioridad la liberación de Europa. Es más importante que salvar a Alemania de sí misma. En realidad los dos objetivos se solapan, de ahí la gran coincidencia de intereses entre Alemania y su enemigo manifiesto. Europa no puede ser rescatada de Alemania liberando a Alemania de un yugo externo —sería simplificar demasiado las cosas—, sino que Alemania debe liberarse de la maldición que pesa sobre ella desde hace mucho tiempo y curarse de su peligrosa enfermedad. ¿Ofrece esta guerra tales posibilidades? ¿En qué consisten?

VIII

POSIBILIDADES

La mayoría de frases hechas son una tontería, pero una de las más tontas que se haya puesto nunca de moda en un pueblo inteligente es el dicho que se ha popularizado en Inglaterra y América: «Una guerra no regula nada». ¡Qué disparate! Es como si dijéramos que una operación no sirve de nada o que un proceso judicial no aclara nada. Por el contrario, ciertas situaciones políticas sólo se pueden regular mediante una guerra, del mismo modo que ciertas enfermedades sólo se pueden curar con una operación, o ciertos conflictos jurídicos sólo se aclaran mediante un juicio. Una guerra tan desagradable como una operación, y las cuestiones litigiosas, a ser posible, deberían arreglarse amistosamente. Pero a veces es imposible, y el método pacífico sólo causa desgracias. El cáncer no puede ser tratado con medicamentos ni con una dieta, sino sólo con el bisturí, y además sin dilación. Con un embustero que jura en falso no se puede negociar, hay que recurrir a la vía legal. Con un régimen como el de la Alemania nazi no se puede transigir con concesiones y soluciones de compromiso, una vez que se le ha permitido fortalecerse: hay que volverlo inofensivo mediante una guerra.

Pero incluso en la frase hecha más estúpida se oculta un granito de verdad. En este caso, la verdad es que *sólo* con una guerra no se puede arreglar todo. Una guerra no es precisa y ponderada, como una operación o un proceso judicial. Al destruir aquello que debe ser destruido, se destrozan muchas cosas que deberían permanecer intactas: vidas humanas, valores culturales, las cosas buenas de la vida, emociones… Además de un resultado indeseado, una guerra tiene muchas repercusiones indirectas sumamente desagradables, porque cada trastorno que provoca ocasiona otros muchos trastornos cuya supresión da lugar a nuevas guerras.

¿Se desprende entonces que un pueblo no debe hacer una guerra en ningún caso? De ninguna manera. Cuando se diagnostica un cáncer, el tumor ha de ser operado inmediatamente, incluso corriendo el riesgo de que algún órgano importante sea dañado. Pero hay que tomar medidas extremas, primero, para eliminar el tumor canceroso sin dejar huella y que la operación no haya sido en vano y, segundo, para dañar lo menos posible los órganos sanos, de forma que no se puedan presentar otras enfermedades añadidas. Volviendo a la guerra, hay que saber con exactitud —no sólo aproximadamente— cuál debe ser el resultado inmediato de la guerra. La respuesta correcta a esta pregunta no es ni la «victoria» ni «un mundo futuro mejor». Al mismo tiempo, también hay que saber con precisión contra qué *no* se encamina la guerra y en qué se puede basar el futuro restablecimiento y la existencia de Europa. Y hay que decir todo esto una y otra vez, clara e inconfundiblemente. Porque los objetivos de la guerra moderna son también sus armas más potentes.

La importancia militar de las guerras modernas es secundaria. Cuando se planean a semejanza de las guerras europeas sostenidas hasta el último siglo, pero a mayor escala, el resultado es nefasto. Las guerras de ahora son muy distintas. Las guerras del pasado se hacían sin tener en cuenta al pueblo, con soldados profesionales que obedecían incondicionalmente a su comandante de acuerdo con los férreos principios del código del honor, independientemente del objetivo que persiguiera la guerra. Hubiera sido ridículo dirigirse al pueblo, hacer propaganda o discutir con ellos el significado y el objetivo de la guerra. El único objetivo era lograr la victoria militar. El arte de la guerra contaba con las reglas y artimañas de un juego estratégico parecido al ajedrez, en el que cada uno intentaba conseguir la victoria con un mínimo de pérdidas materiales propias y con un máximo de pérdidas materiales del enemigo. En el pasado, los objetivos de la guerra sólo empezaban a tener importancia cuando un bando era abatido o, a causa del agotamiento de ambas partes, se firmaba un armisticio y se hacían negociaciones para la paz. Hasta ese momento, el único fin era ganar en el campo de batalla.

Hoy es diferente. Ya no combate un ejército profesional, sino el pueblo. La gente no lucha porque tenga que luchar, sea cual sea la causa de la guerra y los hombres no están vinculados *per se* a un código militar. Hay que convencerlos de la necesidad de luchar con los recursos más variados: con llamamientos emotivos al ardor guerrero, al miedo y a la esperanza, con llamamientos racionales a su sentido de la justicia, o haciéndoles ver las perspectivas y la utilidad de la guerra. El mero llamamiento al ardor bélico (aunque en los alemanes no sea del todo secundario), con el carácter horripilante y repulsivo de la moderna guerra mecanizada, es poco efectivo. A la larga, sólo lucha el pueblo que está convencido del sentido, la utilidad y la legitimidad de la guerra.

Además de la estrategia militar, la gran discusión entre las naciones —porque «propaganda» es una palabra insuficiente— es igual de importante para el desenlace de la guerra, y todavía más importante para la preparación de la paz. Nos referimos a una lucha intelectual que se entable con todos los recursos y en la que cada parte intente convencer a la otra de que la causa por la que combate el enemigo es mala y su lucha inútil. Seguramente, los argumentos apropiados no sean sólo palabras, sino también golpes militares que subrayen la falta de esperanza de una empresa. Pero es igual de importante demostrar que la causa es injusta y carece de perspectivas, y se necesitan otras armas, además de las militares. Lo principal es mostrar la alternativa con absoluta claridad, no de forma difusa, porque la peor causa es más atractiva que entregarse incondicionalmente a un adversario cuyas intenciones son desconocidas. Cuando los alemanes capitularon en la última guerra, no sólo se vieron obligados a admitir su derrota intelectual e ideológica, sino que debieron de dudar profundamente de su causa y convencerse de que luchaban inútilmente y de que la parte contraria tenía razón. Con todo, esto no significa que la última guerra fuera un modelo claro y convincente de estrategia intelectual y psicológica.

En la guerra moderna, la capacidad para desarmar intelectualmente al enemigo desempeña el mismo papel que el efecto sorpresa de los movimientos de tropas repentinos y la estrategia refinada de las guerras del pasado. El arte bélico actual consiste en ganar una guerra con la mayor rapidez y eficacia posibles y con el menor derramamiento de sangre

posible. La estrategia antigua, como sabemos, está muerta. La mecanización y la masificación de los ejércitos modernos la han liquidado. En el campo de batalla de hoy, el ingeniero y el organizador desempeñan el papel de los antiguos estrategas. Lo que antes era un juego de ajedrez brillante, lleno de movimiento y de sorpresas, es hoy una desmoralización mutua planeada con método y paciencia. El intelecto no ha sido desterrado de la guerra actual, pero sí ha cambiado su margen de maniobra. Todos los métodos de la antigua estrategia —el efecto sorpresa, el cerco, la maniobra envolvente de los flancos y el engaño del enemigo— se utilizan hoy traducidos a las categorías del campo de batalla psicológico y podrían ser utilizados una vez la estrategia psicológica esté plenamente desarrollada.

Pero todavía no lo está, como demuestra el nombre que se ha dado al oficio: «propaganda». Propaganda es una designación muy pobre para una gran causa. Así pues, tendremos que ampliar artificialmente su significado para que abarque todo lo que puede desarmar y vencer psicológicamente al enemigo. En esta tarea que normalmente se llama «propaganda», las emisoras de radio y los panfletos sólo tienen una importancia secundaria. Yo prefiero denominarla «guerra psicológica». En el campo de batalla psicológico, todo lo que sucede en cualquier campo de batalla desempeña un papel. Los programas de radio y los libelos realizan la función del cañón más pequeño. La propaganda es la *táctica* de la guerra psicológica. Su *estrategia* es otra cosa muy diferente. Y que nadie piense que los comunicados radiofónicos en lengua alemana y la distribución de panfletos por las ciudades alemanas desempeñan un papel más importante en la guerra psicológica que las escaramuzas de las avanzadillas y los duelos de la artillería, de los que hasta ahora constaba la guerra en Occidente. Naturalmente, como medio puramente técnico de la guerra psicológica, la radio y los libelos son importantes e indispensables. Pero para ejercer una influencia decisiva han de transmitir algo más que «propaganda». Las declaraciones de los ministros, los gestos simbólicos como el internamiento de emigrantes alemanes en Francia y los acontecimientos militares son mucho más eficaces que la propaganda. Dicho sea de paso, unas decisiones tácticas que parezcan muy sensatas desde el punto de vista puramente

militar, pueden resultar devastadoras en el campo de batalla psicológico, del mismo modo que unos éxitos militares parciales y temporales pueden provocar, en determinadas circunstancias, reacciones psicológicas decisivas.

La carta de triunfo de la guerra psicológica es la táctica para la imposición de los objetivos bélicos: las consignas con las que se hace la guerra, las amenazas que se profieren si el enemigo opone más resistencia de la esperada, y las perspectivas y las promesas si se capitula. Éstos son los fundamentos intelectuales de la guerra. Estas ideas rondan por la cabeza de cualquier persona, la influyen y la hacen reflexionar. La influyen de manera muy distinta que la «propaganda» que escucha ocasionalmente al sintonizar una emisora de radio extranjera. Si algo inquieta a su imaginación, ganará sus simpatías. El bando que se expresa con énfasis, arrojo y convicción tiene una enorme ventaja sobre el que duda, cuyas palabras parecen confusas y poco sentidas. Si un país encuentra una fórmula clara y sencilla que haga comprensible la guerra, una explicación tan plausible que impresione al enemigo, ese país ya tiene la guerra medio ganada. Y además habrá creado las mejores premisas para la paz.

Porque es paradójico que todas las guerras se hagan en función de la paz venidera. Toda guerra —al menos, toda guerra sensata y razonable— ha de tener por resultado una paz mejor y más estable. Pero las ineludibles medidas militares, por su carácter, no llevan a la paz, sino que se alejan de ella. Inevitablemente, siembran odio, enemistad, exasperación y agresividad, emociones que *a priori* pesan sobre la paz. Pero los sentimientos que allanan el camino hacia la paz sólo se pueden despertar con recursos psicológicos, especialmente con sus armas más potentes: los objetivos bélicos. Si una nación consigue que sus propios objetivos bélicos sean aceptados por grandes sectores de la nación enemiga, entonces todo el odio y la ira que provocan su sufrimiento no irán dirigidos contra el enemigo externo, sino contra el propio gobierno, que continúa la guerra.

Para ello, los considerables esfuerzos intelectuales que hasta ahora se han realizado siempre una vez concluida la guerra, han de hacerse desde el principio. Hay que averiguar las cuestiones en las que coinciden los propios objetivos bélicos con los intereses y los deseos de la nación enemiga —o al menos con los del sector pacifista—, y sobre esa base intentar llegar a un

acuerdo que, mientras dure la guerra, cree una especie de alianza y, una vez ganada, suponga automáticamente la paz. Formulado de otra manera, desde el principio hay que intentar establecer una alianza con las fuerzas de las filas del enemigo con las que luego se vaya a firmar la paz. Hay que tener clara la identidad de estas fuerzas. Hay que descubrirlas, negociar con ellas y, a ser posible antes del estallido de la guerra, crear una alianza que conduzca a la paz. Así, no sólo se obtendrá un aliado tras las líneas enemigas, sino también un buen compañero en la paz subsiguiente, que no esté amargado por la guerra. Además, así se le arrebata al enemigo la iniciativa en el campo de batalla psicológico. Una vez establecido el tema de las conversaciones preparatorias, el adversario será consciente del modo de pensar de la otra parte. Así se le puede hacer una propuesta concreta: «Puedes aceptar este gobierno y esta paz si aceptas que la guerra termine hoy. ¿Qué dices al respecto?». Esto proporciona un material de reflexión más interesante y un contenido más valioso que cualquier «propaganda».

Pero presupone una claridad absoluta respecto a la ansiada paz y a aquellos elementos del campo enemigo con los que se pueda acordar la paz.

Quisiera presentar algunas conclusiones que se pueden extraer de lo que hemos visto en los capítulos anteriores. Me refiero a las condiciones psicológicas y políticas de Alemania, a las posibilidades de un nuevo orden político en la futura Alemania y a la guerra psicológica contra los nazis. Cualquiera que haya leído atentamente las páginas anteriores no necesitará ninguna prueba adicional para saber que estas cosas están estrechamente vinculadas entre sí.

Permítame el lector hacer otros dos comentarios.

En primer lugar, mis explicaciones están basadas en un conocimiento íntimo de la situación y la psique alemanas. Si en este capítulo trato cuestiones que no atañen estrictamente a los asuntos alemanes internos, lo hago teniendo en cuenta su influencia en Alemania. Me parece importante explicar la política de Inglaterra y de Francia desde este punto de vista, lo que además será de utilidad para Inglaterra. Pero, desde luego, sé que no es el único punto de vista que se debe tener en consideración, y si desde mi atalaya critico la política reciente de Inglaterra en cuanto a la imposición de sus objetivos bélicos, no pretendo pronunciar una sentencia definitiva. Sé

que hay que tener en cuenta otros muchos puntos de vista, como por ejemplo las repercusiones de esta política sobre los propios ingleses, sobre sus aliados o sobre las principales potencias neutrales. Sólo intento poner en tela de juicio un argumento, en mi opinión, esencial.

En segundo lugar, las cosas a las que hago referencia son sólo posibilidades o, dicho más exactamente, oportunidades. Que puedan adoptar formas concretas depende en gran medida de que sean perseguidas con resolución. Me esforzaré por explicarlas con tanta claridad y lógica como pueda. Sin embargo, soy muy consciente de que la historia rara vez permite que una de las muchas posibilidades que ofrece una situación se haga realidad a costa de todas las demás. Espero no parecer un doctrinario o un profeta cuando me manifiesto de una manera aparentemente segura sobre el futuro incierto. Sé que el destino de todas las planificaciones y los esfuerzos humanos dependerá de esta guerra, que lo bueno, lo malo y lo regular acabarán mezclándose. No obstante, considero conveniente pensar con claridad y confiar en lo mejor.

¿Qué posibilidades ofrece, pues, Alemania a la guerra? ¿Qué posibilidades ofrece la guerra a Alemania?

Dado que Alemania entra en la guerra como una nación completamente desunida y grandes sectores de su población temen más la victoria que la derrota, se brinda a los aliados una gran oportunidad psicológica. Tras el régimen que ha llevado a Alemania a la guerra sólo están los verdaderos nazis, una minoría cuya desesperada decisión no debe ser subestimada. Pero inmediatamente después comienza la indecisión, la desorganización y la traición potencial. Los alemanes leales que en 1914 exclamaron «¡Hurra!» no sienten ningún entusiasmo ante esta guerra, se sienten molestos y quisieran que concluyera cuanto antes. Además, la mayoría desea que se aproveche la posibilidad de implantar un régimen moderado. Esta parte de la nación prefiere, no obstante, la victoria, aunque sobre todo recibiría con agrado una paz de compromiso inmediata. Sin embargo, una minoría fuerte —que hemos definido como «población desleal»— teme ante todo que la guerra termine con una victoria y quiere

liberarse de los mandatarios actuales casi a cualquier precio. Incluso teme que una paz de compromiso pudiera permitir la continuidad del régimen nazi en una u otra forma. Pero tampoco se puede afirmar que una parte considerable de los alemanes haya querido la guerra y la haya recibido con un suspiro de alivio por las perspectivas de una derrota: sería una exageración. Sin embargo, se conformaban con una guerra perdida como la única oportunidad para la liberación y el «fin del terror», que sin duda es preferible al «terror sin fin». Como es natural, esta gente no desea la derrota por la derrota. Sería pedir demasiado. Tienen sus propios «objetivos bélicos»: quieren que los nazis sean destituidos de sus cargos y castigados, quieren volver a tener un gobierno decente y poder vivir como ciudadanos decentes.

Es un objetivo bélico que podría coincidir fácilmente con el de los aliados. Pero por desgracia no se puede afirmar que los aliados hayan sacado provecho de esta actitud tan prometedora de muchos alemanes.

Entretanto, la querella que se ha desatado en Inglaterra y Francia sobre los objetivos de la guerra suscita peores temores que el anterior silencio de sus gobiernos acerca de este tema. Además, esa querella ha causado una impresión penosa entre los alemanes. Es asombrosa la resonancia en Alemania de las discusiones políticas importantes del extranjero, como si el aire, pese a las fronteras y otros obstáculos, llevara las ideas y las palabras de un país a otro.

Las propuestas aprobadas por la opinión pública en Inglaterra se diferencian de las que han hallado eco en Francia. En Inglaterra, el error fundamental de la discusión sobre los objetivos bélicos reside en que no se atienen estrictamente al asunto. La mayoría de la gente que se ha manifestado acerca de este tema de palabra y por escrito parece esperar demasiado de la guerra; quieren, nada más y nada menos, un nuevo orden mundial mejor. A menudo se dice que si con la guerra no surge ese orden mundial, habrán sido en vano tantos sacrificios. Sin embargo, hasta el más tonto entiende que no se puede esperar ese resultado de una guerra que se limita a Inglaterra, Francia, Polonia y Noruega por una parte, y a Alemania por otra. Existen varios Estados neutrales que no estarán de acuerdo con

que su destino dependa del desenlace de una guerra ajena. Realmente, tendría poco sentido invitarles a participar en la Conferencia de la Paz; antes habría que exhortarles a participar en la guerra.

La cuestión de si ha de surgir un nuevo orden mundial no atañe al debate sobre esta guerra. En esta guerra, lo que importa es la cuestión alemana o, más específicamente, los nazis. La mayoría de portavoces ingleses se expresan con vaguedad sobre esta cuestión, por lo que a menudo se tiene la impresión de que han reflexionado poco sobre el problema y no se lo han tomado demasiado en serio. «Tras la guerra, Alemania será, naturalmente, miembro de la alianza europea», dicen. ¡Como si fuera tan sencillo! Una alianza entre Inglaterra y Francia es hoy un asunto razonable y prometedor. Dos compañeros de armas contra el mismo enemigo, corriendo el mismo peligro de muerte: eso crea la premisa para una tradición común sobre cuya base, pese a las numerosas diferencias que existen entre el carácter nacional de ambos pueblos, pueda desarrollarse una colaboración duradera. Pero ¿y Alemania? ¿Una estrecha colaboración sobre la base de una lucha mortal, que se ha librado en dos ocasiones y cuyas heridas todavía siguen sangrando? Recuerda un poco a la balada de Schiller *La garantía*. Emocionado por la fidelidad amistosa de los dos tiranicidas Damon y Pythias, que querían matar al tirano Dionysos, éste les ruega encarecidamente poder ser su amigo: «Si me concedéis el favor, seré el tercero de vuestra alianza». ¡Qué alianza!

Además, ¿qué Alemania acordará una alianza con Inglaterra y Francia? ¿Será una Alemania nacionalsocialista? Las opiniones al respecto están divididas. Algunos, imbuidos de un idealismo exagerado, dan por supuesto que el régimen nazi será eliminado y sustituido por una noble y nebulosa imagen de ensueño de Alemania. (El problema es cómo se lleva a cabo y de dónde se saca el régimen que sustituya a los nazis.) Otros todavía sostienen que hay que permitir que Alemania elija un gobierno a su gusto, y si ese gobierno es nacionalsocialista, habrá que conformarse. Habría que preguntarles entonces por qué hacen una guerra contra la Alemania nazi y por qué no reconocen abiertamente el poder de Hitler.

Pero incluso esa cumbre de la ingenuidad política es rebasada. Hay gente que con toda seriedad recomienda premiar a la Alemania de Hitler después de la guerra por sus correrías. En su opinión, Alemania debería obtener Austria y las provincias colindantes de Bohemia como «reparación por la injusticia de Versalles». Habría que añadir unas cuantas colonias, y de no ser porque a esta gente le queda un poco de vergüenza, le concederían a Hitler Danzig y el Corredor. Así son los objetivos bélicos de estos «Cristos primitivos» espirituales y materiales por los que la juventud de Inglaterra, Francia y Polonia ha de sacrificar su vida.

Aunque proceden de las altas esferas, tales propuestas no deben ser tomadas en serio. Hay escasas perspectivas de que puedan determinar la política inglesa. Lo peor son las reacciones tan negativas que causan en Alemania. Aunque parezca extraño, minan por completo la confianza de los alemanes. Los alemanes que no han vivido mucho tiempo en Inglaterra no pueden creer que tales barbaridades no vayan en serio. Al alemán medio le parecen botones de muestra de la palabrería y la hipocresía inglesas, obra de tahúres políticos. Desde el principio, esas barbaridades amenazan con desacreditar cualquier oferta de paz amistosa y generosa que pueda hacer Inglaterra. De manera involuntaria pero eficaz, secundan el juego de la propaganda nazi, que naturalmente hace todo lo posible por sembrar la desconfianza ante cualquier manifestación que provenga de Inglaterra.

Sin embargo, el debate que se sostiene en Inglaterra acerca de los objetivos de la guerra no siempre decae tanto. Pero incluso las propuestas que pueden ser tomadas en serio permiten reconocer que la mentalidad política de los alemanes, en gran medida, es juzgada equivocadamente. Muchos creen que se podría —y se debería— endulzar la amargura de la derrota de los alemanes con un ideal estimulante como el de la unión europea. Pero olvidan que estos objetivos apenas seducen a los alemanes. En Inglaterra, los conceptos de «orden mundial», «Sociedad de Naciones» y «Paneuropa» encuentran cierta resonancia, pero en Alemania no, ni siquiera entre los alemanes «buenos», humanos y civilizados. No creen en esos conceptos, ni siquiera los liberales alemanes, como hemos explicado bastante detalladamente. Además, sería muy difícil endulzar la derrota al gusto de todos los alemanes. Probablemente haya que conformarse con

ofrecer algo a aquellos con los que se quiera acordar la paz y cuyo apoyo será necesario para establecer la paz. Pero estas fuerzas, sean las que sean, no considerarán muy atractiva la idea de un consorcio político internacional mastodóntico.

Pero además de esta tendencia a juzgar erróneamente la mentalidad alemana, los numerosos objetivos bélicos proclamados por los ingleses se basan en otro error, simpático pero peligroso. (A mí, como alemán, se me hace raro tener que advertirles de esto a los ingleses.) Colmados por el deseo caballeresco y hasta cierto punto sabio de reconciliarse con el enemigo abatido y de tratarle con justicia, casi todos olvidan la magnitud del peligro de ese adversario, así como la necesidad de protegerse del peligro en el futuro. A diferencia de los alemanes, que sólo se culpan a sí mismos con desgana, los ingleses quieren absolver al enemigo. Así, muchos ingleses atribuyen el desarrollo del nacionalsocialismo a la severidad del Tratado de Versalles y se inclinan a ser más benévolos esta vez. Pero eso es muy arriesgado. Desde luego, el Tratado de Versalles no fue una obra maestra. De lo contrario, la guerra a la que debía poner fin no habría vuelto a estallar veinte años después, pero es discutible que las deficiencias del Tratado sean *su severidad*. Muchos franceses afirman lo contrario. En mi opinión, dichas deficiencias se deben a que su formulación osciló entre la severidad y la benevolencia. El tratado con una Alemania que había atacado Bélgica, asolado el norte de Francia, iniciado la atrocidad de la guerra submarina, luchado enconadamente y con una violencia brutal por el dominio del mundo y que se había burlado de todos los ofrecimientos de intercesión mientras fue imbatible en el campo de batalla era demasiado indulgente. El tratado con una Alemania que rechazó todo esto, que renunció al militarismo y al imperialismo, recordó su anterior grandeza intelectual y quiso ser un miembro afable de la familia de los pueblos europeos, era demasiado rígido. La desgracia fue que la República de Weimar no dejó claro a cuál de las dos Alemanias representaba. Probablemente no lo supiera ni ella. Era una república democrática que se seguía llamando Reich alemán; estaba dispuesta a la reconciliación, pero sólo después de la derrota; se enojaba con sus seductores militaristas e

imperialistas, pero se negó a entregarlos; estaba llena de arrepentimiento, pero protestaba contra la «mentira de la culpa de la guerra»; era pacifista, mientras se rearmaba en secreto.

Con un Estado tan confuso resulta difícil acordar una paz inconfundible. Pero quizás el cometido de la paz fuera crear una situación clara en Alemania. En cualquier caso, ése debería ser el objetivo una vez que los hombres, más sabios por la experiencia, se enfrenten al mismo problema.

La tarea se ha vuelto más fácil ya que el pueblo alemán, que entonces era un bloque compacto y unitario, consta hoy de sectores claramente diferenciables. Ahora se puede determinar con mayor claridad qué parte de la población alemana ha de ser excluida —y no sólo refrenada— y con qué parte se puede realmente acordar la paz. Y es importante aprovechar este conocimiento. Ni un Versalles más benévolo, como desean muchos ingleses, ni uno más severo, como quieren muchos franceses, es practicable. Cualquier proyecto que contemple Alemania y el Reich alemán como postulados válidos y que considere iguales a todos los alemanes será estéril. Sería un disparate querer apaciguar a los nazis mediante una benevolencia sin límites. Asimismo, sería una locura desmoralizar al enemigo por medio de una severidad irreconciliable. Sólo juzga bien quien establece bien las diferencias.

En nuestro análisis de los alemanes hemos estudiado siete grupos de poder y de opinión: Hitler, los líderes nazis, los nazis, los leales, los desleales, la oposición y los emigrantes. Es necesario decidir qué grupos puede uno unificar. La paz, cuando llegue, será diferente según el socio que se haya elegido. Lo mismo cabe decir de la futura Alemania y de la estrategia actual de la guerra psicológica. ¡Sometamos las posibilidades a un dictamen!

Cualquiera que conozca Alemania y sea capaz de pensar en términos políticos descartará la posibilidad de una paz con Hitler, sus cómplices y sus sucesores. Por desgracia, esto no es tan general. Sin duda, hay ciertas declaraciones gubernamentales que, a primera vista, dan la impresión de rechazar una paz con Hitler. Pero si se examinan más detenidamente, se averigua que todas las posibilidades están abiertas. Es cierto que el señor

Chamberlain[1] dijo el día en que se declaró la guerra que esperaba seguir con vida cuando se hubiera liquidado el «hitlerismo». Se trata, sin embargo, de una declaración muy vaga. El hitlerismo no es lo mismo que Hitler: ¿por qué Hitler, que sabe siempre de qué lado sopla el viento, no iba a renunciar un buen día al hitlerismo? Y la esperanza de asistir a determinado acontecimiento cuenta menos que la resolución de hacer todo lo posible para que eso suceda. Más precisa fue la insinuación que se hizo cuando se rechazó la «ofensiva de paz» de Hitler tras la conquista de Polonia. Después de las numerosas decepciones que habían sufrido los aliados, se dijo que sólo acordarían la paz con un gobierno alemán «de cuya palabra pudiera uno fiarse». Pero también es una declaración muy cautelosa, y es obvio que se formuló así intencionadamente. Quizá signifique que no es posible firmar la paz con un gobierno de Hitler y Von Ribbentrop[2] que, como se ha visto, no merece ninguna confianza. Pero no se dice que no se considere de fiar un posible gobierno posterior de Göring y Von Neurath.[3] Y en determinadas circunstancias, ¿por qué no una combinación de Hitler y Von Ribbentrop? ¿Acaso no podemos imaginar en qué circunstancias —tal vez si se coincidiera con sus intereses— se le prestaría más confianza que hoy a su palabra? ¿Acaso somos demasiado críticos y desconfiados? De ninguna manera. Unas semanas más tarde, el señor Chamberlain confirmó inequívocamente esta interpretación cuando, al intentar interceder del lado de Bélgica y Holanda, declaró estar dispuesto a examinar cualquier propuesta de paz del gobierno alemán que ofreciera la base para una discusión. El gobierno alemán, es decir, ¡el gobierno de Hitler y Von Ribbentrop! No nos hagamos ilusiones: la posibilidad de una conclusión de paz con los nazis sigue existiendo. «Se descarta una paz con el gobierno nazi»: estas palabras todavía no han sido pronunciadas.

Y hasta ahora no se ha declarado que la caída del gobierno nazi y el castigo de los nazis por sus crímenes sea el principal objetivo de la guerra. Ciertos editorialistas ingleses explican vanidosamente qué perspectivas existen de que Hitler «se retire» personalmente para facilitar una paz de compromiso. Resulta fácil imaginar cómo sería esa paz de compromiso. Conocemos su modelo: el Acuerdo de Munich de 1938. El canciller del Reich Göring se replegaría en nombre del presidente del Reich Hitler a la

línea de Munich, y para ello se ratificaría el Acuerdo de Munich. Tal vez se le adjudicara a Alemania una o dos colonias. Göring prometería desarmarse y más tarde protestaría por ello. Los aliados se desarmarían.

Después de todo lo que he dicho sobre Hitler, los dirigentes nazis y los nazis, no hace falta que insista en que una paz con los nazis, en cualquier caso, es una idea espeluznante y suicida. Aunque aquí hayamos hecho intentos por mantener abierta esta posibilidad, es realmente absurda, a no ser que Inglaterra y Francia tengan previsto dictar su propia sentencia de muerte. Acordar una paz con Hitler, los líderes nazis y los nazis sería una completa locura porque son incapaces de pensar en otra categoría que no sea la guerra, y porque cualquier tratado de paz acorde con la intención de los aliados, a los nazis, dada su inveterada e invariable mentalidad, les parecería un recurso táctico para hacer la guerra. Todo tratado con Hitler y con los nazis correrá la misma suerte que los acuerdos de Hitler con el gobierno bávaro en el año 1923 y con los nacionales alemanes en 1933, la misma suerte que el Tratado de la Flota anglo-alemana, el Acuerdo sobre la No Injerencia, el Pacto Antikomintern y el Acuerdo de Munich, ya que los pactos y los tratados no significan para Hitler y los nazis más que ardides de guerra. La mera negociación y la conclusión de un acuerdo con Hitler y los nazis supone caer en su trampa y perder el juego de antemano, como pierde el juego quien se sienta a jugar con un tahúr. No hace falta dar más explicaciones al respecto. Quien no lo haya comprendido —pese a todas las pruebas sobre el papel de los nazis en la política alemana desde su ascenso hasta 1933 y en la política europea desde 1933 a 1940—, no tiene remedio.

Llegados a este punto, me gustaría hacer referencia a una cosa que, en mi opinión, merece ser reconocida por todos desde hace tiempo, me refiero al inmenso valor propagandístico y psicológico de una explicación cuyo contenido presento a continuación.

En primer lugar, no es posible bajo ninguna circunstancia un pacto con un gobierno nacionalsocialista, independientemente de cómo esté compuesto. En segundo lugar, la condición previa de cualquier negociación de paz o de un acuerdo con un nuevo gobierno alemán es el castigo de los culpables por todos los crímenes cometidos por los nazis.

Estas dos medidas —la exclusión del gobierno nazi y la sanción de los crímenes nazis— han de figurar entre los resultados de esta guerra para que no haya sido en vano. En lo relativo a la primera medida, no hay nada que añadir a lo dicho. Pero la segunda medida es casi igual de importante, porque mientras los nazis puedan hacer lo que quieran, seguirán siendo un peligro: el peligro alemán. Muchas personas inteligentes y perspicaces de Inglaterra y Francia tienen claro que esta guerra habrá sido en vano si no conduce a un cambio de lo que se denomina «la mentalidad alemana». Pero se rompen la cabeza inútilmente intentando averiguar cómo se puede forzar esa transformación obviamente intelectual por medio de recursos militares. Sin embargo, no es un problema demasiado complicado. He aquí la clave de su solución: el sector de la «mentalidad alemana» que ha de ser expurgado está personificado por los nazis. Ya hemos hablado de la buena ocasión que supone que toda la inhumanidad, la brutalidad, la falta de escrúpulos y la agresividad que antes aparecían, por así decirlo, «dispersas» en la corriente sanguínea del pueblo alemán, estén ahora localizadas y representen al peligroso tumor cancerígeno del movimiento nazi. Ese tumor ha de ser extirpado lo antes posible. También es una suerte que los nazis se hayan atado la soga en la que pueden ser ahorcados, con lo que le ahorran al verdugo el odio de la intolerancia y la persecución ideológica. Se lo deben al enorme número de crímenes que han cometido durante los últimos siete años. No será necesario castigar a nadie simplemente «porque es un nazi». Bastará con imponer las penas legalmente establecidas por todos los crímenes cometidos en Alemania desde enero de 1933: asesinatos, graves lesiones físicas, privación de la libertad individual, saqueos, robos, estafas, extorsiones, incendios, expropiaciones, agravios, fraudes, abusos de derechos y perjurios. A continuación, ya no quedarán muchos nazis y Alemania se habrá transformado de manera asombrosa.

La eliminación del régimen nazi y el castigo de los nazis son objetivos bélicos ineludibles. Pero se ha olvidado por completo que la proclamación de tales objetivos es uno de los recursos más poderosos de la guerra psicológica.

Muchísimos ingleses y franceses están decepcionados porque hasta ahora no hay señales de una revuelta masiva de los alemanes que tienen una actitud hostil o de rechazo hacia el régimen nazi. Si se tiene en cuenta su propia política en materia de objetivos bélicos, esta decepción causa extrañeza. Para que los alemanes se rebelen —una empresa más difícil y arriesgada de lo que al parecer cree la gente de Occidente—, como mínimo tienen que estar convencidos de que Occidente opondrá una resistencia férrea contra los nazis, y que sus aliados no los dejarán en la estacada en el momento decisivo ni pactarán a sus espaldas una solución de compromiso con los nazis. Esta certeza no existirá mientras no se derriben todos los puentes que conducen a los nazis ni se cierren todas las puertas falsas que todavía siguen abiertas para una política de aproximación con los nazis. Y no se puede censurar a los alemanes porque quieran cierta certeza en este punto.

Porque, en primer lugar —y es lo único que les interesa de la guerra, puesto que no son nazis ni simpatizantes de los nazis—, no está justificado que esperen algo de ellos mientras no se les prometa y se les garantice solemnemente la exclusión y el castigo de los nazis, del mismo modo que a un aliado se le garantiza su parte de beneficio en un tratado de alianza. En segundo lugar, las experiencias de los últimos siete años les han vuelto pesimistas. No están seguros de si los gobiernos que surgieron en septiembre de 1938 tras Munich no pondrán fin a esta guerra con otro Munich. Y han aprendido de sus experiencias a tener en cuenta tanto las puertas falsas de las declaraciones de estos gobiernos como las propias declaraciones; tanto las formulaciones —analizadas más arriba— de la cautelosa reserva de las tres declaraciones oficiales del señor Chamberlain como las palabras de ánimo que contenían. En 1933 y 1934 habría bastado una alusión para desencadenar la resistencia activa frente a los nazis en Alemania. Hoy, en cambio, dado el incesante aumento de la presión del exterior y de la decepción en el interior, se necesita una dinamo más potente. Mientras no se proclamen oficialmente los dos puntos mencionados más arriba como objetivos bélicos de los aliados no podremos contar con el nacimiento de una Alemania antinazi. Tal declaración oficial es la condición previa indispensable para que la «otra» Alemania recupere

su optimismo y la confianza en sí misma. Mientras no se haga esa declaración porque se espera poder negociar algún día con los nazis, se estará sacrificando una de las mayores oportunidades de victoria rápida en la guerra por una posibilidad inexistente de paz.

Esa declaración no sólo tendría repercusiones significativas y útiles sobre los adversarios de los nazis, sino también sobre los receptores confiados, aunque indecisos y ligeramente inquietos de la propaganda nazi, es decir sobre los que hemos llamado «leales». Como ya sabemos, esta gente oye decir todos los días a los nazis que el verdadero objetivo bélico de los aliados es la destrucción del pueblo alemán. La respuesta de la propaganda de los aliados es, a mi parecer, débil e ineficaz. Consiste en una simple negativa, en un simple «No, no queremos destruir al pueblo alemán. No estamos enemistados con el pueblo alemán». Esto no aclara nada ni desata ningún proceso de pensamiento, sino que facilita la respuesta a los nazis: «¡Fijaos qué hipocresía! Hacen la guerra contra Alemania, pero aseguran no estar enemistados con Alemania. Eso sólo demuestra que planean lo peor. Creednos: su verdadero objetivo bélico es la destrucción del pueblo alemán».

Toda guerra es violenta y destructiva. Si requiere algún pretexto o justificación, entonces hay que elegir las instituciones y las personas que han de ser destruidas y que merecen ser destruidas. Si sólo se dice que no se quiere destruir, entonces no se explica nada y sólo se despierta la desconfianza. Una respuesta mucho más eficaz al alboroto de la propaganda nazi, que afirma que los aliados quieren destruir el pueblo alemán, sería decir: «No, pero sin duda queremos destruir a los nazis». Porque eso es comprensible y digno de crédito. Es una idea positiva a la que hay que darle vueltas, pues no deja al enemigo ningún vacío intelectual que pueda rellenar con sus numerosas mentiras propagandísticas. Para dar una respuesta, los nazis tendrían que explicar que a los alemanes les merece la pena luchar y morir para salvar a los nazis de la caída. Es decir, los nazis tendrían que convertirse en sus propios apologistas, lo que siempre constituye una base débil de argumentación.

Y más débil aún sería cuando los nazis, a partir de ese momento, se vieran obligados a aportar razones en favor de su propia causa. Con esa declaración oficial se conseguiría más que disipando sólo la sospecha de que, a falta de otro enemigo declarado, efectivamente se pretende, aunque en secreto, destruir al pueblo alemán. A los nazis se les arrebataría la plataforma desde la que hablan al pueblo alemán. Resulta sorprendente lo mal que acaba la gente cuando se expone a un peligro directo y concreto. Porque cuando se vea claramente que *los nazis* se juegan el cuello en esta guerra, que *ellos* serán los ahorcados si los alemanes no ganan la guerra y que todos los asesinos y ladrones nazis, con Hitler y Göring a la cabeza, se bambolearán con una soga al cuello en una larga fila de horcas, entonces todo lo que digan los nazis para aguijonear al pueblo alemán para que continúe la guerra llevará el sello de la inverosimilitud. A partir de ese momento, todo dependerá del interés personal de los nazis en buscar otras razones para continuar la guerra que no sea la de salvar su propio pellejo, y se verá con demasiada claridad que hablan en causa propia cuando intenten convencer a los que envíen a la muerte.

Los nazis ocuparán demasiado el centro de la discusión como para poder permanecer neutrales. Es un truco psicológico que los propios nazis han empleado con éxito en más de una ocasión, por ejemplo cuando descubrieron la «cuestión judía» y la «cuestión checa» y, con el argumento de que eran la «cuestión», arrebataron a los judíos y a los checos el derecho a participar en la polémica sobre su propio destino. Además, los nazis estaban obligados a averiguar todo lo que pusiera en duda el derecho a la vida de los judíos y los checos, pero los crímenes de los nazis sólo requieren ser destapados y calificados como tales para que hasta los alemanes más leales reconozcan que existe una «cuestión nazi». ¿Por qué demonios tendría que parecer extraño hablar de una «cuestión nazi», si todo el mundo habla continuamente de la «cuestión judía»? ¿Acaso no existe un problema nazi? Y si existe, ¿entonces por qué no tiene un nombre? ¿Por qué todavía hoy sigue habiendo cierto recato hacia los nazis? ¿Por qué negarse a aprovechar la única oportunidad que nos brindan, a saber, el hecho de que sean unos criminales y unos bribones predestinados al exterminio? Hay que rechazar a los nazis como futuros socios de la paz,

aunque podamos dar la bienvenida como pararrayos que atraigan todo el horror que causa la guerra por doquier. Como tales, son capaces de prestar el mejor servicio a la causa de la paz futura, aunque no como ellos pretenden.

Esto era todo lo que teníamos que decir sobre las posibilidades que ofrecen la guerra psicológica y la futura paz en relación con los nazis. Volvamos los ojos hacia la siguiente «Alemania» que hemos descrito. ¿Qué posibilidades tenemos con ese sector de la población que hasta ahora ha permanecido leal a los nazis? ¿Se puede conseguir que cambie de actitud? ¿Se puede firmar la paz con él?

Estas cuestiones son sumamente urgentes y decisivas, porque es posible que, en la actualidad, los gobiernos de los aliados consideren a esa parte de la población como sus futuros socios a la hora de configurar la paz. Probablemente no negociarán con los nazis, a no ser que la cosa se ponga muy fea, aunque nos parece bastante feo que se alegren —como todo hace suponer— de llegar a un acuerdo con esos alemanes decentes y honrados que, aunque sean patriotas y nacionalistas, no son criminales ni salvajes. Incluso existen ideas vagas sobre cómo se podría llevar a cabo y cómo sería la paz subsiguiente. Suponiendo que no me equivoco por completo, quiero hacer algunos comentarios al respecto.

Los nacionalistas, aunque no los nazis, constituyen todavía la mayor parte de la población. No sólo son fuertes numéricamente, sino que además tienen influencia política. A este grupo pertenecen todavía numerosos funcionarios de altos cargos, y especialmente los generales. Para que llegaran a gobernar no haría falta una revolución desde abajo, sino sólo un golpe de Estado del ejército, un cambio de autoridades con la consiguiente reorganización del Reich sobre una base conservadora y monárquica. El sector desleal de la población aceptaría agradecido esta solución, ya que al menos supondría la liberación de los nazis. Y quizá también se aceptaran los nazis «moderados», de modo que se garantizara en cierta medida la estabilidad. Para gran parte del ejército, sería la solución ideal. Además, los generales tienen interés en evitar que Hitler ponga en juego el ejército en su estado actual, pues saben que todavía no está «en plenas condiciones de operar» ni suficientemente armado para aguantar una lucha larga. Así pues,

si amenaza el peligro, estarán dispuestos tanto a derrocar a Hitler con la ayuda del ejército como a negociar la paz con el ejército todavía intacto a sus espaldas, una paz que permita al Reich alemán salir airoso sin haberse debilitado y, quizá, con un poco más de prestigio.

Para ese fin hay que tenderles puentes de plata. De ahí que no podamos esperar, por ejemplo, que capitulen inmediatamente o que ejecuten al que en otro tiempo fue su general en jefe, Hitler. Tampoco podemos imponer unas condiciones demasiado severas. Por supuesto, tendrán que sacar las tropas de Polonia y Checoslovaquia, o al menos de la parte de Checoslovaquia que ha quedado después de Munich. En cuanto a Austria, ¿qué tal una consulta popular? Y si se les ayuda a salir del embrollo en el que se han metido por culpa de Hitler, para que aprueben el desarme de un gobierno «cuya palabra sea de fiar», las perspectivas serían tan seductoras que jubilarían con buenas palabras, pero con decisión, al actual e impresentable gobierno. Así terminaría la guerra con una paz a gusto de todos, y sería una ventaja concluirla cuanto antes.

Parece muy prometedor, pero el cálculo contiene, en mi opinión, graves fallos. El mayor es el juicio equivocado —en dos aspectos— de los generales y los alemanes patrióticos y leales a los nazis.

El «plan», como se ha esbozado aquí, exige que esta gente posea dos atributos para funcionar: una inteligencia sosegada y una decisión valerosa que faculte para la acción autónoma. Pero apenas poseen estos dos atributos. El temperamento político del patriota del Reich alemán, sea soldado o civil, oscila entre la máxima confianza y la desesperación más profunda; tan pronto está loco de alegría como mortalmente afligido. Tiende siempre al juego, se arriesga a jugar con escasas probabilidades de éxito y, si pierde, interrumpe el juego de inmediato. «No será tan grave», murmura esperanzado. No está acostumbrado a interrumpir una lucha «precipitadamente» a cambio de una compensación, a su entender, demasiado pequeña, mientras tenga oportunidades de ganar la lucha y obtener la gloria. Ya habrá tiempo de reconciliarse y de acordar soluciones de compromiso, dice, como en 1918, cuando ha sido vencido. Y la «temerosa» disponibilidad a la solución de compromiso de la parte contraria lo reafirma en esta postura, en lugar de animarle a firmar la paz.

Tampoco se debe olvidar que está plenamente de acuerdo con la política exterior de los nazis, tan interesado como ellos en la expansión y la «grandeza» del Reich alemán. Sólo se diferencia de los nazis en cuestiones como la moral pacifista, la cultura y el gusto, pero no en su aspiración al engrandecimiento del Reich y al dominio del mundo, porque, como hemos explicado en un capítulo anterior, ésta es la idea tradicional e irreemplazable del Reich alemán. Mientras no vea que el Reich corre peligro de venirse abajo, está decidido a ensanchar sus fronteras. Niega el dicho popular de «Más vale pájaro en mano que ciento volando».

Se puede decir lo mismo del valor necesario para dar un golpe de Estado, aunque sea aconsejable darlo. Es difícil encontrar este tipo de valor en Alemania, y no se halla nunca entre los soldados alemanes. Los oficiales alemanes sólo son valientes en el campo de batalla; en casa son unos cobardes. No es ninguna casualidad que en la historia alemana el ejército, pese a las tentadoras oportunidades, jamás haya hecho un conato de subversión. Los generales alemanes han jugado a menudo con la idea de hacer historia, y no sólo historia militar. Pero desde Wallenstein hasta Schleicher han perdido mucho el tiempo con su indecisión, y al final estos poderosos señores de la guerra han sido asesinados. Además del valor militar, el oficial alemán sólo conoce el valor de la desesperación. Cuando ha sufrido un gran cargo de conciencia por un conflicto de lealtades, rara vez ha tenido el valor de actuar de acuerdo con sus convicciones. Es el caso, quizá, de Yorck,[4] que en 1812 se volvió contra Napoleón en Tauroggen, y de algunos generales de la Liga del Rin durante la campaña de 1813. Pero para que un oficial prusiano haga algo así no basta con tenderle puentes de plata.

Para que un golpe de Estado del ejército alemán sea un objetivo deseable —seguido de la restauración del poder de los Hohenzollern, el final de la guerra, una paz basada, aproximadamente, en las fronteras de enero, abril u octubre de 1938, un acuerdo de desarme mutuo, incluido un pacto para olvidar el pasado—, hay que hacer que la vida de los oficiales alemanes sea tan insoportable que, por miedo, les entre coraje cívico. Hay que informarles con mucha insistencia y claridad de que les queda muy poco tiempo para poder dar ese paso, y de que esa oportunidad, tras el

inicio de la ofensiva alemana, ya no existirá. Y si rechazan la oferta y quieren arriesgarse a perder la guerra, entonces habrá que confrontarlos a una alternativa que perturbe su optimismo superficial. Hay que decirles que entonces no se podrá firmar una paz con ellos ni con sus iguales y que el Reich no seguirá existiendo. Y que la consecuencia inevitable de la probable derrota sería otro Versalles aún peor, y que en el territorio del Reich alemán, a cuya costa se corregirían las fronteras de los Estados vecinos y en la Sociedad de Naciones se crearía una serie de territorios bajo fideicomiso, no se permitiría tener ni una escopeta de aire comprimido ni un casco de juguete, y en el país desfilarían única y exclusivamente las fuerzas armadas de una policía internacional permanente. Entonces, y sólo entonces, es posible que los generales consideren necesario volver a calcular con precisión, aunque con cierta desgana, sus posibilidades y, aunque les cueste, arriesgarse a dar un golpe de Estado. Pero nada de eso ocurrirá mientras los nazis les prometan el imperio universal británico y los súbditos británicos les tiendan puentes de plata. Mientras la posibilidad de victoria parezca grande y el riesgo pequeño, el ejército desempeñará celosamente el papel que le ha atribuido Hitler, como harán los alemanes de tendencia patriótica. Quien espere algo diferente de ellos, es porque los conoce mal.

Por esta razón, es necesario tratar diferente al ejército alemán y a los «nacionales alemanes», si se quiere firmar la paz con ellos, una paz rápida de compromiso.

Sin embargo, uno se pregunta si esa paz es tan deseable como parece a simple vista. Sin duda ofrece alguna que otra ventaja. Pero también encierra, como mínimo, la misma cantidad de peligros, y presenta numerosos puntos débiles. Avanzaré que, en mi opinión, los peligros son tan grandes y los puntos débiles tan fundamentales que esta solución tendría consecuencias catastróficas para Alemania y Europa.

No obstante, explicaremos sus ventajas —o presumibles ventajas— suponiendo que se presenten. La primera y más llamativa es que se evitaría la verdadera guerra, que terminaría antes de haber empezado. Sólo esto ya es muy seductor. Pero pierde mucho atractivo si tenemos en cuenta que una guerra que ya ha estallado con magníficas perspectivas de victoria, se

cambiaría por una guerra posterior contra el mismo enemigo, una guerra cuyo desenlace no se puede predecir con tanta seguridad. Hace mucho tiempo que ya no existe la posibilidad de evitar la guerra, aunque todavía no está en pleno apogeo. Mientras reine la paz en cierta medida y exista la posibilidad de mantenerla, se puede discutir si sirve de algo conformarse con soluciones no del todo satisfactorias en lugar de permitir que se rompa la paz.

Otra cosa muy distinta es cuando ya se ha roto la paz y todo ha cambiado radicalmente. Por muy deseable que sea terminar la guerra rápidamente y salvar vidas humanas, no debería ocurrir a costa de la causa que está en juego, pues sería cometer una injusticia contra los que ya han muerto por la causa. Una guerra moderna no es algo que los pueblos puedan repetir a su antojo. Una vez ha empezado, aunque no se haya puesto en marcha «adecuadamente», cuando ha tenido lugar la movilización moral y material de las naciones, la vida privada y económica de millones de personas se ha puesto violenta y decididamente al servicio de un gran cometido nacional, ya es demasiado tarde: ya no se puede uno conformar con soluciones parciales. Las repercusiones morales serían terribles. No se puede mandar a casa a los millones de personas movilizadas del imperio universal británico y francés con la sensación de que lo único que han ganado es un respiro. Porque una paz así no sería más que eso.

La otra ventaja evidente es que el socio de esa paz, el ejército alemán, puede hacer que la inmensa mayoría del pueblo alemán se ponga de su parte, y los aliados prefieren firmar la paz con los que son reconocidos por sus compatriotas antes que con los que ofrecen pocas garantías de poder imponer también en casa las condiciones de paz aceptadas. Pero esta ventaja se reduce si la observamos más atentamente. El ejército podría congregar a su alrededor a muchos correligionarios, pero éstos no serían especialmente dignos de crédito ni de confianza. Serían demasiados elementos diferentes con motivos muy diversos. La motivación de esta gente no sería firme ni duradera. Además, probablemente hubiera muchos nazis entre ellos que, de este modo, se sustraerían a la responsabilidad por las consecuencias de sus actos. Estarían esperando la primera oportunidad para organizarse de nuevo y reiniciarían el juego de siempre. Y si el ejército

alemán garantiza que el «pueblo alemán», o quien lo gobierne, no declare catorce años después que la paz es una «paz deshonrosa» y que el correspondiente acuerdo no es sino un «trozo de papel», ¿quién garantizará que el propio ejército no haga lo mismo cuando se presente la ocasión, incluso dentro de menos de catorce años?

La tercera ventaja es la más dudosa. Es la idea que ronda por muchas cabezas de que «un Reich Alemán fuerte» ha de seguir existiendo como «baluarte frente al bolchevismo», o quizá como aliado contra éste. No ignoro la seriedad del peligro bolchevique y la necesidad de baluartes frente a él. Pero considerar como baluarte a un «Reich alemán fuerte» que tradicionalmente se ha aliado con Rusia frente a Occidente, ha ayudado al bolchevismo a establecerse en Rusia y durante el rearme secreto ha colaborado con Rusia y que hoy, en el momento decisivo, vuelve a recibir su ayuda, y cuya lógica evolución interna avanza impetuosamente hacia el bolchevismo, eso es, ni más ni menos, que hacer de un lobo una oveja. Es posible que una Alemania más débil, pero sana y civilizada —sin el Reich y sin un ejército fuerte— sea un bastión mucho mejor frente al bolchevismo que una Alemania muy armada, enemiga de la cultura y sedienta de ensanchar su territorio. Incluso en Occidente, se sobrevalora hoy el poder de las armas y se subestima el poder del espíritu. Es cierto que no se puede infravalorar a los ejércitos, pero uno sólo se puede fiar del propio. Como se ha demostrado una y otra vez en el pasado más reciente, los ejércitos de otras naciones aparecen de repente en escena junto a aquéllos frente a los que deberían ser un baluarte. El espíritu tiene la ventaja de que no puede hacer esto con tanta facilidad. Una Alemania plenamente europea orgullosa de su espíritu, su cultura y su tradición como, por ejemplo, Finlandia, sería, pese a su débil ejército, un baluarte mucho más eficaz frente al bolchevismo que la ufana y poderosa Alemania de Ludendorff[5] y Keitel,[6] que no dejan de clamar al cielo por el peligro rojo.

Es evidente, pues, que todas las ventajas que podría ofrecer una paz con el ejército alemán y con el Reich alemán al que encarna, o son de escasa importancia táctica o son completamente ilusorias. Y los peligros que entraña son terribles.

La situación que se restablecería sería, dicho brevemente, el mismo statu quo que en 1914. Este hecho tan simple e indiscutible demuestra qué valor tendría esa paz. En primer lugar, significaría que se habrían hecho dos grandes guerras en vano y, en segundo lugar, que a continuación estallaría inevitablemente una tercera gran guerra. Porque es inimaginable que el Reich alemán y su ejército llegaran a la conclusión de que tienen que cambiar de carácter y volverse pacifistas. ¿Por qué habrían de hacerlo? El resultado sería un éxito completo y una justificación de su política de agresión. Tras dos guerras contra el «mundo envidioso» serían más conscientes de su poder, se sentirían más fortalecidos en sus dogmas y convicciones y supondrían, más que nunca, una amenaza para sus vecinos más pequeños. Occidente habría hecho la guerra de 1939 para consolidar algo, mientras que en 1914 ¡había entrado en campaña! Al Reich alemán no se le podría haber dado una prueba mejor de que nunca había estado seriamente en peligro.

El Reich alemán tampoco se curaría de su resentimiento, su escasa confianza ni su megalómano ardor bélico. ¡Ojalá los hombres de Estado de Occidente pudieran poner a prueba, siquiera un momento, la mentalidad de este Reich y sus fanáticos! Ya oigo las conversaciones y los discursos en los que se justificaría la paz «nauseabunda» e «insuficiente», e imagino sus reflexiones, diciendo que eso era todo lo que podían hacer, o que los nazis «habían echado rayos y pestes contra ella» o que «hay que saber cortar en el momento preciso». Y también me parece estar oyendo el comentario tranquilizador al fondo: «Esperad y ya veréis lo que sigue».

Los generales son más simpáticos, cultivados y listos que los nazis. Pero eso no significa que no estén al servicio de la misma causa. Y no es ninguna casualidad, sino una necesidad histórica, que a pesar de sus antipatías personales y sus roces continuos se hayan aferrado hasta hoy a los nazis. Ambos están al servicio de «Alemania por encima de todo». Los dos sirven a la causa de la expansión a cualquier precio, que el Reich alemán ha heredado de la Prusia de Federico. Esta causa es su único objetivo y todo gobernante que quiera llevar las riendas debe tenerlo en cuenta. Comparado con esto, lo que diferencia a los nazis de los señores de la guerra es de una importancia secundaria.

Aceptar el Reich de los generales supone aceptar nuevos peligros, crisis y guerras. Quizá los generales hagan sus campañas de conquista de manera más decente y humana que los nazis. Tal vez sí y tal vez no. La entrada de las tropas en Bélgica en 1914 no fue precisamente un ejemplo de decencia y humanidad. Y a juzgar por las escasas informaciones procedentes de Polonia, fue el ejército el que destacó por los saqueos y los fusilamientos de rehenes, y no la Gestapo como en Austria y Checoslovaquia, para la que el ejército hizo de «abrepuertas» y de esbirro.

Sea como fuere, son sólo matices los que diferencian el Tercer Reich del Reich alemán. Para el mundo, en términos generales, son idénticos. El espíritu de agresión y el afán de expansión y dominio universal son los recursos, el alma y el demonio de este Estado. Y yo quisiera añadir que también lo son para Alemania. El desprecio y la aniquilación del espíritu alemán y de la misión alemana convierten al Reich —al Tercero o al otro— en una enfermedad alemana.

Que esta enfermedad se haya vuelto más contagiosa que nunca en el Estado nazi, que haya adoptado formas que nadie hubiera considerado posibles, que haya llevado a gran parte del pueblo alemán al delirio, pero que haya hecho entrar en razón a otra igualmente grande, abre la posibilidad de que esta vez se cure la enfermedad. Si volviera al anterior estadio latente, tanta lucha y sufrimiento habrían sido en vano.

Todavía existe otra posibilidad: una paz construida sobre la base de los alemanes que los nazis consideran sus enemigos. No es tan fácil de conseguir como una paz circunstancial con el ejército, que se puede alcanzar aplicando la correcta táctica psicológica. Pero si una merece la pena, la otra no.

La dificultad de esta tarea es obvia. Radica en que la gran masa de alemanes desleales enfrentados hoy a los nazis no tiene una representación ni un programa políticos, de modo que falta el socio con el que negociar. El ejército de paz existe, pero no tiene líder. Por muy extendida y profundamente arraigada que esté la enemistad desorganizada frente a los nazis, la oposición política real es débil, fragmentaria, dispersa y nada representativa. Realmente, no es una perspectiva demasiado halagüeña construir el edificio de la paz cuando la oposición es como en la actualidad.

La futura paz con Alemania no puede basarse en el respaldo de la oposición, sino sólo en el respaldo del sector desleal de la población. Pero para que los desleales, que ahora guardan silencio y permanecen inactivos, se conviertan en un factor político, tienen que estar representados políticamente. Y eso requiere una nueva idea, una visión clara del objetivo y de su camino.

Durante la Primera Guerra Mundial, la situación era muy diferente. En primer lugar, las posibilidades de una revolución real eran mucho más escasas que hoy. Incluso en los últimos años de la guerra, el Kaiserreich no tropezaba con un muro de deslealtad, rechazo y enemistad mortal tan sólido como el régimen nazi. Por una parte, crecía el hartazgo de la guerra, el descontento y las dudas sobre las perspectivas y, paulatinamente, sobre el verdadero valor de la causa alemana. Sin embargo, ni siquiera en las filas de los obreros socialdemócratas existía un deseo de transformación radical de Alemania ni de un nuevo objetivo político y, seguramente, la añoranza secreta de una derrota tampoco era tan fuerte como hoy.

Por otra parte, entonces sí existía una oposición política activa. Había una coalición parlamentaria de socialdemócratas, liberales radicales y el centro, que en verano de 1917 inició la aproximación a una paz de compromiso, luchaba por el poder y, finalmente, en octubre de 1918 —antes de la «Revolución»— se hizo cargo de la dirección del gobierno. Desde el punto de vista histórico, en 1917-1918 la oposición extraparlamentaria alemana era una fuerza mucho más superficial y menos prometedora que la apasionada deslealtad de gran parte del pueblo alemán de hoy, pero era una realidad palpable. Desde una perspectiva puramente teórica, entonces no era más difícil firmar la paz con esa oposición que hoy con los generales nacionales alemanes. Pero como ha demostrado la historia de los años posteriores, no fue muy productivo.

Hoy ya no tendría sentido semejante conclusión de la paz. A diferencia de entonces, hoy sería poco realista. Si se examinan las posibilidades de una paz real con la «otra» Alemania real —una paz que no fuera una capitulación ante los nazis ni un armisticio con los defensores de la

expansión militar—, es aconsejable descartar desde el principio la idea de que se podría repetir el experimento estéril de 1919 y firmar un Tratado de Versalles «mejorado» con una República de Weimar «mejorada».

Dejemos de lado la muy controvertida cuestión de qué carácter deberían tener esas mejoras. Es inútil preocuparse, ya que el concepto en el que se basaba la paz de 1919 ha sido claramente refutado por la historia. De acuerdo con ese concepto, se consideró posible convertir el Reich alemán, la idea que le sirve de base, su inseparable leyenda y su inconfundible carácter —sin una transformación radical de su tradición histórica ni de su estructura geográfica y política—, sencillamente, en una democracia adaptada al modelo occidental, y negociar con él unas condiciones de coexistencia y cooperación pacíficas, pese a las medidas discriminadoras de precaución militares y económicas, necesarias precisamente porque se había conservado su tradición histórica y su estructura geográfico-política. La historia de la República de Weimar ha demostrado que era imposible. Ha demostrado que en el marco del Reich alemán, que había enloquecido de ira y vergüenza por «las cadenas de Versalles», la coalición de Weimar de socialdemócratas, liberales y católicos interesados por la política, aun contando con numerosos adeptos, no tenía ninguna oportunidad frente a la tradición de Francisco y Bismarck de ese Estado; que sólo podía permanecer en el poder mientras duraran los efectos adormecedores de la derrota, y que, cuando se hicieron concesiones al Reich denominado democrático, hubo que volver a convocar a las fuerzas que encajaban mejor con la vieja tradición y la leyenda del Reich que los «demócratas». Aún es posible reconocer algo peor: que la repentina introducción de formas democráticas en un país acostumbrado a la obediencia y a la disciplina a la larga no favorece a los demócratas, sino a los nazis, y que el derrocamiento de los señores no conduce a la libertad, la igualdad y la fraternidad, sino, por desgracia, al horror de todos los horrores, a la dictadura de los lacayos.

Así pues, si los partidos de la coalición de Weimar fueron incapaces de evitar tales resultados, aunque constituían fuerzas políticas considerables con poderosas organizaciones, soplaba todavía el viento de la historia a su favor y estaban inspirados por la esperanza, la fe y el entusiasmo de millones de adeptos leales, ¿cuánta más validez tendrá esto hoy, tras tantas

dificultades, decepciones y fracasos? Los grupos de la oposición alemana que no tienen otra cosa que proponer más que la repetición del experimento de Weimar (con «mejoras») no pueden seguir reclamando credibilidad política. Se engañan a sí mismos y a los demás si creen y fingen que pueden volver a conquistar a las masas como en 1919 con las viejas consignas de una «república de obreros, campesinos y soldados», de «libertad, trabajo y pan» o de «unidad, orden y libertad». Aunque lo hicieran, todos sus esfuerzos serían en vano. Ahora las masas se han vuelto sordas y recelosas frente a tales consignas. Las fulgurantes esperanzas de 1919 están enterradas. Las promesas de antaño se han convertido en objeto de burla. El demócrata más ferviente de Alemania ha aprendido hoy instintivamente que mientras el Reich alemán esté como está, el ciudadano amante de la libertad, pacifista y tolerante ha de someterse a los tiranos y a los guerreros. Aunque se es consciente de este hecho, sólo unos pocos son capaces de explicarlo. Los alemanes tienen la sensación de que les amenaza un destino aciago, que les ha hechizado una fuerza mágica. ¿Y acaso no es mágica la tenacidad demoníaca con la que la tradición histórica del Reich alemán se defiende de sus enemigos? No obstante, si es posible una paz real, hay que romper el hechizo. Eso significa que *el Reich alemán tiene que desaparecer, y los setenta y cinco últimos años de la historia alemana han de ser borrados. Los alemanes deben retroceder hasta el punto en que tomaron un camino equivocado: hasta el año 1866. No cabe imaginar una paz con el Reich prusiano, que surgió entonces y cuya última consecuencia lógica es la Alemania nazi. Y en ninguna parte se puede encontrar* «*otra*» *Alemania vital, exceptuando la que fue vencida ese año por un capricho de la guerra y que nunca ha sido sometida del todo*.

No se puede decir que las posibilidades que hemos explicado hayan sido reconocidas ya ni que hayan desempeñado el papel que les corresponde en discusiones públicas sobre la guerra y los objetivos bélicos. En ningún caso deben ser confundidas con el despedazamiento y la parcelación de Alemania, que a menudo se mencionan en las columnas de cartas del lector de los periódicos y en los discursos de algunos políticos. Estas amenazas recuerdan más a un santo y seña que a un programa político bien pensado. Los patrocinadores de esta política parecen planear la completa aniquilación

de un organismo, el descuartizamiento de un cuerpo vivo, una matanza que arrebatará a los alemanes todas las formas políticas futuras de existencia. No es que ya no hubiera «otra» Alemania, sino ninguna Alemania: un destino como el que los nazis han deparado a Polonia.

Admitamos que la gente, en el ardor de la batalla, puede manifestar tales ideas. Pero si alcanzan seriamente el rango de objetivos políticos, sería una tragedia terrible no sólo para los alemanes, sino también para los franceses y los ingleses. Para estos últimos, en primer lugar, a largo plazo significaría que tendrían que enterrar todas las esperanzas en una paz real y en el restablecimiento de la «comunidad europea», de manera que su única posibilidad de seguridad consistiría en una vigilancia continua armada e insomne y en la opresión del enemigo, que incesantemente planearía su liberación y buscaría la venganza (y ya hemos visto qué pronto se cansan de tener que estar continuamente en guardia y armados) y, en segundo lugar, a corto plazo, significaría que estarían obligados a desperdiciar cualquier oportunidad de guerra psicológica, a renunciar a toda posibilidad de conquistar grandes sectores del pueblo alemán y a confiar única y exclusivamente en las armas para lograr la victoria; porque la cadena política perpetua, tras perder la guerra, sería el recurso psicológico más potente para que Hitler tuviera de su parte incluso a sus compatriotas más recalcitrantes. Con ello los aliados lograrían lo que ni siquiera Hitler ha sido capaz de hacer: unificar a todos los alemanes para que intentaran, con una resolución férrea, ganar la guerra a cualquier precio, con o sin Hitler. No nos hagamos ilusiones. Una guerra entre pueblos, una guerra de franceses e ingleses contra alemanes, que concluya con el dominio de los vencedores y con la esclavización de los vencidos, es la idea de guerra que Hitler ha intentado meter en la cabeza a macha martillo a los alemanes (y al mundo), aunque hasta ahora sin un éxito rotundo. Cuando los aliados acepten y sancionen esta idea y, por consiguiente, hagan suya la tesis y la base de la discusión del enemigo, habrán perdido la guerra psicológica e ideológica, sea como sea su desenlace militar (que a partir de entonces se volverá mucho más dudoso, ya que las derrotas psicológicas conducen al resultado militar de un fortalecimiento de la unidad y la moral combativa del enemigo). A partir de entonces, el «tema» de la guerra estará determinado

por Hitler, como lo estuvo el «tema» de las anteriores crisis europeas en época de paz: la «cuestión» austríaca, checa y de Danzig. Por el contrario, la idea e interpretación de los aliados, que en general parece razonable y de la que por suerte todavía no se han retractado públicamente, fue que esta guerra es una acción policial del mundo contra los nazis, en cuya participación están interesados incluso los alemanes. Para que esta idea llegue a ser plenamente provechosa, ha de desarrollarse con mayor concreción, energía y precisión. Si se revocara esa idea, si se hiciera un hábil repliegue táctico y se dejara en manos del enemigo todo el campo de batalla psicológico, sería un Trondheim[7] político que no sólo supondría una campaña perdida, sino también una guerra perdida. Que el cielo nos guarde de cometer una falta tan grave e irreparable.

No, no proponemos el despedazamiento ni la aniquilación de Alemania con el fin de oprimirla y esclavizarla, sino una solución sumamente constructiva que no contradice sus tradiciones históricas, sino que sigue su evolución, que no puede ser llevada a la práctica *contra* los alemanes, sino sólo *con* ellos y *a través* de ellos, y que promete, no sólo a sus vecinos sino también a la propia Alemania, un futuro político mejor y más afortunado que el que puede prometer el actual Reich germano-prusiano. No parece haber sorprendido a nadie que exista tal posibilidad, no obstante, implica la conciencia de que el Reich alemán *no* es la forma política natural y apropiada de Alemania, sino todo lo contrario, y que la «otra» Alemania, si vuelve a ser otra vez una realidad política, ha de recuperar y desarrollar sus formas políticas naturales y vivas. Europa ha ignorado este hecho. Yo creo que, tras las terribles experiencias de las últimas décadas y como reacción al nacionalsocialismo, este hecho se reconoce más fácilmente en Alemania que en Occidente, donde se ven las cosas desde fuera y rara vez se han sentido obligados a reflexionar sobre esta cuestión. Sin embargo, es igual de importante para las potencias occidentales amenazadas por la Alemania nazi que para Alemania, esclavizada y asolada por los nazis.

Hoy en día, existe una tendencia un tanto inexplicable a considerar todas las naciones iguales, a querer meterlo todo en el mismo esquema político, el del Estado unitario nacional. Este concepto, en esencia

equivocado, está tan arraigado en el pensamiento que a menudo cuesta reconocer que es un problema o quizá sólo un tema de discusión. Pero desde luego no es ninguna cuestión estrictamente académica, sino exactamente lo contrario de esta opinión generalizada. Como las personas, cada nación también prefiere condiciones de vida diferentes. Algunas están predestinadas a ser grandes o pequeños Estados nacionales, otras, a ser Estados supranacionales, otras, a ser ciudades-Estado, como la antigua Atenas o el Hamburgo actual, otras, a ser Estados agrarios pequeños o medianos, otras, como los judíos, consideran ideal la absoluta falta de Estado. Cuando una nación acepta una forma política inapropiada que le ha sido impuesta desde fuera o si, por falta de instinto, imita la de otro Estado, las consecuencias para la nación son diferentes. Puede hundirse por completo o adaptarse a costa de su carácter nacional, o, si no logra adaptarse, sucumbir a una neurosis patológica. Esto es lo que le ha pasado al Reich alemán.

El hecho de que hoy estén de moda los grandes Estados nacionales dificulta la comprensión que puede haber algo mejor y más razonable. Una evolución de grande a pequeño puede ser ventajosa en determinadas circunstancias e iniciar un proceso de curación. Lo contrario puede llevar a la decadencia y a ser enfermizo. Podemos explicar el caso de Alemania trazando un paralelismo histórico con el destino de la antigua Hélade.

Los griegos clásicos, que sin duda constituían una única nación y eran muy conscientes de su cohesión nacional, encontraron su forma política ideal en pequeños Estados soberanos del tamaño de provincias. Mientras vivieron en esas condiciones políticas tan favorables floreció su cultura, incluida su cultura política. Pero cuando se «unificaron» y se sometieron a la belicosa y semicivilizada Macedonia, país fronterizo de Grecia, y se convirtieron en una gran potencia, se derrumbó su cultura política y, poco después, su cultura espiritual. Macedonia-Grecia conquistó un imperio gigantesco, pero no lo pudo asimilar. Lo que quedó después fue un pálido reflejo de la gloria de Atenas, Corinto, Esparta y Tebas.

El paralelismo con la actual Alemania salta a la vista. Alemania fue la Hélade de Europa mientras constaba —pese a la sana y nada exagerada conciencia nacional de entonces— de una serie de Estados pequeños y

medianos. Desde que fue «unificada» por Prusia —la Macedonia moderna —, ha dejado de ser Alemania, del mismo modo que Grecia dejó de ser la Hélade en los siglos IV y III antes de Cristo. La cultura alemana ha resistido menos que la griega al proceso de unificación. Sólo existe una diferencia: hasta ahora, Prusia-Alemania no ha logrado ningún éxito en su papel de conquistadora del mundo. Y tras cada nuevo intento fracasado, la vieja Alemania se impacienta y busca preocupada algo que ha perdido y que, en lenguaje culto, se llama libertad, cultura y belleza de la vida y, en lenguaje llano, tranquilidad, modestia y comodidad. Podría recuperarlo todo con su antigua forma política —la única que ha dominado—, y es determinante que esta verdad, que permaneció oculta tras la última guerra, se reconozca esta vez.

Los que sostienen que los conceptos de «Alemania» y «Reich alemán» son idénticos y, según su temperamento, o aceptan resignados la continuidad del peligro alemán o proponen sólo la parcelación y la destrucción de Alemania como recurso para conjurar ese peligro, olvidan que existen organismos llenos de fuerza que fueron encadenados por el Reich, que existen desde tiempos inmemoriales y están profundamente arraigados en la historia. Una vez liberados, estarían plenamente capacitados para desempeñar su función. Se ignora el hecho de que los *länder* alemanes, que deben sustituir al Reich como forma de vida política de los alemanes, existen, son realidades y sólo falta la voluntad de recuperarlos como formas de vida. Por último, se olvida que todas esas enseñanzas de la civilización que se desprenden de la historia alemana como alternativa y fuerza antagónica del actual ideal prepotente de encumbramiento nacional de Federico, Bismarck y Hitler, están incluidas en las tradiciones y los mitos estatales de los *länder*. El Reich nunca ha conseguido renunciar a ese ideal nacionalsocialista y entregarse a otro mito estatal. Su único intento en este sentido, la República de Weimar, fue un fracaso. ¿Por qué, podemos preguntarnos, habría de perseguir el Reich otro ideal y otro objetivo que aquéllos por los que surgió y se desarrolló? Los *länder* alemanes tienen otros ideales y otros objetivos y, gracias a ellos, han existido y prosperado durante siglos. Esto contradice la afirmación de que el nacionalismo alemán se alimenta consciente o inconscientemente de la

tradición de muchos siglos. Los gloriosos siglos del espíritu alemán son ahora casi legendarios, pero renacerán con el restablecimiento de su forma política natural.

Volver a dividir Alemania en *länder*, fomentar tanto la seguridad de Europa como las aptitudes particulares y la misión de Alemania puede ser el proceso de una evolución natural y orgánica. Un alemán sacrifica la mejor parte de su carácter si se concentra en su «alemanidad» y se vuelve nacionalista. Una Alemania oprimida y enclaustrada en el Reich sacrifica su importancia y su alma, enferma, se desespera y acaba en el nacionalsocialismo: se convierte en un ogro político. Que el Reich alemán sea hoy el azote de Europa perjudica en igual medida la vida de todo alemán. He ahí la esencia de la tragedia actual. Este conocimiento puede convertirse en la célula germinativa de la paz futura. El mismo grito alentador de «¡Nunca más!» que se oye a diario, cada vez más alto, en Francia e Inglaterra, puede y debe ser la consigna de Alemania. La recuperación de los *länder* alemanes como pilares del verdadero destino de Alemania puede llegar a ser el objetivo común de los aliados y de los enemigos de los nazis tanto en la paz como en la guerra. Y así no sólo se influirá en el desenlace de la paz, sino que además se crearán las bases para una paz duradera despojada de odio y de sentimientos de venganza.

Sin embargo, hay que reconocer claramente tres cosas. Primera: la paz con estos *länder* ha de ser una paz verdadera, es decir el comienzo de una colaboración y una amistad, y no un castigo o una medida de represión. Tenemos que entender muy bien que no podemos deshacernos del Reich alemán y, al mismo tiempo, equiparar sus «Estados sucesores» con él para castigarlos por sus pecados. ¡O una cosa u otra! Si castigamos a los «Estados sucesores» como si fuera el Reich vencido, daría lugar a que se siguieran sintiendo como el Reich vencido, y a la primera oportunidad favorable se volverían a unir para tomar la revancha. Si queremos que los nuevos *länder* arraiguen, aguanten y que desaparezca la mentalidad del Reich —y existen buenas perspectivas tras el derrumbamiento del nacionalsocialismo—, tenemos que ofrecerles oportunidades justas. Los ejércitos de ocupación extranjeros, la imposición de reparaciones, la discriminación moral y el recorte unilateral de los derechos de soberanía no

son verdaderas oportunidades. El Tratado de Versalles se equivocó cuando «castigó» al Reich pero, al mismo tiempo, permitió que siguiera existiendo. Su rumbo debería haber sido poner fin al Reich, de modo que no hiciera falta imponerle un «castigo» político. Hemos de reconocer que la idea de castigar a un *Estado* no tiene sentido. Las personas sí pueden ser castigadas, y el castigo de los nazis por los crímenes cometidos en la paz y en la guerra es una premisa esencial de una paz duradera. Los Estados pueden ser derrocados y sustituidos por otros, y eso es lo que habría que hacer con el Reich alemán. Así se expiaría la culpa y se mantendría la paz. Si se crearan Estados para que vivieran y prosperaran y luego se pusiera en entredicho su existencia mediante castigos, sería desbaratar el concepto en el que ha de basarse la futura paz de Europa.

Segundo: Alemania sólo se puede reconstruir en el marco de una Europa con una nueva configuración económica y política. Hay que reconocer con claridad que ninguno de los Estados alemanes es una unidad independiente que se autoabastezca económicamente. Por una parte, es una ventaja, ya que descarta todo intento de practicar una política antinatural de autarquía económica. Pero por otra parte, requiere una economía internacional efectiva para que estos Estados encuentren trabajo y puedan asegurar su existencia. Hoy hay que emprender la organización de esa economía y planear los grandes proyectos internacionales, cuyo cometido será evitar la ruina económica tras el fin de la guerra. Si se improvisaran al presentarse la crisis, sería demasiado tarde. Tienen que ser un componente del acuerdo de paz. Y el papel que han de desempeñar los futuros Estados alemanes en la reconstrucción económica de Europa hay que asignárselo de antemano, de acuerdo con sus condiciones y posibilidades económicas. Cada Estado ha de tener una tarea concreta. Los alemanes son uno de los pueblos más hábiles y más aplicados en los negocios. Nada temen más que la perspectiva de estar de brazos cruzados sin trabajo.

Una segunda reflexión: setenta años de economía bien trabada no pueden desaparecer de un plumazo. Por una parte, entre los *länder* alemanes existen muchos vínculos económicos que no pueden interrumpirse abruptamente sin provocar graves daños. Por otra, sería peligroso seguir utilizándolos para aislar a los «Estados sucesores» del

Reich del resto del mundo, ya que entonces podrían convertirse fácilmente en el núcleo de un nuevo Reich. La política correcta consiste en ampliar esos vínculos económicos más allá de las fronteras de Alemania. Así, por ejemplo, sería imprudente dividir el ferrocarril alemán en ocho sistemas ferroviarios estatales. Pero ¿no pueden ser absorbidos por un sistema ferroviario europeo? Alemania también tiene un sistema aduanero unitario. Tampoco sería un progreso ocho sistemas arancelarios en lugar de uno solo. Pero con el fin de la guerra, a largo plazo, ¿no llegará el momento de crear una unión aduanera europea o, al menos, centroeuropea?

Estas cuestiones requerirían un libro entero. Nuestra intención es sólo señalar su existencia y su perentoriedad y esbozar a grandes rasgos las medidas que han de ser tomadas para su resolución.

En el ámbito de la organización política se plantean problemas similares. La eliminación del Reich alemán y del peligro que entraña allana el camino hacia la restauración de la «comunidad europea», es decir la coexistencia estabilizada, segura y organizada de las naciones europeas. Y éste es el camino que hay que recorrer. Las experiencias de los últimos veinte años han demostrado que tales cuestiones no pueden ser aplazadas. Hay que crear nuevas organizaciones para la seguridad y la cooperación internacional mientras las cosas todavía estén en vías de trámite, es decir inmediatamente después de la guerra, no cuando ya hayan empezado otra vez a adoptar formas concretas.

La composición de la nueva «comunidad europea» se diferenciaría de la del siglo XIX. La antigua era un cuarteto o un sexteto de grandes potencias. La nueva será una orquesta compuesta por Estados pequeños y medianos. Una gran orquesta requiere unos métodos disciplinados de organización y trabajo distintos a los de una orquesta de cámara. Los Estados pequeños tienen una necesidad mayor de seguridad que las grandes potencias. De ahí que sea importante concebir y crear ahora mismo las organizaciones internacionales y supraestatales que serán la base del nuevo orden europeo. El nuevo plan para Alemania sólo se puede llevar a cabo en el marco de tal sistema europeo.

Y tercero: el éxito de toda la operación depende en gran parte de cómo y por quién se acometa. Un Estado nunca se libera del dominio de la ley que ha determinado su nacimiento, como demuestra la historia del Reich alemán. Sería una falta irreparable que los Estados alemanes sólo pudieran vanagloriarse de haber renacido por el despedazamiento del Reich alemán.

Probablemente entonces no serían más que las extremidades del Reich alemán, el cual, aunque invisiblemente, seguiría vivo, hasta que un buen día, cuando la situación fuera propicia, reaparecería en toda su realidad palpable. Para que los *länder* alemanes, con los que queremos vivir mucho tiempo en paz en el futuro, sean viables, tienen que ser reconstruidos de una manera natural, es decir que quienes los gobiernen y administren han de ser también sus fundadores. Y estaría bien que el nacimiento de estos *länder* no fuera el resultado de una derrota, sino que se les pudiera ayudar a convertirse en un fragmento de su nueva historia, en el inicio de un nuevo mito estatal, en algo parecido a los anales de la legión checa y polaca de la Guerra Mundial. Hay que iniciar esta tarea inmediatamente… con la ayuda de los emigrantes alemanes.

El primer paso práctico que hay que dar para una política positiva y constructiva respecto a Alemania es una política positiva y constructiva respecto a los emigrantes alemanes. Aprovechemos de una vez la ocasión que ofrece la disponibilidad para colaborar de muchos miembros de la intelectualidad política alemana, que hoy vive fuera de Alemania, así como de un gran número de personas enemigas de los nazis y suficientemente numerosas como para crear, al menos, el núcleo simbólico de un ejército alemán que luche en el bando de los aliados. No basta con dar un trato humanitario a los emigrantes: hay que sacar provecho político. No basta con abandonarlos a su libertad: hay que utilizarlos para la causa común. No basta con suspirar y conformarse con la presencia de setenta mil a ochenta mil «extranjeros enemigos» en Inglaterra (por no hablar de la propaganda clandestina contra ellos).

Ante todo hemos de crear organizaciones y hacer los preparativos para poder crear y dirigir mañana los nuevos Estados alemanes. Pueden comenzar modestamente, en forma de comisiones informadoras para Austria, Baviera, Renania, etc., con el fin de recabar informaciones y

cotejarlas entre sí, discutir cuestiones de propaganda y confeccionar planes para los futuros órganos constitucionales y sistemas administrativos. Cuanto más dominen los problemas de organización y más medios y vías encuentren para entrar en contacto con la oposición ilegal de sus propios *länder*, más les corresponderá la autoridad de los gobiernos en el exilio. La hora decisiva para la que tienen que prepararse sonará cuando termine la guerra en suelo alemán. Tiene que haber nuevos gobiernos del *land* preparados para asumir el poder en esa región, firmar una paz por separado, instaurar tribunales con el fin de que los nazis sean castigados por sus crímenes, para acabar con la administración nazi, sustituirla por nuevas instituciones y movilizar al *land* con vistas a la liberación de Alemania. Una acción de estas características, que se lleve a cabo en cualquier región, puede tener unas repercusiones insospechadas en toda Alemania, muy diferentes de las de la mera ocupación militar de un sector del frente alemán. Porque ése será el primer momento en que se pueda contar con revueltas internas contra el régimen nazi. Pero ese momento ha de ser planeado a conciencia.

Parece que ya es hora de empezar, aunque esta tarea requiera ponerse a pensar rápidamente en nuevas categorías políticas. Si al hombre común se le exige jugarse diariamente la vida en el campo de batalla, también se les puede pedir a los políticos, sean ingleses, franceses o alemanes emigrados, que no omitan esfuerzos. Muchas ideas, resolución y valor son los atributos imprescindibles en la guerra tanto para el político como para el oficial de tropa. Los hombres de Estado de los aliados y las personalidades exiliadas de Alemania han de hacer cuanto esté a su alcance.

Los partidos de la oposición alemana tienen que reconocer que cualquier intento de rescatar a Alemania de la autodestrucción, mientras se mantenga el Reich alemán, es equiparable al intento de lavarse sin mojarse. De ahí tienen que extraer conclusiones.

Las potencias occidentales tienen que reconocer que una paz con los Estados alemanes restablecidos les es más provechosa que la sumisión temporal de Alemania. Y tienen que obrar en consecuencia.

Ambos lados han de reconocer que son aliados y deben luchar juntos con sus batallones. Ambos lados distan mucho de este conocimiento. El destino de Europa depende de que se llegue a esta conclusión a la velocidad de la luz. Porque sólo entonces se podrá aprovechar la estimulante oportunidad que ofrece esta guerra, la única posibilidad de obtener la victoria tanto moral como militar, la única oportunidad de resolver el conflicto alemán, la única posibilidad de salvar a Europa de Alemania y a Alemania de sí misma.

Porque lo uno no es posible sin lo otro.

EPÍLOGO

¡Qué situación para escribir un libro! Un emigrante que todavía no domina la lengua del país de acogida como para poder escribir, que escribe entre dos internamientos en calidad de «extranjero enemigo», con unos ingresos irregulares y modestísimos, que será padre y ha huido de los nacionalsocialistas, que están a punto de conquistar toda Europa.

¿Qué se puede hacer?

La política del gobierno de su país de acogida es indecisa y flexible. Sin que nadie se lo pida —eso hay que suponer—, Sebastian Haffner describe minuciosamente la Alemania nacionalsocialista, cuyo sometimiento es, sin duda, el principal cometido de esos años. ¿Le escuchará alguien? ¿Encontrará traductor? ¿Encontrará editor? ¿Y cómo pagará el alquiler del mes siguiente? Tras los primeros ataques aéreos alemanes, ¿les encarcelarán a él y a su familia o, todavía peor, les expulsarán del país? ¿Cómo se puede ejercer influencia? ¡Qué situación para escribir un libro!

Alemania: Jekyll y Hyde, el primer libro de Sebastian Haffner, publicado en 1940 en Inglaterra, es la última de una larga serie de publicaciones. Sólo este hecho ya subraya la extraordinaria historia de este libro. Hay que añadir que el texto para la primera edición alemana tuvo que volver a ser traducido, ya que el manuscrito original en alemán había desaparecido. La pérdida de autenticidad lingüística tras las dos traducciones —la editorial confía en que esa pérdida no sea demasiado grande— seguramente esté más que compensada en otro terreno: no se relata lo que se supo a posteriori; no es una profecía retrospectiva en el sentido de por qué ocurrió así y no de otra manera. Haffner trata en este libro —con gran riesgo y como una necesidad apremiante— los conflictos

políticos de la actualidad. Así, encontramos tanto argumentos que se han contemplado como otros que han sido desatendidos, propuestas aceptadas y rechazadas, predicciones acertadas y fallidas.

Pongamos un ejemplo: los emigrantes, después de 1945, no desempeñaron el papel que deseaba Haffner. No hubo un verdadero reinicio y la división de Alemania estuvo determinada por las líneas fronterizas de la Guerra Fría, no por las de los nuevos (viejos) *länder* esbozados por Haffner. Otro ejemplo: existe una diferencia indiscutible entre juzgar posteriormente de poco sorprendente o de consecuencia lógica el suicidio de Hitler, o entre predecir ese suicidio con cinco años de antelación —es decir, en vida de Hitler— con las palabras: «Hitler posee exactamente el valor y la cobardía necesarios para un suicidio por desesperación». En 1976, en sus *Anmerkungen über Hitler* (*Comentarios acerca de Hitler*), Haffner escribió que «la permanente disponibilidad al suicidio acompañó a Hitler durante toda su carrera política».

En otros muchos aspectos nos encontramos con temas que Haffner ha tratado una y otra vez en libros posteriores: la incapacidad de los alemanes para la democracia y su deseo de ser «gobernados con orden», la importancia de Prusia y de la política de Bismarck para que el Reich alemán se convirtiera en el «ogro europeo», la «cabeza de Jano» tanto de la República de Weimar como del Partido Socialdemócrata de Alemania… todo aparece ya en *Alemania: Jekyll y Hyde*. Haffner, cuya capacidad para entablar un diálogo con el lector es ya reconocible en este libro, nunca ha tenido reparo en cambiar de posturas que, en su opinión, se habían vuelto insostenibles. Donde más claramente se ve esta disposición es en la opinión tan diferente —en comparación con la del presente libro— que sostiene años más tarde acerca de la política de Bismarck y la historia del SPD.

Es cierto que ya en 1939 Haffner certificó la traición del SPD a sus principios, basándose en la aprobación de los créditos de la guerra, en la política de Friedrich Ebert en la Revolución alemana, cuando Ebert ordenó disparar contra los revolucionarios a soldados del cuerpo de voluntarios, y en la pasividad —tantas veces olvidada— ante la destitución del gobierno prusiano dirigido por el SPD el 20 de julio de 1932. (En 1939 Haffner todavía no podía estar enterado de la responsabilidad del político del SPD

Gustav Noske, que casi tenía el rango de ministro del Reichswehr, en los asesinatos políticos del 15 de enero de 1919 que más consecuencias han tenido en este siglo, los de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht.) Pero que el SPD tuvo que haber renunciado mucho tiempo atrás a la «doctrina marxista» —Haffner le reprochaba todavía en 1939 seguir aferrado a ella— para *poder* actuar de este modo es algo que Haffner no describió hasta 1968 en una serie publicada con motivo del cincuenta aniversario de estos acontecimientos en la revista *Stern*. Y desde muy pronto Haffner vislumbró que el derrumbamiento de la monarquía de los Hohenzollern, que se produjo «de una manera inusual», el desarrollo de la revolución alemana y el nacimiento de la República de Weimar no habían sido normales, y que quizás ahí se ocultaba la clave —tal vez decisiva, aunque apenas contemplada— para comprender el origen del movimiento nacionalsocialista.

El estilo inconfundible de Haffner, su capacidad para hacer comprensibles en pocas palabras unos hechos complicados y contradictorios, así como sus causas y sus consecuencias, refleja, entre otras cosas, la situación en la que escribió sus libros. Siendo testigo presencial de casi todo el siglo XX, cuyo desarrollo bien podría decirse que le obligó al periodismo político —en realidad era jurista—, no sólo se ocupó, a menudo sumido en una profunda desesperación, de la historia y la actualidad del país en el que nació y que abandonó con su amante judía, sino que también las cambió.

UWE SOUKUP

Notas

1. Se refiere al acuerdo firmado en octubre y diciembre de 1939 entre Italia y Alemania sobre la posibilidad de opción para Alemania y sobre la evacuación de la población germanoparlante del sur del Tirol y de las provincias colindantes. *(N. de la T.)*

2. Alusión a Paul Kruger (1825-1904), presidente de la República de Transvaal y líder bóer. *(N. de la T.)*

3. Por aquel entonces, Hitler fue durante una temporada enlace del Departamento General de Propaganda y Supervisión en Servicio Secreto de los Grupos Políticos, organizado por Ernst Röhm en Baviera. *(N. de la T.)*

4. Hans Makart, pintor austríaco (1840-1884) que pintaba obras neobarrocas de contenido casi siempre histórico. *(N. de la T.)*

5. Kurt von Schuschnigg (1897-1977), último canciller federal austríaco anterior al Anschluss. *(N. de la T.)*

6. Emil Hácha (1872-1945), último presidente del Estado checoslovaco anterior a la anexión de Checoslovaquia. *(N. de la T.)*

7. Gregor Strasser, dirigente del ala «de izquierdas» del NSDAP (Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán) que, tras una violenta discusión con Hitler, dimitió en un congreso de todos los cargos del partido y fue asesinado durante el asunto Röhm en 1934. *(N. de la T.)*

8. El «asunto» Röhm. *(N. de la T.)*

1. Rudolf Hess, lugarteniente de Hitler en la dirección del NSDAP. *(N. de la T.)*

2. Robert Ley, fundador y dirigente del Frente de Trabajo Alemán y de la organización nacionalsocialista «Kraft durch Freude» («la fuerza a través de la alegría»). *(N. de la T.)*

3. Josef Bürckel, 1939/40, *gauleiter* (jefe de distrito) y gobernador imperial de Viena. *(N. de la T.)*

4. Hermann Rauschning, presidente nacionalsocialista del Senado de Danzig, publicó unas conversaciones que había mantenido con Hitler a principios de los años treinta. *(N. de la T.)*

5. La época comprendida entre 1792 y 1799. *(N. de la T.)*

1. El asunto Röhm. *(N. de la T.)*

2. Asesinato del canciller federal austríaco Engelbert Dollfuss por los nacionalsocialistas austríacos. El gobierno conservador de Dolluss, apoyado por Italia, había evitado una toma del poder del NSDAP austríaco. *(N. de la T.)*

3. La quema pública de obras de autores alemanes y extranjeros organizada el 10 de mayo de 1933 por los nazis en Berlín y en otras ciudades universitarias (entre otros, Henri Barbusse, Bertold Brecht, Lion Feuchtwanger, Maxim Gorki, Heinrich Heine, Erich Kästner, Heinrich y Thomas Mann, Kurt Tucholsky, Arnold y Stefan Zweig, Émile Zola). *(N. de la T.)*

4. La «Ley para la protección de la sangre y el honor alemanes», dictada en 1935 en Nuremberg, sirvió de pretexto para las medidas terroristas que se tomaron contra los judíos. *(N. de la T.)*

5. «*Blut und Boden*» *(N. de la T.)*

1. El 4 de febrero de 1938, el hasta entonces comandante en jefe del ejército, el capitán general Werner Freiherr von Fritsch, fue destituido bajo el falso pretexto de homosexualidad. A continuación, Hitler asumió el cargo de ministro de la Guerra del Reich, se nombró a sí mismo comandante en jefe del ejército y creó el alto mando de la Wehrmacht. *(N. de la T.)*

2. Telegrama sobre una entrevista entre el rey prusiano Guillermo I y el embajador francés, del 13 de julio de 1870, desde Bad Ems. Abreviado y publicado por Bismarck, hizo aumentar el ánimo belicoso en Francia y Alemania y sirvió de pretexto para que Francia declarara la guerra a Prusia el 19 de julio de 1870. En la guerra francogermana, la batalla de Sedán, el 2 de septiembre de 1870, dio lugar a la capitulación del ejército francés y al apresamiento de Napoleón III. En el Tratado de Paz de Francfurt (10 de mayo de 1871) se le impusieron a Francia 5.000 millones de francos de oro en concepto de indemnización por la guerra y la cesión de Alsacia-Lorena a Alemania. *(N. de la T.)*

3. Del poema de Johann Wolfgang Goethe *Urworte. Orphisch*, en *Obras*, edición de Weimar, primera parte, volumen III, página 95, Weimar, 1890. *(N. de la T.)*

1. Escrito de la Antigüedad o de la Edad Media del que se raspaba el texto original y en el que luego se hacía una nueva inscripción. *(N. de la T.)*

2. Partido Popular Nacional Alemán (DNVP): Partido monárquico de la República de Weimar fundado el 22 de noviembre de 1918. Fue el partido gobernante en 1925 y entre 1927-1928. Desde 1928, Alfred Hugenberg fue el presidente del DNVP. El 11 de octubre de 1931, el DNVP creó, con el Casco de Acero y los nacionalsocialistas, el Frente de Harzburg para derrocar al gobierno de Brüning. El DNVP participó hasta junio de 1933 en el gobierno de Hitler; luego fue disuelto. *(N. de la T.)*

3. El Centro (Partido del Centro), fundado el 16 de noviembre de 1870, era el partido de los católicos alemanes, que en la primavera de 1871 fue llamado así por el asiento que ocupaba su fracción en el Reichstag. En la República de Weimar desempeñó un papel clave como partido gobernante. En julio de 1933, el Centro se disolvió por sí solo. *(N. de la T.)*

4. Etkar André (1894-1936), miembro del Partido Comunista Alemán (KPD), líder del Frente Rojo Hamburgo-Wasserkante y, desde 1927, miembro de la Cámara de Diputados de Hamburgo, fue arrestado en 1933 y sometido a torturas inhumanas durante tres años y medio, hasta que en 1936 fue condenado a muerte y ejecutado. *(N. de la T.)*

5. Martin Niemöller (1892-1984), miembro dirigente de la Iglesia Confesora, el movimiento de resistencia alemán protestante contra las incursiones del nacionalismo en la vida eclesiástica. Fundador del Pfarrernotbund (Asociación de Ayuda a los Sacerdotes) (1933), de 1937 a 1945 estuvo en los campos de concentración de Sachsenhausen y Dachau; de 1947 a 1965 fue presidente de la Iglesia Evangélica en Hesse-Nassau y presidente del Consejo Ecuménico. *(N. de la T.)*

6. Proclamación de un golpe militar *(N. de la T.)*

7. El 20 de julio de 1932, tras un golpe de Estado contra el gobierno de coalición prusiano de Braun y Severing dirigido por los socialdemócratas, Franz von Papen se convierte en comisario del Reich de Prusia *(N. de la T.)*

8. El mariscal general de campo Werner von Blomberg (1878-1946). *(N. de la T.)*

9. Alemania abandona la Conferencia del Rearme y la Sociedad de Naciones. *(N. de la T.)*

10. Asesinato del canciller federal austríaco Engelbert Dollfuss. *(N. de la T.)*

11. Ley para la construcción de la Wehrmacht alemana y la reinstauración del servicio militar obligatorio en Alemania. *(N. de la T.)*

12. Revocación del acuerdo de Locarno e irrupción de las tropas alemanas en la desmilitarizada Renania. *(N. de la T.)*

13. Buques de guerra alemanes disparan en España contra el puerto de Almería, que estaba en manos de los republicanos. *(N. de la T.)*

14. Ocupación alemana de Austria. *(N. de la T.)*

1. Política de reconciliación. *(N. de la T.)*

2. Hugo Preuss y Friedrich Naumann. El jurista y político Hugo Preuss (1860-1925) está considerado como el creador del proyecto, muy modificado, de la constitución de Weimar. El teólogo y político Friedrich Naumann (1860-1919), tras el fracaso de la Unión Nacional en 1910, se afilió al Partido Popular Progresista, del que llegó a ser su cabeza teórica, y en 1917 participó en la resolución de paz del Reichstag. *(N. de la T.)*

3. International Labour Organization (ILO), organización con sede en Ginebra fundada a raíz del Tratado de Versalles con el fin de acercar al mundo entero la legislación laboral mediante convenios interestatales. *(N. de la T.)*

4. Fundado en 1848 en Berlín. *(N. de la T.)*

5. Hermann Rauschning, *Die Revolution des Nihilismus. Kulisse und Wirklichkeit im Dritten Reich*, 5.ª edición, Zúrich, Nueva York, 1938. *(N. de la T.)*

6. Al «Sindicato de la Unidad» nacionalsocialista, fundado en 1933, tenían que pertenecer todos los empresarios y todos los trabajadores. *(N. de la T.)*

1. Conferencia internacional del refugiado para la emigración de los judíos alemanes, que se celebró en julio de 1938 por iniciativa del presidente norteamericano Roosevelt y en la que participaron treinta y un Estados, para debatir el aligeramiento de las disposiciones sobre inmigración. La conferencia no logró ningún acuerdo. *(N. de la T.)*

2. «La Noche de los Cristales», pogromo contra la población judía en toda Alemania durante la noche del 9 al 10 de noviembre de 1938. A casi todas las sinagogas se les prendió fuego y muchas tiendas y viviendas judías fueron destruidas. Noventa y una personas fueron asesinadas y 30.000 encarceladas en campos de concentración. La Noche de los Cristales supuso el preludio de la denominada «solución final de la cuestión judía», es decir, del holocausto. *(N. de la T.)*

3. Konrad Heiden, *Adolf Hitler. Das Zeitalter der Verantwortungslosigkeit. Eine Biographie* (*Adolf Hitler. La era de la irresponsabilidad. Una biografía*), 2 volúmenes, Zúrich, 1936-1937. *(N. de la T.)*

1. Arthur Neville Chamberlain (1869-1940), primer ministro británico de 1937 a 1940. Practicó una política de apaciguamiento con las potencias del Eje, Alemania e Italia, que culminó en la Conferencia de Munich de septiembre de 1938, en la que aprobó la anexión de los Sudetes por la Alemania de Hitler. En mayo de 1940 fue sustituido por Winston Churchill. *(N. de la T.)*

2. Joachim von Ribbentrop (1893-1946), ministro de Asuntos Exteriores del Reich de 1938 a 1945, fue condenado a muerte en 1946 por el Tribunal Militar Internacional de Nuremberg. *(N. de la T.)*

3. Barón Konstantin von Neurath (1873-1956), político, diplomático y general de las SS. De 1932 a 1938 fue ministro de Asuntos Exteriores en los gabinetes de Von Papen, Schleicher y Hitler, y de 1939 a 1942 fue «protector del Reich de Bohemia y Moravia». Condenado a quince años de prisión por el Proceso de Nuremberg, en 1954 fue puesto en libertad antes de cumplir toda la condena. *(N. de la T.)*

4. El general prusiano Yorck firmó arbitrariamente el 30 de diciembre de 1812 un armisticio con el general ruso Diebitsch. La Convención de Tauroggen originó levantamientos populares en 1813. *(N. de la T.)*

5. Erich Ludendorff (1865-1937), jefe del Estado Mayor de Hindenburg, en 1917 participó en la organización del viaje de Lenin por Alemania en un vagón precintado, en 1920 participó en el golpe militar contra Kapp y en 1923 en la intentona golpista contra Hitler. *(N. de la T.)*

6. Wilhelm Keitel (1882-1946), mariscal general de campo; de 1938 a 1945 fue jefe del Alto Mando de la Wehrmacht. Siendo uno de los colaboradores militares más estrechos de Hitler, firmó el 8 de mayo de 1945 la capitulación incondicional de la Wehrmacht. Fue condenado a muerte y ejecutado en Nuremberg como uno de los principales criminales de guerra. *(N. de la T.)*

7. En junio de 1940 las tropas noruegas capitularon en Narvik. *(N. de la T.)*

Alemania: Jekyll y Hyde
Sebastian Haffner

Título original: *Germany: Jekyll & Hyde. 1939 – Deutschland von innen betrachtet*

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Diseño de la portada: Planeta Arte & Diseño
Ilustración de la cubierta: © Keystone Press Agency/Keystone US/Zumapress/AGE

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2017

ISBN: 978-84-344-2589-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com